

*A veces, en el sexo y en el amor,
las cosas ocurren justo al contrario*

Lo
malo

soy

yo



VICKY HERNÁN

Lo malo soy yo

VICKY HERNÁN GAZA

Copyright © 2019 Vicky Hernán Gaza

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9781075027246

DEDICATORIA

Me hubiese gustado poder dedicar esta novela a mis amigas, por haberme ayudado narrándome sus experiencias y fantasías más secretas, pero... no ha sido así. ¡Por lo que... chicas, a ver si os ponéis las pilas para la próxima!

A mi hija, en espera de que cuando tenga edad para leer esto lo disfrute tanto como yo al escribirlo.

A todas las mujeres que, sean cuales sean sus circunstancias, son capaces de sentirse diosas de tanto en tanto, y vivir siempre el sexo como algo natural y divertido.

CONTENIDO

1	Traseros perfectos	7
2	Primer problema informático	15
3	Quiero más	25
4	No existe un “nosotros”	37
5	Los finos tacones de aguja de una diosa	49
6	Dos extraños bailando bajo la luna	63
7	Disfrutando el momento, o un Chanel color cereza	83
8	Un encuentro y una nueva experiencia... en la ducha	95
9	Somos novios	107
10	Secretos y tríos	127
11	Yogurín... al chocolate	151
12	Los caminos del placer son todos explorables	173
13	En un mismo tren	189
14	Las lágrimas de una diosa	203
15	El hombre más guapo del universo	215
16	Noches de verbena	227
17	Las novelas de rosa café te sientan fatal	241
18	Como pompas de jabón	253
19	Los finales nunca son felices	269
	Agradecimientos	281
	Acerca de la autora	283

1

TRASEROS PERFECTOS

J

—Buenos días, ¿En qué puedo ayudarte? —la recepcionista parece amable y tiene una bonita sonrisa.

—Yo... Yo venía... —vale, mi timidez y mi inseguridad han tomado el mando y eso en mi caso es muy, muy malo—. Creo que me... me están esperando.

—Ah sí, claro. Te acompaño —Menos mal que esta chica tan agradable parece saber quién soy o a dónde necesito ir, aunque yo no consiga pronunciarlo.

Tampoco entiendo por qué estoy ahora tan nervioso, si el proceso de selección ya lo pasé hace unos días y estoy aquí hoy para firmar el contrato. Aun así, me pregunto si les caeré bien, qué dirán de mi pelo un poco demasiado largo para los estándares habituales en este tipo de empresas, si tendría que haber hecho caso de mi madre y ponerme una camisa azul en vez del polo blanco que aconsejó mi hermana o traer un bolso y no la mochila de siempre... El tablero de la recepción tiene además una luz bastante potente que me hace desconcentrarme y me molesta.

La recepcionista se dispone a salir de su lugar de trabajo para acompañarme, cosa que agradezco de manera infinita; al girarme tiro la carpeta que he apoyado en el mostrador y, como por algún motivo que desconozco está abierta, los documentos que me han pedido que traiga para formalizar la contratación se dispersan por el suelo de mármol blanco (que a lo mejor no es mármol y a mí me lo parece, y tal vez no sea ni siquiera de ese color exactamente). Me agacho avergonzado a recogerlos. Sandra, así pone en su identificación que se llama, me ayuda y me toma del brazo creo que para darme ánimos.

El aire cambia a mi alrededor y un perfume sofisticado y floral me

envuelve, pero no se trata de la chica de la recepción, si no de la dueña de unos tacones que resuenan mágicamente; levanto la cabeza un poco para mirar y me encuentro un trasero perfecto, perteneciente a un cuerpo de melena rubia larga hasta la cintura, unas piernas preciosas que acaban en los zapatos de tacón de paso decidido. Creo que me quedo absorto mirando cómo la figura se aleja hacia los ascensores. Pienso por una fracción de segundo que ya podría esa Diosa del Olimpo cederme una mínima parte de la seguridad que desprende y de la que yo carezco.

V

No recuerdo que antes los lunes me resultasen tan duros y grises; claro que antes no los comenzaba con unos horarios más o menos estrictos y en un lugar en el que no me siento especialmente cómoda, si no en la cocina de mi casita, con el sol entrando por la ventana, el pijama puesto y un desayuno en el que invertir un tiempo más que suficiente mientras pensaba en cómo organizar esa nueva semana que se abría ante mí llena de posibilidades.

Entro en la panadería con paso firme, para darme ánimos a mí misma, y lo primero en lo que se posan mis ojos es un estupendo culo enfundado en unos vaqueros; el dueño del mismo está agachado a los pies de Sandrita, así que espero que no sea uno de sus muchos admiradores... Parece que no, porque ella también se inclina a ayudar a recoger algo. Le hago un discreto gesto de saludo cuando paso a su lado y una vez frente a los ascensores me giro para volver a mirar al individuo que no conozco. Es alto, de espaldas anchas y con una melenita muy sexy. Algo dentro de mi frío interior se caldea un poco; sonrío al pensar que alguien así tal vez me haría más amena mi mañana en el despacho...

J

Algo más tranquilo tras firmar toda la documentación y sabiendo ya que inicio mañana mi jornada laboral completa, me dirijo a los ascensores acompañado de David García, que es el director de RRHH de la empresa y quien se ha mostrado muy amable y paciente conmigo, aunque da la sensación de no ser ninguna de las dos cosas de forma habitual. Mi conciencia me dice

que pare, que no saque conclusiones el primer día que conozco a alguien, no porque no suelen ser acertadas si no simplemente porque no es justo. Al abrirse el ascensor allí está ella: la Diosa de primera hora de la mañana, ahora de frente, pero con su porte, su olor y su cabello inconfundibles. Nos miramos unos segundos, o eso creo. Me sonrío, o eso quiero creer.

—Hola encanto, ¿cómo tú por aquí? —El señor García la saluda.

Ella le hace un gesto con la mano, pero no contesta, algo así como “tengo prisa” o “ahora no”, y diría que le cambia un poco la cara.

—Mejor ten cuidado con ella y mantente lo más lejos posible —dice el jefe, ahora dirigiéndose a mí—. Es bastante borde, y puede resultar hasta peligrosa.

—¿tra... trabaja...? —la pregunta se me queda a la mitad cuando él me interrumpe sin darme tiempo a continuar.

—Es la hija del dueño, y ahora mismo la presidenta de la empresa —y se nota que el hecho no le resulta agradable ni mucho menos.

Me pregunto cómo voy a intentar mantenerme lejos de ella tal como me está diciendo este hombre, cuando me siento atraído de una manera extraña, y no sólo porque sea guapísima. Y, ¿cómo podría resultar peligrosa alguien con esa cara tan bonita y esa sonrisa tan espontánea y perfecta? Y puestos a darle más vueltas al asunto... ¿No se supone que debería pedir una cita con ella para darle las gracias por incorporarme a su empresa? Al menos eso es lo que mi padre me diría que debo hacer, después de que él hablase con el señor Capmany para pedirle el favor. No sé, demasiada información en mi cabeza para poder asimilar y decidir nada. De momento lo único claro es que empiezo a trabajar de nuevo, y en el mismo edificio por el que se pasea una diosa que realmente lo es.

V

¡Me aburro! Total, y absolutamente. Si no salgo de mi precioso despacho me va a dar algo. Y ya sé: la Lechuza me clavará sus ojos en la espalda y pensará que otra vez me escaqueo, que yo no debería estar aquí y todas esas cosas que comenta cada vez que me doy la vuelta. Y estoy de acuerdo con ella, que conste: tengo cosas mucho más agradables y apetecibles que hacer que estar poniéndome mustia aquí encerrada, por bonito, elegante y glamuroso que

sea mi rediseñado despacho. Pero es lo que nos ha tocado: a mí dirigir la Panadería y a ella ser mi secretaria. Creo que esta mujer debería tomar más fibra y así ir mejor al baño; al menos no tendría la cara de amargada que tengo que aguantarle cada día.

Pues lo dicho, que piense y diga lo que quiera la lechuza que yo me voy a dar una vuelta. Me miro en el espejo para asegurarme de que sigo tan perfecta como cuando entré hace unas horas, y salgo decidida.

J

Tras ser presentado ayer a mis compañeros hoy ya me he metido de lleno en el trabajo. Estoy frente a la pantalla de mi ordenador, decidido a no apartarme de ella hasta que no haya acabado mi primera tarea. Andrea y Jordi han salido en algún momento a tomar un café y me han ofrecido tanto ir con ellos como traerme uno, pero de momento lo que necesito es concentrarme en lo que estoy haciendo, además de que mi timidez hoy campa a sus anchas y a duras penas he conseguido agradecerles el gesto. Creo que son buena gente, a los que les he caído bien y la relación puede ser fluida, pero me temo que no resultará igual con José Luis, el veterano en nuestra oficina. Puede ser mi inseguridad, que me juega a veces malas pasadas, pero yo diría que algo de mí le molesta... Y menos mal que el despacho donde trabajamos los cuatro es tranquilo, al fondo de un pasillo por donde ya no transita demasiada gente que pueda distraerme

En un momento dado mi vejiga me avisa que no aguanta más y salgo de manera algo precipitada sin preguntar siquiera dónde están unos baños de los que sé que en algún momento alguien me explicó la ubicación, pero con tantas cosas al mismo tiempo no presté atención. Me quedo en medio del pasillo mirando unas puertas sin saber hacia qué lado ir, mientras mi conciencia me recuerda que hay que estar más atento a este tipo de información tan, digamos, fundamental.

—¿Perdido?

Una suave voz me saca de mis pensamientos. Me giro y allí está Afrodita en persona, con diferente ropa y otro peinado, pero ella, la diosa de ojos verdes y figura escultural.

—Pues, la verdad... yo... el baño... —Mi capacidad de síntesis frente a

una mujer bella es digna de admiración, como poco. ¡Qué vergüenza, la dueña de la empresa va a pensar que soy tonto de remate!

Pone una de sus manos en mi hombro y la desliza seductoramente (a mí me lo parece), por el inicio de mi espalda hacia el otro hombro en una especie de masaje, haciéndome girar un poco. Con el dedo índice de una mano con uñas pintadas de uno de esos colores que son lila pero que las chicas llaman de veinte maneras diferentes, me señala el lugar que busco. Le doy las gracias de tal forma que no puede haberlo oído a menos que tenga superpoderes auditivos y huyo hacia la puerta indicada.

Una vez en el cuarto de baño respiro profundamente e intento serenarme. ¿Tanto me puede afectar el contacto de una diosa? Pues sí; diría que he tenido orgasmos menos intensos.

V

—Pues me lo he encontrado en el pasillo, con esa mirada de Bambi perdido en el bosque, y... lo he tocado. ¡Qué duro está!

Estamos en nuestro restaurante italiano preferido, al que vamos todos los martes a comer juntas. Sandra engulle sus ravioli como la dueña de un perfecto metabolismo que quema calorías sin esfuerzo alguno que es; yo tampoco me puedo quejar, la verdad. El caso es que me hace un gesto con ojos sorprendidos para que siga hablando.

—A ver, que no le he tocado el paquete. ¡Qué más quisiera yo...! Es tan... yogurín Dan ganas de comérselo entero, a cucharadas.

—Te recuerdo que ya has tenido algún problema con empleado bocazas después de pasar por tu cama... o despacho o lo que sea. ¡Cuidadito!

—Pues ya me dirás, si encima éste es el recomendado de mi padre porque es hijo de alguien que en un momento dado tuvo negocios con él, o le hizo un favor, o algo así... Si es que con este altruismo de papá no se puede follar a gusto.

A Sandrita el Lambrusco se le ha ido por la nariz. Quizá debería ser mejor amiga y no hablarle de estas cosas, ahora que sé que está en un período de abstinencia sexual voluntaria. Dice ella que, para aclararse las ideas, aunque sigo sin verle la relación. Quizá se trate de que yo ya tengo las ideas claras al respecto...

—Búscate a otro y punto. No será por falta de tíos ni de oportunidades...

—Ya, pero me he encaprichado de él. Bueno, a ver qué pasa, que a lo mejor me lo voy encontrando por la Panadería, o me vas contando cosas de él y deja de gustarme a pesar del físico.

—De momento lo que te digo es que es un encanto. Además de guapo, que lo es un rato, parece de los tiernos y sensibles —Uy, mi amiga que se entusiasma.

—Y con esa melenita y ese mechón de pelo rebelde que le cae hacia delante; lo que daría por tenerlo entre mis piernas haciéndome cosquillas en el...

Sandrita me lanza la servilleta para que me calle. ¡Qué susceptible se ha vuelto esta chica desde que no echa un polvo!

PRIMER PROBLEMA INFORMÁTICO

J

A parte de pasarme por el gimnasio y nadar hasta quedar exhausto, no he tenido ganas de hacer nada más durante el fin de semana. Estaba agotado, no tanto por el trabajo en sí, como por todo lo que implican las novedades en mi vida: tanta gente a la que conocer y recordar sus nombres, puestos, etc; mis tareas concretas, las rutinas, los desplazamientos en transporte público que en mi caso son cuatro al día pues no puedo ni plantearme comer en la sala que hay a tal efecto. No creo que pudiera probar bocado en un comedor lleno de gente hablando, con montones de olores diferentes, los ruidos de las sillas, los pitidos de los microondas... Prefiero venir a casa, aunque al final resulte más cansado. Mi economía de momento no me da para pagarme un menú diario, así que me tendré que acostumbrar.

Debo reconocer que ando algo mustio también porque ni el jueves ni el viernes vi a mi diosa particular; el miércoles pasó cerca de mí, aunque probablemente ni se diera cuenta... Mi conciencia me dice que la olvide, o que recuerde de ella únicamente que debo darle las gracias tal como dice mi padre. Mi inseguridad y mi timidez también se manifiestan para dejarme claro que alguien como ella nunca se fijaría en alguien como yo... Y eso lo sé perfectamente, pero no creo que soñar despierto con Afrodita pueda perjudicar a nadie, ¿no?

Me gustaría reunir el valor para pedir verla y además de agradecer y preocuparme por su padre, que dicen que está bastante mal de salud, exponerle las ideas que estoy teniendo estos días a medida que conozco el funcionamiento de la empresa. Creo que se podrían hacer mejoras en la intranet para que resultase más sencilla, y desde luego hay que hacer algo con la accesibilidad de la web. Ya sé, debería hablarlo con José Luis, pero por algún motivo me impone mucho y sigo pensando que no le caigo bien... Claro

que la jefa/diosa/mujer perfecta me impone más... pero también me atrae, y al menos el mal rato lo compensaría con poder mirarla de cerca una vez más...

V

Y un lunes más la mujer perfecta traspasa la puerta de la Panadería: vestido carísimo, maquillaje impecable, tacones altos y... ganas de salir corriendo en sentido contrario. Secuestro a mi Sandrita unos minutos para que me cuente las novedades que ha habido por aquí mientras yo me encargaba de los belgas que vinieron a cerrar un acuerdo. Le cuento a mi amiga que me llevé a la cama al más joven de ellos, que resultó ser bastante soso y apenas sirvió para aplacar las ganas de cierto empleado nuevo que se mueve por aquí. El caso es que nada más subirme de nuevo las bragas le puse el contrato frente a sus narices mientras estaba aún disfrutando de su felicidad postcoital y firmó tan contento. No, yo no estaba en el trato ni soy un obsequio de la casa; yo soy quien decide qué hombre utilizo para mi satisfacción y en qué momento, con todos los derechos reservados por mi parte y sin lugar a segundas oportunidades. Lo que ocurre es que esta vez los intereses de la Panadería y los míos personales coincidieron, más o menos, y ya que tenía que entretener a los recién llegados pensé que también uno de ellos me podría aportar algo de placer a mí, para lo cual él estuvo más que dispuesto.

Sandra me cuenta que el Yogurín ha preguntado estos días por mí, y que han entablado una especie de amistad entre ambos, contando que al chico le cuesta porque es muy tímido. Me hace ilusión que me busque o me eche de menos, aunque también me planteo por qué me ha dado por pensar en él de vez en cuando y no poder olvidar el tema, contando con que lo consideraba “No Disponible”. ¿he dicho “consideraba”, en pasado? Siendo realista, no sé si voy a poder evitar la tentación, o prefiero caer en ella y disfrutarla.

J

Los baños en este edificio son una gran fuente de información en cuanto a cotilleos y chismes varios se refiere. Desde el de hombres se oyen las conversaciones que se dan en el de mujeres, y supongo que a la inversa ocurre igual sólo que las del otro lado resultan más interesantes. Por ellas me voy

enterando de cosas como que el jefe de RRHH que me recibió el primer día, David García, es primo de la Diosa, y que ambos no se llevan nada bien; parece que más de una vez se les ha oído discutir a gritos en el despacho de uno u otra, además de lo que supuso para éste que nada más llegar la jefa lo cambiase de departamento relegándolo a un puesto más bajo del que ocupaba hasta entonces. ¿De dónde llegó mi diosa? ¿Dónde estaba y trabajaba antes de hacerlo en la empresa familiar? Por lo que dicen parece que hiciera poco que está por aquí, haciendo cambios y con ello disgustando y volviendo loco a más de uno (esto último lo dice una voz muy chillona que no tengo ni idea de a quién puede pertenecer). Por cierto, ella no está casada ni tiene pareja conocida, lo cual me alegra. También dicen que la jefa no se relaciona con nadie más que con Sandra, a quien me sorprende mucho que califiquen de golfa en el mejor de los casos... ¡Con lo adorable y cariñosa que está siendo conmigo no entiendo que hablen mal de ella! Los comentarios sobre mi adorada Afrodita no son tampoco nada positivos en general: presumida, altiva, orgullosa... No es esa la impresión que me ha dado al mirarla de frente las dos ocasiones en que he podido hacerlo. ¿Estaré yo equivocado o será esa envidia y competitividad que parece haber demasiadas veces entre mujeres?

Quisiera poder hacer el esfuerzo de ir a pedir cita con su secretaria para verla un momento, pero mi timidez y mi inseguridad se alían y crean una barrera infranqueable ante la que se vienen abajo mis mejores intenciones. Por otra parte, la Diosa debe estar demasiado ocupada dirigiendo su empresa para perder el tiempo conmigo, pobre mortal.

V

Enrollo un bucle en mi dedo y lo suelto; me planteo alisarme el pelo cuando vaya luego a la peluquería. ¿La manicura? Supongo que también: esta vez de color rosa y tal vez con alguna florecita en los dedos anulares. Vale, estoy nerviosa y me siento enjaulada aquí dentro. Tengo un ordenador con montones de programas sobre gestión y finanzas, y lo que necesitaría sería un piano... ¿Por qué no se le ocurrió a nadie poner un piano en este despacho tan chic? Quedaría genial con la decoración, y de paso a la presidenta le sería útil. Claro que menuda cara se le quedaría a la Lechuza si me oye tocar a las cuatro de la tarde intentando componer una melodía; ¡lo mismo llama al

médico para que vengan y me lleven de una vez al psiquiátrico!

Cojo el móvil para ver qué puedo hacer con él respecto a la composición musical, y recuerdo que debo llamar a Víctor. Calculo qué hora es ahora en New York y considero que ya puede estar despierto, o si no, lo puedo despertar yo. Efectivamente estaba durmiendo y se queja porque, pobrecito mío, ayer estuvo de juerga y se fue a la cama a las tantas.

—Y supongo que acompañado...

—Supones bien. Pero después del último polvo se marchó sin dejar ni siquiera su número de teléfono —me contesta con fingida pena.

—Me parece sensato. A la única que le sirves para algo que no sea sexo es a mí, querido. Te he mandado esta mañana todo lo necesario para que te estudies el proyecto y me des tu opinión mañana por la tarde, porque la reunión es el miércoles.

Suspira a miles de kilómetros de distancia. Me importa un bledo, yo subvenciono parte de su año sabático en la ciudad de los rascacielos, así que ya puede ir espabilando.

—Y te estoy hablando de horario en Barcelona, guapetón. Así que ya te puedes tomar los cafés que sean necesarios y ponerte a ello —le recuerdo.

—No necesito tanto tiempo, ya lo sabes. Mañana tienes tu informe y el miércoles te luces en la pu... reunión.

—*Ok, perfect!* A las demás les gusta tu cuerpo, pero ya sabes que a mí lo que me pone es tu cerebro —bromeo.

Y entre risas y cariñitos cortamos la comunicación. Al menos el trabajo aburrido estará hecho, aunque no sea por mí precisamente. Sigo pensando en la parte más creativa, que me tiene mucho más interesada y a la que sí presto toda mi atención. Cierto es que por momentos me viene a la mente que si Rosa estuviese aquí todo sería más fácil, sería justo como debe ser... pero ella no está. No está. Aparto este pensamiento como siempre que aparece y vuelvo a lo mío.

J

A media mañana llaman para decir que hay un problema en el ordenador de Dirección y, según me dice José Luis, han especificado que debo ser yo quien vaya a solucionarlo. Extrañado, por una parte, porque mi lógica me dice

que no es lo habitual el que le encarguen esto al más novato; nervioso, porque si no me equivoco significa que voy a estar en el despacho de mi Diosa y porque ya tengo a mi inseguridad taladrándome sobre si seré capaz de arreglar lo que sea que ocurra; feliz, ya que me parece la ocasión ideal para presentarme como es debido a la jefa y estar cerca suyo me parece ahora mismo lo mejor que me puede ocurrir.

En una primera sala más reducida me encuentro una secretaria algo hostil, quien me dice que pase pues me están esperando. Contando que he venido enseguida, espero que su mal humor no se deba a que lleven demasiado tiempo aguardando mi llegada...

Apoyada en una gran mesa de escritorio se encuentra la Diosa, aunque hoy parece más una ninfa descansando sobre una piedra al borde de una laguna de aguas tan verdes y cristalinas como sus ojos. Lleva un vestido largo y vaporoso de color rosa, demasiado fresco para mediados de mayo, diría yo, que no entiendo de moda femenina pero sí de la temperatura actual.

—Hola, Jan —alarga su mano y cuando estoy a su alcance tira suave pero firmemente de mí y quedo a escasos centímetros de ella; estoy tan cerca que noto el calor que emana de su cuerpo, y su perfume me envuelve y aturde ligeramente.

Creo que no hace falta decir que en cuanto intento hablar empiezo a tartamudear, costumbre que me ha acompañado toda la vida en los momentos en que me pongo muy nervioso. Ningún logopeda ha podido con ello. Mi timidez campa a sus anchas. No sé ni lo que digo, pero no importa porque ella, muy sabiamente, pone su boca sobre la mía y me hace callar. ¡Cómo la deseo! Creo que es entonces cuando mis brazos la rodean y me relajo un poco, porque al fin y al cabo si estoy soñando no sé de qué debiera preocuparme, ¿no?

Probablemente en una realidad paralela me debo haber puesto a inspeccionar los archivos de su ordenador y detectar el mal funcionamiento, pero en esta fantasía que por algún motivo se ha desatado, Violeta y yo nos besamos y acariciamos. Su lengua repasa mis labios, explora mi boca; la mía la busca con desesperación. Sus manos en mi trasero, bajo mi polo y enredadas entre mi pelo; mis dedos dibujan el deseo en su piel, se deslizan lentamente por sus curvas y el tiempo se detiene para nosotros. Ella tira de los tirantes de su vestido y éste cae suavemente hasta su cintura mientras le beso el cuello; sus pechos, grandes y perfectos, quedan expuestos ante mí. No, no lleva sujetador ni parece tener necesidad de él. Mi lengua acaricia un pezón, y

veo que tiene el tatuaje de una rosa en su seno izquierdo. Ella toca mi pene completamente erecto ya a través de la tela de mi pantalón; me hace mirarla a los ojos y me susurra:

—Fóllame.

V

Le desabrocho el pantalón para poder acariciar su polla más cómodamente; me encanta sentirla tan dura. Entre los dos levantamos la falda de mi vestido, y sonrío al descubrir que tampoco llevo ropa interior. Cojo el preservativo del lugar estratégico donde lo había dejado y se lo coloco con caricias suaves mientras nos besamos. Me penetra y me agarra de las nalgas para acomodarme a su estatura. Es maravilloso sentirlo dentro ya, totalmente. Me aferro a él con mis piernas rodeándolo.

Me levanta y me pone la espalda en la pared. Acoplamos nuestros ritmos. Intento recordar que no debo gritar, pues la Lechuza está fuera, y tal vez no aprobase demasiado esta manera mía de trabajar y dirigir la empresa. El placer aumenta como una ola gigante que nos arrastra, y ambos nos corremos al mismo tiempo, yo con mi boca en su cuello, besando y mordisqueando una piel que me resulta deliciosa. El vestido de seda rosa ha quedado arrugado entre nuestros cuerpos.

Me sienta de nuevo en la mesa, aunque su polla sigue dentro de mí y ninguno de los dos parece querer deshacer esta unión. Tenemos ganas de más, pero debo ser realista y no alargar demasiado nuestro encuentro para no causar sospechas. Lo separo un poco de mí, dejo el preservativo anudado en el portalápices y lo miro a la cara con atención. Me sigue pareciendo tan guapo y deseable como antes, quizá más por la mirada de sus ojos y el placer y la calma que se reflejan en ellos ahora.

—¿Crees que el problema informático ha quedado solucionado definitivamente? —le pregunto.

—Creo que para... para asegurarnos deberíamos... si te parece... dedicarle algún rato más...

—Yo te llamo cuando pueda; no siempre es fácil —lo despido con un beso rápido, y le coloco bien ese mechón de pelo que se le va hacia delante de manera tan sexy.

J

Estoy en la nube, y no me refiero por una vez a ese espacio virtual en el que almacenamos datos de nuestro smartphone o nuestro ordenador... Estoy flotando en una nube a la que no tengo ni la más remota idea de cómo he llegado. Sentado en mi cuarto, antes de salir de vuelta al trabajo, le doy vueltas y más vueltas a lo que ha ocurrido esta mañana. Porque realmente ha sucedido, ¿verdad? ¿He tenido un encuentro íntimo (es que no sé cómo definirlo para que no suene vulgar) con la jefa... la jefa del jefe de mi jefe, para ser exactos, cierto? Mi conciencia asiente con la cabeza, mi timidez y mi inseguridad no opinan, se encuentran aún en shock y sin capacidad de reacción.

Por supuesto no se trata de que me arrepienta, al contrario: creo que es lo más alucinante que me ha pasado en la vida: en la que llevo vivida hasta ahora y la que me queda por delante... Es sólo que no lo entiendo... Claro que llevo una semana obsesionado con ella, hasta tal punto que me he olvidado casi por completo de Anna, las broncas de Anna y la manera de culpabilizarme y echarme cosas en cara de Anna. Pero... ¿es posible que una diosa como esa se fije en alguien insignificante como yo y decida... bueno, tener sexo en su despacho... como si fuera lo más normal del mundo? Estas cosas pasan en las pelis o en las novelas, pero yo no soy un personaje ficticio, sino un tío normal... ni siquiera eso, soy un tío raro y lo tengo bastante asumido.

Y otra cuestión que me reconcome es... ¿cómo debo reaccionar cuando me la encuentre? Que a lo mejor da un poco igual el cómo debiera hacerlo porque finalmente acabaré metiendo la pata; pero es que ni siquiera sé qué se supone que debo hacer... Respiro profundamente varias veces, cojo mi mochila y salgo de casa. No quiero llegar tarde.

V

—Mira que mi alfombra es mullida, y mi sillón cómodo... Pues no, me ha empotrado contra la pared; que he tenido que girar un poco la cabeza porque me estaba clavando la esquina de un cuadro, ahora mismo no sé cuál...

¿Y no podías haber esperado a esta tarde a última hora, cuando ya no quedase casi nadie en el edificio y fuera todo un poco más discreto? —me

interroga Sandra, mientras examina la carta del italiano, que se conoce ya de memoria a estas alturas.

—No podía esperar... La verdad es que casi no podía pensar en otra cosa, así que ¡para qué retrasar lo inevitable! Esta mañana he cogido un vestido para cambiarme y he decidido llamar para que subiera a Dirección alegando un problema en mi terminal. Y ya tengo ganas de más... Sin entrar en detalles, ha sido genial.

—A pesar del cuadro... —se ríe la muy bruja—Para mí que con el Yogurín hay algo especial.

—Bueno, es guapo, folla bien... y de momento no dice frases de esas estúpidas tipo “qué mojadita estás para mí”. Al grano: contundente y eficaz.

—¿Y desde cuándo repites con un hombre, habiendo tantos? —mi amiga insiste— Yo creo que por fin hay alguien que te gusta de verdad...

—Claro que me gusta; soy artista y amo la belleza. También te admiro a ti por ello... —lo digo sinceramente: mi amiga tiene un cuerpo de proporciones perfectas, unos ojos almendrados, una melena lisa y sedosa entre el castaño y el caoba que enmarcan un rostro de facciones suaves y virginales. Claro que a estas alturas de la historia es lo único que le queda de virgen. Pero si yo soy la viva imagen del pecado, ella lo es de la virtud; a mí me desean, de ella se enamoran.

—Pero conmigo no te pones cachonda, a menos que te hayas bebido unos cuantos tequilas más de la cuenta.

Y justo en este preciso instante aparece el camarero, que se queda alucinado con la última frase de Sandrita, tan oportuna ella. Creo que el tío se debe haber empalmado y todo al oírla. Hacemos nuestra comanda lo más serias que podemos y en cuanto se aleja prorrumpimos en carcajadas. Me temo que seguimos siendo incorregibles.

—Sandra, simplemente me ha gustado tanto que necesito repetir. A poder ser, en un sitio con más tiempo y más calma...

3

QUIERO MÁS

J

El miércoles me lo paso esperando recibir noticias de algún tipo de mi Diosa particular, llamada en la vida real Violeta Capmany; pero está claro que mis deseos no se ven cumplidos. Saco a pasear a mi apolillado sentido común y me dice que pueden pasar semanas sin que vuelva a saber nada de ella o, lo más probable, que me tenga que conformar a partir de ahora con cruzármela en los pasillos y bajar la cabeza sin saber siquiera si debo saludarla...

El jueves me llaman de Dirección porque vuelve a haber problemas en el terminal de la presidenta, y mis tres compañeros se me quedan mirando: “Vete para allá otra vez. Y procura dejar bien solucionado el tema ahora”, me dice José Luis. No sabe bien él las ganas que tengo de dedicarme a ello en cuerpo y alma. ¡Dios, qué estoy pensando, que parezco un degenerado babeando por su jefa! Espera... me parece que justo eso es lo que soy. Vergüenza. Me paso por el baño para refrescarme y tranquilizarme un poco.

La misma secretaria poco amable me hace un gesto con la cabeza para que pase al despacho y refunfuña algo acerca de cómo han cambiado los tiempos y las confianzas que... Ya no la oigo, pero no hay nadie esperándome. Me dirijo al terminal de la presidenta/diosa por si realmente esta vez sí hay una urgencia informática y no de otro tipo. Veo la esquinita de un papel asomando bajo el teclado; con letra diminuta se puede leer “Para Jan”. Tiro de la nota para sacarla y leo el texto escrito a mano, espero que de Violeta: “¿Te apetece quedar esta tarde a las 20:00h? Antes no puedo. Si aceptas, en algún momento te envío la ubicación exacta. Tranquilo que tengo tu teléfono.” Debajo de lo escrito hay dos recuadros, uno con un Sí y el otro con un No. Sonrío, y me la imagino trazando los cuadraditos concentrada. Marco el Sí, y vuelvo a dejar el papel bajo el teclado, pero esta vez sin que asome ningún extremo.

Doy un repaso al ordenador por si hubiera algún problema en él, y para hacer algo de tiempo. Me parece increíble que no tenga una contraseña para

protegerlo y me apunto mentalmente que debo pedirle que ponga una por su propia seguridad.

Vuelvo a mi lugar de trabajo pensando cómo disimular esta sonrisa que se me ha quedado pintada en la cara.

V

Si el doctor Segura me dice que va a hacer una prueba a mi padre, allí que me voy a ver de nuevo las arterias, las válvulas y demás componentes del corazón de mi progenitor. Cojo el coche y salgo quizá un poco más rápido de lo que marcan las normas de seguridad vial. No va de una multa. Llego al hospital y me reciben como la vieja conocida que soy ya. El doctor nos explica los resultados a ambos y me parece que, en general, todo está bastante bien y las noticias son positivas.

Me voy a comer con los dos señores de sienes plateadas que son el doctor y mi padre, a uno de esos restaurantes tan exclusivos y caros que resultan ser sus preferidos. El Dr. Segura controla qué debe pedir su paciente, por lo que yo quedo liberada de responsabilidades en ese sentido. La charla es amena, al menos hasta ese momento, que siempre llega sobre los postres, en el que el médico me interroga acerca de mi vida sentimental. Si el tuviese veinte años menos me arrastraba hasta un altar y me hacía su mujer, proclama ante mí no sorpresa, pues ya le he oído lo mismo alguna que otra vez. Mi padre se lo toma bien porque sabe que es una broma, supongo que también por su enfermedad. En otro momento y circunstancias es probable que no fuese tan magnánimo. En fin, que he comido muy bien con los dos caballeros, pero debo volver a mis obligaciones en la Panadería, más que nada porque quiero ver qué hay bajo mi teclado. Por lo demás no debo preocuparme pues la reunión de ayer fue tal como esperaba y las propuestas que Víctor envió desde New York fueron aceptadas de manera entusiasta. Este chico es un genio de las finanzas, lástima que no lo pueda contratar para la Panadería de forma oficial...

J

No encuentro mi camisa preferida en mi armario, y por ello le consulto a mi madre.

—¿Vas a salir? —empieza el interrogatorio— ¿con gente de la empresa? ¿has hecho ya amistades?

Mi madre es así, puede hacer varias preguntas en el tiempo en que yo tardo en abrir la boca. El resto de la familia, que la ha oído, aparece en el pasillo en tropel, interesándose por las mismas cuestiones, aunque con matices. Mi hermano pregunta directamente si he quedado con una chica, y mi hermana se ofrece a peinarme en condiciones... ¿Y si me dejan tranquilo un rato? Invento una versión oficial sobre la marcha en la que voy a tomar algo con mis compañeros y cruzo los dedos para que sea lo suficientemente creíble y se callen de una vez, dejándome tranquilo a mi aire, que bastante nervioso estoy yo sin ayuda de nadie. ¡Tengo una cita con la mujer de mis sueños!

Llego al hotel a las 19:55h y me dan la tarjeta de acceso a la habitación sin más preguntas. Me inquietaba este momento, pero ha resultado fácil y discreto. Yo nunca he quedado con una chica en un hotel y ni siquiera me suena que sea habitual, al menos no entre la gente que frecuento. Subo y entro en una estancia agradable; los ventanales tienen unas preciosas vistas de Barcelona en pleno atardecer. Me fijo en que hay una botella de vino y una bandeja tapada que supongo debe contener algún tipo de comida. Me siento muy nervioso y algo fuera de lugar, con mis inseparables inseguridad y timidez bailando alrededor hasta hacerme sentir mareado. Un mensaje de texto me hace saber que Violeta llegará un poco tarde, disculpándose por ello.

Voy al baño, salgo, vuelvo a entrar para mirar mi imagen en el espejo, que no me dice nada nuevo; finalmente me concentro en las luces de la ciudad con la frente pegada al cristal de la ventana. “Llena las copas de vino. Estoy entrando.”

V

No me gusta llegar tarde; ni esperar ni que me esperen. Al menos he tenido tiempo de pasar por casa y cambiarme, dejando el conjunto de no recuerdo qué diseñador para ponerme algo más cómodo; concretamente este vestido negro de encaje diseñado por mí y cosido por la hacendosa Raquel. Total, para lo que me va a durar puesto, mejor voy a mi rollo y a gusto...

Entro y me encuentro al Yogurín llenando las copas; me va a dar una, pero antes me pregunta, tras besarme en el cuello:

—No tendrás que conducir después ¿verdad?

—No, tranquilo; vuelvo en taxi —lo tranquilizo al tiempo que le cojo la copa de vino y me cuestiono cómo sabe exactamente dónde me provocan más sus besos.

Como vaticinaba, el vestido no permanece mucho tiempo sobre mi cuerpo. Comemos algo, no mucho, y es una pena porque eran unos bocaditos exquisitos. Pero la pasión manda, y en poco rato y tras una pequeña conversación nuestras prendas hacen un montoncito en el suelo, mi chico está desnudo en la cama y yo con un conjunto de sujetador y tanga negros de lo más sexy, quitándome los vertiginosos tacones que suelo llevar y planteándome por dónde atacar...

J

Llega gateando hasta mí, y coloca una mano a cada lado de mi cabeza y las rodillas a ambos lados de mis caderas. Algunos mechones de su larga melena me hacen cosquillas en la cara.

—Espero que sepas valorar el hecho de que hoy sí llevo ropa interior —susurra juguetona.

Asiento. Agradezco a los dioses la habilidad que me han concedido para abrir sujetadores, y en pocos segundos estoy acariciando sus pechos. La visión desde esta perspectiva es francamente ideal.

—A ver, antes de continuar... —se separa un poco y no deja que mi boca atrape un pezón—. Debes saber que hay unas pocas normas a seguir.

—Bien...

—No me gustan los tirones de pelo, ni que me rasguen la ropa; y mucho menos cualquier otro tipo de... Cualquier otro gesto que pueda parecer mínimamente violento.

—Completamente de acuerdo. No me va para nada ese rollo —Lo digo con absoluta sinceridad; aunque sé que está muy de moda el sado y el bondage estoy seguro que no podría disfrutar sometiendo a otra persona.

La noche se desliza sigilosa. Tengo a mi Diosa sólo para mí; encima, acoplándonos ambos al otro, con sus pechos oscilando al ritmo de mis

investidas y su bonito rostro reflejando el placer. Bajo mi cuerpo, frágil y menuda pero poderosa, con sus piernas en torno de mi cintura o apoyadas en mis hombros, sus dedos aferrándose a mi espalda, a mis brazos. Frente a frente, entrelazados de tal forma que somos uno solo vibrando al unísono. Agotados nos dormimos con su cabeza en mi pecho.

Entre ensoñaciones la siento moverse y separarse de mí. Creo que me dice algo como que puedo pasar allí la noche si quiero y un suave beso de despedida. Me despierto bruscamente y ya no está, apenas queda un ligero rastro de su perfume. Me visto y salgo hacia mi casa. Está amaneciendo cuando llego agotado al hogar familiar. Tiempo justo de ducharme, cambiarme y salir de manera discreta para que nadie me pregunte nada a estas horas.

V

Me paso casi todo el viaje en el AVE hacia Madrid durmiendo. Alguien supongo que considerará que debería estar mirando la documentación para la reunión, pero siendo práctica y realista como soy... Eso ya lo hace perfectamente María, y mi presencia no es más que un adorno y la firma final. Traje de Carolina Herrera, perfume de la misma diseñadora, maquillaje discreto, tacones de doce centímetros y melena suelta hasta la cintura; esto es todo lo que puedo ofrecerles a los miembros grises de la soporífera reunión. Tampoco creo que deban tener queja.

Pienso en cuánto me apetecería tener a mano la piel, el cuerpo, la sonrisa y los gestos cariñosos de Jan a mi lado; y no es porque no sienta aún en mi interior las secuelas de una noche de sexo intensa, pero sé que si estuviese aquí nos iríamos al baño y lo volveríamos a hacer. Con un poco de cuidado, eso sí, que estoy algo dolorida. Es increíble la adicción que ha generado, por primera vez en mi vida, un hombre en mí. ¿Cómo es posible que no me haya aburrido ya de él y siga necesitando más?

J

Cansado por la falta de sueño, y saturado por un montón de trabajo y demandas de uno y otro lado a la vez, que hacen que me cueste concentrarme en una única tarea. Lo agradezco en cierto modo porque no me permite pensar

demasiado en Violeta y la noche de ayer... Sandra me ha dicho que esta mañana viajaba a Madrid por algo importante de la empresa, la Panadería es el nombre que mi Diosa le da a su negocio y todavía no me ha explicado el porqué. Me hubiese gustado que fuese la propia Violeta quien me comentase que hoy no estaría aquí, ¿no se da cuenta de que la echaré de menos? Estuvimos hablando; sí, además de sexo increíble hubo conversación. Ella me deja tiempo para explicarme, aunque a mí me cueste, no me interrumpe y espera paciente a que yo organice mis ideas y pueda expresarme, lo cual agradezco porque poca gente se toma esta... ¿molestia? Poco me enteré de su vida, que me gustaría conocer con todos los detalles, pues todo de ella me resulta interesante: aquí en Barcelona vive con su padre, pero tiene una casita fuera donde pasa los fines de semana con su perro, al que adora. La enfermedad de su padre es realmente grave y eso le afecta mucho porque él es su única familia después de haber perdido a su hermana y su madre hace ya años... y que Sandra es su gran amiga en la Panadería, donde se da perfecta cuenta que no ha sido ni es bien recibida, y en la que ella tampoco se siente especialmente cómoda. Yo a mi vez le hablé de mi familia, con la que también vivo: mi hermano Marc que es el mayor y lleva el negocio familiar junto a mi padre, la loca de mi hermana pequeña, que cada dos años cambia de estudios porque aún o ha encontrado lo que de verdad le llena; y hasta le hablé de mi relación fallida con Anna, quien me dejó hace unos tres meses, después de dos años saliendo juntos. Ahora me doy cuenta de que quizá no debería contar cosas de mi antigua novia a otra chica, sobre todo si estoy en la cama con ella... Soy muy torpe, lo sé.

Mientras estoy saliendo del edificio y el resto del día miro el móvil insistentemente por si aparece en la pantalla un mensaje de mi diosa, pero ésta debe estar muy ocupada, o pasa de mí. Pienso en escribirle yo algo, pero sólo se me ocurren frases típicas del tipo: “Lo de ayer fue increíble/alucinante/mágico”, “te echo de menos”, “necesito verte/sentirte/volver a estar dentro de ti...”. Mi timidez me arrebató el iPhone para asegurarse de que no voy a enviar tales cosas, antes de que le dé un desmayo definitivo. ¡Con lo fácil que le resultaría a ella decirme simplemente que está bien, que nos vemos el lunes o lo que sea! A estas alturas ya debe saber que a mí me cuesta un mundo lo que ella haría sin pensar siquiera. Que me eche un poquito de menos sería pedir demasiado, ¿verdad? Es que me he dado cuenta que tengo una figura pequeñita a mi lado, pero que antes no

estaba, que me resulta muy agradable y creo que se llama autoestima.

V

Llego a mi pueblo conduciendo por la costa y mirando la playa, con Duncan relajado o dormido en la parte de detrás del coche. Llegamos a casa y todo está impecable; obra sin duda de Raquel, porque yo recuerdo haberlo dejado todo por el medio cuando me fui el domingo pasado ya muy tarde. Salimos a mi pequeño jardín y jugamos un rato, yo tiro la pelota y mi enorme cachorro corre como un loco a recogerla y dejarla a mis pies. Me dedico un rato a no hacer otra cosa que admirar el paisaje de un bonito día de primavera.

Salgo a dar un paseo y acabo comiendo con Mónica en su restaurante; se muere de la risa cuando le explico mi experiencia de sexo descafeinado con el empresario belga, y con mi papel de ejecutiva en la reunión de Madrid. ¡Hasta a mí me resulta divertido contado así! De mi Yogurín no le digo nada, no sé muy bien por qué de momento prefiero reservarlo para mí sola.

J

Mi madre me interroga sobre la camisa que usé el jueves por la tarde. Dice que huele a perfume de mujer y tiene una pequeña mancha de maquillaje en la manga, y que si estoy con alguien no entiende por qué no les cuento nada; que ellos creen que sería bueno que olvidase a Anna y si he conocido a otra chica se alegran mucho... Sí, lo de olvidar a mi ex creo que lo llevo bastante bien, aunque sea para colgarme de alguien que no tiene, o no va a querer tener, muchas posibilidades de ser mi pareja formal. En cuanto al plural en el que habla, significa que le ha ido ya con el cuento a mi padre, mis hermanos, y suerte tendré si no ha llamado también a la tía para darle la noticia. Y yo no tengo ganas de contar nada; además, ¿qué podría decir, que me he enrollado un par de veces con la hija de ese señor que mi padre tiene en tan alta estima desde que hace una pila de años tuvieron no sé qué negocios juntos? Mejor me callo y no meto la pata.

Cuando por la tarde salgo un momento de mi habitación me encuentro a Anna en el salón de casa. Sorpresa, claro que luego pienso que ha venido con Carme, la novia de mi hermano. Es lo que tienen dos años de relación: que dan

para que las respectivas novias se hagan amigas, y como mi familia es tan civilizada y progre no se les ha ocurrido prohibirle la entrada a este bicho, y hasta mi madre se va de compras con ella de tanto en tanto... Que me dejara tirado y hundido parece una cuestión poco importante que nadie tiene en cuenta.

—Hola Cari, me ha dicho tu madre que estás con alguien —su sonrisa falsa a la que debería preguntar por qué razón me sigue llamando “Cari”.

—Pues ahora mismo no estoy saliendo más que de mi cuarto, donde tengo cosas que hacer...

—Oye, que a mí no me molesta que estés con alguien. Al contrario, me alegra que puedas... bueno, volver a salir y eso. Espero que sea una buena chica —Ahora me pregunto cómo me pudo gustar alguna vez semejante hipócrita.

—¿Me estás dando permiso para seguir con mi vida? Muchas gracias, eres muy amable —Uy, que me sale la ironía y todo. Esto es obra sin duda de esa pequeña autoestima que aparece de no sé dónde; pero más vale que me bata en retirada antes de que se derrumben mis defensas...

Tengo mis dos portátiles encendidos intentando acabar el programa que mi hermano necesita para trabajar, pero no puedo concentrarme y mi mente se va una y otra vez a la bruja que charla con mi madre en el salón, y sobre todo a la diosa que no sé dónde está ni qué estará haciendo...

V

En la ducha vuelvo a acordarme de las caricias y los besos de Jan. Me gustaría tenerlo aquí, ver su esbelto cuerpo mojado y el agua en su pelo, bajando por su espalda. Tengo ganas de él, lo que me resulta bastante incomprensible porque los hombres me suelen aburrir después de una primera vez; tanto es así que no repito una segunda ocasión a menos que se trate de un amante exquisito, de los cuales hay en realidad muy pocos ejemplares.

Me acaricio recordando su perfecta polla. Sé que hay mujeres a las que esta parte de la anatomía masculina les resulta desagradable, fea, poco estética; pero yo, que he conocido muchas a lo largo de mi vida, puedo decir que si bien es cierto que algunas tienen muy poca o ninguna gracia, son demasiado curvadas o sencillamente antipáticas, groseras, también las hay

realmente preciosas, esbeltas, fuertes y realmente apetecibles; la de Jan es así, grande aunque no enorme, gruesa, suave, con un abultado capullo sin prepucio que invita al contacto. Me corro, pero quisiera que fuese él quien me hiciera disfrutar. Y, por otro lado, tengo tan claro que no va a pisar esta ducha ni esta casa nunca... Que no necesito una pareja en mi vida para que ésta sea plena. Si quiero, eso lo tengo cada día más claro, una hija o un hijo a quien acompañar, ayudar y ver crecer junto a mí, por eso ya he estado en una clínica de reproducción asistida averiguando en qué consiste el proceso; ahora no es el momento, estresada como estoy con mi papel de presidenta, pero en unos meses espero volver a ser libre de llevar mi vida y entonces ya decidiré cuándo quedarme embarazada. Me alegra que al menos en esto mi padre me apoye y esté deseando tener un nieto o nieta a quien mimar.

Hemos quedado para cenar todo el grupo. Charlie llama a la puerta al tiempo que abre con su propia llave, como siempre. Me lanzo en sus brazos y tras varias piruetas y giros acabamos en el suelo; yo encima suyo, él fingiendo que lo aplasto y no lo dejo respirar con mi gran peso. Duncan intenta lamerle la cara, pero Charlie tiene mucha práctica ya en esquivarlo y le lanza una galleta para que vaya tras ella y lo deje tranquilo.

—Pequeña, estás estupenda, pero... ¿ya has arruinado a tu padre, o la panadería sigue en pie?

—En pie y sin peligro de quiebra. Va a resultar que la farsante les trae buena suerte —me río, y me levanto antes de que la criatura empiece a hiperventilar por tenerme tan cerca.

—¿Cuántos modelitos has estrenado esta semana?

—¿Y a ti, desde cuándo te interesa la moda? —Yo ya en el baño mirando qué hacer con mi pelo y él fuera, al otro lado de la puerta.

—No me interesa en absoluto. Es por saber si luego los podrás vender en Wallapop cuando tu padre te desherede.

—¡Mira que eres bruto! Además, mi padre no me desheredaría ni, aunque me presentara contigo vestido de payaso y le dijese que quiero casarme... Bueno, a lo mejor entonces sí...

Acabo de arreglarme lo justo: maquillaje mínimo, vaqueros y camiseta. Buena elección, porque Charlie se ha traído su moto nueva y quiere llevarme en ella, para presumir de chorbí según dice. Me explica divertido que luego se pasa la semana siendo asediado con preguntas del tipo: ¿quién era la rubia de culo espectacular que llevabas en la moto el sábado por la noche? ¡Lo que hay

que aguantar por los amigos!

J

El domingo no aguanto más y decido ponerle un mensaje para saber algo de ella. Veo en el WhatsApp que no está en línea, pero aun así lo envío, quejándome en silencio de que no tenga una foto suya en la aplicación como media humanidad; en vez de aparecer su bonita imagen me tengo que conformar con la de un paisaje frondoso.

Hola, ¿qué tal?

Lo sé, no soy el colmo de la originalidad, pero es que soy yo. Tarda apenas unos minutos en contestar y llenar así mi mañana de luz.

Acabo de desayunar y estoy disfrutando de las vistas desde mi jardín.

Me manda una foto en la que se ve un mar azul intenso surcado de barquitos de vela.

Preferiría una foto tuya.

No soy de las que envían fotos guarras, ¡pervertido!

Me refería a una foto normal, tal como estés ahora mismo, malpensada.

Ahora envía una imagen del conejo Bugs Bunny comiéndose una zanahoria.

Vale, reconozco que os dais un aire, pero te prefiero a ti.

Yo estoy en pijama, sin peinar ni maquillar, y creo que hasta tengo restos de mermelada en la cara.

Me imagino lamiendo su bello rostro. Mejor paro, que me estoy poniendo... Hago un intento, aunque tengo muy claro que la respuesta será negativa:

Te echo de menos, ¿'no te apetece verme?

Estoy como Bugs Bunny...

?

Hambrienta... ¡pero de ti! Mañana te dedico parte de la tarde y la noche, te lo prometo. Pero hoy ya he quedado.

Lo positivo es que no ha sido ese “No” tan contundente que me esperaba. Y me echa de menos también, si no lo he entendido mal en un sentido al menos sí...

*Ahora me voy a poner visible que me están esperando para comer.
¡Hasta mañana cielo!*

Soy tan lento que no me da tiempo a despedirme, pues cuando quiero reaccionar ya no está en línea. Hubiera querido decirle que no necesita hacer nada para estar guapa, porque lo es y siempre está preciosa, incluso cuando duerme... o sobre todo cuando duerme en mis brazos. ¡Joder, que me estoy enamorando!

NO EXISTE UN “NOSOTROS”

V

Se me ha hecho tarde, tanto que no tendré tiempo de pasar por casa de mi padre a cambiarme. He estado colocando en la cama de la habitación pequeña las cositas que le compré la semana pasada al bebé de Raquel: sobre todo juguetes, pero también ropa y pañales. Espero que con todo esto no tenga que gastar demasiado y así contribuir a que su situación no sea tan complicada sin que se ofenda por ello. Me encantaría poder darle directamente dinero para su criatura, pero sé que no lo aceptaría, de modo que voy haciendo regalos porque éstos no se pueden rechazar y siendo sincera, disfruto comprando y trayendo luego montones de cosas para esa dulce personita que gatea por mi hogar mientras su madre la limpia y ordena, y luego los fines de semana cuando quedamos para vernos. La bronca por haberme pasado un poco con las compras seguro que me la gano, pero será telefónica y de menor intensidad que si se lo hubiese dado el sábado en persona. Aquí hay que buscarse las estrategias para todo.

Y hablando de buscar y arreglárselas, lo de qué ropa ponerme yendo directamente a la Panadería también es otra prueba a superar, porque evidentemente en mi casa de la playa no tengo modelitos de los que me acostumbran a ver en la empresa. En fin, que con una blusa blanca muy básica sin mangas y una falda que... ya veremos si no se desmaya la Lechuza cuando me vea con ella, porque es un poco vintage y tal vez demasiado corta. ¿Tal vez? No, seguro que es cortísima. Las sandalias son de la última boda que tuve aquí en el pueblo, por lo que pueden servir bastante bien. Si tengo frío me voy a tener que aguantar porque con respecto a la sección chaquetas no hay nada que hacer. Me peino el cabello en una trenza y suspiro. Llamo a Duncan, que se hace el remolón; a él también le gusta más vivir a nuestro aire que los agobios de Barcelona. Y eso contando que el único estrés que puede sufrir mi perro en la gran casa de mi padre es perderse en el inmenso jardín o alguna

bronca del jardinero por comerse las plantas.

J

Suena el teléfono por tercera vez para mí en nuestra pequeña oficina. En esta ocasión mis tres compañeros se quedan mirándome sin ningún disimulo cuando José Luis me dice que es la señora Capmany en persona; por cierto, que Violeta para todos es señora y nunca señorita por expreso deseo suyo, según cuentan las voces anónimas del cuarto de baño femenino.

—Esta vez la he liado de verdad. Te prometo que no es una excusa para que vengas un ratito... Creo que me lo he cargado un poquito. Subes ya, ¿verdad? —todo esto a modo de saludo, con voz de niña buena que se siente culpable por alguna falta. Erección brutal que espero que nadie note.

—Pues sí que tiene problemas ese terminal, Jan. A lo mejor habría que sustituirlo... —comenta José Luis, que me mira igual de impresionado que los otros dos, pero parece menos incrédulo.

—Tal vez la jefa sea muy torpe con la tecnología —apunta Jordi sin darme tiempo a contestar, lo cual agradezco porque no sabría qué decir.

—O a lo peor es otra cosa... —Andrea deja la frase en el aire con lo que me parece cierto... ¿malhumor?

No tengo tiempo (ni ganas) de pararme a analizar lo que dice cada uno; si hoy se trata de un problema realmente, no creo que la Diosa de esta casa esté dispuesta a esperar mientras sus empleados hacen conjeturas. Yo tampoco quiero perder ni un minuto más en subir a su planta, saludar a su antipatiquísima secretaria y verla después de tres días sin disfrutar de su imagen, su olor y su calor.

El ogro guardián del despacho de mi... mi lo que sea, me hace el consabido gesto de “entra que ya sabes bien el camino” y vuelve a lo que supongo son las tareas propias de su trabajo. Violeta espera tras la puerta. Me da un rápido beso en los labios y me coloca mi mechón de pelo rebelde; me mira poniendo carita de pena.

—He ido a instalar algo y la he liado... —me señala su ordenador, me acompaña al sitio y con suavidad, pero firmeza me obliga a sentarme en su sillón, muy cómodo, por cierto.

Yo, cuando voy a trabajar en un terminal ajeno nunca me siento. Prefiero

permanecer de pie y que el propietario ocupe su puesto y vea lo que hago; o mejor no lo mire y se dedique a otra cosa, intentando siempre no invadir su espacio. Pero ahora tengo una preciosidad de mujer apoyada en mis hombros, detrás de mí, mirando muy interesada la pantalla.

—¿qué estabas haciendo, además de ver vídeos de YouTube?

—¡Oye guapo, no aproveches para cotillear mi historial! —acerca su boca a mi oreja y se me eriza el vello. Extra de flujo sanguíneo a mi entrepierna—. Estaba instalando un programa y empecé a aceptar todo lo que me preguntaba...

—Un poco más y aceptas donarle tu empresa a Microsoft. ¿No podrías llamarnos a nosotros cuando quieras instalar algo? —la reprendo un poco serio, en mi papel de informático que intenta prestar atención a lo que hace y lo que aparece en pantalla, y no a la chica de falda súper corta que se pone ahora frente a él.

—No necesito a ningún programador informático para ponerme un programita en mi ordenador, en principio —se pone muy digna, pero luego se me acerca más y me temo lo peor— Aunque a uno en concreto a lo mejor sí lo requiero para que me instale su pen...

Pone una mano en la bragueta de mi pantalón y acaricia mi sexo. Venga, Jan, tú sigue con lo tuyo y restaura todo lo que esta insensata se ha llevado por delante. Si sigue pasando su mano arriba y abajo por mi miembro me va a costar concentrarme y pueden pasar horas hasta que consiga resolver algo que debería estar en pocos minutos. La atrapo por la cintura y la siento sobre mí, a ver si así consigo controlarla y puedo trabajar. Giro ligeramente la pantalla para poder ver bien lo que hago. La oigo reír bajito, pero sigo a lo mío, con la mirada fija en la pantalla y tecleando con una mano, pues con la otra la sujeto pegada a mí con su espalda contra mi pecho. Empieza a moverse sobre mi sexo y siento que éste va a explotar; lo utiliza de tobogán para deslizarse por toda su longitud, la cual me imagino que nota perfectamente a través de la tela del vaquero. Se me escapa un gemido y a ella otra risita. Sé que me mira de reojo, pero yo sigo sin apartar la mirada de mi trabajo. Continúa contoneándose sobre mí.

—¿Quieres hacer realidad una fantasía erótica? —le susurro, invadido por el deseo, aunque empeñado aún en seguir tecleando y no equivocarme en lo que hago.

—¡Encantada! —se levanta rápida y se dirige a la puerta, que cierra por

dentro con llave.

Lo agradezco infinito, pues lo único que haría en estos momentos que mi erección bajase ligeramente sería la visión de la secretaria entrando en el despacho. Y digo sólo ligeramente.

—Me gusta mucho tu falda —le hago saber cuándo vuelve a estar a mi lado.

Se la mira y luego procede a quitarse las braguitas únicamente, y de la manera más ostensible posible. Yo sigo trabajando en su terminal, o al menos intentándolo en la medida en que mi cerebro va dedicando neuronas a otros menesteres. Me abre la bragueta del pantalón y me libera. Se vuelve a sentar mirando hacia la pantalla, me coloca un preservativo que habrá sacado de vete a saber dónde y me introduce en ella lenta y profundamente.

—Tienes que poner una contraseña —le digo, moviendo un poco el teclado para que quede justo delante suyo.

—¿Una contraseña? ¡Pero si ya estás dentro!

V

SexyJan.44

Lo digo, lo tecleo y lo repito para confirmar. Tengo que concentrarme mucho para conseguirlo, cosa nada extraña contando que tengo una polla en mi interior y el dueño de la misma ataca mi clítoris sin piedad. Creo que hasta bizqueo un poco de placer; con todo, este es un modo de escritura que no había probado hasta ahora y no me desagrada en absoluto. De hecho, puede que decida implementarlo para alguno de mis escritos. Ambos movemos las caderas para que la penetración sea más profunda. Me giro y veo que mi Yogurín sigue pendiente en parte del problema de mi ordenador, pero desde luego ya no tan atento como antes. Se reclina más en mi sillón y yo me aferro a sus piernas. ¡Debo estar fatal porque hasta me resulta sexy su manera de usar el teclado con la mano que tiene libre, mientras con la otra me acaricia...

Nos corremos prácticamente a la vez, y hoy no recuerdo no gritar. Sólo espero que si la Lechuza me oye le sirva como estímulo para tener una buena sesión de sexo con su pareja, o consigo misma si está sola. Jan me besa el cuello tiernamente, me olisquea y me susurra algo tan bajito que no entiendo, o no quiero entender. Me quedaría así, con él dentro de mí, por toda la

eternidad... Espera, ¿eso lo he pensado yo?

J

Voy camino de mi puesto de trabajo pensando en que es imposible que no se me note nada en la cara. Tengo la sensación de llevar el perfume de violeta impregnado en mi piel y rastro de olor a sexo. Paso por el baño y ensayo una no sonrisa. Me gustaría tener eso tan desconocido para mí, pero de lo que otros sí disfrutan, llamado aplomo... Mi autoestima, muy crecida y hasta con algunos kilitos de más por lo que puedo apreciar ahora que me fijo, me dice que no me preocupe tanto, que no es bueno para la salud.

Nadie me hace ningún comentario al llegar al despacho que comparto, y eso también me parece extraño. Me dedico a sacar adelante todo el trabajo que tengo pendiente, pensando sólo a intervalos en la cita que seguimos manteniendo para esta noche. La respuesta a la pregunta de si seguía queriendo quedar hoy o ya había tenido bastante supongo que resulta obvia. Hacia el final de la mañana mis dos compañeros se alejan y queda Andrea conmigo en el despacho; es entonces cuando comienza a hablarme:

—Esto... Jan, que yo quería comentarte algo... —la chica, en cuestiones de fluidez verbal, parece un clon mío, así que le dejo su tiempo— yo no quiero meterme en lo que no me incumbe, ya sabes, pero...

—Pero... —esta técnica de repetir lo último que ha dicho la otra persona suele dar buenos resultados cuando no se tiene ni idea de qué te van a decir, o qué quieren que digas.

—Pues nada, que tú eres un chico atractivo y eso... —no sé si consigo disimular mi gesto de sorpresa, ¿atractivo yo? — Y la gran jefa tiene fama de... Que se ha liado con algún empleado mono y luego lo ha despedido cuando se ha cansado de él... Eso es lo que dicen.

—No... No creo que yo tenga que preocuparme por esas cosas, Andrea — lo digo, pero la verdad es que sí me estoy preocupando bastante— No creo que la jefa...

—¿No está siempre en el despacho cuando vas? Mira que uno de RRHH que llevaba toda la vida trabajando aquí fue despedido de la noche a la mañana; y otro que era nuevo se puso a presumir de haberse enrollado con la señora Capmany en su despacho, que yo no sé si era verdad o no, pero también

lo despidieron enseguida...

—Pues no, cuando fui el otro día no estaba ella, y hoy ni siquiera me ha mirado. Seguro que anda en sus cosas y ni se da cuenta de quien le toca el ordenador —las palabras salen de mí con gran esfuerzo, como si vomitase ladrillos en vez de mentiras.

—Vale, yo sólo quería avisarte por si acaso... Porque me pareces un tío muy legal y lo que cuentan de ella no es nada bueno.

Me empiezo a encontrar mal; me duele la cabeza y el estómago también. No entiendo cómo se pueden hablar esas cosas de mi Diosa. Ni siquiera puedo pensar que sean reales. Y por otra parte y siendo absolutamente sincero conmigo mismo, ¿no soy un capricho para Violeta? Mi conciencia, toda justicia y buen criterio, me dice que tanto puedo serlo yo para ella como ella para mí; no le gusto porque conozca mi manera de ser, pero tampoco yo la conozco mucho a ella... aunque sí intuyo muchas cosas que me encantan, sé que es una mujer especial... ¿O es mi imaginación la que inventa a alguien de quien en realidad no sé nada? Me saturo, no puedo más y salgo unos minutos antes aprovechando que me quedo solo. Por supuesto recuperaré ese tiempo y esta tarde no me pienso marchar hasta que no haya acabado todo lo que tenía planeado para hoy.

En el bus sigo dándole vueltas al tema y en casa también, mientras pienso qué ropa me voy a poner para quedar luego con la causante de todas mis preocupaciones. En la comida Marc dice que esta noche cenará fuera, y no ocurre nada. Aprovecho para comentar que yo tampoco, y entonces cuatro pares de ojos muy abiertos se posan en mí.

—¿Vas a salir hoy? Es lunes —mi padre.

—Bueno, supongo que para Marc también es lunes —yo.

—Yo ceno en casa de Carme, que es el cumpleaños de su madre —mi hermano poniéndose de pie para marcharse.

—Voy a tomar algo con unos compañeros del trabajo.

—¿Un lunes? No cuela. Lo siento, chaval —mi hermano otra vez, dándome una palmadita en la espalda.

—Si sales con una chica no sé por qué no nos lo puedes contar —mi madre.

—Ni que fuésemos a estar preguntando por ella luego todo el rato —mi hermana.

—Ah, ¿no? —yo, desesperado por esta familia, que ha visto sin duda

demasiadas series americanas.

—Bueno, puede que sí. Pero es lo normal porque nos preocupamos por ti, ¿no?

Mi padre toma aire para soltar alguna de sus reflexiones que, sinceramente, no tengo ganas de escuchar. Huyo a mi cuarto a riesgo de ser etiquetado de introvertido, soso, extremadamente reservado, o maleducado en el peor de los casos, según el miembro de la familia que se pronuncie.

V

Intento que mi enfado se vaya por el desagüe junto con el agua y el jabón. No puedo esperar que todo el mundo entienda la vida de la misma forma que yo, aunque considere que puede resultarles peligroso... La chica que me hacía la manicura se ha quedado horrorizada cuando le he dicho que tras su tarea y la de la peluquera me iba a mis clases de artes marciales; no podía entender cómo una mujer, después de dedicarle un buen rato a ponerse guapa, decide irse a sudar. El saber defenderse de un posible agresor le ha parecido la excusa más excéntrica del mundo. Ella, me ha confesado muy orgullosa, tiene un novio que la acompaña al trabajo y la va a recoger; digo yo que de paso también la controla, y que no debe dedicarse a otra cosa si puede permitirse ese lujo de horarios. En fin, que me recuerdo a mí misma que no vale la pena intentar tener conversaciones con la mayoría de la gente, porque ni siquiera se plantean que lo que les estás diciendo sea lógico y coherente. Y así sigue habiendo cada día casos de mujeres violadas, maltratadas, asesinadas... Borro todo esto de mi mente, por mi propio bien. Me miro la manicura, que ha quedado perfecta: color nude con dragones granate en los anulares.

Creo que ha sido una buena decisión venir del gimnasio directamente a la habitación del hotel y ducharme aquí, pues así sé seguro que no llego tarde. Me estoy secando ya cuando oigo la puerta de la habitación, y en pocos segundos los ojos más honestos del universo aparecen tímidamente por la puerta entreabierta. La abro más y saludo a mi Yogurín con un besito, mientras le cuento que he preferido darme una ducha aquí y no en mi gimnasio para no hacerle esperar, cosa que me fastidia mucho.

—Y además no te gusta llegar tarde ni que te tengan que esperar... —me dice con su bonita sonrisa— Una razón más para querer casarme contigo.

- ¿Queda alguna, si quitamos las que tienen que ver con el sexo?
—Mi móvil no tiene suficiente capacidad de almacenamiento para tantas.

J

Voy a dejar la mochila en un sillón mientras Violeta acaba de hacer lo que sea en el baño. La oigo salir y me giro; lleva todavía la toalla alrededor de su delgado cuerpo y el pelo recogido con algunos mechones sueltos. Pienso que no parece tener la intención de vestirse, y en lo bonita que está su cara recién lavada y sin maquillaje. Camina hacia mí mirándome seductora. Se abre la toalla y la deja caer al suelo; quita de su cabello lo que los mantenía recogidos y la melena cae cubriendo parcialmente sus pechos. Así como está, descalza y desnuda, sigue manteniendo el mismo porte altivo y seguro de sí misma que tanto me llamó la atención el primer día que la vi.

Cuando está a mi alcance la toco, y el tacto de su piel me parece un milagro. Nos besamos larga y apasionadamente, me va desabrochando la camisa, pero se detiene en la cintura de mis pantalones.

—De momento el límite está aquí. Alguien tiene que estar medio vestido para abrir la puerta.

—¿Vamos a tener visita? —finjo más asombro del que siento en realidad, pero desde luego me sorprende.

—Nos traen la cena. Y supongo que no quieres que abra yo... —sonrisa pícaro, cara de niña traviesa.

—No, mejor no —y mientras contesto, vuelvo a pensar en lo que me contara esta mañana Andrea, y en mi sensación de ser uno más en una lista donde no ocupo la primera ni la última posición.

No tardan en llamar y cojo yo mismo una bandeja que huele sensacional: a hamburguesas y patatas fritas.

—Creo que esto te gustará más que el salmón marinado del otro día —se me acerca cuando ya he cerrado la puerta, con mi camisa puesta. —Es para que no te desconcentres de lo verdaderamente importante ahora, que es la comida. ¿Me queda bien?

—No entiendo mucho, pero diría que te sobran al menos cuatro o cinco tallas —. Pero me excita y desconcentra igual, aunque no lo diga— Muchas gracias por la cena; supongo que te resulto transparente.

—De nada. Ya sabes: la mujer caza y provee los alimentos, y el hombre aguarda en la cueva y da placer... O a lo mejor la historia no era así, pero hay que adaptarse a los nuevos tiempos. Por cierto, la Coca-Cola está en el minibar. Y sí, me resultas muy fácil de descifrar, lo cual agradezco.

Cojo las bebidas y me siento en uno de los sillones frente a la pequeña mesa donde dejé antes la bandeja. Pienso que me gustaría también tener algún detalle con ella, pero llevo varios días en ello y no se me ocurre qué regalar a alguien que parece tener de todo.

—Trufas.

La miro interrogativo pues no estoy seguro de si se refiere a lo que estoy pensando o me he perdido algo.

—Me puedes regalar trufas de chocolate —se ríe y prosigue— Ya te he dicho que es muy práctico esto de leerte la mente. Y, una cosita: es muy sexy esa manera tuya de levantar la ceja para interrogar en silencio.

Me explica que las hamburguesas son de su restaurante favorito, y que una es completa y la otra con bacon y queso, y que me deja elegir primero porque ambas son sus preferidas. Me quedo con la completa pensando que a ella le debe gustar más la otra, y planteándome si es cierto que levanto una ceja y en qué momentos. Lo probaré ante el espejo cuando esté a solas.

Comemos y charlamos. Le cuento las modificaciones que llevo días pensando que habría que introducir en la web y la intranet de la Panadería, y trato que entienda que su terminal está conectada al resto y es algo que puede modificar si quiere hasta cierto punto. Me escucha atenta, no se impacienta ni me interrumpe cuando alguna palabra me cuesta más de la cuenta, y hace algunas preguntas cuando no comprende algo. Y de repente vuelve la sensación de ... ¿cómo decirlo? De irrealidad, de “no sé por qué estoy aquí y tú finges prestarme atención si te importo una mierda como los demás”. Intento que no se note, pero me temo que llevo demasiado tiempo en silencio para que no se dé cuenta de que algo me ocurre.

—¿Qué te preocupa? —me obliga a mirarla a los ojos.

Quisiera quedarme callado, acabar la cena, hacerle el amor y fingir que no pasa nada, tal como me aconsejan muy bajito mi inseguridad y mi timidez; Por otro lado, tengo derecho a saber cómo están las cosas, dice mi conciencia y mi recién estrenada autoestima...

—Nosotros... ¿qué somos? —pregunto finalmente.

—No existe un “nosotros” —deja de comer también y me mira seria.

Es como estamparse contra un muro cuando vas a toda velocidad. Claro que me esperaba una explicación muy poco satisfactoria, o ambigua del tipo “somos amigos”. Pero Violeta niega de esta manera cualquier posible relación que pudiera surgir entre los dos. Bajo la cabeza porque no quiero mirarla, pero ella me toma de la barbilla y se acerca más:

—Me gustas, eres genial, el sexo contigo es fantástico... Es sólo que yo no quiero ningún tipo de relación... con nadie... nunca.

Me besa tiernamente la comisura de los labios, me acaricia la cara, y cada uno de sus gestos parece contradecir las palabras que acaba de soltar como bombas sobre mi mundo. Quisiera llorar, y me maldigo por desearla de esta forma irracional. Sus caricias bajan por mi cuello, mi pecho, el abdomen. Cuando llega al pantalón la ayudo a bajarlo lo justo, la siento a horcajadas sobre mí y la penetro sin más demora que la colocación del preservativo. La misma posición que esta mañana sólo que ahora puedo ver su cara frente a la mía, la lujuria y el deseo pintados en sus ojos de hechicera. Es muy rápido, la agarro de las caderas y la hago moverse a mi antojo. Llega su orgasmo, y sus gemidos hacen que el mío se precipite también. Placer y rabia. Amor y dolor.

La separo de mí en silencio; recojo mi camisa que ha acabado en el suelo y comienzo a vestirme; tengo que salir de aquí antes de ahogarme, de colapsarme.

—¿Piensas irte sin decir nada? —me interroga ahora sin mirarme— Al menos yo he tenido la valentía de expresar lo que pienso y siento.

—Es que yo sólo tengo una pregunta: ¿hasta cuándo me vas a utilizar?

—Somos adultos, por favor. Nadie utiliza a nadie.

—Mira, supongo que habrá muchos hombres que... que estén encantados con esta situación, pero yo me siento... humillado. Siento que soy uno más en una larga lista... Y me planteo si el próximo lo buscarás también en tu empresa y me lo tendré que cruzar en los pasillos.

—Vale, se trata de eso: ya te ha ido alguien con el cuento... —la escucho mientras me giro camino de la puerta.

Con su agilidad característica me adelanta y se interpone entre la puerta y yo. Desnuda, orgullosa, ofendida. Yo me siento diminuto frente a ella, enorme.

—Pues explícamelo tú, a ver si lo entiendo —le digo con los restos de una dignidad que ni siquiera estoy seguro de tener.

—No, ahora no te voy a explicar nada. No tienes derecho a exigirme... — y se aparta dejándome el paso libre.

LOS FINOS TACONES DE AGUJA DE UNA DIOSA

J

Decido caminar de momento. Podría coger el metro o un bus, pero necesito moverme, estar al aire libre y, sobre todo, no quiero llegar a mi casa cuando aún estén despiertos y puedan hacerme alguna pregunta. ¿Puedo decir que me siento fatal? No hay palabras para definir mi estado, mis emociones y los pensamientos que pasan por mi mente demasiado deprisa, demasiados a la vez, demasiado enredados los unos con los otros.

Mi autoestima se ha quedado desplomada en la calle a la entrada de un hotel; será pisoteada por varias decenas de pares de zapatos, hasta que finalmente los finos tacones de aguja de una diosa la rematen y acaben con ella para siempre. Corta vida la suya.

Quisiera poder llamar a alguien y contarle lo que me ocurre. Eso es lo que hace la gente normal y les alivia, ¿no? Pero yo no tengo un mejor amigo con quien hablar de esto; los dos únicos que podría decirse que lo han sido ya no ocupan ese lugar: uno arruinó el negocio que teníamos a medias y me dejó lleno de deudas; y el otro resulta ser el hermano de mi ex, que no se sabe por qué me culpa a mí de que su hermana me dejase tal como lo hizo...

V

Me acabo la hamburguesa, las patatas y la Coca-Cola sentada frente a una tele que no miro ni escucho. Me encantaría estar enfadada, tirar este vaso contra la pared y verlo hacerse añicos. O sentirme triste y desgraciada porque... Bueno, al fin y al cabo, me ha dejado alguien que me estaba aportando algo en este momento de mi vida. Sí, si soy sincera y por mucho que de tanto reprimir sentimientos me haya quedado sin ellos, debo reconocer que Jan ha sido una fuente de ilusión y positividad estos días; hacía que la Panadería no me pareciera un lugar tan gris, sin contar el placer con

mayúsculas y... es una buena persona a la que creo que le he hecho daño. No sé cómo ni entiendo muy bien sus motivos. Entiendo que él podía tener sus expectativas, pero lo razonable sería que también respetase las mías, ¿no? Supongo que él busca una relación convencional, lo cual me parece perfecto si es lo que desea. Pero la cuestión es que yo no busco nada, ni quiero nada diferente a lo que he tenido hasta ahora. Así me va bien, y en cuanto me libere de la Panadería de nuevo estaré hasta feliz y todo. ¿Por qué tenía que dar por sentado él que yo comparto sus planes de futuro? A mí me parecía que desde el principio quedaba bastante claro de qué iba esto, que no es precisamente de ser novios y pasar la tarde en el cine.

Ahora sólo espero que no ande vagando por las calles con su tristeza a cuestas. Ojalá tenga un buen amigo a quien llamar, de esos que le diga que todas las mujeres somos unas zorras y no valemos la pena. Espero que no lo pase mal, que no siga enfadado mucho tiempo conmigo, que consiga entenderme, aunque sea mínimamente. Pero, ¿cómo va a hacerlo si no he querido explicarle nada?

En mi casa me espera mi perrito, que se lanza a mis brazos y a lamerme la cara como si hiciera siglos que no me ve, y eso que hemos estado este mediodía jugando juntos en el jardín. Duncan es el único que me quiere y me acepta tal como soy, y está contento y satisfecho con lo que decido darle. ¿Mi padre? Me quiere con locura, por supuesto. Pero más que aceptar lo que ocurre es que se resigna a que algunas cosas sean como son, y en otras tiene la esperanza de que sea yo quien finalmente madure y cambie para amoldarme a sus deseos, a lo que él considera lógico y natural. Y quiere un nieto o nieta; de hecho, en esto último es en lo que estamos más de acuerdo.

J

Llego al portal de mi casa, y cuando voy a abrir aparece Marc. Está claro que para él soy tan transparente como para Violeta, porque enseguida me pregunta qué ha ocurrido y me arrastra al bar más cercano para tomarnos una cerveza y charlar. ¿Una cerveza, a estas horas? Yo lo único que quiero es un Colacao y meterme bajo las sábanas a llorar mi mala suerte. Pero es mi hermano y no me puedo oponer; y como me pilla con las defensas por tierra y deseando sacar todo lo que llevo dentro, en poco rato le he contado de manera

muy resumida lo ocurrido en los últimos días, concretamente desde que comencé a trabajar y se me cruzó en el camino la mismísima presidenta de la empresa en forma de Afrodita.

—¿Te has liado con Violeta Capmany? A ver, enséñame una foto...

Le digo que no tengo ninguna, que es la verdad, pero mi hermano tiene recursos y enseguida se pone a buscar por internet, cosa que a mí no se me había ocurrido. Le cuesta bastante encontrar una imagen de mi diosa, pero al fin silba y me pasa su móvil. Aparece ella en la entrega de un premio que recoge en nombre de su padre, en un círculo de empresarios o algo similar. No está tan guapa como al natural, es lo primero que se me ocurre.

—¿Esta Barbie con ojos de gata es...? ¡Pues sí que has mejorado desde tu última novia! —a Marc nunca le ha caído bien Anna, creo que le parece demasiado presumida y un poco falsa. Sigue buscando en internet—. Raro, pero no está en ninguna red social.

—No, no creo que le dedique mucho tiempo a las relaciones virtuales; es más de encuentros personales, me temo.

—Mira, hasta puedes bromear con el tema. Joder, tío, ¿tú sabes la suerte que has tenido?

—Marc, ¿qué parte de lo que te he explicado no has entendido?

—No te va a despedir; no si te estás callado y no le cuentas lo que ha ocurrido a nadie. Piensa que estás allí enchufado por nuestro padre y el suyo... No tienes que preocuparte. —mi hermano el práctico, tan diferente de mí, el imbécil.

—Me preocupa... haberla perdido a ella.

—Pues eres tú el que la ha dejado plantada, no sé si te das cuenta. Tu problema es que le das demasiadas vueltas a las cosas; siempre ha sido así, de pequeño ya eras igual. A ver, si una tía como esta quiere rollo, pues lo disfrutas y con el tiempo ya se verá... Si es que te has montado la película antes de tiempo.

—Me ha dicho que no quiere ninguna relación... sólo sexo —de verdad que ahora lo estoy diciendo y me siento como una damisela decimonónica a quien le han arrebatado la virtud— Marc, ya sé que soy un tío raro y no pienso como todo el mundo. Me duele...

—Mira, probablemente esté tan cabreada contigo que ahora ya dé todo igual. Imagina la de tíos que deben ir tras ella, por su pasta y por lo buena que está. Intenta tomarte esto como una experiencia más de la vida, que no todos

tenemos la suerte de habernos podido tirar a una tía así —se da cuenta de lo poco que me gusta su comentario— Vale, vale, no te mosquees. Si yo ahora mismo te admiro y todo. ¡Vamos, que eres mi héroe!

V

El martes llego bastante tarde. Me lo puedo permitir porque para eso soy la jefa; a ver quién se atreve a hacérmelo notar... La cara de Sandra me hace sospechar que cierta persona ha pasado por su mostrador esta mañana para contarle sus penas. Respiro profundamente y me dispongo a aguantar el chaparrón.

—¿Y bien? —mi amiga recepcionista es la única capaz de empezar una conversación de esta manera y que a los demás nos parezca normal y aceptable.

—Además de mi cuerpo, quería poseer mi alma... —intento ser lo más teatral posible para quitarle hierro al asunto.

—¡Ni puta gracia! —se cruza de brazos y me recuerda con este gesto a su madre, pero creo que no es el mejor momento de hacérselo notar.

—Ya veo que ha venido a llorar... —

—Ni siquiera me ha querido contar nada, el pobre. ¡Está fatal! Tiene pinta de no haber pegado ojo en toda la noche, y encima le toca estar ahí metido todo el día, con el Gris y los Pin y Pon —esa manía que Sandrita y yo compartimos de ponerles motes a todo el mundo. De verdad que los compañeros de... Bueno, que uno realmente es de color gris, y los otros dos son calcados a la parejita de muñecos de nuestra infancia.

—Dentro de un rato vengo a buscarte para tomar un café y te explico mi versión.

—No, dentro de un rato he quedado para desayunar con un amigo que lo está pasando fatal porque una vampiresa sin escrúpulos le ha robado el corazón, lo ha masticado y luego se lo ha escupido a la cara.

—¡Desde luego eres la reina del drama! —me está poniendo un poquito de los nervios.

—¡Y tú una insensible!

—Deberías estar escuchándome y defendiéndome a mí, y no ponerte del lado del primer yogurín de culo estupendo que aparece. No piensas en cómo

se debe sentir tu egocéntrica amiga, a la que han dejado plantada en la habitación de un hotel...

—¿Eso hizo? Pues mira: me alegro. Demuestra que tiene los huevos que a otros les han faltado.

—Me voy a mi despacho, que hoy no se puede hablar contigo. Si no vamos a comer juntas ya me lo dirás; a lo mejor decides consolarlo también entonces a él —no quiero ni imaginarme que ahora Sandrita también me dejara plantada.

—Vio, no sé si eres tonta o... Siempre quejándote de que todos los tíos son iguales, y cuando encuentras uno diferente lo mandas todo a la mierda — Hala, que si no suelta el discurso le da algo.

—Soy mala, malísima. ¡Qué le vamos a hacer! —me encojo de hombros indiferente.

—¡Descongélate, Elsa! — Y se pone a tararear, porque cantar no sabe, la canción más conocida de la película Frozen.

Me voy hacia los ascensores, pensando si la Lechuza también tendrá alguna lindeza que soltarme. Son las diez de la mañana y mi cuota de paciencia está ya más que superada.

J

Agradezco tener tanto trabajo estos días, lo que me hace estar concentrado en lo que hago y no tener tiempo para pensar una y otra vez en lo mismo. También porque mi cara de preocupación y cansancio se pueden achacar a ello y nadie me pide explicaciones. Sí pienso, mucho, porque si no no sería yo. Revivo la escena miles de veces y ahora sé que ni diría lo que dije ni reaccionaría como lo hice. Creo que no fui justo, que me pasé. Me desbordaron mis emociones y no tuve en cuenta nada más. Mi timidez me dice que la debería haber dejado actuar a ella. Soy de esas personas que se enfadan muy pocas veces, porque siempre comprenden el punto de vista de los demás, y me tiene que salir el genio con la persona menos indicada, con quien se ha portado bien conmigo; porque siendo realista no puedo decir que me haya engañado, ni escondido nada; soy yo quien se hizo ilusiones de algo que estaba claro que no podía ser.

Sandra se ha portado fenomenal conmigo. Me ha hecho alguna pregunta,

pero no me ha interrogado como podría esperarse de la mejor amiga de la otra parte. Ayer me invitó a tomar una infusión en la salita que está al lado de recepción y que ella considera “su territorio”; allí me estuvo explicando algunas cosas. No se pone del lado de Violeta, pero también la entiende, aunque dice estar más en sintonía con mi manera de pensar, y que ella en mi lugar se hubiese hecho todas las ilusiones posibles porque cree en el amor. Violeta nunca se ha enamorado, nunca ha tenido una relación más allá de salir dos o tres veces con un hombre; y creo que “salir” lo utilizó como eufemismo de otra cosa. Y sobre todo me dejó muy claro que la quiere como si fuera su hermana. Me gusta que sea así.

Quiso explicarme lo sucedido con los dos empleados que me mencionara Andrea, pero yo no dejé que lo hiciera. Si Violeta considera que no merezco esa explicación no me parece justo que su amiga me la dé. Tampoco me iba a servir de nada; lo que haya hecho con otros no significa que vaya a repetirlo conmigo. Creo que ahora entiendo, una vez que se me ha pasado la rabia y estoy sólo triste y desilusionado, que no es una bruja devorahombres, si no que busca en el género masculino algo muy concreto: sexo. Lo demás no le interesa. Esto no significa que me tratase mal, porque no lo ha hecho nunca, lo que ocurre es que su interés en mi bienestar, en conocerme no tiene nada que ver con el tema sentimental. Sandra dice que es una buena persona que se preocupa de sus amigos e intenta ayudar siempre que puede, pero que jamás mezcla amistad y sexo porque son dos conceptos incompatibles para ella. Supongo que eso me deja fuera de su vida por completo.

V

No estar ayer en la Panadería me ayudó a despejarme. Mi prima Clara me había pedido que la acompañase a mirar vestidos de novia, porque está cansada de ir con su madre y tía Goreti, que no la entienden en absoluto. Clara es la única de la familia que se atrevería a pedirme tal cosa, pues las demás “miembras” de la familia me consideran la hippie que no entiende de moda. Hasta creen que tengo a alguien que me asesora para mi vestuario desde que trabajo como ejecutiva. No seré yo quien las saque de su error.

El día estuvo bien, los vestidos de novia en general son preciosos y mi prima una chica divertida. Lástima que tenga el pequeño defecto de ser

incapaz de decidir nada, ni siquiera el estilo que quiere para su vestido y para la ceremonia en general. Y el novio, cómo no, lo ha dejado todo en sus manos que él ya tiene muchos quebraderos de cabeza con sus inversiones en el extranjero. Al final le hice durante la comida tres bocetos diferentes con tres estilos totalmente opuestos entre sí, y que vaya pensando cuál prefiere.

Pero hoy no hay más remedio que cruzar la puerta y enfrentarse de nuevo a... el Yogurín con Sandra en recepción. Me temo que el desayuno me está empezando a sentar mal. ¡Todavía tendré que aguantar que estos dos se líen!

Cuando me acerco más veo la mala cara de mi amiga, y que él le está diciendo algo de sentarse y descansar un poco.

—¿Qué ocurre? —mi simpático saludo.

Sandrita, muy pálida, va a contestarme algo y se apoya en mí. Menos mal que Jan es rápido y la coge, porque se desmaya y yo no podría sujetarla sola.

—Habría que llamar a un médico —dice con la chica en brazos como un perfecto caballero.

—No, al menos de momento. ¿Crees que puedes llevarla hasta mi despacho?

—Sí, claro.

Se dirige a los ascensores y no me queda otra que coger su mochila, que ha quedado abandonada en el suelo delante de la recepción. ¡Joder, cómo pesa! ¿Qué lleva dentro, un ordenador con todos sus complementos? Voy tras él al tiempo que le hago un gesto a Miquel para que ocupe el lugar de Sandra de momento. Jan me indica que le coloque su mochila en el hombro y así lo hago sin tardanza, que esa mole enorme y cargada como para irse una semana al Himalaya no combina en absoluto con mi bonito vestido de hoy.

—Sólo a nuestra drama queen se le ocurre desmayarse lejos de un sofá o una cama —comento mientras subimos a mi planta.

Jan no contesta. Sandra murmura algo. Decido llevarla a la sala blanca porque estará más cómoda estirada en uno de los sofás que tenemos allí. Abro y dejo pasar al príncipe azul con su enamorada en brazos. ¡Qué mal humor me está entrando y no entiendo el por qué! O tal vez sí: yo también quiero que me coja entre sus brazos y me mire con esa dulzura.

—A ver, princesita, ¿te ha venido la regla, o ha llegado tu madre a Barcelona?

—Las dos cosas —me hace un gesto para indicar que de estas cosas no se habla delante de un chico.

—No te preocupes, que aquí la criatura seguro que ya sabe que las féminas menstruamos —estoy de lo menos amable.

—Tengo madre y hermana, así que me hago una idea —. Se agacha y coge la manita de Sandra preocupado— ¿No te encuentras algo mejor?

—Sí, pero seguro que no te has follado a ninguna mientras la tenía —me estoy dando un poco de miedo a mí misma y todo— Vete a buscar un café, a ver si la espabilamos un poco.

Cuando nos quedamos solas interrogo a mi amiga, quien me cuenta que su madre le estuvo soltando la charla por todo ayer, como cada vez que viene, y luego ella se pasó la noche llorando y creyéndose la peor persona del mundo. La consuelo, y le digo que hoy se viene conmigo a mi casa, que mi padre estará encantado de tenerla con nosotros y la tata de poder mimar a alguien más.

—Lo traigo con doble de azúcar, por si sirve de algo —aparece tímidamente por la puerta Jan. Sigue pareciéndome tan sexy...

—Bueno, pues te quedas aquí con ella un rato, y si no mejora me avisas que entonces llamaré al médico o la llevaré yo misma. Voy a mi despacho que tengo algo muy urgente que hacer, y ya comunico yo a tu departamento que te incorporarás más tarde —me despido. Cierro suavemente la puerta y los dejo solos tras ella, tratando de analizar por qué me siento tan mal.

J

—Sandra ya se encuentra mejor y ha bajado a recepción —. Volver a su despacho me cuesta horrores. Violeta no aparta la mirada de su iPhone, con el que está fotografiando unos dibujos, o al menos eso me parece desde donde estoy— Podrías hacer eso con un programa...

—¡Quieto ahí! No te acerques más. Hace poco más de cuarenta y ocho horas de nuestro “encantador” encuentro y creo que aún seguimos siendo radiactivos el uno para el otro —me hace un gesto tajante con la mano cuando doy un paso para acercarme a ver mejor lo que hace— Estoy muy ocupada, y necesito enviar esto lo antes posible.

—También quería pedirte disculpas... por lo que dije... y cómo me comporté... el lunes... Yo...

—Vale, disculpas aceptadas. Pero ahora vete, no vayas a pensar otra vez

que quiero abusar de ti...

—No tengas tan mal concepto de mí... ni de los hombres en general...

—Tampoco es que hayáis hecho mucho como colectivo para ganáros mi respeto, la verdad —durante poco más de un segundo brilla en sus ojos claros algo que no llego a reconocer, pero que me hace pensar que algo ha habido en su vida que la hace tan fría y distante; un dolor profundo, un daño irreparable.

Salgo de la estancia recordando algo que Sandra me dijo ayer: la vida de Violeta no ha sido nada fácil. Nadie que conozca su historia completa, como es su caso, quisiera cambiarse por la rica y guapa heredera que parece tener el mundo a sus pies.

V

Se han llevado a mi padre al hospital. El doctor Segura me dice que son unas pruebas de rutina, pero no lo creo, no estaban programadas y algo ha tenido que ocurrir. ¡Por favor, por favor, por favor...! Tengo tanto miedo... No debería conducir en estas condiciones, lo sé. Debería haber cogido un taxi, y de paso llamar a alguien que me acompañase; vale, pero no he hecho ninguna de esas cosas. Ahora estoy metida en un típico atasco en medio de mi ciudad, con las lágrimas rodando por mis mejillas y sintiéndome la persona más desgraciada del universo.

J

He comido con Sandra tal como me pidió por teléfono Violeta que hiciera, pues ella tenía que ir al hospital a algo de su padre y quería asegurarse de que su amiga se alimentara bien. Yo he hecho de guardián y me he asegurado de que comiese un poco. Hemos charlado y en el postre se ha tenido que tomar un Ibuprofeno. No tiene muy buen aspecto, aunque siendo Sandra su cara es ahora mismo más bonita que la de la mayoría de mujeres que he conocido en mi vida; cuando está bien es increíble, de verdad. Bosteza y dice que la pastilla le da mucho sueño. Desde luego cada vez parece más adormilada, así que la convengo para que se eche un ratito en el sofá que hay en su salita cerca de la recepción. Me cuenta que esta habitación es “la Casita” donde jugaban de pequeñas Violeta, Rosa y ella.

—¿Quién es Rosa, otra amiga?

—No, Rosa era la hermana de Vio. Murió... —su semblante se pone triste

— Hazme un favor: no hables de ella con la jefa; y, sobre todo, nunca menciones su muerte...

—¿Rosa era la hermana mayor o la pequeña? —le pregunto.

—No sé, no recuerdo —bosteza y cierra los ojos.

Cojo una manta que hay a los pies del sofá y cubro a mi recién estrenada amiga, pues creo que el aire acondicionado del edificio no está pensado para ese escueto vestidito que lleva. Me pregunto si será normal que le afecte tanto la medicación, y cómo puedo hacer para dejarla dormir el rato que queda hasta que deba ocupar su puesto de trabajo.

Me giro con la idea de subir a mi despacho a trabajar un rato y pasarme por aquí más tarde a ver qué tal está. Choco de frente con Violeta que entra en ese momento en el cuarto. La sujeto de los brazos para que no caiga con la colisión y ella apoya sus manos en mi pecho. Nos quedamos inmóviles unos segundos, luego ella mira hacia su amiga dormida en el sofá:

—Vaya, parece la Bella Durmiente esperando a su príncipe.

—Se ha tomado un Ibuprofeno y se ha quedado dormida. Es un poco raro, ¿no?

—¿Seguro que sólo se ha tomado uno? Tú no la conoces bien, cuando se encuentra mal es capaz de hacer cualquier cosa para estar mejor

—Pues... la verdad es que no me he fijado tanto. No sabía... —me avergüenza no haber estado más atento.

—Es un encanto de mujer; deberías enamorarte de ella —me dice.

—Suponiendo que pudiera elegir de quien enamorarme... seguiría haciéndolo de ti —consigo por una vez que mis pensamientos y mis palabras se sincronicen.

—Estás loco, pero eres adorable... O eres adorable, pero estás loco —su voz suena cansada y triste.

—¿Y qué tal en el hospital?

—Bueno, no sé. Dicen que, dentro de lo normal, pero no estoy segura de sí es porque no me quieren preocupar. Sería muy típico de mi padre hacer algo así... —apoya la cabeza en mi hombro. Respira profundamente y sé que está haciendo esfuerzos por no llorar.

Le acaricio el pelo, que huele tan bien como toda ella. La abrazo despacio a riesgo de que me mande de un empujón y un grito al otro lado del planeta,

pero se deja hacer. Sé lo que necesita. Me muevo despacio con ella entre mis brazos. Acerco una silla y me siento y la siento sobre mí; la acuno mientras masajeo lenta y suavemente su espalda. Preferiría verla en su modo más diosa del Olimpo que tan vulnerable como ahora porque me duele su dolor, me entristece tanto su pena. Yo, que tengo la gran suerte de no haber tenido que preocuparme nunca por la salud de mis padres, entiendo que debe ser para ella espantoso pensar siquiera en perder al único progenitor que le queda; porque está claro que lo que tiene en mente Violeta ahora mismo es eso, estoy seguro.

—Déjame estar a tu lado. Prometo que no volveré a quejarme de nada, pero quiero formar parte de tu vida...

—Jan, yo no me acuesto con mis amigos; y los amantes ocasionales no son amigos.

—Son tus reglas, puedes decidir cambiarlas cuando quieras. De momento yo me quedo en el lugar que tú digas. Por favor, déjame estar cerca de ti.

Se levanta despacio. Está preciosa con un vestido casi blanco, con las mangas y parte de la espalda más o menos transparentes. Le falta sólo una sonrisa para ser perfecta.

—Te prometo que mañana hablamos. Si quieres quedamos por la tarde y... vemos cómo relacionarnos sin hacernos daño —seguimos cogidos de las manos— Voy a mi despacho a solucionar un par de cosas y me llevo a Sandra a mi casa, no hace falta que te preocupes por ella.

—Bien. Vuelve a casa y descansa —le doy un tímido beso en la mejilla.

DOS EXTRAÑOS BAILANDO BAJO LA LUNA

V

Es agradable conducir hacia el trabajo con tu amiga al lado charlando. Aunque tu amiga se llame Sandra y vuelva a sacar una y otra vez el tema de cierto chico tímido y de melenita sexy, por mucho que tú intentes desviar su atención hacia el bonito paisaje, el tiempo casi estival o lo maravilloso que es que hoy, por fin, sea viernes. Acabas reflexionando sobre que son ya muchos años de amistad, y esto ha degenerado de tal manera que parecéis ya un matrimonio con sus discusiones cíclicas y sus rutinas bien aprendidas.

—Tal vez deberíamos plantearnos la boda —le explico— Sobre todo por el bien de los niños...

—¿Los niños? ¿Te refieres a tu perro y mi gata? —pregunta, dejando de momento aparcado su monólogo sobre cierto empleado del área de informática.

—Sí, Duncan se hace mayor y debe entender que no puede mantener relaciones con Berska porque en realidad son hermanos.

—¡No pueden mantener relaciones porque él es un perrazo y ella una gata en miniatura! Además de la incompatibilidad por ser especies distintas está lo del tamaño; a ver si le explicas que no se puede estar tan salido... claro que los animales se parecen a sus dueños.

—Entonces, ¿te compro el anillo de pedida o no?

—No, que me estarías poniendo siempre los cuernos y me deprimiría. Yo, como sigo célibe de momento, sería una esposa ejemplar.

—Pero tendrías dos semanas de vacaciones para la luna de miel. Creo que te llevaría al Caribe, que tú eres muy clásica para esas cosas.

—¡Joder, vacaciones en el Caribe! Sí, sí quiero. Luego no me pidas que cumpla con mis deberes conyugales que paso de tu chichi.

—Pues no será porque hayas encontrado uno más salado —y las dos nos partimos de la risa.

Claro que en cuanto nos secamos las lágrimas y nos aseguramos que nuestros maquillajes siguen impecables, Sandra María Teresa vuelve a la carga...

—Vio, de verdad, ese chico está hecho para ti.

—Ah, pues qué ilusión que fabricasen un yogur pensando en mis necesidades. La lástima va a ser lo de la fecha de caducidad —contesto, y lo hago con estas palabras básicamente para fastidiarla un poco, por pesada.

—¿Por qué no puedes plantearte tener una relación estable con alguien? ¡Es que no me puedo creer que no sientas nada por él!

—Mira, las relaciones que veo a mi alrededor no me resultan muy prometedoras: las tuyas hasta el momento han sido un desastre, tus padres acabaron divorciándose, mi amiga Mónica lleva el mismo camino. ¿Dónde están las parejas felices, que no las veo?

—Tus padres fueron felices... —Sandrita lo dice con cierta precaución, pues sabe que no es algo de lo que me guste hablar demasiado— Y yo lo seguiré intentando; sé que un día encontraré la persona junto a la que podré envejecer, y seré feliz a su lado.

—Mis padres fueron felices a su manera, bastante extraña y muy cuestionable según algunos. Y probablemente tampoco yo sirva para una relación convencional...

—Pues de momento empieza por probar una relación a secas; lo de si es convencional o no ya se irá viendo. Tú no tienes por qué heredar las mierdas de tus padres. Al menos, yo espero no hacerlo de los míos.

Llegamos a la recepción cinco minutos antes de la hora en que Sandra debe ocupar su puesto, pero ésta enseguida exclama encantada que alguien ya ha pasado por allí. Saca un paquete con un lazo y mi nombre, y no tengo la menor duda de quién lo ha dejado. Leo la tarjeta: “El chocolate y el cariño son el mejor remedio contra la tristeza”. Firma con una sola “J”, pero, aunque no pusiera su inicial sabría que son unas trufas que Jan ha dejado para mí. Sandrita quiere leer la tarjeta, y sobre todo quiere comer alguna trufa; me mira igual que lo hace Duncan cuando espera una galleta de perros.

—Luego, con el café —y me voy camino de mi despacho un poco más contenta que antes.

J

Normalmente dejo mi móvil en el cajón o en la mochila, y lo miro sólo cuando ya voy a salir. Pero hoy tengo la intuición de que Violeta me mandará un mensaje, y quiero enterarme enseguida. Claro que también puede llamar por el teléfono fijo, pero cruzo los dedos para que no lo haga. He oído algún cuchicheo entre mis compañeros desde ayer por la tarde, supongo que motivados por mi acompañamiento a Sandra. No sé si caen en la cuenta de esas llamadas de Dirección que pedían que fuese yo en concreto a solucionar los problemas del ordenador, pero me temo que atan cabos... o se montan una película, que es peor. Me ha parecido entender hace un rato que José Luis le comentaba algo a Jordi de “un trío con esas dos”, y he creído que se refería a... Bueno, me parece que todo el mundo habría pensado lo mismo que yo. Me ha dado rabia y vergüenza a partes iguales. Pero no he dicho nada, claro, porque siempre huyo de los conflictos y porque ni siquiera estoy seguro de haber oído bien. Y si al preguntar me confirmasen que se reían justo de eso que yo creo, ¿qué haría, ponerme a dar explicaciones como un imbécil o decirle lo que pienso de ese tipo de comentarios tan trogloditas? Seguro que a lo segundo no me atrevería. Sí me imagino a Afrodita capaz de soltarles alguna de las suyas, dejándolos hundidos en la miseria. Mi conciencia me da un toque para que siga trabajando y deje de divagar.

Una vibración en el bolsillo posterior de mi pantalón me comunica que ha entrado un WhatsApp, que corro a leer:

¿Están envenenadas?

De manera disimulada contesto y sigo leyendo:

No.

¿Tampoco les has puesto laxante?

Tampoco.

Pues menos mal porque ya me he comido tres. Y las dejo en la nevera porque si no, acabo con la caja.

Sonríó mientras salgo camino del baño, que se me ocurre que es el lugar más discreto.

Por cierto, muchas gracias... Pero me sigue faltando el cariño...

Todo el que quieras cuando quieras.

Había pensado que, si quieres, podríamos quedar esta tarde en una terraza cerca de mi gimnasio.

No me lo puedo creer: Violeta me propone quedar, y no en un hotel directamente.

Me parece genial.

Pues luego te digo la hora y el sitio exacto. Ahora voy a compartir mi tesoro con una hambrienta que me está pidiendo insistentemente...

Me doy cuenta que no le he preguntado ni por su padre ni cómo se encuentra Sandra. Estoy ya volviendo a mis tareas, que son muchas, así que lo haré después cuando me envíe la ubicación del sitio en el que nos veremos. No quiero ni pensar en ello, el momento en el que nos veamos a solas; por una parte, lo anhelo con desesperación, y por otra acuden todos mis temores por si vuelvo a meter la pata, por si no conseguimos entendernos y decide finalmente que yo no valgo la pena.

V

La clase me la podría haber ahorrado, la monitora tiene razón: si estás con la cabeza en otro sitio no sirve de mucho que tu cuerpo esté aquí. No es exactamente que esté preocupada o nerviosa, lo que ocurre es que no sé cómo enfrentar una situación que es nueva para mí. Si alguien me preguntase si quiero seguir viendo a Jan, la respuesta sería un Sí rotundo. Si me cuestiono qué estoy dispuesta yo a dar en cuanto a lo que intuyo que él quiere... No tengo ni idea, mi cerebro busca por todas partes una respuesta que no existe, no la tengo porque jamás se me ha planteado una situación parecida. Sé que quiero que me bese, que me acaricie, que me desee. Hasta quiero que me quiera, me temo. Pero, ¿qué estoy dispuesta a dar a cambio? No lo sé; siendo absolutamente sincera creo que no tengo nada que ofrecer.

Me voy a mi cita con un vestido corto de flores, mi capazo nuevo y mis sandalias a juego. El pelo me lo recojo en una cola alta, y poco más puedo hacer por él en el vestuario del gimnasio. Está bien que el Yogurín vea algo de la Violeta real a la que tan poco conoce. A lo mejor así le parezco demasiado normal y no hace falta que nos cuestionemos cómo hacerlo encajar en mi vida.

Llego al lugar donde hemos quedado y enseguida lo veo sentado a una mesa tomándose una Coca-Cola y jugando nervioso con la lata de refresco. Hay un grupo de chicas muy jóvenes sentadas cerca que se lo están comiendo con los ojos, lo miran y se ríen sin que Jan se dé cuenta de nada. No entiendo cómo es posible que no sé entere de lo atractivo que resulta. Me ve, sonrío y se levanta enseguida. Su abrazo de oso, en el que me envuelve casi por completo me hace sentir que todo va a ir bien esta noche.

J

La veo llegar y me levanto. Está tan guapa, tan natural. La abrazo sin poder resistirme a ello; huele a gel de ducha. Me doy cuenta de cómo todas las cabezas masculinas se han girado para mirarla, y parte de las femeninas también.

Nos sentamos, pide su bebida y nos empezamos a mirar la carta de montaditos que hacen aquí, porque dice Violeta que tiene mucha hambre. Me

alegra oírsele decir, porque yo diría que cada día está un poco más delgada; no le digo nada al respecto porque las chicas por algún motivo bastante tonto llevan fatal que se les hable de su peso.

—¿A ti nunca te ha dicho nadie que no deberías beber esto? —parece que ella sí va a opinar sobre mi bebida, pues señala la lata vacía.

—Pues no sé, cuando era pequeño puede, pero por mucho que tú me llames Yogurín he cumplido ya los veintiocho —me defiendo— Y a ver qué voy a beber si no...

—Refrescos sin cafeína, zumos, infusiones sin teína, cerveza sin alcohol, agua con gas, horchata... —no se lo piensa ni dos segundos antes de soltarme la lista entera, mientras con una mano detiene mi juego insistente con el envase del refresco— Cualquier cosa que no te haga ponerte más nervioso. Lo de Yogurín supongo que te lo ha chivado cierta recepcionista. Pero como resulta que eres más joven que yo, y encima aparentas menos edad y todo...

—Mira quien fue a hablar; aún como vistes en el trabajo pasa, pero hoy con esa ropa pareces una universitaria... Una universitaria preciosa, claro, pero demasiado joven para mí —la hago reír, cosa rara porque no tengo mucha gracia.

—¡De eso nada, bonito: tú eres el Yogurín y yo la asaltacunas! Seré yo quien te pervierta a ti. Bueno, sólo si me dejas.

Nos traen los montaditos que hemos pedido, lo que me permite cambiar de tema y no tener que aceptar (o no) que me pervierta. Me siento tan torpe que si contesto a eso seguro que meto la pata. Por fin recuerdo preguntarle por la salud de su padre y cómo está ella de ánimo. Yo, que soy experto en darme cuenta de cómo se siente la gente, con Violeta hay veces en las que no estoy seguro, creo que porque juega al despiste y a esconder sus emociones, y hay muy pocos momentos en que éstas quedan al descubierto.

Sigue pensando que el médico y su propio padre le esconden algo, pero también cabe la posibilidad de que lo piense porque no es la primera vez que disimulan para que no sufra. ¡Cómo me gustaría poder ayudarla de alguna manera!

Hablamos también de la empresa mientras comemos y me confirma que lleva unos pocos meses en ella y que está resultando bastante duro, pero no me aclara dónde estaba antes ni a qué se dedicaba. Me contesta con un “Las niñas ricas y caprichosas no suelen dedicarse a nada, excepto comprar con la tarjeta de crédito que les da papá”, y sé que me está mintiendo y que sería incapaz de

vivir de la fortuna de su familia sin tener proyectos propios. Cambio de nuevo de tema:

—Y si la empresa es una panadería y yo ya sé qué soy... ¿qué producto sois Sandra y tú?

—¡Un par de brujas, para qué te voy a mentir! —nos reímos al unísono con su absoluta sinceridad— Creo... que nosotras podríamos ser la levadura: somos las más capacitadas para hacer subir... cualquier tipo de masa.

—Si no me equivoco, os critican bastante por eso en los baños de la primera planta —y justo después de decirlo me doy cuenta de que he metido la pata.

—Tranquilo, no pongas esa cara, ya lo sé. Supongo que en todos los baños. La suerte que tiene Sandrita es que lleva muchos años allí y, de la misma forma que hay gente que no la soporta o se siente ofendido por su manera de ser, también hay muchos que la doran y le son incondicionales...

—¿Se sienten ofendidos por su manera de ser? A mí me parece adorable.

—Para algunos, y algunas, nosotras dos somos un par de golfas; y en vez de intentar cambiar su forma de pensar para adaptarse al mundo actual, pretenden que cambiemos nosotras para encajar en su idea machista y retrógrada de cómo deben ser las cosas. Y perdón por el discurso feminista, que ahora no tocaba —lo dice seria, pero no enfadada.

—Mi hermana dice que las mujeres lo tenéis muy difícil, porque hagáis lo que hagáis siempre hay alguien que os critica —le comento.

—Y puestas a ser criticadas, mejor hacer lo que te dé la gana...

—Sabes que yo no opino así, ¿verdad?... que yo no... que a mí no me pareces...

—Supongo que ese es uno de tus encantos, y por eso entre otras cosas me gustas tanto —mi Diosa clara y directa, mirándome a los ojos.

Le acaricio la mano que tiene sobre la mesa. Ojalá pudiera yo expresarme como ella, con esa sencillez y naturalidad. Aunque quizá sea mejor que no me atreva a decir lo que siento por ella, no se vaya a... Bueno, ¿y acaso no lo sabe? Ayer creo que se lo dejé muy claro en “la Casita” mientras Sandra dormía; ahí lo solté porque no me paré a pensar ni un segundo...

Hábilmente Violeta cambia de tema y acabamos la cena hablando de su ropa, porque quiere saber si me gusta más como viste en el trabajo o cuando quedamos. No sé cuál es la respuesta correcta, pero ella me anima diciendo que sólo es una opinión

—Pues ahora estás muy guapa y juvenil; pero la verdad es que me gustas más sin nada... —creo que el chacolí que hemos bebido ya ha empezado a hacerme efecto. Esto de no estar acostumbrado al alcohol...

—¡Menos mal! Lo contrario me decepcionaría bastante.

—Me encanta tu tatuaje —definitivamente he bebido demasiado para controlar mi lengua.

Se acerca más hacia mí, de tal forma que el escote del vestido se hace más pronunciado y el tatuaje queda al descubierto. ¿Realmente puede calcular cómo hacerlo? Nos damos un suave beso, apenas un roce de nuestros labios.

—No sé si...

—Yo...

Empezamos los dos a hablar a la vez. Le hago un gesto para que continúe ella:

—No sé si puedo invitarte a una copa en mi casa...

—¿En casa de tu padre?

—Sí, pero él no tiene por qué enterarse a menos que quieras saludarlo. Y si se entera tampoco pasa nada; respeta mi intimidad, si no fuera así, no podríamos vivir juntos —me explica— Pero ahora dime tú lo que habías empezado.

—Yo... yo quiero estar contigo... Que mira, también sirve de contestación y así me ahorro una frase...

Nos levantamos y vamos hacia su Audi. Esta vez he pagado yo y, sé que es una de mis neuras, pero me siento mejor por haberlo podido hacer. De repente pienso en lo que hemos bebido y en el coche... pero ella no le da importancia.

—Sólo he bebido dos vasitos de un vino suave, y llevo conduciendo desde los dieciocho; sin contar con que este trayecto lo hago casi a diario.

Me quedo pensando unos segundos que debí equivocarme al interpretar que la hermana y la madre de Violeta murieron en un accidente de tráfico. Si fuera así seguro que no se lo tomaría tan a la ligera. Luego miro la enorme luna que tenemos sobre nuestras cabezas. Es una noche de primavera realmente bonita.

V

Si fuera él quien conduce yo no podría dejar las manos quietas, pero como

el chico es prudente se mantiene a distancia; con toda la razón, que soy perfectamente consciente de que algo he bebido y debo poner toda mi atención en la carretera. Llegamos y dejo el coche aparcado y vamos hacia el ascensor. Tecleo un código de seguridad y le explico que es para que luego pueda salir de la casa sin dificultad y sin que salten las alarmas. Está tenso. Me toma la mano en silencio.

—Eres el primer hombre que entra en mi cuarto —le confieso— si obviamos a mi padre y los empleados que hicieron la reforma.

Levanta la ceja y me lo comería.

—¡Te lo prometo! Pero, ¿te ocurre algo?

—Me siento... abrumado. Si alguien me ve se va a pensar que soy el jardinero.

—Claro, el que cuida la Dama de Noche —le sonrío y me doy cuenta de algo que para mí pasa desapercibido porque es normal: la mansión familiar de los Capmany impone. No somos amigos de las ostentaciones, pero aun así es evidente el estatus que sugiere— Si te hace sentir mejor, mi vestido es de las rebajas de Zara del año pasado. Diría que me costó 29,95 euros y me pareció caro... Sabes lo que es Zara, ¿verdad?

—Sí, sí, claro. Vale, somos los jardineros que venimos a regar de noche... —nos reímos— Espera, ¿Yo he dicho eso? Creo que el vino me sienta fatal.

Parece algo más relajado. Le paso los brazos en torno a su cintura.

—¿Por qué has decidido traerme hoy aquí? —pregunta.

—Quiero que sepas que eres especial para mí, que... —me besa, y menos mal porque por una vez no encuentro las palabras para continuar.

—¿Qué ha cambiado del lunes a hoy? Y perdona si la pregunta es inconveniente, ya conoces mi torpeza...

—Te he echado de menos, no sólo físicamente... Me sentí mal pensando que tú estabas mal. Pero yo no sé... No puedo prometer... Yo...

Volvemos a besarnos y llegamos a la última planta, donde se encuentran “mis aposentos”. Le advierto que es casi una vivienda independiente para que no se asuste al entrar. Y rápidamente tengo que avisarle de la llegada de Duncan, pues oigo las pisadas de sus patitas que me anuncian que corre escaleras arriba; saco las galletas y le doy varias. Es importante que se caigan bien. Mi perrito llega y me saluda tan efusivamente como siempre, aunque nos hemos visto este mediodía y hemos estado jugando un rato en el jardín, como siempre que tengo algo de tiempo. Sus sesenta y pico kilos advierten la

presencia de Jan y van a por él. ¡Menos mal que es un tío grande y fuerte! porque le planta las dos patatas de delante en los hombros y a cualquier otro que no esté acostumbrado podría tirarlo al suelo; de hecho, no sería la primera vez que ocurre. Como le da una galleta tardan nada en ser los mejores amigos; mi Yogurín lo acaricia y le habla con cariño.

—Cuando me hablabas de tu cachorrito... —Duncan le da con la pata para pedir más chuches.

—Ya, te imaginaste algo más pequeño. Es un labrador mezclado con no sabemos muy bien qué, pero está claro que enorme.

Abro la puerta de mi cuarto mientras le explico que mi padre hizo instalar una cerradura que se abre con tarjeta magnética para que me sintiera con mayor intimidad; nadie excepto para hacer la limpieza entra sin mi permiso, y la chica lo hace asegurándose antes de que no estoy. Asiente y creo que le agradece a mi padre la idea; le debe horrorizar pensar que nos pueden pillar, como si fuésemos dos adolescentes. Bueno, yo diría que los adolescentes de ahora meten en sus habitaciones a quien les da la gana sin demasiado protocolo.

Enciendo luces y música y le explico que voy a darle las buenas noches a mi padre, y que lo dejo sólo con mi “bebé”, que me lo cuide bien.

J

El cuarto de Violeta es en realidad un loft probablemente más grande que el piso de mis padres. Diferentes ambientes separados por estanterías enormes llenas de libros o por paredes de poco más de un metro de altura. Una gran cristalera y unos escalones que dan a la zona del dormitorio. Subo. Me llama la atención una foto en la que se ven dos bebés disfrazados de conejitos de peluche con largas orejas de terciopelo. Mi chica es el de color rosa, inconfundible ella por sus ojos verde claro; el bebé/conejito azul duerme recostado sobre ella. Me parece una imagen muy tierna. La cama, ni pequeña ni grande pero llenísima de cojines, me sorprende porque está pegada a la pared en un lateral además del cabezal; no es lo más habitual cuando se tiene tanto espacio libre como es el caso.

Duncan, que me sigue los pasos y al que no le he prestado mucha atención por estar deseoso de empaparme de todo lo que es de Violeta, hace un ruido y

me indica una puerta en la cristalera. Se accede a una terraza con sillas, mesa y tumbonas. Da a un inmenso jardín donde no puedo apreciar gran cosa pues todas las luces están apagadas. Huele a flores. El perro me demanda otra galleta y no se la niego. Me siento y pone su cabeza en mi rodilla.

—¿A ti te gusta tanto como a mí? —le pregunto sin mucha esperanza en que me responda.

Me mira fijamente y hace un gesto que yo diría que es afirmativo. Lo acaricio; la verdad es que es un animal precioso, y tranquilo; al menos eso me parece de momento. Siento el disparo de una cámara y un flash.

—Estáis muy guapos los dos —sale Violeta con el móvil en la mano.

—No es justo, yo no tengo fotos tuyas.

—Papá dice que cuando acabes aquí conmigo bajas para hablar con él —seria, luego se ríe porque no aguanta más— Es broma, claro. ¡Qué cara se te ha puesto!

Tiro de ella y la siento encima mío. Ganas de darle unos azotes en el trasero por su bromita.

—Si me va a obligar a casarme contigo por haber mancillado tu honor, bajo enseguida...

—Lo siento, has tenido mala suerte: es muy liberal.

—Me conformo entonces con una foto —la beso como método de persuasión. Duncan lloriquea.

—Vale, un selfie de los dos aquí juntitos. Pero no se la vas enseñando por ahí a todo el mundo, y mucho menos compartirla —habla y consuela a su perro, que a ver por qué parece ahora tan triste con lo alegre que estaba hace un momento.

Nos hacemos varias: sonriendo a la cámara, besándonos, besándonos más... Y el perro que llora cada vez que lo hacemos, y me aparta con el morro la mano que había puesto tan a gusto en el trasero de su dueña. Mientras ella le acaricia y presta atenciones, yo le explico que el lunes me sinceraré con mi hermano y le conté lo nuestro. Temo que se enfade, pero no me gusta ocultarle que hay alguien además de Sandra que sabe... bueno, que hay algo. Me dice que se alegra que pueda hablar con mi hermano de todo, aunque tengo que corregirla y decirle que lo habitual no es eso, pero que ese día necesitaba a alguien de confianza. Lo entiende perfectamente y le parece muy bien, pero me pregunta si Marc es discreto.

—Sí, con mis cosas sí. No se lo dirá ni a su novia ni a mi madre, que son

sus dos chicas preferidas. Pero... también le he dicho que hoy quedábamos y eso...

—¿Y le quieres enviar la foto a él? ¿Para que vea que estamos juntos, que todo está bien? —lo adivina al milímetro.

Asiento y me da permiso. Se mete corriendo en el loft porque dice que tiene frío, lo que no me extraña contando que ya está descalza y el vestido no tapa demasiado.

—Otro día busco una manta y nos quedamos en la hamaca mirando las estrellas, si te apetece —me lo dice mientras juguetea con sus labios en los míos y... Duncan lloriquea de nuevo e intenta meterse entre nosotros dos —. ¿Qué voy a hacer yo con este cachorrito?

Suavemente cogido del collar lo acompaña a un colchón que hay entre los dos sofás, le da un peluche y le manda echarse. El perrazo obedece y hasta cierra los ojos.

V

—Voy a preparar unos combinados —no le pregunto qué prefiere porque es muy capaz de pedirme un vaso de leche con galletas.

Asiente y va mirando las colecciones de libros que llevo acumulando desde la niñez; y contando que lo nuevo que adquiero lo tengo en mi casa de Sant Pol de Mar y no aquí. Coge una novela y me mira divertido.

—Así que tú también lees estas cosas, como mi hermana —no sabe en qué jardín se está metiendo. Me dan ganas de ponerle doble de alcohol...

—¿Tienen algo de malo? También es literatura —me defiende, y no sabe él hasta qué punto.

—No pareces del tipo de chicas que leen libros románticos...

—¿Y qué parece que leo yo: el Kama Sutra volumen II? —me acerco, le cojo la novela y la dejo en la estantería— Otro día ya discutimos de arte si quieres, y de preferencias literarias.

Nos besamos, y en pocos segundos mi labrador vuelve a estar interponiéndose entre los dos.

—Supongo que llevarlo a dormir a otro sitio no es una opción —me pregunta Jan tímidamente.

—Pues no, porque menuda podría liarla. Si la Tata estuviese despierta

aún, pero creo que hace rato que duerme —. Lo intento una vez más— A ver, chiquitín, que este chico tan guapo y mami quieren estar un ratito... como tú con Lucy, ¿lo pillas?

Acompaño a mi mascota a su camita y cojo los combinados. Me pego con más ganas a mi Yogurín, que el pobre está ya más que impaciente, aunque intente tomarlo con filosofía. Apago todas las luces excepto las de la cama y lo guío hacia ésta.

El primer polvo es siempre una colisión de dos cuerpos que se atraen y se buscan con desesperación, una fusión de dos elementos distintos, pero altamente compatibles; es un río que discurre veloz al encuentro con un mar que lo hace suyo; la lluvia torrencial de un día de verano que es acogida con deleite por la tierra seca y caliente. El primer polvo es siempre una explosión, un estallido de sensaciones que acaba en una pequeña muerte y un plácido despertar, lento y perezoso.

J

“Dos extraños bailando bajo la luna

Se convierten en amantes al compás

De esa extraña melodía que algunos llaman destino

Y otros prefieren llamar casualidad.”

En algún momento antes del clímax oigo la canción *Destino o casualidad*, de Melendi; pienso que sin duda de tener una, ésta sería la nuestra. Ya sé, no es muy normal estar escuchando la música en esos momentos, pero no es algo voluntario en mí; simplemente la oigo y una parte de mi mente hasta puede pensar lo bonita que me parece. Abro los ojos y, al mirar a los pies de la cama, allí está la enorme cabeza de Duncan y su babeado cerdito de peluche. Violeta vuelve de donde quiera que la lleve el placer, que sin duda es muy lejos. Y me encanta que sea así: imagino sus átomos dispersándose por la fuerte explosión y luego, poco a poco, volviendo a juntarse para, una vez reunidos todos y cada uno de ellos, hacerla renacer de nuevo. Mira lo mismo que yo y sonrío.

—Bueno, supongo que debemos agradecerle que no haya decidido sumarse

a la juerga —murmura risueña.

Va en busca de las trufas que le regalé ayer y me provoca con una entre los labios. Intento quitársela con mi boca y acabamos besándonos y devorando la trufa y nuestras bocas, todo a la vez. Cojo el móvil porque lo he sentido vibrar (sí, también eso) y veo que hay mensajes de Marc. La cabeza de una rubia se interpone entre mi visión y la pantalla. Me hago sitio para enterarme de las posibles barbaridades que mi hermano ha podido soltar y la protagonista de las mismas esté leyendo en este preciso instante:

¿Estáis juntos?

Me alegrooooooooo!!!!!!! (varios emoticonos de celebración)

La señora Presidenta está espectacular!

Suspiro aliviado porque creo que podría haber sido mucho peor. Me quedo sin aliento cuando Violeta me quita el iPhone de las manos y dice que ya contesta ella. Teclea rápido y sólo me deja mirar cuando ya lo ha enviado:

Muchas gracias. Estamos en la cama. Soy la señora Presidenta!

Nos reímos y comemos otra trufa a medias. Creo que a mi hermano le va a encantar esta salida de mi chica.

—Tu hermano, ¿es tan guapo como tú? —está sentada sobre sus talones, a mi lado, y ofrece una de las imágenes más bellas que pueda imaginar. No entiendo como nadie le ha pedido que pose para una pintura o una escultura. O tal vez si lo hayan hecho; en realidad no sé nada de su vida.

—Eh... Ah, sí... Yo diría que mi hermano es el guapo de los dos. Es dos años mayor que yo y siempre ha tenido mucho éxito con las chicas; además es muy simpático y eso —le cuento.

—A ver: fotos de la familia. No me creo que sea más guapo, ni que tenga estos pectorales que tanto me gustan...

Busco en el móvil. Tampoco es que tenga muchas fotos de mi hermano, ni de la familia. Le enseño algunas del cumpleaños del yayo, en las que también sale Anna, por desgracia. Espero que Violeta no se fije en ella, pues no estábamos ya nada bien como pareja y no aparecemos en las imágenes muy cariñosos el uno con el otro; claro que tampoco fuimos nunca muy dados a las muestras públicas de cariño. ¡qué diferente creo que sería ahora con la diosa que tengo al lado! Dudo mucho que con ella quisiera, o pudiera, reprimirme.

—Lo dicho: es mono, pero tú estás más cachas y eres más alto... Sin duda tú eres más atractivo, sobre todo cuando sonríes; claro que cuando te pones tímido dan ganas de... —se interrumpe y me señala con el dedo precisamente

a Anna— Esta es tu ex, ¿verdad?

Afirmo con la cabeza sin saber qué decir. Se encoge de hombros con lo que me parece total indiferencia. Pensándolo bien, ya sabe que existe, que me dejó y más o menos cómo fueron las cosas... Y, siendo sincero y sin rencor, la pobre Anna no puede compararse con Violeta sin salir muy perjudicada.

—¿Qué te parece? —tal vez sería mejor no preguntar.

—¿Sinceramente?

—Sí, por favor...

—Creo que debes dar las gracias por haberte librado de una pedorra como esa y... —se empieza a reír— que has salido ganando mucho con el cambio.

—Me encanta que estés tan segura de ti misma; es una de las cosas que más me atraen de ti —le digo sinceramente mientras paso un dedo desde su frente, por su bonito rostro, su cuello, su pecho, y sigo bajando y bajando dibujando su contorno hasta sus pies.

Ella resigue mis pectorales marcados:

—¿Natación o waterpolo?

—Antes los dos. Ahora intento ir a la piscina cuando no estoy demasiado cansado o tengo trabajo en casa.

—...o alguna rubia con malas intenciones te seduce —habla al tiempo que lame una supuesta mancha de chocolate de mi barbilla— Y que sepas que a mí me gusta todo lo que conozco de ti, el interior tanto como el exterior... Y por eso te voy a comer entero...

Se aleja y aparece con su andar más seductor. ¡Venga, de ella todo me parece igual de seductor, a quien voy a engañar a estas alturas! Me fascina mirarla.

Me enseña un preservativo. Abre el envoltorio con soltura y... se pone el profiláctico entre los labios igual que hiciera antes con las trufas. Se acerca y me lo coloca en el pene, que está más que erecto, muy diestramente con su boca de tal manera que yo pueda ver cómo lo hace. Medio recostada sigue acariciando mi sexo, con una mano el escroto, con los labios alrededor y subiendo desde la base de mi pene haciendo que la erección crezca aún más.

—Sabes a fresa y plátano, Yogurín —me susurra.

—¿Y no hay nada para mí?

Se gira felina y me pasa una rodilla al otro lado de mi cuerpo. Echa el aliento en mi glande, que no ha tocado aún. Juega con los labios, me roza con el filo de sus dientes... Ante mí su sexo, desde una perspectiva nueva y

diferente que nunca antes había tenido, como una flor húmeda y misteriosa que se me ofrece sin complejos.

—Siento si rompo este momento de romanticismo absoluto —me mira con una postura imposible— Pero debo advertirte que no tengo protección para ti, aunque sí puedo asegurarte que no tengo ninguna enfermedad de transmisión sexual. Vale, supongo que el que levantes la ceja de esa manera que me resulta tan provocativa significa que ahora mismo eso te importa tirando a un rábano.

Sigue a lo suyo: su lengua arriba y abajo por mi miembro, sus dientes jugueteando a marcar sin morder, su mano en mis testículos y mi cuerpo pidiendo más. No me paro ni un segundo a pensar qué ha querido decir con lo de la protección. Beso tiernamente su vulva, su clítoris, su perineo, sus muslos. Mi lengua explora y mis labios succionan al tiempo que oleadas de placer llegan de los juegos de Violeta en mi sexo. Ella sube el ritmo de sus caricias, yo también. Sus labios besan mi glándula a través del látex y su boca se abre para albergarme. Mi lengua se introduce en su interior, mis dedos acarician el clítoris. Sigue, sigo... seguimos... Noto su orgasmo en las contracciones de su vagina y mis gemidos de placer mueren también en su sexo.

Acabo de descubrir a mis veintiocho años que el sesenta y nueve es la postura sexual más silenciosa de todas. Ya sé: tengo pensamientos absurdos en los momentos menos adecuados, pero así soy yo. Y por alguna extraña razón que no llego a comprender, a esta mujer tan maravillosa le gusto. Me doy cuenta también que mi timidez, mi inseguridad y mi conciencia se han tomado la noche libre. ¡Muchas gracias, chicas!

Esta vez, al mirar hacia los pies de la cama, ni Duncan ni su peluche están ahí. Supongo que nuestras actividades le deben resultar de lo más aburridas y ha decidido descansar cómodamente en su colchón.

Ya bien entrada la madrugada salgo de la mansión de manera algo furtiva, o eso me parece a mí. Desde luego hubiese preferido quedarme a dormir, pero ni Violeta lo ha ofrecido ni yo lo he querido insinuar. Con la ayuda de Google Maps me oriento porque en principio no tengo mucha idea de dónde estoy exactamente. Estoy cansado, pero es una noche clara y cálida que invita a caminar.

DISFRUTANDO EL MOMENTO, O UN CHANEL COLOR CEREZA

V

Cuando me desperté ayer Jan ya no estaba, y en su lugar Duncan dormía feliz en la cama junto a mí. Me pareció lo más razonable, pues ese es el lugar habitual donde duerme mi perro y así me gusta que sea. Comí con mi padre, que me estuvo mirando de una manera sospechosa pero no me dijo nada. Yo tampoco le conté, y eso que no hubiese tenido problema en hacerlo, exceptuando revelar la identidad de mi acompañante. Como él no se decidió a preguntar, yo me hice la tonta y lo dejé con la intriga, que me imagino que no va a ser tal, o no durante más de uno o dos días. Pocas cosas de mi universo pueden escapar a la vigilancia paterna. Lo tengo asumido, lo que no significa que le tenga que hacer un informe yo misma si no me sonsaca con gracia y habilidad. Ya digo que no fue el caso.

Cogí a mi mascota y mi coche y salí huyendo de la casa antes de que llegasen mis tías, dispuestas a comentar todos y cada uno de los preparativos de la boda de Clara. Me ahorro el encuentro y ya mi prima me pondrá al corriente de las novedades. Lo siento por mi padre, por su tarde soporífera, pero podría decirles a sus hermanas que no hace falta que lo visiten tan a menudo, o que si lo hacen sea para disfrutar juntos de un buen concierto o una buena película... Cualquiera cosa que las mantenga con la boquita cerrada.

Por la noche durante la cena en grupo, ya en Sant Pol, les dije a Mónica y Raquel que hoy tocaba desayuno de chicas en mi casa, que era urgente. Y aquí las tengo, con la barriga bien llena de churros después de habernos zampado no sé cuántos, y las orejas bien abiertas.

—Estos churros son lo único que he mojado en varios meses —se lamenta Raquel, suspirando ruidosamente, mientras el bebé gatea a nuestro alrededor.

—Bueno, al menos tú tienes la excusa de haber parido, tener un bebé al que cuidar y no tener pareja. Yo “sí” tengo pareja, en teoría, y estoy igual que

tú —Mónica la acompaña en el lamento— Creo que llevamos ya un mes sin hacer nada de nada.

—Pues mira, precisamente de eso os quería yo hablar... —comienzo.

—¿De churros, de mojar o de nuestras penosas vidas sexuales? —Raquel se pone en modo Maruji.

—He conocido a alguien...

Mónica también activa su modo Maruji:

—Supongo que te referirás a un “alguien” especial, ¿que ya sabemos que tú problemas de falta de churro no tienes, guapa!

Raquel la mira asombrada, se vuelve para observar al pequeño Enzo y se mete de lleno en la conversación, considerando supongo que el bebé es aún demasiado pequeño para que le influyan las confidencias de tres mujeres hablando de hombres y sexo.

Les explico con más o menos detalle (en realidad con bastante, porque se están volviendo unas morbosas de cuidado) todo lo ocurrido desde que un yogurín apadrinado por papi llegó a mi vida. Se abalanzan como dos buitres sobre la pantalla de mi móvil para ver las fotos que le hice y nos hicimos en la terraza.

—Muy guapo, y tiene una carita de estar colgado por ti que... Penita me da el pobre —opina Moni.

—Yo lo que no entiendo es cómo no te da vergüenza ponerle todo el “asunto” en plena cara —nos sorprende Ra; nos la quedamos mirando de manera interrogativa— Jolines, qué corte, sólo de pensar que un tío... Vaya, que se lo plantas ahí en las narices, tan expuesto, y a lo mejor ni le gusta. Y encima con la luz encendida, seguro.

—Pues sí, una luz suave que hay que deleitar a todos los sentidos. Y te aclaro, por si se te ha olvidado, que no es en las narices si no en la boquita... ¿Perdona, pero de qué cueva prehistórica te sacamos a ti? —me pongo digna.

—¡Va a ser verdad eso de que la maternidad te cambia! Porque, tú antes no eras así, ¿verdad, Raquel? —Mónica de mi parte, riendo porque no es para menos— Y tú, ¿cuándo nos lo traes para que le demos nuestra aprobación?

—Pues el caso es que sólo os he explicado lo bueno, ahora queda lo malo...

—Vaya, ya le has encontrado defectos; demasiado bonito para ser verdad.

—No, no se trata de él. Lo malo soy yo —a ver cómo se lo explico a mis amigas— Es que se ha enamorado de la otra Violeta, no de ésta de aquí.

y señalo mi mesa, en mi cocina, en mi casa de St Pol, que es para mí el centro de mi universo.

—Cariño, tú eres sólo una. Puede que, con muchas facetas diferentes, pero una —la sensatez de Moni— Lo que debes hacer es ser sincera y contarle las cosas tal cual son.

—Las cosas son muy complicadas, muchísimo. Y para lo de ser sincera ya llego tarde: me preguntó a qué me dedicaba antes y no se lo conté —me miran ambas de manera interrogativa— Porque una cosa lleva a la otra y... no puedo exponerme tanto. Además, mi profesión real no le gusta; estoy segura.

—Ni que fueras prostituta, hija —abracito de consuelo de Raquel— ¿Qué opina Sandra?

—¡Que es el amor de mi vida!

J

Marc se ha convertido en fan de mi chica. Sí, “mi chica”, que estoy de subidón. Mi inseguridad me dice que sea prudente, e intenta agarrarme de la mano, pero yo sigo elevándome como un globo aerostático. Ya, ya sé que luego tocará bajar y puede que, de golpe, pero de momento disfruto el presente y éste incluye una nueva cita para el próximo viernes, en principio para hacer algo por ahí y luego acabar en su casa....

A mi hermano le encantó el WhatsApp de respuesta de Violeta. Son de ese tipo de cosas divertidas y descaradas que siempre le han gustado en una mujer. Ahora que lo pienso, lo extraño es que su novia no es en absoluto así, y a pesar de ello llevan como cuatro o cinco años juntos. No voy a comerme la cabeza pensando si “mi chica” le puede gustar a mi hermano, o a cualquier amigo o conocido porque... ¡Ya sé que sí! Me daré por contento con que sea sólo una admiración a distancia y no correspondida por ella. Estoy que me salgo, ¿no? Es el efecto Violeta en mi organismo.

Lo que me advierte Marc, con toda la sensatez que le otorgan los dos años de más de experiencia que tiene en la vida que yo, es que mi madre anda algo preocupada porque salgo entre semana, pero luego sábado y domingo los paso en casa. Él me aconseja que hable con ella y le cuente lo mínimo para tranquilizarla:

—Mira, mamá es una mujer muy moderna y liberal para su edad, así que

podrías hablar con ella de todo... De todo: de sexo, de riesgo de enfermedades venéreas, de problemas de pareja. Pero si no quieres hacerlo, al menos cuéntale parte de la historia para que no se monte una película y lo pase mal —me dice la voz del sentido común y primogénito de los Martínez.

Así que cuando el sábado por la tarde nos quedamos solos mi madre y yo, porque el resto de la familia ha salido de casa, incluido mi padre a ver un partido de fútbol con los amigos, le digo que quiero contarle algo. La verdad es que me hace un poco de ilusión y todo, no sé si por confirmar lo que ya sospecha hace días y que esté tranquila que no he caído en manos de un traficante de drogas u órganos, por poder decir en voz alta que estoy con alguien, o porque sé que va a llamar inmediatamente a Anna para explicarle la novedad. Supongo que por todo ello.

—¡Cariño, ¡qué bien! Me alegra mucho que me lo cuentes, porque no es nada malo y no sé por qué lo tendrías que ocultar —tan inocente mi progenitora, si supiera de quién se trata a lo mejor pensaba que sí sería buena idea no decir nada al respecto, al menos a mi padre— Ya sois mayores y podéis hacer vuestra vida como os parezca. Porque... es mayor de edad, ¿no? A ver si te has enredado con una cría.

—No, mamá, es de mi edad más o menos. De momento no pervierto menores. Lo que ocurre es que trabaja los fines de semana y por eso es más complicado que nos veamos —la excusa la he preparado con tiempo, que improvisar no se me da bien.

—¿Y en qué trabaja? ¿Y cómo se llama?

—Lo siento, mami, pero el turno abierto de preguntas ha acabado. Otro día más.

—Pero hijo, al menos dime el nombre. No voy a estar refiriéndome a ella como “la chica que secuestra a Jan de vez en cuando y nos lo devuelve de madrugada, agotado pero feliz”.

—Violeta; se llama Violeta. Y ya no te cuento nada más. Me voy a nadar un rato al polideportivo.

—Espera, espera. Sólo una cosita más, de verdad —me preparo para mentirle a cerca de una azafata de congresos o algo así, porque no se me ocurre en qué podría trabajar alguien como ella los fines de semana teniendo para nosotros el viernes por la noche...— Si la conociese, ¿crees que me gustaría, que me caería bien?

Respiro aliviado, pero me pienso la respuesta seriamente unos segundos

antes de contestar:

—Sí, estoy seguro de que te encantaría —sonríó y me voy a la piscina, porque el agua es el segundo sitio donde más cómodo, feliz y yo mismo me siento; el primero es Violeta.

V

Sé que habíamos dicho que nos veríamos el viernes por la tarde, pero el martes en el café ya le estoy pidiendo a Sandrita que nos lo llevemos a comer con nosotras. Necesito una de sus sonrisas, un abrazo de oso y unas caricias lo más íntimas posibles, que tratándose de un almuerzo en un sitio público no se puede esperar gran cosa. Soy consciente también de que siempre pensé lo peor de las chicas que obligan a sus amigas a tragar con el novio porque lo llevan siempre puesto... pero, no es lo mismo, ¿no?

Sandra, todo corazón y curvas, acepta con la condición de que la ponga al día de lo nuestro. Por cierto, ella ya ha dejado su etapa de abstinencia sexual y este mismo finde se ha marcado un trío, así que tenemos mucho que explicar y poco tiempo. ¡Está claro que delante de mi Yogurín no vamos a hablar de tríos, al menos de momento! La recepcionista más sexy del planeta dice que ya se encarga ella de anunciar, y convencer si es necesario, a Jan para que nos acompañe al italiano. Le digo que se lo venda como una compensación de la empresa por su buen servicio del jueves pasado, al llevar a una empleada en brazos y salvarle así la vida. Sandra María Teresa se ríe, me dice que transmitirá el mensaje de manera correcta y que “qué bonito es el amor”. Y se larga moviendo el culito como sólo ella sabe hacerlo.

J

La comida resulta de lo más divertido. Eso sin contar con que soy la envidia de todo el restaurante. Por más que a mí sólo me interese una, reconozco que la otra es guapísima, y más que lo está esta semana, que se nota que el fin de semana le ha sentado muy bien. No había tenido oportunidad de charlar con las dos a la vez nunca, claro que tampoco se puede decir que me dejen meter baza demasiado; hay un momento en que se me saltan las lágrimas y todo, cuando recuerdan las trastadas de pequeñas, y no tan pequeñas. Desde

luego no hay duda de que son un par de brujas que saben y se toman con humor las críticas de que son objeto en el trabajo.

—Y eso que no saben ni la mitad de la mitad —dice Violeta misteriosa. La otra mira al camarero que nos sirve y ríe: bromas privadas.

—¿Y vais a explicarme alguna de las dos por qué trabajamos en una panadería? —les pregunto en un momento en que ambas beben y, por lo tanto, callan.

—No tiene ningún misterio, la verdad: Cuando mi hermana y yo éramos muy pequeñas, como cuatro o cinco años, nos quejábamos mucho de que nuestro padre no estuviese más tiempo jugando con nosotras. Él entonces dedicaba muchas horas al negocio que tenía con su socio y que empezaba a despegar; la abuela, su madre, nos decía siempre que había que ganarse el pan y eso era lo que hacía papá todo el rato... Así llegamos a la conclusión de que, si era para hacer pan, debía ser una panadería —su explicación me hace sonreír— ¡No veas la de veces que buscamos el horno y las barras de pan cuando íbamos a verle!

Debo reconocer que, por bien que me lo esté pasando, espero impaciente el momento de volver a esa Panadería por si hay la más mínima oportunidad de pasar un rato a solas con mi Diosa. Afortunadamente ella piensa lo mismo que yo.

Tenemos veinte minutos a solas en su despacho hasta que llegue Lucrecia, la secretaria de la Presidenta, a quien esta llama nada cariñosamente “la Lechuza”. En cuanto se cierra la puerta me convierto en un pulpo al que aun así le faltan manos para tocar, acariciar, buscar la cremallera del dichoso vestido y... se queda atascada. A Violeta, que habla bajito por si a su secre se le ocurre volver un poco antes, le da la risa y comenta que el Chanel que lleva puesto vale un huevo, y que por favor no se lo rompa porque no tiene repuesto en el despacho. ¡Así no hay manera, tan ajustado a su cuerpo!

Al final acabamos en la alfombra. Las braguitas sobre los preciosos zapatos que probablemente cuesten el otro huevo, el vestido subido hasta la cintura, yo de rodillas con los pantalones bajados hasta ese punto y Violeta a cuatro patas, pasándolo de muerte porque le ha dado la risa y no puede parar. Tengo la extraordinaria visión de un culo espectacular, una diosa enfundada en un rojo cereza (el color me lo ha chivado ella) que se mueve como lo que es, mientras los mechones de su pelo se sueltan y revuelven al ritmo de nuestro placer. Creo que es el sexo más divertido que he tenido en mi vida. No lo

creo, estoy seguro; y eso a pesar de la frustración de tener que tocar sus pechos sólo a través de la tela del vestido. Carísimo vestido, sí, lo sé. Y mi chica, después de llevar no sé cuánto tiempo susurrando y haciendo que me entere de menos de la mitad de lo que me dice, con lo que el tema se complica más, en el momento del orgasmo se olvida de todo y se explaya a gusto, nunca mejor dicho. Si la Lechuza ha llegado, la ha oído fijo. Lo extraño tal vez sea que no intente entrar pensando que alguien la está matando. Nos reímos más.

Cuando Violeta considera que estoy listo, me da un rápido beso y abre la puerta. Salgo lo más dignamente que puedo y sé, contando con que ya hemos oído toser ostentosamente a la malhumorada secretaria y somos conscientes de su presencia.

V

—Buenas tardes, Lechucia —lo oigo saludar muy puesto, y me sube tal carcajada que no puedo reprimir de ninguna de las maneras.

De hecho, me siento en el suelo, con los zapatos sin poner aún a mi lado, para reír más a gusto. ¡Este chico es perfecto! No sólo me hace correrme como nadie, si no que encima es capaz de tener un lapsus y juntar el nombre de la secre con el mote con el que la llamo... Y a lo peor no se ha dado ni cuenta y va muy orgulloso él hacia su despacho pensando que ha quedado divinamente.

Cuando consigo recuperarme algo me levanto y llamo a Sandra. Le cuento lo de la cremallera del vestido, que de momento queda tapado por mi pelo suelto, que también debería volver a recoger si quiero salir con la misma imagen que entré. Mi amiga tendrá que subir cuando acabe su jornada para ayudarme, y yo mientras aguardar sin salir de mi jaula de oro. Por supuesto, también le explico que el pobre Jan ha firmado su sentencia de muerte llamando “Lechucia” a ya sabemos quién. Creo que Sandrita llora en recepción de la risa.

—¡Qué bien te lo pasas con él! En todos los sentidos, vamos... Creo que hace mucho que no te veía tan contenta —me dice sincera.

—Yo... Soy feliz. Aquí y ahora, y me temo que no sé por cuánto tiempo más, pero... soy auténticamente feliz —es mi respuesta con el mismo grado de sinceridad.

J

Pocas horas después estamos desnudos en la cama de Violeta. No estaba previsto, pero así es. Durante el trayecto hacia aquí se lo ha pasado en grande narrándome su tarde: primero mi lapsus, del que no era consciente en absoluto; sí me pareció oír una carcajada tras la puerta al despedirme de la secretaria, pero iba convencido de que había ejecutado mi papel con bastante credibilidad. Ahora la señora Presidenta me informa que tengo oficialmente mi primera enemiga en la panadería, ya que una de las virtudes de la Lechuza es el rencor. Después subió Sandra y tuvieron que ingeniárselas para cerrar el vestido, pero la cremallera no se movió ni un centímetro hacia arriba.

—Ahora tendré que explicarles a las generaciones venideras de mujeres Capmany que el Chanel color cereza tiene la cremallera estropeada porque un bárbaro tiró de ella como si fuera la alarma de un tren en llamas —me dice señalándolo tirado de cualquier modo en un sofá.

—Un bárbaro no, un libertador. Tus pechos pedían a gritos ser rescatados —me defiende al tiempo que acaricio ambos pechos con mis dos manos... ¡Para que luego vengan algunas a decir que los hombres no somos capaces de hacer dos cosas al mismo tiempo! — Me encanta tu tatuaje. Es por tu hermana, ¿verdad? Para llevarla cerca del corazón...

—La llevo en mi corazón. Es parte de mi de una manera que nadie puede entender —se mira la imagen tatuada en su piel y asiente; asoma una tristeza infinita a sus ojos verde mar.

Ese sentimiento de mi chica me golpea de tal modo que necesito unos segundos para recuperarme.

—¿Hay un huequecito en tu corazón también para mí? —me atrevo a preguntar tras un breve silencio.

—En el corazón no sé, pero ese pezón tiene tus huellas dactilares ya de por vida; y un molde de tu dentadura creo que también —vuelve a sonreír y su rostro se ilumina.

Yo me sonrojo y pienso si tendrá razón y seré demasiado bruto. Me coge la cara entre sus manos y me besa.

—Claro tonto, ahora mismo estás en un lugar de honor. Así que aprovecha —y antes de que la abrace fuerte y haga efectiva su sugerencia se pone seria— Pero sí quiero comentarte algo, porque me temo que no he sido sincera

contigo...

¿Hace falta decir que pierdo al menos un latido? No sé si quiero escuchar lo que me va a decir, pero no me deja opción. Vale, no es tan malo; sobre todo porque en los últimos días he intentado no hacerme ilusiones de ningún tipo a cerca de una relación a largo plazo y he optado por vivir el presente.

Lo que quiere decirme, porque se siente mal si no lo hace, es que sus planes son estar sólo un año en la panadería, y luego volver a viajar y... no lo dice, pero está claro que ahí yo ya desaparezco de su vida. Y el año empezó en enero, contando que estamos a finales de mayo, tengo unos siete meses como mucho para disfrutar de ella. Los cálculos los hago yo, mientras Violeta divaga a cerca de las posibilidades reales de que su padre vuelva a asumir parte de la responsabilidad de la empresa. Es realista y sabe que no será así en gran medida, pero dice tener un plan para que alguien pueda dirigir el negocio familiar y ella quede liberada, aunque nunca será del todo, sí en gran medida.

—¿Tanto te incomoda trabajar en lo que tu padre ha construido durante toda su vida?

—Aquel no es mi lugar, me siento como un pez fuera del agua: me asfixio. Estoy súper orgullosa de mi padre, que de una empresa pequeña ha creado algo tan importante, pero yo no puedo... —busca las palabras para expresarse, pero creo que no las hay; debe ser muy complicado sentirse así y tener esa responsabilidad.

—Entonces, nosotros...

—Entonces nosotros vamos a aprovechar el momento, porque no sabemos qué puede ocurrir mañana.

Vuelvo a abandonar la casa Capmany de madrugada, a morir de sueño en el trabajo y aguantar las miradas escrutadoras de mi familia durante la comida del miércoles. Esta vez, eso sí, silenciosas.

Y el viernes de vuelta en el loft de mi chica. Violeta siempre va a dar las buenas noches a su padre y preguntarle cómo se encuentra, antes de nada. En esos momentos junto a Duncan (ya nos hemos hecho grandes amigos) miro los montones de láminas que muestran imágenes de lugares y situaciones muy variadas, las pinturas al óleo y la enorme cantidad de libros que se acumulan en las estanterías. Vuelvo a tropezar con los de la autora que lee también mi hermana y me hago el firme propósito de pedirle uno prestado a ésta, porque me sigue chocando que la Diosa del Olimpo lea novelas rosas. Además, a lo

mejor de esas lecturas puedo aprender a ser un poco más delicado y menos rústico; no aspiro a ser el príncipe azul que deben describir en este tipo de libritos, pero quizá algo útil puedan enseñarme.

En pocos minutos la dueña de todo esto vuelve llevando en una mano una bandeja con cena para dos, como si de una camarera experta se tratase; en su otra mano la tarjeta que sirve de llave de la habitación, y cierra la puerta con un gracioso movimiento de su trasero.

Antes hemos estado en el teatro, viendo una obra de un director amigo suyo. La historia maravillosa, la puesta en escena no tanto, pero como soy de ciencias y no de letras nadie se va a ofender porque no entienda el esperpéntico enfoque dado por la compañía; la verdad es que persona alguna se interesa por saber si me ha gustado o no, y cuando salimos mi chica se burla teniendo completamente asimilado que la representación me ha parecido penosa. He tenido mi primer ataque de celos cuando Violeta le ha dado un piquito al director al saludarlo tras la actuación. Mi conciencia enseguida me ha llamado al orden y me ha dicho que, si estoy con una diosa, por favor aprenda a comportarme y entender que sus admiradores aparecerán a cientos por todas partes. Porque el barbudo vestido de negro y con pinta de llevar varias jornadas sin pasar por la ducha se la comía con los ojos, el muy cretino. ¿Y de qué conoce mi guapa, elegante, perfumada, aseada y maravillosa chica a semejante sujeto?

En fin, que dice la rubia que ya no me puedo quejar porque no me saca a ningún sitio. Y cuando le propongo cenar por ahí me contesta que ya lo tiene todo previsto, que ha llamado a Nancy y cuando le ha dicho que preparase cena para dos ha oído a través del teléfono cómo se le salían los ojos de las órbitas a la empleada de su padre, pero que enseguida se ha repuesto y hasta ha prometido ser discreta.

Y tras llenar nuestros estómagos, saciamos el hambre de nuestros sentidos durante cada segundo, cada minuto y cada hora de esa noche y esa madrugada; hasta que justo antes de salir el sol vuelvo a mi casa con el olor de su piel en mi piel, su sabor en mi boca y su tacto suave en la punta de mis dedos. Camino con paso rápido y seguro, y mis ancianas timidez e inseguridad se quejan de que no pueden seguir bien mi ritmo.

UN ENCUENTRO Y UNA NUEVA EXPERIENCIA... EN LA DUCHA

V

En principio odio las rutinas, pero reconozco que planificar mis actividades y horarios de tal modo que Jan pueda estar en mi cama dos o tres veces por semana es algo que me apetece enormemente; eso por no decir que lo necesito, cosa que creo que puede ser cierta pero que por algún motivo me avergüenza reconocer. Y no se trata sólo de mi cama, sofá, alfombra, mesa o cualquier otro lugar donde o contra el que se pueda echar un buen polvo; me gusta tenerlo en mi espacio, compartir momentos con él en esa atmósfera especial que sabe crear para mí. O quizá ni siquiera se trate de que haga algo especial para mí, sino que me envuelvo de su esencia y me siento diferente... más expuesta y vulnerable, pero también más auténtica y más yo de lo que nunca he sido. En resumen, que tengo una tontería encima que debería empezar a controlar pero que no me da la gana de hacerlo. A lo mejor ya era hora de que el descontrol y la impulsividad que han guiado siempre mi vida lleguen a esta parcela que he mantenido tan escondida y protegida. No quiero pensar ni divagar, quiero sólo disfrutar ahora de lo que se me ofrece. Si he de lamentarme de algo ya lo haré en el futuro.

El sábado por la noche mientras estoy de tapeo con Charlie, Ingrid, Raquel, Mónica y Guille mi yogurín me empieza a enviar mensajes. Él ha salido también a cenar con sus amigos, lo que por desgracia incluye a su ex, quien por lo que cuenta está tratando de provocarle preguntando si la chica con la que está (o sea, yo) es más guapa que ella, si tiene estudios, si trabaja y de qué... Cuando me dice que hasta le interroga sobre si tengo mejores pechos que ella... Él, tan inocente como es, no pilla por donde va la lagarta y alucina con todo ello. Me cuenta que está muy incómodo y no entiende a qué va tanto interés ahora, y que no sabe cómo quitársela de encima ya. Le voy contestando, lo que intriga a mis amigos, quienes están acostumbrados a que

ignore el móvil a menos que mi padre se sienta mal. Me miran y cuchichean entre ellos, pero estoy demasiado absorta en explicarle a Jan el repentino interés de la loba en él, y proponerle que pida ayuda a su hermano, que también está en la cena y seguro que tiene bastante claro qué hacer en tales circunstancias.

Levanto la cabeza de la pantalla del iPhone y me encuentro al grupo en silencio observándome.

—¿Qué pasa? —pregunto— ¿Se os han acabado de repente todos los temas de conversación?

—¿No tienes nada que contarnos? —Charlie bastante ofendido. Ya me había dado cuenta esta noche de que está un poco raro, pero...

—Creo que no —respondo— A menos que os interesen mucho los WhatsApps que intercambio con amigos de Barcelona.

El resto de la cena noto que me miran demasiado, sobre todo los chicos. Me siento mal por Ingrid, que es la única chica no enterada, pero con ella y el resto del grupo que hoy no han podido venir no tengo la misma confianza que con Moni y Ra, y por supuesto Charlie, con el que me tocará hablar más tarde. De Guille, la pareja sentimental de mi amiga Mónica, paso olímpicamente e incluso le ignoro cuando hace algún comentario bastante desafortunado sobre lo poco femeninas que somos las feministas radicales. Me dan ganas de coger el coche, ir a buscar a mi Yogurín y librarlo de las garras de su ex, enseñarle de paso mis tetas a ésta para que salga de dudas de quién las tiene más bonitas y grandes, traerlo aquí y que le cuente a este gilipollas que tengo delante lo femenina que puedo llegar a ser.

Aprovecho un momento que Charlie sale a fumar para ir tras él, pedirle un cigarrillo que no me apetece demasiado y preguntarle qué le ocurre, aunque sé la respuesta:

—El domingo tuvisteis reunión en tu casa y pasaste de mí.

—Tuvimos reunión de chicas, para hablar de ciertas cosas que a ti te incomodan un pelín —doy una calada al cigarro, y hace tanto que no fumo que hasta me sabe mal. Imagino a Jan levantando la ceja interrogativamente al verme en esta situación. Hago un gesto con la mano para apartarlo de mi pensamiento.

—Tampoco será para tanto. Y si estás con alguien me gustaría saberlo, ¿vale? —enfadado; tan raro en él, que tiene una sonrisa siempre a punto.

—No estoy segura de sí se puede llamar estar con alguien. Pero sí, hay un

tío que me gusta mucho: tiene una polla grande, folla de puta madre y me come el co...

Se tapa los oídos, cierra los ojos y ni siquiera sé dónde ha ido a parar su cigarrillo. ¡Qué carita de asco pone el pobre! Siento ser tan cruel, pero se lo ha buscado.

—¡Qué asco! ¡Tendré pesadillas durante días! Y eso que no he escuchado ni la mitad... creo —abre los ojos y se quita las manos de las orejas cuando considera que el terremoto ha pasado— No era necesaria tanta información complementaria.

—Pues a las chicas les resultó una conversación de lo más amena. ¿Entiendes ahora por qué no te llamé?

—Porque sois unas guarras.

—Exacto — ¿para que voy a discutir e intentar hacerle entender que el raro es él?

J

Imagino a Violeta paseando por la playa casi desierta, con su perro jugueteando en la arena y quizá en la orilla mojándose las patas. Eso es lo que me explicó que le gusta hacer un domingo por la tarde: pasear, disfrutar del mar, ver el atardecer y sacar algunas fotos. El por qué todo eso no lo podemos hacer juntos se me escapa. Su necesidad de marcharse todos los fines de semana a su casa en la playa, no poder vernos, no querer que la llame... Quisiera entenderlo, pero no puedo, supongo que hay muchas cosas de ella que no conozco y la llevan a querer desconectar de todo durante un par de días a la semana. Presiento que hay cosas que me oculta, cosas serias e importantes, pero no puedo hacer otra cosa que no sea tener paciencia y esperar que poco a poco se abra a mí y me vaya contando por iniciativa propia. Eso si da tiempo, ahora que sé que tenemos fecha aproximada de despedida, siendo optimista y sin tener en cuenta que en cualquier momento puedo dejar de interesarle y enviarme a la papelera de reciclaje.

Aun así, estoy feliz. La noche de ayer fue un fracaso, lo pasé mal especialmente por culpa de Anna. Ahora me arrepiento de haber incitado en cierto modo a mi madre para que le dijese que estoy con alguien; yo sólo quería que dejase de pensar que estoy todavía loco por ella, que se dé cuenta

que es totalmente prescindible; pero lo que ha ocurrido es que ahora es ella la que parece interesarse por mí. Marc me lo intentó explicar, pero no acabo de entenderlo. El caso es que no me divertí, pero algo se supone que debo hacer cuando mi chica no está.

Y ya digo que a pesar de todo estoy contento, porque hemos acordado vernos de manera más o menos periódica, y yo necesito rutinas en mi vida que me hagan sentirme seguro: nos veremos todos los viernes porque es cuando más tiempo tenemos ya que al día siguiente no madrugamos; el lunes o el martes también quedaremos, iremos viendo sobre la marcha cuál de los dos nos va mejor según los planes de cada cual. Mis planes van a ser amoldarme a los suyos, lo tengo claro. Y tal vez algún miércoles podamos pasar un rato juntos...

Desmonto vías y recojo mis trenes eléctricos mientras pienso en cuánto tardaré en tener noticias tuyas.

Hasta el lunes al mediodía no recibo una llamada de Violeta. Cojo la manzana que estaba comiendo de postre y me voy a mi cuarto. Me cuenta que está en un almuerzo de empresarios del sector, y su voz denota un aburrimiento mortal.

—Estoy deseando verte —le digo sin filtros.

—Yo también, pero hay un pequeño inconveniente...

—¿Ocurre algo? —pido mentalmente que no sea nada que impida quedar hoy.

—Pues... nada que no ocurra todos los meses a las mujeres en periodo fértil —explica tan desenvuelta como siempre, aunque algo apagada.

—¿Y te encuentras mal? —recuerdo a Sandra desmayada hace unos días, y a Violeta reprochándole que era la reina del drama.

—No, sólo me duele un poco la cabeza, pero...

—¡Quiero verte! —le ruego.

Me recoge a dos manzanas de la Panadería. Entiendo su temor de que alguien descubra lo nuestro, sea lo que sea “lo nuestro”. Quiere pasar por el Corte Inglés a comprar las galletas preferidas de Duncan, si no me importa. Por supuesto no me importa y tenemos tiempo. Hoy viste muy formal, con el pelo recogido de una manera que la hace parecer mayor. Me dice que ese es justo el objetivo: no parecer la más joven en todo ese grupo bastante homogéneo de señores calvos y barrigudos; me cuenta que lo pasa mal en estas situaciones, donde los hombres ante ella ejercen más de machos alfa liberando

testosterona al por mayor que preguntándole por los entresijos de su empresa. Y las mujeres parecen odiarla porque no es como ellas. Yo creo que debe ser más bien lo contrario: que les da mucha rabia ser ellas quienes no se asemejen demasiado a mi chica. El resultado para ella es igualmente agotador, teniéndose que contentar con dedicar alguna frase sarcástica cuando le encantaría propinar un codazo en una mullida barriga de algún grosero, o dar un buen pisotón a alguna empresaria que la trata con desdén. Y los zapatos, los más altos que creo que le he visto hasta ahora, tampoco han ayudado mucho; están ahora abandonados por el suelo del coche mientras conduce descalza.

—No sé por qué tienes que llevar este calzado que a la larga te dañará la espalda, o lo que sea —le digo muy sinceramente.

—¿A lo mejor porque mido un metro cincuenta y nueve y no me da la gana que toda esa pandilla sea más alta que yo? Es muy fácil no entenderlo cuando se mide más de metro ochenta y tu cabeza sobresale siempre por encima de la de los demás.

Nos abastecemos de dos cajas de galletas de salmón para perros grandes; yo creo que deberíamos comprar más, pero la dueña del animalito en cuestión me amenaza con obligarme a correr varios kilómetros cada día junto a su can si sigo dándole tantos premios.

—Pero si es muy bueno, y se porta genial. Y creo que hasta le caigo bien... —me defiendo.

—¡Hay que cuidar su peso, mal criador!

En la sección de perfumes me plantea buscar uno para mí. No suelo usar más que colonias frescas porque los olores fuertes me molestan, pero Violeta está segura de poder encontrar un buen perfume que se adapte a mí. Me acaba de convencer cuando se lamenta que no quede rastro de mí cuando me voy de su cama. Así que allí estamos probando, primero en unos papelitos, y cuando una fragancia le convence, me la aplica en la muñeca. Sólo lo hace con dos, y cuando vamos a girarnos para salir, pues dice que debemos esperar a ver qué tal huelen pasadas unas horas y si nos siguen gustando a ambos, veo a... mi madre y mi ex, juntitas de compras. Creo que no nos han visto, y aviso a mi chica por si quiere que intentemos la fuga.

—¿No me quieres presentar a tu madre?

—También está mi ex... y pensaba que no querrías...

—Anda, dame un piquito de ánimo y las llamas.

No hace falta, porque el beso se convierte en lluvia sobre su preciosa boca

y se me olvida el motivo, hasta que una voz muy conocida desde mi más tierna infancia me reclama:

—Jan, cariño, ¿eres tú? —mi madre, algo sorprendida pero muy sonriente.

Yo me pregunto cómo he llegado a esta situación; debería haber cogido a Violeta de la mano y salir corriendo, y luego darle las explicaciones en el coche ya a salvo de camino a su casa. Anna me mira inquisitiva.

—Mamá... Hola... —y es que, si con una mujer soy tímido, con tres...

—¿No me vas a presentar, hijo? —mira de arriba a abajo a la señora Presidenta, que además hoy va vestida exactamente de eso, con un traje azul cobalto (me encanta preguntarle el nombre de los colores porque se los sabe todos) que parece que el modisto en cuestión lo haya diseñado y cosido sobre su cuerpo de lo bien que le sienta.

—Hola, soy Violeta —. Ésta se acerca y con toda la naturalidad del mundo le da un par de besos a mi madre, mientras sonrío de una forma que ya reconozco como “me lo estoy pasando muy bien y tú bastante mal, yogurín”.

—Encantada de conocerte. ¡Qué guapa eres! —en los ojos de mi madre intuyo el reconocimiento de la persona a quien está saludando. Yo pensaba que no se habían visto nunca, pero...

—Yo soy Anna, la ex novia de Jan. Supongo que ya te habrá hablado de mí...

Mi chica me mira con una expresión fingida de “¿me has hablado alguna vez de esta cosa?” que me haría reír en cualquier otra circunstancia. Pero aquí sigo serio, intentando decir algo apropiado:

—Estamos... bueno, buscando un perfume —no es muy audaz, pero al menos consigo abrir la boca y pronunciar algo.

—Ah, qué bien —mi madre.

—¿Un perfume de hombre? —Anna al mismo tiempo.

—Sí, es lo que tiene Jan, que es un hombre; de ahí que busquemos en la sección masculina —Violeta muy rápida, pegándole el primer zarpazo con la mirada a mi ex.

—Pero si no soporta los perfumes. Yo ni siquiera me podía poner el mío cuando salíamos juntos.

Violeta me mira con fingida inocencia y sé perfectamente lo que debo responder, que además resulta ser cierto:

—Tu perfume me encanta, amor. No te preocupes, sólo me ocurre con los olores demasiado fuertes.

—Bueno, como todo en la vida, es cuestión de encontrar uno que te vaya bien —media mi madre, que me doy cuenta ahora que mantiene una de las manos de Violeta entre las suyas.

—Sí, ahora hemos probado dos y a ver qué tal —le dice mi chica dulcemente.

—A ver si un día vienes a casa para que te conozca toda la familia — sugiere mi progenitora, y le aprieta la mano.

—por mí encantada; pero que sea cuando Jan se sienta... a gusto para hacerlo —¿la mato o me la como a besos?

—Bueno, nos vamos que tenemos un poco de prisa —alego y estiro de la señora Presidenta para salir cuanto antes de la situación.

Nos despedimos y huyo en dirección a la salida.

—No te gires que seguro que aún nos están mirando —le digo, pasando un brazo por su cintura para que no se entretenga y desaparezcamos de su campo de visión lo antes posible.

Ella se queja de que le hacen daño los altísimos zapatos, se detiene y me da un beso de los que hacen que se pare el mundo. Creo que algunos clientes nos miran; una niña dice que parecemos los protagonistas de una película y yo me muero un poco más por esta chica que tengo entre los brazos, la que marca territorio frente a mi ex sin importarle lo que piensen de ella ni mi madre ni el resto de quienes pasean por los grandes almacenes.

En el coche se deshace de las agujas que recogen su pelo igual que de los zapatos. Vamos directos a su casa porque está muy cansada para dar vueltas o simplemente cenar por ahí. Llama a Nancy, que hoy ya se toma con más normalidad el hecho de que le pida cena para dos.

Al llegar al loft y tras saludar al perro que viene alegre a nuestro encuentro con una pelota, empieza a desnudarse y se va a la ducha. Le enseño las cajas de galletas a Duncan y no puedo resistirme a darle una... dos. Pienso en Violeta bajo el agua, enjabonándose, y decido que no pasa nada por ir a mirarla. Sé que no le va a importar; al contrario, probablemente le guste que lo haga. Por lo demás, tenía ella razón el otro día cuando dijo muy despectivamente que nunca había estado con una mujer durante “esos días”, y no tengo ni idea de qué espera de mí, si es que espera algo.

Nunca nos hemos duchado juntos ni la he visto antes hacerlo a ella, pero sé que el sitio es muy grande y tiene hidromasaje. Me asomo. La Diosa enjabonándose; enseguida me ve y con la mirada me invita a entrar. Me

desnudo. Caramba, chorros por todos lados, con la temperatura un poco más elevada de lo que me gustaría y un vapor... Sin decir palabra me pone gel en ambas manos y empieza a distribuir también por mi cuerpo acariciándome. La imito. Mis hombros, sus pechos; mis pectorales, su cintura; mi espalda, su vientre; mi trasero, el suyo; Violeta enjabona mi pene y mis testículos, yo su pubis y su vulva, y localizo el cordoncito del tampón. Acaricia mi perineo y da masajes circulares en torno a mi ano; reproduzco las mismas caricias en su cuerpo.

—Tienes suerte de que tenga las uñas muy largas y tema hacerte daño —susurra seductora mientras sigue acariciando la zona y parando justo en mi esfínter.

—Yo no tengo ese problema —susurro haciendo lo mismo.

—Lo que quieras... Como quieras... Pero te necesito ya.

Pego mi frente a la suya. Cortina de agua por todas partes, vapor, calor, huele a jabón de chocolate.

—¿Puedo quitar esto para sustituirlo por otra cosa? —pregunto tirando suavemente del cordoncito del tampón.

—Mejor voy al inodoro y lo hago de una manera más higiénica.

Tiro hacia abajo más fuerte y noto como el elemento en cuestión va bajando de su posición y finalmente sale.

—¿Para qué? Ya sabemos que somos un par de guarros —le digo.

Se ríe y aprovecho para introducir mi lengua en su boca, mi pene en su vagina y mi dedo enjabonado en su recto. La postura es imposible y el agua azota con más fuerza mi espalda, mis glúteos, mis piernas; supongo que sin querer hemos accionado algún nuevo mecanismo. Violeta refugiada casi completamente en mí, yo dentro de ella en su paraíso interior. Su boca en mi boca pidiendo más, más... más.

Cenamos metidos en la cama con la televisión puesta y hablando de todo un poco. Noto lo cansada que está y decido que hoy vuelvo pronto a casa.

—Lo siento, pero esas reuniones me dejan sin energías —se disculpa medio dormida cuando la beso y abrazo para despedirme. Me quedaría ahí con ella, suave y relajada entre mis brazos, el resto de mi vida.

Salgo como siempre de la mansión utilizando mi móvil y el código que Violeta me asignó para ello el primer día.

Como me imaginaba, mi madre me espera despierta en la cocina. Deja el libro que está leyendo y empieza a prepararme un Colacao. La saludo con un

beso, como siempre que no nos encontramos en unos grandes almacenes y me quedo bloqueado.

—La has reconocido, ¿verdad? —le pregunto directamente, porque para qué andarnos a estas horas con rodeos inútiles— Yo pensaba que no la habías visto nunca en persona.

—Violeta Capmany. El día que estuve con tu padre en el despacho del suyo, del señor Capmany, me llamó la atención un cuadro donde se veía a una joven preciosa saliendo del mar. Él me explicó que era su hija, y que la había pintado su mujer poco antes de morir. Una belleza así no se olvida fácilmente —me cuenta mientras disuelve el cacao en la leche.

—¿Qué piensas? ¿Se lo has dicho a papá?

—No, a tu padre no le he dicho nada; primero lo asimilo yo y luego ya veremos, ¿no? —me mira— No te voy a mentir: preferiría que fuera simplemente una compañera de trabajo que quien es.

—¿Entiendes por qué, cuando me dijiste ayer que la trajese un día a cenar, te contesté que no va a durar, que ella es demasiado para mí? —le pregunto sobre nuestra conversación de ayer a solas.

—¡Pero hacéis tan buena pareja! Te he visto tan enamorado de ella... ¿Sabes? Lleva puestas las mismas pulseras que en el cuadro que pintó su madre.

Sé perfectamente a qué pulseras se refiere; en realidad es una sola compuesta de una tira de oro amarillo y otra de oro blanco, y es la única joya que suele llevar encima habitualmente.

—se irá, mamá. Ahora está aquí porque su padre está enfermo. Pero cuando mejore ella volverá a hacer su vida de un lado para otro. Y yo... no estoy en sus planes.

Mi madre deja el tazón de leche y me abraza:

—No quiero que te haga daño. No quiero que vuelvas a pasarlo mal como con Anna.

—Esto es totalmente diferente. Y sé que lo pasaré mal, claro, pero si lo dejásemos ahora también —razono en voz alta— Voy a disfrutar el presente y lo malo ya llegará...

SOMOS NOVIOS

V

—Buenos días, amor —el saludo de Jan al teléfono.

Estoy acabando mi desayuno, así que me despido de mi padre, que no entiendo por qué tiene la costumbre de madrugar para compartir los pocos minutos de mi mal humor matutino.

—Papá, recuerda que hoy como con Sandra; nos vemos esta tarde —le doy un rápido beso y huyo hacia mi cuarto para saber el motivo de una llamada tan temprana.

—¿Ocurre algo?

—Quería saber cómo te encuentras...

—Pues verás, me duele la espalda como si me hubiese clavado la barra de una ducha en ella. ¿Tienes idea de qué puede ser? —bromeo, aunque me duele un poco y debo tener la marca de la dichosa barra.

—Muy graciosa, pero yo quería hablarte de algo serio... bueno, hay varias cosas, pero una urgente.

—Al grano, o me lo cuentas luego en algún momento.

—No, ahora. Es que ayer... no tomamos ningún tipo de... precaución. Tengo entendido que durante la menstruación las posibilidades de embarazo son pocas, pero... —me lo imagino buscando en internet ayer por la noche sobre el tema.

—A lo mejor de lo que deberías preocuparte es de si tienes alguna enfermedad que me hayas podido contagiar —le digo con bastante poca paciencia y menos tacto.

—Yo creo que estoy sano... Pasé una revisión médica antes de firmar el contrato...

—¿Y la pederza no pudo contagiarte algo?

—Violeta, estaba conmigo. No creo que me pusiera los cuernos. Yo no me habría dado cuenta, supongo; pero Marc se mueve en nuestro mismo círculo de

amistades y a él no se le escapa nada.

—¿Y te lo habría dicho?

—Cuando lo dejamos seguro que sí. Fue el único de la familia al que le sentó fatal el cómo y el cuándo.

—Tu hermano cada día me gusta más —le digo sinceramente.

—Pues preferiría ser yo quien te gustase cada día más —ya se me pone celosillo.

—Tú ya estás en lo más alto, Imposible llegar a más. Y por lo otro, no te preocupes...

—¿Pero tú tomas anticonceptivos? —vuelve a la carga.

—Vamos a ver: depositaste voluntariamente tu semen en mi interior. Por lo tanto, ahora es mío. No vengas a reclamar nada —en broma.

—Violeta, esto es serio. Si tenemos que hacer algo, ir al médico...

—¡Ni hablar! Mis ciclos son súper regulares, así que las posibilidades, como tú has dicho, son mínimas, pero estaría encantada de ... Bueno, que acabo de cumplir los treinta y cuatro y en uno o dos años me gustaría ser mamá. Dentro de nueve meses tampoco sería un problema.

—¡Violeta! —no parece hacerle ilusión la paternidad.

Cojo mis cosas mientras hablamos y bajo por las escaleras en busca del coche para no perder cobertura. ¿Tenía que tocarme a mí el único hombre que se preocupa de la anticoncepción? A posteriori, eso sí. Le digo que ya hablaremos del tema tranquilamente cuando tengamos un rato para ello, que me temo que no va a ser ni hoy ni mañana.

Y de ahí al viernes todo el mundo parece ponerse de acuerdo para necesitarme y tener que quedar conmigo. Lo único tranquilo es la comida con Sandra, quien me pone al día de sus ligues de este finde pasado, que la verdad no son nada memorables, pero sí bastante divertidos. Yo también le cuento algo, aunque intento ahorrarme lo máximo posible porque no me gusta su cara de sabionda y su seguridad en que Jan es el hombre de mi vida. No sé si me da más rabia que tenga razón o que no. Visito al doctor Segura, que quiere consultar conmigo la posibilidad de que mi padre, que va mejorando según él, aunque yo tengo mis dudas, se deje caer por la empresa de tanto en tanto. Me parece bien, claro, porque siempre he sido de la opinión de que apartarlo radicalmente de parte de su vida y su motivación no era bueno. Pero el eminente cardiólogo es este señor y no yo.

Mi prima Clara me llama para quedar el viernes al mediodía, para

contarme todo lo que ha ido pensando para la boda y que le dé mi opinión... ¡Yo que tenía la esperanza de poder invitar a comer a mi Yogurín ese día! Pero para una prima con la que tengo buen rollo, y encima la chica está muy de los nervios a varios meses aún de la boda.

Víctor también reclama su cuota de atención, y me tiene el miércoles dos horas seguidas en una videoconferencia para que le detalle todo lo que considera que debe saber de la Panadería para las próximas decisiones a tomar. Lo escucho, de verdad que intento poner atención, pero llega un momento en que prometo que hasta me planteo muy seriamente enseñarle las tetas a ver si consigo que se calle de una vez...

Del otro lado de mi vida: Mónica se pasa a verme y decirme que lo de la separación de Guille es inminente, que ya lo han hablado; llora, la consuelo, y ambas coincidimos en que es lo mejor que puede hacer. Por supuesto en una agenda tan completa no podía faltar Charlie, al que ni le ocurre nada ni me necesita pero que está aún dolido y tengo que mimarlo, y de paso darle más explicaciones de las que tocan con respecto a “mi novio”, según sus palabras.

Cuando llega el viernes por la tarde sólo temo que mi sexy Jan me diga que tiene varicela y debemos estar una semana sin vernos... Bueno, pues al encontrarnos por fin la cosa resulta casi peor:

—No te enfades por lo que te voy a contar, ¿vale? —me pide tras el primer beso ya en mi coche— ... He comido con tu padre.

No, no me enfado, al menos al principio. Me quedo alucinada, y más voy estándolo a medida que el que hasta este momento he considerado mi Yogurín me va explicando el motivo y cómo se ha desarrollado el almuerzo entre caballeros.

J

Nada más cruzar la puerta esta mañana Sandra me ha hecho gestos de que me acercase rápidamente; me ha llevado a “la Casita” y me ha entregado el auricular de un teléfono, diciéndome bajito que no era Violeta y que procurase no meter la pata.

—Buenos días, soy Jaume Capmany —dice una voz al otro lado del auricular tras mi escueto “hola”. Y no sé si me da más miedo hablar con el dueño de la empresa en persona o con el padre de Violeta.

La buena educación que mis padres me han inculcado desde pequeño se activa en modo automático, permitiéndome saludar de manera adecuada. Me dice que es una persona muy directa y así lo demuestra, pues en pocos minutos me invita a comer en su casa hoy, que sabe que su hija estará con un familiar y podemos tratar algunos temas que nos interesan a ambos; me indica la hora a la que me espera, e ironiza acerca de que no considera necesario darme su dirección ya que la conozco sobradamente... Sandrita viene a sacarme del shock en el que me encuentro.

—Ni una palabra a Vio de esto, de momento. Al menos hasta que hayas hablado con él, que por cierto es un señor muy agradable y no tienes de qué preocuparte —me dice dándome ánimos y consejos al tiempo.

—Agradable contigo, que no entras y sales de su casa a escondidas para... ya sabes, con su hija —creo que lo que siento se llama terror.

—Desde luego ya te podría haber advertido que su padre es... Bueno, que no le gusta no estar al tanto de todo —la recepcionista se muerde el labio porque no sabe cómo explicarse, creo— Nadie puede entrar y salir de esa casa sin que quede grabado en una de las muchas cámaras de seguridad. Y, por otro lado, no te sorprenda si Jaume conoce más datos de tu vida que la propia Violeta.

Con el corazón y otros órganos en la garganta llego a la casa de los Capmany, y lo hago por primera vez solo y a pie. En la puerta principal me espera un señor del que su hija ha heredado el porte altivo y la elegancia, sin duda. Es cordial, sonrío, y hace que me relaje un poco.

Nos sentamos un rato en el jardín, del que me pregunta si no me parece mucho más bonito visto de día. Desde luego ese sentido del humor perverso también lo ha heredado mi chica de su papá. Se interesa por cómo me va en la empresa y mi trabajo concreto en ella. Me parece que está al día de todo lo que ocurre en su negocio y que en ningún momento se ha desvinculado de él. También me pregunta por mi padre, por cómo le van las cosas. Muy educado, amable, pero no puedo dejar de imaginar que en cualquier momento aparecerán unos matones para romperme las piernas... Demasiada imaginación, lo sé. Que este hombre no se parece en nada al Padrino; pero si fuera mi hija y mi casa, y el tipo que tengo enfrente el que entra y sale... Bueno, eso, que su imagen de mí debe ser de lo peor.

Comemos en una pequeña sala de la que me llama la atención un cuadro en el que Violeta aparece de niña reflejada en un espejo; es curioso porque de un

lado viste de princesa en tonos rosas y dorados, mientras que en el otro lado el mismo vestido es lila y con los detalles plateados. En una imagen lleva la pulsera de oro amarillo y en la otra la de oro blanco, las dos mitades de la que ahora luce siempre. Resulta enigmático verla desdoblada en dos.

—Perdí a una de mis hijas de manera dramática —me dice Jaume Capmany en un momento de la conversación y el almuerzo— así que intento proteger a la que me queda por todos los medios. Supongo que es fácilmente entendible.

—Sí, por supuesto. Yo... Yo quiero pedirle disculpas porque mi actitud no ha sido la correcta...

—No, Jan; yo conozco a mi hija y sé que probablemente sea ella quien te echa de madrugada en vez de permitir que pases aquí la noche. Quiere impedir que se genere una confianza, una relación más o menos formal... no lo sé bien, porque no acabo de entenderla del todo.

Me da tanta vergüenza el que sepa nuestras idas y venidas, y que piense, imagine... Sigue hablando él:

—Si eres la mitad de honrado y honesto que tu padre sé que no tengo de qué preocuparme en un sentido...

—Yo estoy... Quiero decir que yo la...

—Que la quieres, que estás enamorado de ella. Es algo evidente: se ve en tu cara, en cómo la miras, se refleja ahora mismo en lo mal que lo estás pasando. Pero no te he llamado para echarte nada en cara, sois adultos y nadie tiene por qué juzgar lo que hagáis... Sí quiero dos cosas de ti muy claras: lo primero es que me digas qué siente Violeta por ti, y lo segundo ofrecerte mi casa para que no vuelvas a salir de ella de madrugada.

Bajo la cabeza. Me siento abrumado por lo que me acaba de decir; por su hospitalidad, su franqueza, su respeto por nuestra intimidad cuando nosotros no lo hemos tenido con él...

—No sé qué puedo contestarle, Jaume —me ha obligado a llamarlo por su nombre— Desde luego le agradezco mucho sus palabras. En cuanto a Violeta, no sé qué siente, más que la atraigo y se siente bien conmigo. Pero me ha dejado muy claro que esto nuestro no va a ninguna parte...

—Imaginaba algo así. Pero, ¿y si te pido que tengas paciencia con ella? Sé que a veces se pone imposible y puede resultar hasta cruel, pero también debes entender que ha sufrido mucho en la vida. Claro que de eso seguro que no te ha hablado...

—Me ha contado que su hermana murió, y también su madre. No sé más.

Me indica el cuadro que he estado mirando sobre la imagen preadolescente de mi chica desdoblada.

—¿No te ha dicho que eran hermanas gemelas? Gemelas idénticas —una pena terrible se refleja en su rostro, y me es conocida porque he creído entreverla en los ojos de Violeta en algún momento.

Entiendo ahora el retrato... de dos niñas exactamente iguales jugando a ser el reflejo de la otra...

—Lo siento...

—Rosa quería ser de mayor como papá y llevar la empresa, y Violeta ser pintora como mamá. Físicamente eran idénticas pero dos personalidades diferentes; eso sí, siempre juntas. No consiguieron separarlas ni en la guardería, ni en el colegio...

—Entonces, ¿usted sabe que Violeta no es feliz siendo la presidenta...?

—Sí, claro que lo sé. Hicimos el trato de que lo intentaría por un año, mientras yo me recupero y... No pierdo la esperanza de que se implique al menos un poco, lo suficiente. Pero desde luego no será ella quien dirija el negocio. Ella es artista, lo ha sido siempre y estar en un despacho la consume. Imagino también que pensar en amar a alguien y luego poder perderlo le debe parecer lo más odioso del mundo y no quiere volver a pasar por ello.

V

A ver: se puede ser controlador, excéntrico, moderno y todo lo liberal que uno quiera, pero ¿en qué parte del mundo se le ocurre a un padre invitar a comer y ofrecerle su casa al amante de su hija, al que no conoce en persona porque ésta se ha encargado de ello? En el mundo en el que yo habito estas cosas no ocurren; o no ocurrían, hasta hoy. Y contando que, por sincero y bueno que sea el hombre que tengo al lado, estoy segura de que no me lo está contando todo y habrán hablado de muchas más cosas. ¿Qué le ha contado mi padre de mí, hasta dónde me ha descubierto...?

—No te enfades, cielo —mi Yogurín tremendamente preocupado— No hace falta que le hagas caso, no cambia nada...

Dejo de observar la escena que se desarrolla en la calle frente a nosotros, en la que un niño y una niña juegan risueños mientras sus madres conversan.

Lo miro a él.

—¿Por qué nunca me has dicho que preferirías pasar la noche conmigo?

—Porque sé que no es lo que quieres. Te prometí que no me volvería a quejar y aceptaría el lugar en tu vida que me asignases, ¿recuerdas? —se refiere a la tarde en la casita, cuando me dijo lo más bonito que nadie me ha dicho nunca.

—Nunca he dormido con un hombre... —le confieso.

—Y no tienes por qué hacerlo si no quieres. Yo... valoro que compartas conmigo tu espacio y parte de tu tiempo. Sé que tampoco era eso lo que querías en principio.

—Las cosas van cambiando. Ahora me encanta tenerte en mi cuarto, que juegues con mi perro, cenas conmigo, y hasta que me quites el tampón en la ducha... —sonreímos ambos— Pero soy tan egoísta que luego te mando a tu casa de madrugada sin importarme nada.

—No pasa nada, está bien así —me acaricia el pelo— Vamos hoy a algún sitio: al cine, a cenar, a la discoteca si quieres...

Paseamos un rato y acabamos cenando en la terraza de un restaurante desde donde se ve toda Barcelona. Hablamos de mil cosas, como siempre que estamos juntos, y me cuenta la conversación con su madre. ¡Menuda semana hemos tenido los dos!

—A mí me han tocado las charlas parentales y a ti las relaciones sociales —se ríe ya más relajado.

—¡Qué fuerte me parece que tu madre me reconociese por el retrato de la playa...

—Se fija mucho en los detalles; yo creo que me parezco a ella en ese tipo de cosas.

—¿Y tu padre? De él no me cuentas nada.

—Bueno, también es buena persona, y supongo que a su manera un buen padre; pero es más rústico.

—¿Más que cierto sujeto que se cargó la cremallera de un Chanel que cuesta casi mil euros? —me río.

—¡Dios, no me lo recuerdes! ¿En serio no tiene arreglo, no se le puede cambiar la cremallera esa? —se tapa la cara avergonzado.

—No te preocupes, cualquier día de estos me lo llevo a Sant Pol. Mi amiga Raquel tiene unas manos mágicas capaces de solucionar contingencias de todo tipo relacionadas con la ropa. Por desgracia no es tan hábil con sus

asuntos personales.

—No me vas a llevar contigo a Sant Pol, ni a presentarme a tus amigos, ¿verdad?

—¡Qué noche tan bonita hace; y la ciudad vista desde aquí parece tranquila y acogedora!

A pesar de sus reticencias al respecto, vamos a mi loft. Bajo a darle las buenas noches a mi padre, y a decirle un par de cositas también. Duncan decide venirse conmigo, y Jan le pide que me muerda el trasero si riño al “abuelo”.

—Violeta, por favor, recuerda que tu padre está enfermo del corazón. No te enfades con él, no le des un disgusto —me suplica.

—Pues para andar metiéndose en la vida de los demás como una portera no está tan malito. El lunes me lo llevo a la panadería a ver si así se entretiene y no conspira tanto a mis espaldas —le suelto mientras me dirijo al ascensor.

—Supongo que ya le has asignado una habitación de invitados, por si lo echo de la mía esta madrugada también —mi saludo.

—Alguien tiene que ser sensato en esta casa. Si a ti te parece normal que ande solo caminando por ahí a esas horas, a mí no. A mí me parece peligroso, le puede ocurrir algo y no habría nadie para socorrerlo —en su papel de padre responsable y protector.

—Pues mira, le podemos dejar un coche, si ese es el problema.

—Tú misma: sabes dónde están todas las llaves. Si eso es lo que quieres...

—No sé lo que quiero. Pero de lo que estoy segura es de lo que No quiero, y es que mi padre decida por mí —elevo un poco la voz, me temo.

Buenas noches, mi amor —me da un beso en la mejilla y da por finalizada la entrevista; es lo que tienen los directivos— Mañana ya hablamos más tranquilamente, ahora estoy agotado.

J

Estamos en la tumbona de la terraza, tapados con una manta que no necesitamos, ya que la noche es cálida y nosotros estamos bastante calientes. Contando con que no nos hemos visto desde el lunes, y además la tengo encima de mí porque uno al lado del otro no cabemos en este cacharro, notando cada

parte de su anatomía. Tenemos ante nosotros el espectáculo de una noche estrellada que pocas veces se puede disfrutar; al menos yo en mi barrio, más céntrico y contaminado que esta zona alta de la ciudad.

—¿Por qué no me explicaste que tu hermana era además tu gemela? — aprovecho para preguntarle ahora que estamos tan íntimos aquí debajo de la mantita.

—Porque es muy triste, y saberlo no te sirve de nada, sólo para sentirte mal por mí...

—Pero quiero conocerte, saber todo de ti.

—Pido cambio de tema —dice como si estuviésemos en un juego con reglas recién inventadas.

—Vale: Estás muy delgada; creo que eso que me clavas es tu cadera.

—Sí, últimamente no como nada bien. Me agobio, lo que implica que hago más ejercicio, lo que implica que estoy más cansada y hay días que ni ceno.

—Pero cuando estás conmigo sí comes bien, normal al menos —reflexiono en voz alta.

—Podríamos quedar algún mediodía entre semana y me alimentas...

—Lo siento, pero en la empresa en la que trabajo me pagan muy poco, no me lo puedo permitir —bromeo.

—¿Te pagamos poco? —su asombro es real.

—No, es broma. ¿No sabes cuánto gano?

—Pues la verdad es que cuando miré tu expediente pensé que era poco para un programador informático con tan buen currículum, pero no, no recuerdo la cantidad exacta —piensa— ¡Te subiremos el sueldo!

—Era una broma. Broma, ¿entiendes? Sí cobro un sueldo razonable para mi puesto.

—No, no ahora que tienes que venir a casa del jefe a instalarle... ¿qué has dicho que le vas a poner a mi padre para que nos tenga más controlados desde casa? —recuerda lo que le he estado contando antes sobre la conversación con su padre al mediodía, cuando hemos quedado en que voy a enseñarle cómo ver todo lo que ocurre en la panadería a tiempo real, o casi.

—No voy a cobrar por eso —la miro serio— Violeta, te lo digo de verdad, era una broma y ni se te ocurra...

—Pues te asciendo por encima del señor Gris —nos reímos. Ya estoy enterado que José Luis es para ella y Sandra un personaje poco colorido, por decirlo de alguna manera.

—En realidad se llama José Gris, lo otro lo utiliza para disimular. Te lo digo yo que estaba allí cuando se firmó su contrato.

—Pues como no estuvieses en la barriga de tu madre. Este hombre lleva allí toda la vida.

—¡Ya te digo! Cuando mi padre compró el edificio lo adquirió con él dentro; ya estaba pegado a la misma silla donde se sienta ahora y tenía por entonces uno de aquellos ordenadores grandotes que había... —sonríe.

—Se te da muy bien inventar historias —me admiro, yo que me considero tan poco creativo.

—¿No te habías enterado aún que soy una cuentista?

—Pensaba que eras una bruja —la acaricio.

—Una bruja que inventa historias para convencer a los niños perdidos en el bosque para que vayan a su casa y allí comérselos.

—¿Me vas a comer?

—¡Entero! ¿No te da miedo? —sus besos por mi cuello.

—Mucho —me muevo un poco— ¿No lo notas?

—Sí, un miedo muy grande —pone cara de placer apretándose más contra mí— Y que crece por momentos...

Después de pasar por la tumbona, el sofá, y ser interrumpidos por un dulce perrito que decide lamerme la espalda cuando estoy... Bueno, el orgasmo de Violeta queda interrumpido, o sustituido, por sus carcajadas, supongo que viendo mi cara de perplejidad cuando noto algo húmedo deslizarse por mi piel. Duncan debe pensar que nos ha gustado su intervención y se va a buscar la pelota.

—¿Y si nos refugiamos en el baño? —propongo.

Mi chica, de la risa, no puede ni levantarse, así que la cojo en brazos y entro con ella en el cuarto de baño antes de que la feliz mascota nos alcance con su juguete en la boca. Ella sigue riendo, está sonrojada y preciosa. Intenta decirme algo, pero con las carcajadas ni la entiendo ni puede acabar la frase. La siento en el lavamanos.

—El príncipe azul rescata a la princesa de las garras del temible dragón... y se la folla en la pica del baño —consigue articular y sigue riendo.

Me la quedo mirando y creo que hasta noto cómo se eleva mi ceja. Introduce sus dedos entre mi pelo y me besa apasionadamente. Me señala un espejo lateral y puedo ver nuestros cuerpos entrelazados reflejados en él: resulta una imagen tremendamente erótica y bella, cosa que jamás hubiese

creído poder decir de algo en lo que yo estuviese implicado.

V

Empleo todas mis armas de seducción y hasta la fuerza bruta; y en un momento dado pienso en hacerle una llave, mantenerlo en el suelo y atarlo. Pero no se me ocurre nada con qué sujetarle las manos y tampoco me parece una manera muy cómoda de dormir. Ni muy hospitalaria ni romántica, ciertamente, de pasar nuestra primera noche juntos. Al final triunfa la sinceridad... O más o menos.

—Mira, yo no me lo había planteado hasta ahora pero mi padre tiene razón: tienes que andar un buen tramo hasta la parada del bus, y si te ocurriese algo no hay nadie para echarte una mano...

—Existe el móvil —contraataca.

—No si te lo roban y te agreden. De verdad, nunca pensé que tuviese que rogarle a un tío que se quedara en mi cama... ¡Creo que me va a dar una depresión!

—El problema es que realmente tú no quieres que me quede aquí contigo —y remarca mucho el “tú no quieres”, tanto que me duele como una bofetada.

—Quiero que mañana al despertarme seas lo primero que pueda ver... Porque la noche ha sido perfecta, y si te vas la magia se romperá y dejaremos de ser los protagonistas de un sueño imposible.

J

Sus palabras, y sobre todo la expresión de total desvalimiento de su cara, hacen que finalmente me quede. Pero dormir no resulta sencillo. Primero se empeña en darme la espalda, con lo que su trasero queda pegado a mi sexo, porque estamos en una cama de aproximadamente un metro diez, y yo soy grande, y esto está lleno de cojines... Volvemos a hacer el amor, e intento hacerle entender que cada vez que ponga su precioso culito cerca de mí tendré una erección, y ella... ella estará encantada de aprovecharla... Se acaba durmiendo a medias sobre mí, o más bien podría decir que no revive tras el último orgasmo.

Dejo el enésimo preservativo atado donde mejor puedo y pienso cómo

alcanzar mi móvil, porque lo he oído vibrar y supongo que mi madre puede preocuparse si no estoy por la mañana durmiendo en mi camita como el buen hijo que soy. La extraña distribución del mobiliario y tener a una pequeña bruja recostada en mi pecho me lo ponen muy difícil. Al final lo consigo y leo dos mensajes de mi hermano:

¿Estás con la señora presidenta? Mamá está un poco preocupada.

Al menos confirma que estás bien. Y vivo.

Le envío una confirmación y a mi madre una breve frase en la que le digo que pasaré la noche con V. La miro dormir; yo no tengo sueño... Pero en algún momento también dejo de pensar en los cambios de opinión y actitud de mi chica y me sumerjo en un sueño profundo.

Despierto con los rayos del sol inundando toda la estancia de calidez. Violeta está ya vestida y con el pelo recogido en una cola baja. Mira y acaricia la fotografía que me llamó la atención el primer día que estuve aquí, en la que aparecen dos bebés disfrazados de conejitos; observa concentrada la imagen y parece tremendamente triste. Me acerco a ella y la beso suavemente en la mejilla, no quiero sacarla del lugar o del recuerdo en el que se halla inmersa.

—Yo era el conejo azul, ¿sabes? —me dice acariciando la imagen del de color rosa.

Recuerdo que el primer día di por hecho que éste era ella, por el color de sus ojos, pero ahora entiendo que se trataba de dos bebés idénticos. También observo que en la foto Violeta duerme sobre su hermana casi en la misma posición en la que lo ha hecho la pasada noche conmigo: su cabeza a medias sobre el hombro y el pecho del otro, y con el brazo descansando en el abdomen ajeno.

—Siempre dormimos juntas: en la misma cuna, en la misma cama. Teníamos dos de todo, por supuesto, pero no podíamos dormir si no era tocándonos... —vuelve a hablar.

—Y yo he venido a robarte ese momento, ese recuerdo...

Niega con la cabeza, me mira y una lágrima rueda solitaria por su mejilla. La atrapo con un dedo y me la llevo a mis labios.

—Ojalá pudiera darte una ínfima parte de la felicidad que ella te dio —le digo.

Me abraza y al tiempo coge una lámina que me enseña. Es un dibujo... de mí, durmiendo en la posición en la que me he despertado.

—Estás tan guapo cuando duermes... —su expresión se vuelve un poco más alegre, y creo que necesita cambiar de tema radicalmente.

—No sabía que dibujabas tan bien —me quedo asombrado, ¿cuánto tiempo debe haber invertido en hacerlo?

—¡Pues vaya mierda de publicidad me hizo ayer mi padre, si ni siquiera presumió de una de las pocas virtudes que tengo!

—Buenos días... ¿podrías preparar zumo para dos? Sí, mi novio está aquí y desayuna conmigo... No, no hace falta... Vale, eso si quieres sí... No te preocupes, ya me las arreglo yo; tú si acaso pásate por el jardín a ver qué ha liado mi perrito hoy... De acuerdo, gracias... —Violeta al teléfono interior hablando con Nancy.

Me pregunto si habrá alguien que todavía no se haya enterado de que he pasado la noche aquí.

—En esta casa todo el mundo está al corriente —me contesta porque parece que la pregunta me la he formulado en voz alta— claro que no es decir mucho, que aquí vivimos cuatro gatos. Te tengo que presentar a la Tata y enseñarte la casa, pero vamos primero a desayunar que me desmayo de hambre.

—¿Me vas a preparar tú misma los huevos con beicon? —pongo cara de inocente a ver si pica cuando ya estamos en la cocina.

—Hasta donde yo sé no eres manco; de hecho, tienes dos manitas muy hábiles para lo que te da la gana —entra al trapo— Así que allí ves la nevera, ahí están guardadas las sartenes y... ¿Qué pasa, de qué te ríes?

Saco embutido, mantequilla y mermelada mientras ella hace el café en una cafetera que sin instrucciones yo no sabría manejar. Nos sentamos a la mesa en la misma cocina. Nancy ha dejado zumo de naranja recién exprimido y tostadas con y sin tomate, y se ha marchado discretamente.

—¿Qué más te contó mi padre de mí? Anda, suéltalo todo —me pide— Por cierto, estás muy guapo con la camiseta de la Panadería, el negro te sienta muy bien.

Al salir de la ducha mi chica, o mi novia, que parece que hemos alcanzado ese estatus en algún momento, me tenía preparados unos boxer nuevos, con las etiquetas puestas y de mi talla, y una camiseta de la empresa también de mi medida. He preferido no hacer preguntas, vestirme con la ropa limpia y bajar. Creo que ahora definitivamente sí debo parecer el jardinero, pero me lo callo; si estoy guapo o no de negro, no tengo ni idea porque no es un color que use

más que para pantalones. Quizá deba ir pensando en renovar mi vestuario...

—Me dijo que eres maravillosa, encantadora, cariñosa, amable, razonable... Vamos, lo que yo ya sabía —bromeo, en parte— Que te puedes dedicar a la fotografía o a la publicidad si quieres, y no necesitas su dinero ni sus contactos para salir adelante porque eres autosuficiente. ¿Todas las fotos de tu cuarto están hechas entonces por ti?

—No, no todas, no soy tan egocéntrica. Me alegra que mi padre me considere todo eso; claro que sólo faltaría...

—No me habías dicho que tu madre era pintora.

—No me lo habías preguntado. No era famosa ni nada parecido, pero sí vendía cuadros y, sobre todo, necesitaba hacerlo para sentirse realizada. En casa verás más de una de sus obras...

—Ya vi un cuadro. Blanca Ferrer, ¿no? O sea, que lo de vuestros nombres, el de tu hermana y el tuyo, no eran por las flores si no por los colores... ¡Yo pensando que tenías unos padres muy aficionados a la botánica!

—Pues no, la tercera niña no se hubiese llamado azucena ni Orquídea, creo. Más bien Coral, Celeste o vete a saber —ríe.

Después de dejar todo recogido en el lavavajillas empieza el tour por la mansión. Yo opino que no sería necesario y que debería ir volviendo a mi casa, pero Violeta alega que al menos tendré que saber encontrar un cuarto de baño si me pierdo, que no me vaya a pasar como el primer día de trabajo. Se burla de mí, y yo sólo tengo ganas de besarla en cada esquina.

—Y te tengo que presentar a la Tata, que si no menudo enfado se puede pillar. El jardín y el resto lo dejamos para otro día, ¿vale?

—¿Y no eres ya un poco mayorcita para tener tata? —a mí, que soy de familia de clase media muy normal, hay cosas que me sorprenden y esta es una de ellas.

—Hombre, hace ya algún tiempesito que dejó de ejercer como tal, pero como tuvo que coger las riendas de la casa, podríamos decir que es algo así como... no sé, ¿una ama de llaves? En las pelis se las llama así, en su contrato ni idea de lo que pone. Pero vaya, que para mí es de mi familia y punto; es mi tata, y si no te gusta te aguantas se me acerca más retadora y provocativa— A efectos prácticos hazte a la idea que es la suegra a la que le tienes que caer bien. Al suegro parece que ya lo tienes en el bote.

—Oye, ¿desde cuándo somos novios? Creo que me he perdido algo.

—Pues yo estoy igual que tú, pero como estos días todo el mundo parece

estar de acuerdo en que tengo un novio, digo yo que debes ser tú... —. Como sigamos acortando distancias me veo subiendo a su cama en vez de seguir la visita turística— Una cosita: la Tata ha perdido mucha visión en los últimos años, por una enfermedad ocular que se llama glaucoma; sólo ve bultos o un poquito más, dependiendo de la luz...

—Bueno, como bulto creo que cumplo bien.

Me lleva directamente al porche, donde cree que su padre debe estar leyendo el diario y es posible que también se encuentre la mencionada Tata, que no parece tener otro nombre más que éste. Dice que así mato dos pájaros de un tiro: me presento, doy los buenos días y me despido. Y allí están: el señor Capmany con unas gafas de montura fina concentrado en la lectura, y una señora algo mayor que mi madre con un iPad y unos auriculares.

—Buenos días —decimos ambos a la vez, y nos sonreímos un poco como dos tontos.

—Buenos días, ¿habéis descansado bien? —a mí este señor me da la sensación que se cachondea un poco o algo, ¿no? Claro que él no ha contado, como sí he hecho yo por curiosidad, el número de profilácticos usados la pasada noche antes de tirarlos a la papelera.

—¡Nena! —la señora mayor se levanta de su silla— ya le he dicho a tu padre que lo normal es presentar a los novios en un almuerzo, y no en el desayuno...

—Tata, ya te he dicho que no es la presentación oficial; para ésta ya haremos una fiesta sencilla, digamos que con unos doscientos invitados. Hoy es sólo que el chico pasaba por aquí... —definitivamente tiene el mismo humor maligno que su hija.

—Bueno, te presento: Tata este es Jan; Jan: mi tata. Agáchate porque si no no creo que pueda llegar a saludarte.

—¡Encantada! ¡Qué alto! Hija, pensaba que te gustaban los hombres más bajitos —Violeta me hace un gesto teatral para que tenga paciencia— Y qué nombre más corto, ¿no?

—Eh, pues... encantado —me ha cogido la cara con ambas manos y me ha dado dos buenos besos. “Mi suegro” sonrío divertido.

—No te preocupes Tata, sus hermanos también tienen nombres cortos; es una tradición familiar. En el tiempo que alguien me llama a mí puede llamarlos a ellos tres tranquilamente —mi chica arreglando las cosas siempre.

—Bueno, pues se queda a comer con nosotros y así le vamos conociendo,

¿verdad? —la Tata hace el gesto de ir a entrar en la casa, pero violeta la sujeta del brazo.

—No, él ya se va. Sólo ha pasado por aquí para saludar. Lo esperan en su casa.

—Hija, tenemos que sacarte pronto de ese despacho que ocupas, porque con tu diplomacia me veo a las futuras generaciones de Capmany teniendo que pedir en el metro. ¡Qué barbaridad, qué modales! —“mi suegro”.

—No, no, de verdad. Me esperan en casa hace ya rato... —me disculpo, y de paso me pregunto a mí mismo dónde debía estar escondida esta señora cuando vine ayer a comer con su jefe.

Violeta me saca a rastras de allí antes de que no haya escapatoria. Cuando subimos a su loft todo está limpio y recogido, y yo pregunto por mi ropa.

—Pues en la lavadora, supongo. Se queda aquí, que algo de repuesto tendrás que tener. Pero no estaría de más que trajeses alguna cosa más por si acaso...

—Te has tomado muy en serio lo de nuestro noviazgo, ¿no? Y oye, lo de la fiesta será una broma de tu padre, ¿verdad?

—Ah, claro, mucho decir que si cuánto te quiero, que si te adoro, que si eres la mujer de mi vida... o más o menos, que no estoy siendo literal, y en cuanto te hablan de formalizar la relación te haces caquita...

—¡A que pido un adelanto y te compro un anillo con un diamante! —contraataco.

—¡A que te lo tragas!

SECRETOS Y TRÍOS

V

Conduciendo camino de mi casita, voy pensando en voz alta, o conversando con Duncan, sobre que parece que el cielo no se ha caído ni nada sustancial ha cambiado en el mundo porque hoy nos hayamos referido varias personas en diferentes momentos a un hombre como mi novio. A él le ha parecido raro, pero bien; estoy segura de ello. Estaba tan guapo cuando se ha marchado, con sus bonitos ojos dorados relucientes de felicidad; o eso creo yo, que estoy muy optimista. Y aun así he preferido que se fuera, y salir corriendo yo a ducharme, ponerme una falda vaquera y mi camiseta de unicornios para huir a mi casita, lejos de él. Y sí, los unicornios están de moda y a mí me gustan, y como de lunes a viernes se puede decir que los tengo prohibidos... ¿A Quién le va a sorprender en Sant Pol que vaya vestida así? ¡A nadie, porque allí yo soy yo!

Me paso por casa de Ingrid para que me quite las extensiones y de paso las arregle; es una lata darle trabajo extra el finde, pero no tengo otro remedio. El lunes a primera hora me las pondrá de nuevo y me quitará las mechas de color rosa que se me han antojado.

Y finalmente llego a mi hogar, que no está vacío ni mucho menos: Mónica se ha instalado aquí, con mi permiso y bendición, hasta que aclare con Guille los términos de su divorcio. Ra también ha venido y juntas están comiendo cuando llego. Voy a la cocina a buscarme un plato y me siento con ellas, mientras mi feliz perrito corre al jardín después de olisquear al bebé, que juega en una manta en el suelo.

—No va a ser tan fácil ponernos de acuerdo —explica Moni.

—El restaurante para ti y la casa para él, ¿no? A mí me parece muy sencillo... —opino.

—Dice que vayamos a medias en todo, y yo no entiendo qué quiere decir

eso: él no trabaja en el restaurante, y juntos no podemos vivir.

—El lunes hablo con los abogados de mi padre a ver qué se puede hacer. De todas formas, te tienes que buscar uno experto en estos temas, pero lo de los bienes comunes supongo que sí te lo pueden mirar... —la verdad es que yo no entiendo nada de leyes, pero no estoy dispuesta a que el aprovechado de Guille saque tajada de la debilidad de mi amiga.

Raquel nos cuenta las novedades y progresos de Enzo mientras lo amamanta y duerme. Luego yo lo cojo, porque me gusta la sensación de tenerlo en brazos tan pequeño, tan frágil, y tan lleno de vida. Acaricio sus negros rizos y le pregunto a la madre si me da permiso para hacerme una foto con él y enviársela a mi yogurín. La hago y, tras comprobar que de mi melena sólo se ve el mechón rosa, la envío advirtiéndole que la criatura es de mi amiga y que el pelo rosa mañana desaparece. Me contesta enseguida que el niño no se parece en nada a mí y que me queda muy gracioso el mechón; también me cuenta que Sandra le ha pedido que vaya con ella al cine a ver una comedia romántica. Me doy cuenta entonces de que tengo un mensaje anterior de mi amiga la recepcionista diciéndome que no me enfade pero que se me lleva al cine a mi novio, con toda clase de emojis riendo (esto me pasa por explicarle mis cosas) Moni y Raquel se dedican a sonsacarme sobre “nuestro noviazgo”, que por algún motivo tan felices o divertidos parece hacerles a todos.

J

Cuando llego a casa Marc me secuestra en su cuarto. Me interroga, sonrío, se ríe, me felicita... Yo me siento en su cama y apoyo la espalda en la pared. Tengo sueño, estoy cansado, y no, no voy a contar detalles íntimos. He conocido a mi suegro, quien se toma muy bien la “no relación” de su hija conmigo. No sé si mi hermano alucina por lo que le cuento o porque estoy bastante empanado y no lo explico bien.

—Marc, ¿tú que crees que puede ver Violeta en mí para seguir conmigo, y además llevarme a su casa?

—Soy un tío y de tu familia, no sé qué puedo decir...

Laia quiere entrar, pero Marc no la deja; se pone tras la puerta para impedirle la entrada y ella va quejándose a nuestra madre. Hay cosas que en diez años o más no cambian. El primogénito de los Martínez considera que su

hermana menor no puede escuchar lo que hablamos. Será que no puede oír las guarradas que él me pregunta y que yo no le voy a contestar, y no mis dudas trascendentales.

—Todavía es virgen —me susurra mirando hacia la puerta.

—¡Y tú qué sabes! Tiene veintiún años y ha tenido dos novios...

—¡Que si, que le preguntó a mamá y no le convenció lo que le contestó, y como le parecía que tú te podrías morir de vergüenza si te consultaba sobre sexo, no tuvo más remedio que venir a mí!

Lo miro extrañado: creo que la falta de sueño me hace escuchar cosas sin sentido. O tal vez es que mi familia se haya vuelto definitivamente loca desde que paso menos tiempo en casa, no sé. Últimamente no sé nada ni entiendo nada, pero estoy muy bien; mi inseguridad y mi timidez están en sus peores días y mi autoestima ha vuelto a aparecer radiante. Si mi conciencia dejase de hacerme preguntas existenciales como, por ejemplo, por qué Violeta sigue conmigo, sería completamente feliz.

Laia y Marc siguen discutiendo desde distintos lados de la puerta; siempre han peleado ellos dos, y yo siendo el del medio me he mantenido al margen, que alguna ventaja tiene que tener ser el rarito de la casa. Al final él claudica y Laia entra; siento alivio por la pobre puerta. Se sienta a mi lado y me mira fijamente.

—Aquí todo el mundo sabe cosas de tu novia menos yo. A ver por qué le cuentas a este bruto y a mí no... —se queja.

—Porque estamos hablando cosas de hombres —Marc muy digno.

—¿Tú por qué crees que una chica perfecta estaría conmigo? Porque aquí éste no sabe qué decir...

Me pide datos antes de opinar, la muy chantajista, y Marc se lo vuelve a pasar en grande dando ciertos detalles que no son necesarios, como lo buenísima que está. No le decimos quién es en realidad. Al final le enseño las fotos que tengo de ella.

—Buah, es guapísima. ¡Qué envidia! —dice sinceramente sorprendida— Claro que tú también eres el más guapo, e inteligente, y buena persona, mejor hermano que otros, sensible, comprensivo, generoso cuando tienes dinero...

—¡Como si eso les interesara a las tías! A lo mejor lo que ocurre es que follas de puta madre —la diplomacia fraterna en todo su apogeo.

—Marc, que está la niña delante —y bostezo; ¡Qué sueño tengo!

—No soy una niña. ¿Y qué te pasa que estás tan cansado, no has dormido

bien?

—¡Se ha pasado la noche follando, ya te digo! —abro los ojos para lanzarle una mirada más o menos asesina a mi hermano mayor— Bueno, haciendo el amor.

En la comida las cosas no van mucho mejor, porque no tengo hambre y sí unas ganas exageradas de echar una cabezadita, pero a ver quién deja plantada a mi madre con su fricandó. Y a mi padre, que de normal mira las noticias de la tele y las comenta básicamente para sí mismo, le da por preguntar por mi novia, y quejarse de que yo pase tanto tiempo con ella y no la traiga a casa.

—Como si no tuvieras una familia. Seguro que sus padres ya te conocen a ti.

Si supiera que a él también... Miro al plato y dejo que mi madre resuelva, que se le da muy bien y para algo lo eligió como marido; yo no lo elegí como padre, aunque justo es decir que, seguro que el pobre hombre tampoco me hubiese escogido a mí como hijo, con los dolores de cabeza que le he dado.

Cuando me voy camino de mi cama veo que tengo un audio de Sandra. Lo escucho: me invita al cine, porque la peli que quiere ver resulta que no le apetece a nadie más y sola le da palo; y como justo el otro día comentamos que coincidimos ambos en que no vamos al cine a sufrir con filmes de terror ni dramáticos, porque lo pasamos fatal, y nos gustan las comedias divertidas y sencillas se ha acordado de mí. De paso me tranquiliza diciendo que no cree que Vio se lo tome mal... Vaya, contando que ella se larga a su pueblo sin darme ninguna explicación de para qué o con quién, no creo que yo necesite su permiso para salir con una amiga. Así que acepto, pero después de la siesta. Mi hermano se “parte la polla”, palabras textuales, cuando le enseño la foto que tiene en su WhatsApp la chica con la que saldré esta tarde.

—¡Estás en racha o algo! Yo, a todo esto, no quedo con Carme porque se va a un baby shower de esos de embarazadas, así que os podría acompañar... —sugiere el muy caradura.

Le digo que no y me voy a mi cuarto a abrazar a mi almohada. Ya tuve una vez que cubrirle las espaldas con una infidelidad y no pienso propiciar nada por el estilo; porque la verdad es que, si se conocieran, no sé...

Me paso la tarde en mi jardín, con una libreta y un boli, sola y tranquila. No importa que Moni esté en casa viviendo estos días porque me conoce bien y respeta mi espacio. Aprovecho las notas que cogí comiendo con Clara ayer y me alegro de sacar algo positivo de haberme tenido que probar catorce pares de zapatos de novia en su lugar. Sí, mi prima y yo tenemos el mismo número de pie y nos gusta y resulta cómodo el mismo tipo de calzado, lo cual es una suerte cuando se trata de que me regale un par, pero no cuando ella tiene un pequeño esguince y considera que yo puedo cumplir con esa misión.

No me importa probarme unos pares tras otros, lo que sí me molesta es que la dependienta una y otra vez se confunda y piense que la novia soy yo... Clara, la persona más sensible de mi familia, me pregunta en un momento dado quién es el responsable de esa bonita sonrisa que llevo luciendo todo el día, y que si no llega el momento de que me pruebe vestidos y zapatos para mi propia boda. Y no, sigo sin verme ni en una ceremonia para demostrarle a todo el mundo que quiero a alguien ni casada, ni con un hombre al lado hasta que el divorcio nos separe. Ni siquiera con uno llamado Jan. Le digo a mi prima que estoy conociendo a alguien, que me parece que no es mentir y tampoco compromete gran cosa. A ver qué cuenta mi padre hoy a sus hermanas, espero que ni él ni la Tata se vayan de la lengua.

Cuando me doy cuenta ya no se ve nada en el jardín y Charlie está a punto de llegar con las pizzas; le he dicho que hoy cenamos en mi casa los cuatro y así pasamos de situaciones difíciles, contando que nos podríamos encontrar al recién ex de nuestra amiga. Por cierto, el grupo tendrá que modificarse y alguien quedará fuera. Siempre ocurre cuando hay separaciones, por amistosas que sean y buen rollo que presuman tener los implicados.

J

Nos reímos, devoramos un tanque enorme de palomitas y unas Coca-Colas en el cine. Después decidimos pasear hasta el Foster's Hollywood para cenar una hamburguesa, que a ambos nos apetece y hace tiempo que no pasamos por una de estas franquicias. Vamos charlando un poco de todo, de por qué piensan ella y Violeta que mis compañeros Pin y Pon están liados... cuando veo acercarse a Rubén, uno de los que han sido mis mejores amigos, y hermano mayor de Anna. Tras el encontronazo con mi madre y la mencionada ex

empiezo a pensar si Barcelona no será una ciudad muy pequeña. Encima va con su novia, que no recuerdo cómo se llama, aunque me lo haya dicho ya varias veces.

Sin posibilidad de salir huyendo no queda otra que saludarse, y él da por sentado que Sandra es la chica de la que le ha hablado su hermana. El que ella no sea rubia y no vayamos ni siquiera cogidos de la mano son detalles que le pasan desapercibidos. Desde luego si Anna le habló de una preciosidad de pelo largo y cuerpo espectacular debo reconocer su equivocación. Además, hoy Sandrita va muy arreglada porque luego ha quedado y no piensa pasar ya por su casa a cambiarse. De hecho, me ha prohibido expresamente irme con ella de fiesta para que sus amigas no me acosen y la jefa no se ponga luego de uñas. ya veremos si no me acabo yendo con ella para comprobar en propia piel qué es eso de que varias mujeres te presten toda su atención. Tal como lo cuenta mi amiga debe resultar la mar de... entretenido. Dejamos a Rubén y su como se llame sin sacarles de su error, cosa que luego Sandrita me recrimina.

—¿Te da vergüenza que piensen que eres mi novia, o te da miedo la hechicera de tu amiga? —le pregunto, un poco molesto por tanta precaución.

Bromea acerca de que Violeta nunca haría un hechizo contra ella, que es su amiga de toda la vida, pero que no puede asegurarme lo mismo respecto a mí, y que le daría mucha penita verme luego convertido en sapo. A mi pregunta de si eso es lo que suele hacer con los hombres me contesta que no, que ni siquiera se toma esa molestia.

—Creo que nos menosprecia un poco a los hombres, en general quiero decir...

—No, a su padre lo adora y tú vas por el mismo camino... Y hasta tiene un perro que es macho y todo —se ríe, pero enseguida cambia de tema.

Ya con nuestras hamburguesas, nuestras patatas y una ensalada, ésta un poco para disimular la ingesta de grasas, seguimos conversando. Le pregunto por Rosa, ya que tengo curiosidad por saber de la hermana fallecida de mi chica, y no me voy a atrever a hablarlo directamente con ésta. Sandra me cuenta algo parecido a lo que me explicase ayer Jaume Capmany: que eran inseparables, tan idénticas que ni su propia madre las diferenciaba, pero que por el carácter si era fácil saber quién era quién. La anécdota de un castigo en casa de los padres, incluyendo una Sandrita un año menor que siempre andaba por allí; castigadas a no salir de la habitación en toda la tarde, con una Rosa lamentándose y haciéndose trenzas en espera de que un príncipe azul viniera

en su rescate. Y una Violeta, que tras pensárselo pocos minutos empieza a atar sábanas que finalmente les permiten huir por la ventana del primer piso, sin mucho peligro, e ir a nadar a la piscina.

—Rosa se reía y decía: “bueno, no tenemos un príncipe azul pero sí una princesa Violeta.” Igualmente nos pillaron y nos volvieron a castigar, pero fue muy divertido —su sonrisa se esfuma— Eso fue al final del verano antes de que... bueno, ya sabes. El siguiente verano nadie se bañó en esa piscina y las cosas cambiaron para siempre en la casa.

—Menos mal que Violeta te tuvo a ti para, no sé, supongo que la ayudaste mucho.

—Tardé mucho en verla, no me dejaron ir al hospital y yo me moría de pena: una de mis amigas había muerto y la otra no podía ni saber cómo estaba. Luego cuando empezó a recuperarse fue, al contrario, porque quiso ir a mi instituto para no volver a ver a la gente que la conocía con su gemela... No... No dijimos nada de lo que había pasado y enseguida se integró, porque ya sabes cómo es: tan guapa, tan misteriosa, y además a la gente le daba pena que hubiese tenido un accidente y aún fuese con muletas cuando vino; acabamos en el mismo curso porque ella perdió uno. Luego la muy bruja quería que estudiase ADE con ella para no quedarse sola, pero eso ya no, demasiado esfuerzo; y hasta hace unos meses que vino a la Panadería a sustituir a su padre no nos hemos visto tanto, a diario como en aquella época del insti.

Se me hace un nudo en el estómago, yo no imaginaba que mi chica había salido tan mal parada del accidente; ni siquiera estaba seguro de que hubiese estado implicada en él. Sandra me dice que tuvo que pasar por varias operaciones, pero que no se lo recuerde nunca a Vio.

—Ya, ya me he dado cuenta de que es un tema... tabú —le comento.

V

Me despierto excitada, pero también nerviosa, inquieta. Son las seis y media de la mañana de un domingo y no entiendo qué hago pensando, soñando, sólo porque mi Yogurín se haya ido al cine y a cenar con mi mejor amiga. Me confieso a mí misma que sigo teniendo claro que ambos hacen una bonita pareja, que serían perfectos el uno para el otro; y sin embargo...

El sueño es igual que fue la primera vez: la fiesta en casa del chico inglés

de ojos intensamente azules. Nos gustábamos y lo preparó todo para tener la oportunidad de estar los dos a solas. Muchos amigos y amigas, mucho alcohol, muchos nervios por mi parte porque era la primera vez que lo iba a hacer. Su habitación, yo en ropa interior y él igual, creo. Yo pensando que aquella polla tan dura tenía que entrar dentro de mí y yo no estaba preparada, no estaba tan excitada como cuando me acariciaba a solas yo misma. Sus besos, mis nervios, todo igual que ocurrió esa noche. Las caricias torpes de un chico de diecisiete años, las de una chica de la misma edad que, aunque no es la primera vez que mira y toca, está insegura. Y unas manos ajenas a ambos, más hábiles, que se unen a las caricias. Unos tiernos besos en la nuca, una lengua que me hace sentir. No me giro, él no dice nada. Busca un preservativo y me parecen siglos los que tarda en abrirlo y colocarlo, mientras las otras manos me acarician los pechos, los muslos. Me relajo porque me siento bien, todo está bien. Me noto húmeda y quiero más. Las otras manos me separan los labios vaginales, juegan con mi clítoris abriendo mi sexo para él. Antes de que su voz le advierta que vaya despacio, muy despacio, porque soy virgen, ya he reconocido el olor familiar y las pequeñas y delicadas manos de Sandra. Me penetra lentamente, y ella se pega a mi espalda, nos convertimos los tres en un solo cuerpo, un solo ritmo. Cuatro manos en mi piel, dos lenguas; yo en medio de una pasión que pruebo por vez primera. El inglés de ojos intensamente azules se corre primero, pero continúa haciéndolo bastante bien y con las caricias de uno y otro me corro yo también. Y ella al mismo tiempo que yo, discreta y silenciosa. Sólo que en mi sueño en algún momento el chico ya no es el inglés de los ojos intensamente azules sino Jan.

Y por eso estoy aquí ahora pensando en ellos dos, en si realmente se gustarían si yo no estuviese por el medio, y concluyendo que evidentemente sí. No hay que ser muy lista para darse cuenta que mi Yogurín tiene más cosas en común con Sandra que conmigo. Sin mí, trabajando en la misma empresa, viéndose cada día y sin la presión de tener que disimular; porque a Jan estar conmigo es algo que tarde o temprano le van a hacer pagar muy caro, me temo. Su relación funcionaría y cada uno tendría lo que quiere en el otro: ella un amor sincero de un guapo y atento hombre nada dispuesto a las grandes discusiones; él una princesa a la que mimar y cuidar, que de momento no piensa en tener hijos ni en darle la vuelta a su vida cada vez que se le ocurre una nueva idea... estabilidad, seguridad, y todas esas cosas con las que yo no me llevo demasiado bien.

Así que se me ocurre que tal vez lo mejor sería probar si es posible, si se atraen como yo creo. Y de paso acabaríamos con mis dudas, mi preocupación por el día en que le romperé el corazón a una de las mejores personas que he conocido en mi vida.

J

Despierto de madrugada, excitado y echándola de menos de una manera que hasta duele. Debería haberme ido de juerga con Sandra, pero me advirtió tanto que si lo hacía acabaría arrepintiéndome de algo que le hice caso. Yo no creo que, suponiendo que sus amigas sean tan terribles como dice, hubiese acabado liado con ninguna; estoy enamorado de Violeta y no quiero ni necesito a nadie más. Supongo que algo me debe diferenciar del resto de hombres que conozco, que al final me entero de que unos y otros... bueno, que lo de ser fieles no se lleva mucho. Tampoco es que me parezca demasiado a ellos en lo demás, así que en este terreno no sé por qué iba a ser distinto.

Creo que me hubiese gustado salir sobre todo para explicárselo luego a mi chica, para ver si se pone al menos un poco celosa; podría pensar que si me deja solo cada fin de semana al final... No, va a ser que me conoce bien y sabe que no sería capaz, que ni siquiera me apetecería. Lo de darle celos me parece que podemos descartarlo, en eso mi conciencia tiene toda la razón.

El domingo transcurre tranquilo. Voy a la piscina y nado hasta agotarme. Por la tarde me animo a entrar en la jungla que es la habitación de mi hermana y pedirle que me deje uno de esos libros románticos que lee, y que a mi novia también le gustan. A Laia le hace mucha ilusión tener algo en común con mi chica, y me empieza a explicar que es mejor que comience por la primera novela porque hay personajes que van saliendo luego en las demás. A mí me da un poco igual porque no pienso leer más que ésta; y en realidad lo que quiero es echarle un ojo por encima a ver de qué va esta señora que tiene tanta fama en la literatura femenina, y de paso aprender algo, si es posible, sobre qué se espera del novio/amante/lo que sea perfecto. Salgo con “El amor no duele” en las manos, pensando que ya podría tener razón quien eligió el título.

Y este tranquilo domingo es la calma que precede a la tempestad.

V

Cuando el lunes por la mañana veo la llamada de Jan en mi móvil presiento que algo muy grave ha ocurrido. Estoy en un acto benéfico al que he venido previo paso por la pelu de Ingrid, con el modelito que estaba ya preparado y todo listo para perder el mínimo tiempo posible. No porque la solidaridad me la traiga floja, pero sí los puñeteros actos que no sirven más que para hacerse fotos. Y a mí las fotos me gusta hacerlas, no salir en ellas.

Salgo fuera y me quedo helada cuando lo oigo. Resumiendo: el sistema informático ha caído al completo y en principio sin motivo aparente. Ahora mismo no funciona nada ni se puede recuperar ningún fichero de la empresa. Jan sí sospecha, pero no ha querido decir nada hasta hablar conmigo. que es un ciberataque en toda regla, de alguien de la competencia. Me pregunta si pueden estar buscando algo importante y le contesto que sí, pero que no está allí si no a buen recaudo fuera de la Panadería. Si se trata de lo que yo estoy pensando, sólo lo tiene alguien que está en New York durmiendo en estos momentos como el angelito que no es. Esto último me lo callo y le digo que haga lo que pueda, lo que sea...

—Habría una manera rápida de confirmar mis sospechas y reiniciar el sistema...

—¡Pues hacedlo ya! —le apremio.

—Es que... no es demasiado... legal. No me he atrevido a comentar nada por aquí...

—¿Puedes hacerlo tú solo?

—Sí, creo.

—Pues hazlo. Yo salgo de aquí en un rato y voy directa para allá. Ahora hago una llamada y te trasladas a trabajar a... no sé... ¿el despacho de mi padre? ¿su ordenador te sirve?

—Lo más lejos posible de José Luis me sirve.

Quedamos en que en un momento Sandra le avisa de dónde debe ponerse a trabajar. Estoy de los nervios porque no controlo para nada el tema y no sé todo lo que puede implicar un ciberataque de esa magnitud. Dejo que me hagan unas fotos, intento sonreír, saludo y me voy lo más rápido que puedo. Supongo que más tarde me echarán de menos, pero lo primero ahora es la crisis en la Panadería.

Cuando llego Sandra me pone un poco al tanto de cómo va todo, que básicamente es que Jan está muy concentrado en el despacho de mi padre y necesita hablar conmigo cuanto antes. Mi amiga está muy emocionada con que

mi chico esté haciendo ahora mismo de pirata informático. Lo veo atareado con el ordenador de sobremesa y un portátil, mirando ambas pantallas y tecleando a la velocidad de la luz. A pesar de la situación debo reconocer que me pone, y mucho, verlo trabajar; y soy perfectamente consciente de que muy normal no es lo que me pasa.

—Por fin llegas —se gira un momento para mirarme y enseguida vuelve a lo suyo.

—Hola —me acerco y empiezo a masajearle la espalda y los hombros instintivamente, pues lo noto muy tenso— Supongo que me hueles llegar.

Un rápido beso, aún tiene un segundo para decirme lo preciosa que estoy hoy y lo mucho que me ha echado de menos. Y vuelve a lo suyo.

—Dime qué necesitas, aunque Sandra ya me ha explicado que debo dedicarme a apagar un par de incendios...

—Lo que estás haciendo está muy bien —se refiere al masaje— Pero sí, habla con Lechucia y con José Luis y tranquilízalos, por favor. Y luego te explico que llevas una hora y media confirmando desde tu ordenador todo lo que hago. ¿Seguro que no había nada especialmente delicado que proteger aquí?

—Por partes: encantada de confirmar lo que sea, que supongo que lo has hecho gracias a que me empeñé en que conocieras mis contraseñas... Voy en persona a tranquilizar a esos dos; y completamente segura de que, si hay algo susceptible de robar, está a buen recaudo en la cabeza de alguien en New York.

—¿Tu amigo Víctor, a ese al que llamáis mister Universo?

—Vaya, una cenita con Sandra parece que da para mucho —me sorprende, pero está claro que tratándose de Víctor mi amiga no puede ser discreta— Y tu capacidad de deducción buenísima, pero no te preocupes... además de guapo es muy inteligente; no tanto como tú, pero... Es una larga historia, ya te la explicaré cuando todo esto esté resuelto.

—Sí, estaría bien entender algunas cosas...

—¿Necesitas ahora algo más? —cambio de tema, que el otro no me entusiasma— ¿Una secre o alguien que te ayude?

—Nadie más que Sandra. Que por cierto es una crack y sabe de todo —su atención de nuevo en el trabajo.

—Sí, ya lo sé: podría ser secretaria de Dirección, pero la muy petarda prefiere estar abajo dando la bienvenida a todo el que llega. Yo siento no

resultar tan útil.

—Tú ya haces muy bien tu trabajo: mandar. Por cierto, también ha venido tu primo un poco de los nervios; no le he prestado mucha atención, pero diría que sabe algo... de lo nuestro.

Apunto mentalmente otra visita para ahora mismo y me encamino directa a hablar primero con la Lechuza, a quien con dos frases le dejo claro que Jan tiene total autoridad para entrar y salir de cualquier despacho de Dirección, y pedirle lo que necesite en cualquier momento. Salgo sin darle tiempo a buscar una buena réplica. A José Gris y los Pin y Pon no sé muy bien cómo argumentarles que el nuevo está enclaustrado en el despacho principal de la empresa haciendo... mejor ni saber qué está haciendo exactamente. Aprovecho que el verme en su oficina en persona les deja un poco fuera de juego, aludo a que el problema se ha generado en Dirección y allí está quien últimamente ha revisado el sistema informático de aquel departamento. Ahora resulta que nuestros polvos intempestivos van a servir de excusa y todo. Se quedan perplejos y hasta me dan las gracias por venir en persona a hablar con ellos. Les felicito por lo bien que lo están haciendo y me dirijo a mi último y más escabroso destino: David.

—¿Es cierto que te tiras al cerebritito que tenemos ahora en el despacho de tu papá? —es su cordial saludo.

—Primero: tenemos un problema informático bastante grave que debería ser ahora tu principal preocupación. Segundo: ¿estás seguro que aprobaste lengua en el instituto? Construyes unas frases con muy poca lógica.

—Cuando quieras que lo despida no te importará tanto si construyo bien mis frases o no; pero vaya, que sepas que toda la empresa comenta lo de vuestras “reuniones” en tu despacho.

—Triste vida sexual la tuya, y la del resto, cuando tenéis que meter las narices en la mía —le contesto.

—Es que es un empleado, otra vez. A ver qué pasaría si yo me fuera liando con las empleadas...

—Pues que tendrías un despido inmediato, por mucho que a mi padre le apenase.

—Y las mismas reglas no se aplican para ti, claro —su enfado va en aumento, pobre.

—A mí no me puede despedir nadie, ¿recuerdas? Pero si tanto os preocupa que me lo monte con un empleado, quizá decida hacerlo accionista...

Salgo de sus dominios con la satisfacción de haber visto su cara de rabia, pasma, incredulidad e indignación.

J

Llevo varias horas y varias Coca-Colas sin moverme de delante del terminal más potente de la empresa cuando las chicas vienen a buscarme para comer. Las despido diciendo que necesito concentrarme, no oírlas a mi alrededor porque ahora no pueden ayudar, y que me traigan un sándwich vegetal si así se van a sentir mejor. Al final se marchan y me dejan solo. Quisiera no haber tenido que hacer gala de mis “habilidades” cuando hace apenas un mes que entré en la panadería, pero no sirve de nada lamentarse pues no había otra solución. Espero que esto no salga de nosotros tres y que ellas no sean muy conscientes del todo de lo que puedo llegar a hacer.

El cuadro de una Violeta algo más joven en la playa, del que me hablara mi madre el otro día después de reconocerla sigue aquí colgado y me desconcierta un tanto. Lleva un vestido blanco y está metida con él en el agua, que es del mismo color que sus ojos. No sé qué quería transmitir su madre con esta pintura, pero la mirada de mi chica parece decir que es capaz de salir de todo, de enfrentar cualquier situación. También hay otras fotos familiares, pero sólo las he visto de pasada, ya que de momento mi atención está al cien por cien en reinstaurar todo lo que se ha hackeado. Y de paso averiguar quién o quiénes son los cretinos que nos han arruinado el día; y, en la medida de lo posible, devolverles la jugada.

V

—¿Tenías que hablarle de Víctor? —interrogo a Sandra mientras comemos algo rápido.

—Tranquila que he sido muy discreta. Estábamos hablando de si tengo ganas de tener pareja y le hablé del hombre perfecto para mí... Nada más. Bueno, y que el otro día estuve chateando con él y me dijo que pronto vuelve unos días de Nueva York —Sandra se emociona y a mí me pone de los nervios — ¡Tengo tantas ganas de verlo!

Mi amiga me cuenta además lo bien que lo pasaron en el cine y la cena el

sábado Jan y ella, y lo maravilloso y no sé cuántas cosas más que es mi Yogurín. Si ya digo yo que éstos, con un empujoncito...

Sobre las siete de la tarde Jan acaba su trabajo, y me hago a la idea de que con la cara de cansancio que tiene no se va a querer venir conmigo a casa.

—Ya sé que me vas a decir que estás agotado, y que no has pasado por tu casa y todo eso...

—Mañana, ¿de acuerdo? —y me soborna con un beso.

—¡Qué remedio! Pero te llevo hasta la puerta de tu casa en mi coche.

—Vale, y así de paso me explicas quién es ese mister Universo y por qué guarda los secretos de la empresa.

—Mira, mejor te vas en taxi... —bromeo, aunque no tanto como mi Yogurín pueda creer.

Ya en el coche insiste: sabe que estudiamos juntos Administración y Dirección de Empresas, que yo no acabé, pero él sí, porque Sandrita se lo contó mientras cenaban el sábado. Yo preferiría besarlo mientras esperamos cada cambio de semáforo, pero mi pirata informático es testarudo.

—Le pago para que me ayude con la Panadería, esa es la verdad, y lo que nadie sabe ni debe saber. Él debería ser quien estuviese al frente, si mi padre no fuese tan cabezota y cerrado de mente.

—No me parece que tu padre sea ninguna de esas dos cosas.

—Claro, porque tú le caes bien; en cambio, de Víctor piensa que quiere mi dinero.

—porque habéis estado saliendo juntos en algún momento —no lo formula como una pregunta.

—No, no hemos sido nunca pareja ni nada por el estilo: a él le gustan otro tipo de mujeres y a mí otro tipo de hombres, por guapísimo que sea —lo miro de reojo y siento que mi explicación no le convence— Es que es un poco raro y mi padre no lo soporta.

—Yo soy raro y a tu padre no parece importarle.

—Tú eres superdotado. Él...

—No soy superdotado —me interrumpe mosqueado; no es la primera vez que sale el tema entre nosotros y no entiendo por qué le da tanta rabia.

—Vale, dejamos eso para otro día. Víctor es... bueno, lleva varios pendientes en una oreja, tatuajes por todo el cuerpo, nunca ha usado traje ni corbata, ha trabajado como modelo publicitario... A veces es un poco capullo con las tías —la escenita que propició el odio visceral de mi progenitor hacia

mi amigo no se la voy a narrar tal cual, ni hoy ni nunca, porque tengo tanto de lo que avergonzarme o más que el propio Víctor— Y normalmente además es un bocazas que no se puede estar calladito.

—Sigue sin convencerme la explicación: si a tu padre le parece que va tras tu dinero es porque va detrás de ti. ¿Y Sandra, por qué está tan colgada por él entonces?

—Las dos tuvimos un rollito con él: a mí no me gustó y a ella le encantó. Fin de la historia. Lo de mi padre es una película que se monta en plan antiguo. Mira, Víctor procede de una familia humilde, pero sabe ganarse la vida muy bien sin necesitar a una rica heredera.

—Pero vive de ti —estamos teniendo esta conversación tan tonta en vez de comernos el uno al otro, ¡qué desperdicio!

—Le pago por el trabajo que hace, muy bien, por cierto. Y cuando pasen unos meses y mi padre vea lo bien que va su negocio, le podremos decir que ha sido gracias a él y que lo contrate, así yo quedo libre. ¿Lo entiendes? Y ahora cambiando radicalmente de tema que yo también tengo mis preguntas: ¿tú desde cuándo eres un hacker experto? No soy tan tonta como parece e intuyo lo que has hecho hoy...

J

Debe ser que estoy agotado absolutamente, o tal vez la influencia de esa autoestima preadolescente que me repite sin cesar que si Violeta está conmigo ahora será por algo; el caso es que no le doy mil vueltas al hecho de que me haya reconocido que tuvo un “rollito” con un tío que su mejor amiga define como el más sexy del planeta, y con el que por cierto también ella ha tenido el mismo tipo de relación. Estas chicas, ¿se pasan los ligues la una a la otra? Y, por otra parte, ¿qué entiende por “rollito”? Porque según ambas, Violeta nunca ha tenido una relación que vaya más allá de quedar una o dos veces con el mismo... Además, ¿no me ha dicho en un principio que no había salido con él en plan pareja, y luego que sí lo había probado? ¿Debo entender de todo ello que tuvieron sexo en algún momento y como no les gustó decidieron ser muy amiguitos? Y si es así, ¿dónde quedan las normas estrictas de mi Diosa respecto a no mezclar amistad y sexo? Lo dicho: estoy saturado y no me cabe ni un dato más en la cabeza.

V

Sentir de nuevo su calor en mi piel, sus abrazos envolventes, sus besos profundos, su polla en mi interior. Tenerlo de nuevo en mi cama, en mi casa, dentro de mí cubriendo una necesidad que hasta hace poco ni siquiera sabía que se podía tener. Porque querer tener a alguien, necesitarlo tanto como para sentirme mal sin él, es algo que no me había ocurrido nunca.

Descartamos desde el principio cenar por ahí y nos vamos directamente a mi loft, como llama Jan a mi cuarto. Allí nos espera una cena que se queda fría; hasta Duncan se da cuenta de que no es su momento y se aleja discretamente a su colchón a dormir un rato.

—¡Cuánto te he echado de menos! —le digo sentada sobre él a horcajadas, una de las posiciones que más me gusta adoptar pues siento que lo tengo por todas partes a la vez.

—A ver, tendrás que especificar qué parte de mi cuerpo es la que echabas tanto de menos, que a mí me has visto ayer y hoy. Y conste que el fin de semana no, porque tú no has querido...

—¿Se puede saber dónde está el chico tímido que conocí en la Panadería? ¿Qué has hecho con él? —me encanta que se muestre tan abierto conmigo; juego con su pelo, de un castaño claro, que tanto me gusta.

—A lo mejor es que me relaciono demasiado con una descarada...

—¡No, demasiado no!

Tenemos que calentar de nuevo los platos de la cena, así que menos mal que tengo microondas además de nevera, y no hay que salir de nuestro refugio. Creo que nunca he considerado tanto este espacio como algo propio hasta ahora.

Y después, ya de nuevo en la cama que hoy estamos por la comodidad, acaricio sus muslos y su pubis sin llegar a más; sabiendo que en pocos instantes lo tendré listo de nuevo para mí. Aprovecho que me está explicando de qué iba la película del sábado para proponerle mi plan...

—Y ya que Sandra te gusta tanto y eso... Porque te gusta, ¿verdad? Es tan encantadora, cariñosa, y está tan buena...

—Me cae genial; ya la considero amiga, con lo que a mí me cuesta coger confianza.

—Pero, ¿te gusta físicamente? —insisto, que no lo pilla a la primera.

—No sé, no me fijo en ella.

—Yo tampoco me fijo y salta a la vista lo guapa que es, el tipazo...

—¿Me la quieres vender o algo? No te entiendo, de verdad que sólo tengo ojos para ti —me dice, tan inocente, que a lo mejor piensa que tengo celos.

—Lo que quiero decir es que si te gusta mucho... Bueno, que podríamos estar los tres juntos... hacer un trío con ella —lo sigo acariciando.

—¿qué? —se incorpora un poco y me mira fijamente— ¿De qué estás hablando?

—Pues eso, que, si te apetece, nos puedes tener a las dos juntas... un día, una noche...

—¿Te has vuelto loca o qué? Violeta, de verdad que yo a veces no te entiendo —se ofende.

—Oye, no te enfades. Te pregunto si te apetece algo; si la respuesta es no, pues me lo dices y ya. Pero no hace falta que te pongas así...

—Que la chica con la que estoy y a la que quiero me proponga montármelo con otra delante de sus narices y con su beneplácito me parece motivo suficiente para... no sé, pensar que le ha dado un algo en la cabeza —creo que un poco más enfadado aún; dejo las caricias porque me estoy cabreando yo también.

—A ver, que sería un regalo. Los regalos se aceptan o no, pero no se discuten si no que se da las gracias, joder —me levanto.

—¿Y el regalo se te ha ocurrido a ti sola o ya lo has hablado con Sandra?

—Primero contigo, por supuesto.

—¿Y luego pensabas convencerla a ella de que se acostase conmigo mientras tú miras, o...? —voy a abrir la boca para contestar, pero continúa— Ah, claro, que no es la primera vez que hacéis algo así...

Vale, nunca cuento con su rapidez deductiva. Tampoco debo ser nada buena intuyendo lo que le gusta, aunque debo reconocer que mi visión del asunto es que no hay hombre que se resista a un trío, sobre todo si es con dos mujeres como Sandra y yo. Mis expectativas por los suelos y mi chico enfadado; y ahora encima preguntando algo que no me apetece contestar.

—No me apetece mucho contestarte, la verdad. No porque me avergüence de nada, que conste; pero tendría que hablar de la vida privada de otra persona...

—Con la que me quieres meter en la cama. ¿para qué? ¿Crees que no quedo satisfecho sólo contigo, es esa la imagen que tienes de mí? En serio, es

que me parece alucinante que me propongas... ¿Y vosotras qué, también os liais entre vosotras en esos tríos?

—Estás muy satisfecho conmigo, lo sé. Lo cual no impide que la gente quiera probar cosas nuevas o diferentes, ¿no? —argumento.

—Vale, pues yo no soy de esa gente —y se cruza de brazos con mala cara.

J

No sé cómo hemos pasado de estar cariñosos y muy a gusto en la cama a esta situación. Vuelvo a tener la sensación de otras veces de que Violeta y yo orbitamos en galaxias diferentes. Yo llevo horas y días muriéndome por estar con ella y en ella, y la aludida planeando meterme en la cama con su mejor amiga y con ella misma, juntitas, que a lo mejor es que la amistad la entienden de manera distinta a mí y lo comparten todo. Sólo de imaginar estar desnudo delante de Sandra me mata de vergüenza, así que del resto ya ni me puedo hacer una imagen mental.

Creo que le queda muy claro que su propuesta no me excita precisamente, si no más bien lo contrario. Y lo que me va enfadando y frustrando más por momentos es ese silencio, esa naturalidad suya para no contestar a lo que le pregunto cuando no le da la gana. Vale, de ello cabe deducir que sí, por supuesto, tienen experiencia en el tema y ésta no sería la primera vez que lo hacen.

—No me has contestado a si también os lo hacéis entre vosotras —le insisto, visto que no me aclara las cosas.

—Creo que ha quedado muy claro que no te interesa la propuesta. ¿Podemos olvidarla sin más?

—Pues no; mira, ahora me surge la duda de si la chica con la que estoy es hetero o bi, o lesbiana con ganas de “probar” algo diferente —y sólo de pensar en esta última posibilidad me da un pequeño derrame cerebral, como poco.

—Te pasas de dramático. Sabes perfectamente lo que me gusta y lo que soy —tan altiva como siempre.

—A lo mejor eres tú la que se pasa de... ¿liberal?

—o guarra, o puta... Elige tú mismo.

—Yo no he dicho eso, ni lo pienso; no con esas palabras. Y sigues sin

contestarme a qué hacéis las dos cuando estáis con un tío; porque de lo poco que me ha interesado nunca nada de eso creo que les pone mucho, ¿no? A los tíos normales, quiero decir, no a los imbéciles como yo.

—En realidad tú no quieres que te conteste a eso... —lo susurra más que decirlo.

—En realidad... ya me estás contestando a eso —deduzco en voz alta.

Me mira y suspira. Se sienta a mi lado en la cama y adopta una postura parecida a la mía, que sigo cruzado de brazos, más en sentido defensivo que de enfado, esa es la verdad; pero no sé si ella lo percibe.

—Me gustan los hombres, y en los últimos tiempos uno en particular: tú. Imagino que ahora no me crees, pero no puedo hacer nada para demostrarte que es la verdad. Y sí, en alguna ocasión me ha follado una tía, y no es que me motiven también las mujeres. simplemente se trata de que el placer es placer, no importa de quien venga y siempre que la activa sea la otra y yo me limite a recibir las atenciones... —la escucho atento e intento entenderla— Para ti el sexo resulta algo más trascendental, supongo. Para mí es un juego divertido, siempre que se haga con total seguridad y con las pocas normas que ya conoces.

—¿Con Sandra? ¿Ella es bisexual entonces?

—Sí, alguna vez cuando nos ha gustado el mismo hombre. Pero no es bi, es pansexual —creo que subo la ceja a modo de pregunta— Ella te lo explicaría mejor, pero en resumen es que le atrae cualquier persona, independientemente de su sexo o género.

—Y si sabes que para mí es algo diferente y no sólo un juego, ¿por qué me lo has propuesto? —tengo muchas dudas y no estoy seguro de entender bien su manera de ver la vida.

—Porque el tiempo que estemos juntos... Quiero que disfrutes lo máximo posible, que tengas experiencias y ... no sé, cumplas tus fantasías —le cuesta más explicar esto— Me gustó mucho cuando el otro día en el despacho me dijiste si quería hacer realidad una fantasía, y lo cierto es que quisiera hacerlas realidad todas. Pero hay algo más...

—Sigue.

—Es que te vas a enfadar mucho, y a mí no me gusta que discutamos. No me atrae nada lo de las reconciliaciones a base de polvos y esas cosas. Si se mantiene una relación, yo creo que se debería poder hablar de todo sin cabreos ni gritos, ni malos modos.

¡No puedo más!, esta mujer funde mis neuronas y aun así no alcanzo a comprenderla. Lo que más me duele es que tenga tan claro que estamos juntos por un tiempo, que lo nuestro tiene escrito ya un final. Y a pesar de ello quiere dármelo todo, hasta hacer realidad mis sueños más íntimos; y quiere que formemos la pareja perfecta que discute, pero no pelea, que razona y negocia. Apoyo mi cara en su vientre; el suave olor de su piel y su textura me consuelan. Violeta me acaricia el pelo suavemente. No puedo mirarla.

—Perdóname —se detiene y vuelve a comenzar— Perdona, yo quería que probases si con ella... si era posible cambiarme a mí por Sandra; porque con ella serías feliz. Busca un amor, quiere encontrar un hombre o una mujer que la haga sentirse feliz...

—Pero yo te quiero a ti, por más que te fastidie. Y el amor no es una acción de tu empresa, que se puede comprar o vender y que pasa de un dueño a otro con la firma de un contrato —mis lágrimas mojan su vientre. ¿Cómo no puede ser capaz de entender mis sentimientos?

—No me fastidia... Al contrario: me halaga y me hace sentir especial. Pero también me da mucho miedo —me giro para mirarla de manera interrogativa— porque te haré daño y será lo más injusto que haga en mi vida.

V

Me duermo abrazada a su cuerpo, con la promesa hecha de vivir el presente tal como nos vaya apeteciendo a ambos, diciéndonos en todo momento la verdad y sin forzar nada. Puedo ser sincera aquí y ahora, al menos en gran parte y manteniendo mi parcela anónima tal como está; pero esto no incluye mi pasado, y tengo que crear un muro altísimo que me impida pensar en el futuro. Si no es así, no podré disfrutar de Jan ni dejar que él viva su amor con total plenitud. Creo que se lo debo. Tal vez, hasta nos lo deba a los dos.

YOGURÍN... AL CHOCOLATE

J

Sigo despierto y manteniendo un diálogo con todos esos personajes que me acompañan a diario. No tengo sueño, ni tampoco hoy estoy agotado por una maratón de sexo. Está claro que a la chica que ahora duerme prácticamente sobre mí, en la misma postura de la primera noche, no le van para nada las peleas de pareja. Me planteo si dos años de relaciones con Anna plagados de escenitas no habrán hecho mella en mí; mi inseguridad me da la razón, y mi timidez se avergüenza profundamente porque a nosotros tampoco nos gustan nada los gritos, los reproches ni los malos modos. Sencillamente debe ser que en algún momento me acostumbre a ellos y lo consideré lo normal, hasta que una rubia me ha señalado muy sabiamente que no tiene por qué ser así. Mi conciencia lo agradece y mucho: no hay que batallar en una relación para conseguir lo que uno quiere. Se negocia y se cruzan los dedos para tener más razón que la otra parte, o se cede, pero no por miedo a una bronca sino por amor y por hacer feliz a la otra persona. Estamos todos de acuerdo entonces dentro de mi cabeza. La miro dormir y sigo alegrándome de la suerte que tuve el día que Afrodita puso sus ojos en mí; eso no quiero olvidarlo en ningún momento.

Cuando suena la alarma de mi móvil separo con cuidado a mi chica y me voy a la ducha. Vuelvo y ella sigue dormida; intento despertarla.

—Buenos días dormilona —la beso suavemente por toda la cara—
Tenemos que ir a trabajar, ¿recuerdas?

Su contestación son unos gruñiditos poco esclarecedores y un cambio de postura. ¿Cómo se despierta cada día entre semana? No he oído ninguna otra alarma que no sea la mía. Empieza a sonar una música y Violeta gime. Vale, pues esta es su hora.

En cuanto se pone en pie tarda menos que yo en ducharse y vestirse, y en pocos minutos estamos abajo dispuestos a desayunar. Nancy lo tiene todo

preparado y me pregunta si tomo café, té o alguna otra cosa. Creo que si repito mucho por aquí me voy a acostumar enseguida a que me lo pongan todo delante a estas horas y con el sueño aún pegado a mí.

—En tu casa, ¿no se levanta mami a alimentarte para que vayas bien nutrido al trabajo? —se sorprende Violeta.

—Pues no. Creo que desde que empecé el instituto me toca a mí solito. Además, somos muchos en casa y cada uno tiene sus horarios y sus obligaciones; si no, mi madre no pararía de ir detrás nuestro todo el día.

—Me alegro por ella —me dice, y me da un piquito delante de Nancy; ésta sonrío encantada, o eso parece.

Su padre ha decidido quedarse un rato más en la cama, y cuando su atenta hija va a darle los buenos días alude a que ya tiene a alguien que le aguante el mal humor mañanero y que él se desentiende.

Quedamos de acuerdo en que, aunque vayamos juntos hacia la Panadería en el coche de Violeta, me dejará un par de calles antes de llegar para evitar comentarios, que ya sabemos que hay y habrá cada vez más, pero al menos los minimizamos en la medida de lo posible. Mi chica se preocupa porque cree que me afectarán negativamente. Tiene muy claro que era el niño al que acosaban en el colegio, a pesar de que yo nunca se lo haya confirmado.

Al ver a Sandra en recepción saludándome con su mejor sonrisa, me da un ataque de vergüenza y creo que me sonrojo. Doy las gracias a todos los dioses porque, dentro de lo atrevida, mi chica tiene el buen juicio de preguntar antes de actuar. Me imagino, aunque intento evitarlo a toda costa, lo que hubiese sido salir de la ducha, por ejemplo, y encontrarlas a las dos en la cama muy dispuestas... Me hubiese enfadado, desde luego, pero también sé que una parte de mí se hubiese excitado porque... soy un hombre, por más que me diferencie de la mayoría en un montón de cosas.

Empiezo a maquinarme una pequeña venganza para Violeta, luego ya veré si la pongo en práctica. ¿Qué le parecería si dentro de unos días le digo que me lo he pensado mejor y si quiero probar un trío, pero no con su amiga sino con mi ex? Seguro que eso no le haría tanta gracia. Bueno, pues depende de lo ocurrente y perversa que esté los próximos días me decidiré a darle el susto y reírme de ella un poco.

En el ascensor respiro profundamente, pensando que debo hacerme pasar por el tío más despistado y sordo del planeta, y hacer como que no me doy cuenta de lo que se habla a mi alrededor, cada vez con menos disimulo. La

dichosa Lechucia la lió bien, no sólo contando a Jaume lo que ocurría en el despacho de la Presidenta sino también a parte del personal de la empresa. De no ser así, ¿cómo lo sabía David García? Y la forma de mirarme ahora los Pin y Pon tampoco tiene desperdicio. ¡Mejor será que me acostumbre de nuevo a llamar a mis compañeros por su nombre o acabaré metiendo la pata como con la secretaria de Dirección!

Y qué largo se me va a hacer el día, el de hoy y el de mañana; me acabo de separar de ella y ya la echo de menos, y me ha dejado muy claro que la tarde de este miércoles que empieza la necesita para entrenar, y la noche se la dedicará al tal Víctor, para hablar con él sobre el trabajo que desarrolla para la Panadería y que excepto para Sandra y para mí, es absolutamente secreto. Pues a mí ni me parece que la idea de Violeta de instalarlo aquí de directivo en unos meses vaya a salir bien ni me gusta el tipo un pelo.

V

Me entretengo comprando muffins en la pastelería: para Sandra de arándanos y para mí de chocolate, que cuentan las malas lenguas que es sustitutivo del sexo y hoy de eso no voy a tener. Así de paso llego un poco más tarde que el Yogurín. Le paso el paquetito a mi amiga y con mi gesto ya sabe que luego deberá preparar café en la casita porque tengo algo que contarle.

Se atraganta y pone roja cuando le explico lo de anoche:

—¡Me vas a matar: entre las cosas que se te ocurren y no ayudarme cuando me estoy ahogando...! —encima que casi me escupe, me echa la bronca.

—Es una magdalena, al fin y al cabo; nadie se ahoga con una de ellas. Y, bueno, la idea no me pareció tan mala...

—A ver, que tu Yogurín es para ti. Yo ya me espero a que venga Víctor, que es el hombre de mi vida.

—Sí, de tu vida y de toda la que se deje. Víctor es un entretenimiento más, y si no te lo tomas así sólo conseguirás sufrir, y de paso darme la lata a mí con tus lloriqueos porque te trata mal —esto mismo lo he repetido miles de veces, pero da igual: en cuanto sabe que el hombre más guapo del universo vuelve de donde quiera que haya escapado se pone a babear— Y Jan me parece perfecto para ti.

—Y a mí Jan me encanta, pero para ti. Que no digo yo que no tenga su

punto sexy, pero es tuyo; lleva tu nombre escrito desde que entró por la puerta el primer día. Así que ni, aunque os murieseis de aburrimiento en la cama, cosa poco probable, iría a ponerlos a tono. Ni hablar. El Yogurín es material Presidencial, ya lo dejaste tú muy claro justo después de beneficiártelo por vez primera en tu despacho.

—Vale, vale, si ya le he prometido a él que no vuelvo a intentar organizarle la vida. Seremos esos novios que a todo el mundo tanta ilusión le hace y luego ya veremos cómo acaba.

—A lo mejor no acaba nunca y sois felices para siempre.

—Sí, y a una de nuestras muchas hijas le ponemos tu nombre.

J

—...unas lo tienen todo: son guapas, tienen mucha pasta...

—Bueno, que con su dinero las demás también nos habríamos hecho las mismas operaciones que ella, iríamos de peluquería siempre y estrenando modelitos, que es a lo único que viene.

—Hombre, no sólo a eso. Que señala con el dedito al que más le gusta y lo tiene a su disposición al momento. ¡Si te digo que las hay con suerte! —lo que más me duele es que distingo claramente que quien habla es mi compañera Andrea, y de mi chica, por supuesto.

—¡A ver cuánto le dura éste! Yo creo que más porque como es calladito y tímido no se saldrá del redil tan fácilmente —ésta no sé quién es, supongo que alguna secretaria, pero no sé de qué departamento.

—Sí, anda que es tonta la tía: no sólo se pillan al más mono y discretito, sino que encima bastante más joven que ella —otra vez Andrea.

Salgo del baño porque la conversación al otro lado de la pared me está poniendo enfermo. Me pregunto si habrá alguien, de la empresa de limpieza tal vez, que no se haya enterado y comente lo nuestro.

En el despacho las cosas no mejoran demasiado; José Luis me trata diferente; se nota que sigo sin caerle bien pero ahora se comporta como si tuviera que consultarme a mí las decisiones. En un momento dado cuando le contesto que yo no lo sé, que tras el ataque informático todo vuelve a estar normal y él sabe mejor que nadie qué se debe hacer, me contesta encogiéndose de hombros que llame a Dirección y lo pregunte. Y conste que no me parece

que lo haga con mala intención. Supongo que debe considerar que si soy algo de la gran jefa debo tener un estatus superior, no sé.

Lo peor es al bajar en el ascensor al mediodía. Coincido con David García que, sin cortarse un pelo habiendo más gente a nuestro alrededor, me pregunta qué tal está nuestra Presidenta; el tono es indescriptible.

El Jan que me gustaría ser le contestaría que esta mañana en la cama estaba preciosa, pero ni con la inestimable ayuda de una autoestima en pleno desarrollo me atrevería a algo así. No contesto, bajo la cabeza y aprovecho que las puertas se están abriendo para salir lo más rápido posible.

V

No sé por qué le estoy contando todo a Víctor. Él es de mi tipo, o sea, no precisamente una persona demasiado sensible. Pero es mi amigo, lo ha sido en los buenos momentos y sobre todo en los malos, y eso pesa mucho. Primero le hablo del ciberataque, de Jan y su capacidad para hackear y contrarrestarlo, la preocupación por lo que quisieran encontrar en el sistema informático de la empresa... Pero acabo desgranando mis preocupaciones con respecto a que mi chico, ya lo defino así, se tenga que enfrentar a todo tipo de comentarios y situaciones que sé que no puede gestionar.

—Lástima que no esté yo ahí, porque el primer puñetazo iba para el gilipollas de tu primo. El resto ya se andaría con más cuidadito —no debería, pero me gusta lo que dice y lo imagino sin dificultad, que no sería ni la primera ni la última pelea del macarra este al que tanto quiero— Tu chico me necesita de guardaespaldas.

Sí, sería muy divertido. Animarías mucho la vida de la Panadería, la verdad —tengo que reírme, no sólo por sus palabras si no por los gestos de chulito a través de la videoconferencia— Pero no creo que así ganaras puntos ante mi padre.

Suena mi móvil. Es Jan. Víctor me dice que lo coja si es mi novio, que no vaya a pensar que estamos practicando cibersexo y me deje, ahora que he encontrado uno que me soporta.

—Hola amor —me saluda mi chico.

—Hola cielo. Estoy hablando con Víctor por videoconferencia. Te llamo cuando acabe, si no me quedo dormida —bostezo— porque la verdad es que

este señor aburre con sus extensas explicaciones financieras.

—¿Estás en la cama? ¡Espero que no desnuda! —se alarma.

Me da la risa; su comentario me parece de lo más gracioso y carente de sentido.

—Si estuviese desnuda, este tonto no sería capaz de pronunciar ni una sola palabra; oirías sus gemidos. El pobre es muy elemental.

—Oye, vale ya de hablarle mal de mí a tu novio, te recuerdo que te estoy viendo y oyendo —interviene el extranjero en New York, y subiendo el volumen de su voz— No, no está desnuda; lleva puesta una cosa horrorosa que debe usar sólo cuando tú no estás.

—En fin, cielo, que con éste por el medio no se puede hablar. Por cierto, me dará unas indicaciones para que te las pase, porque yo paso de comerme más la olla con esto de la seguridad. Os las podéis apañar vosotros dos sin mí ¿no?

—Dale mi correo y que me pase lo que sea. Y llámame en cuanto acabes...

—lo último es un ruego con la voz más sensual que pueda existir.

—Me das su correo y se lo envío a él directamente, porque tú la cabeza la tienes en otro sitio, princesa —me dice Míster Universo desde el ordenador.

Oigo colgar a Jan y pienso que al menos ambos están de acuerdo en algo. No estoy segura de sí se llevarán bien de llegar a conocerse, pues Víctor también es como yo en el sentido de que hacemos aflorar lo peor de algunas personas, sin ser conscientes de por qué ocurre. Y los celos no han llegado a nuestra relación... de momento.

Cuando lo llamo empieza por contarme que se ha acabado de leer hace un rato la primera novela de Rosa Café, que se la ha dejado su hermana.

—¿Y a que no sabes qué me he encontrado en el último capítulo? —enfadado no está, ya es algo.

—¡Ilumíname, hace mucho tiempo que la leí y no recuerdo...! —me acuerdo perfectamente y sé a lo que se refiere; no pensaba que se interesara tanto por mis gustos literarios como para leer algo que a todas luces le disgusta.

—La misma frase que me dijiste tú para convencerme el viernes de que me quedase a dormir contigo: “Porque la noche ha sido perfecta, y si te vas la magia se romperá y dejaremos de ser los protagonistas de un sueño imposible” —lo lee, supongo; no creo que se lo haya aprendido de memoria, aunque con él nunca se sabe.

—Es que la frase es muy bonita... —algo tengo que decir— Y quedaba muy bien en la situación. Lo importante es que lo sentía de verdad, aunque no lo haya escrito yo, ¿no?... ¿Me perdonas?

—¡Vaya morro! Y encima me lo dices con esa vocecita de niña buena que me pone... Te perdono porque reconozco que cogí el libro esperando aprender a ser un poco más príncipe azul y no tan rústico como soy.

—No, no te fíes para nada de esas novelas de amor: son tan ciencia ficción como lo que te gusta leer a ti. Si te fijas, todas acaban bien; ¡a ver cuándo ocurre eso en la vida real! —a ver si lo convengo de que no se lea nada más— Y yo no necesito un príncipe en mi vida, me gustas tú tal como eres.

J

Afortunadamente y a pesar de que me parecía una meta inalcanzable, el viernes por la tarde llega y puedo disfrutar de la compañía de esa diosa que preside mi empresa y a la que no puedo ni siquiera ir a ver un momento a su despacho para no disparar más los comentarios. Estamos sentados en la terraza cercana a su gimnasio, hablando precisamente de esto y de las ganas que le dan a Violeta de dejar de ser discreta y comportarse como le apetezca en cada momento. Miedo me da pensar lo que eso implica; no tanto por mí como por lo que le podría llegar a su padre, bien informado como lo tiene de todo lo que ocurre la lechucia desde su lugar privilegiado.

—Ya podrías tener otra secretaria más... no sé, ¿fiel?

—Era la de mi padre y yo la he heredado. Yo creo que en algún momento de su vida estuvieron liados, mi padre y ella, y desde luego nunca le he caído bien.

—¿Tu padre con ese... espécimen? —me sorprende.

—Hace quince o veinte años no tenía esa cara de amargada, creo recordar. El caso es que a él sí le es leal, y no me dejó cambiarla de puesto cuando entré a dirigir la Panadería.

—Supongo que te refieres a que se liaran cuando tu padre enviudó...

—No, pequeño inocente, mis padres tuvieron sus historias fuera del matrimonio siempre; o desde bien pronto, no sé. Debió haber una etapa al principio en que el uno lo fuera todo para el otro, pero yo no lo recuerdo así —me confiesa.

—Pero, ¿cómo puede saber eso una hija? Yo no tengo ni idea de si mi padre... Bueno, y de mi madre ni me lo podría llegar a imaginar —estoy muy sorprendido por lo que me dice.

—Pues yo recuerdo los viajes de mi madre, las galerías de arte con señores guapísimos que la acompañaban siempre; hasta uno en París con el que pasamos unos días y no se cortaba un pelo, supongo que pensando que las niñas éramos muy pequeñas para entender nada. O tal vez mi padre estaba al cabo de todo. Desde luego él tampoco andaba muy triste ni lamentándose en casa precisamente.

—¡Caramba, pues sí que vives rodeada de gente liberal!

—Para compensar tanta depravación te diré que tengo un amigo que es asexual; él nos compensa a los demás —cuenta riendo.

—¿Existe gente así de verdad? Pensaba que era sólo en la teoría —estas conversaciones con mi chica me resultan de lo más instructivas.

—Ja, pues díselo a él, que le pone enfermo pensar sólo en un intercambio de fluidos; ni que sea un beso, vamos. Bueno, en su momento lo intentó, pero hace tiempo que ha desistido y asume que no puede con el tema.

—¿y parejas normales, de las de toda la vida? A ver, no digo hetero, incluyo a todo el mundo, pero... parejas estables y eso... —debo parecerle de la época cuaternaria como poco.

—No sé si existen las parejas normales. Perdón, sí, las conozco: pero nunca duran demasiado. Tengo una amiga que se está divorciando de su novio de toda la vida y después marido. La verdad es que las relaciones estables no existen, a menos que estén basadas en la comodidad y la rutina, y no en el amor y el deseo —y no lo dice ni triste ni apenada.

—¡Esta es la romántica de mi chica! —me quejo— Pues a mi alrededor yo tengo un montón de gente en pareja de lo más típico... Mi hermano lleva cuatro o cinco años con su novia...

—¿Y por qué no se van a vivir juntos, si tienen estabilidad económica y se quieren tanto? —me pregunta lo mismo que yo me he planteado en alguna ocasión.

—Pues no lo sé, la verdad. Ella creo que hace tiempo que va insistiendo en vivir juntos o casarse, pero Marc no está mucho por la labor.

—Sí, lo que es una relación estable de las que tú hablas: un amor y una pasión que abruman.

Cambiamos de tema y cenamos, pero una parte de mi cerebro sigue

dándole vueltas a lo que Violeta sugiere: no me parece que ni mis amistades ni mi hermano, ni yo mismo cuando estaba con Anna o con Lucía (mi primera novia) sean al cabo de un tiempo el reflejo del amor. Quizá es porque el enamoramiento brutal pasa con los meses y el afecto que queda es menos intenso, menos visible. No lo puedo valorar bien porque yo estoy justo en ese punto inicial de una relación en que mi vida es Violeta, y cada segundo me gustaría pasarlo junto a ella. ¿Se me pasará a mí también este sentimiento tan intenso? ¿Es por lo que ella está tan segura de que no vamos a ningún lado, que no tenemos futuro juntos? Si soy sincero, diría que nunca antes me había sentido así con nadie, pero a lo mejor la memoria es selectiva y el último amor parece siempre el único y verdadero. ¿Y si dejo de analizar tanto y me dedico a disfrutar del presente?

V

Tengo que sonsacarle los cotilleos que circulan sobre nosotros y que a mi despacho no llegan, porque no está muy por la labor de soltarlo. Me da especial rabia lo de su compañera, y que hablen de mis supuestas operaciones de estética cuando nadie sabe en realidad si me he hecho o no ni el qué.

—Tiene narices que hable de mí cuando ella se está tirando al otro —le digo ofendida.

—Tampoco lo sabes seguro. Él tiene pareja y un bebé de pocos meses, creo.

—Sí, y mientras la chica le da de mamar al crío, Pin se la mama a Pon.

—Bueno... es un acto de generosidad... ¿No? —muy gracioso mi chico.

Sí, sí, claro. Y además tiene proteínas —le contesto.

—¿El qué? —perdido.

—El semen: tiene proteínas, y por lo tanto alimenta; lástima lo del sabor, que no está muy logrado...

—Tampoco será para tanto... —y en sus ojos veo algo que me hace pensar...

Ya en mi loft y una vez saludado y recompensado por bueno mi perrito, me voy a la zona del micro y la nevera.

—¿Qué haces? —mete su nariz entre mi pelo para llegar a mi cuello.

—Chocolate. Ve a ponerte cómodo.

—Estoy muy cómodo a tu lado —me abraza por detrás— ¡Quiero chocolate!

—Pues te vas a la cama y te desnudas... Ahora te lo llevo —y le doy un empujoncito hacia los escalones que suben.

Me va mirando de reojo, pero creo que obedece; le oigo murmurar algo acerca de lo mandona que puedo ser. Y yo, removiendo el contenido con una cuchara y dando gracias a quien inventó el chocolate a la taza instantáneo.

—Te estiras —le sugiero, ordeno, cuando estoy al lado de la cama.

Me mira y debe adivinar mis intenciones porque cuando me ve con un pincel en una mano y la taza en la otra no se le ocurre nada mejor que decir:

—Se van a ensuciar las sábanas.

—Te voy a hacer una mamada al chocolate, ¿y tú te preocupas por las sábanas?

Cierra la boca rápidamente. Espero que la consistencia sea la adecuada, porque es cierto que se va a poner todo perdido. En fin, lo que tiene ser generosa. Le separo las piernas y me siento entre ellas, de momento. Me hace un gesto para que vaya, para que me dé la vuelta y le ofrezca algo; pero esta vez no va a ser así.

—Callado y quieto. Y las manos lejos de mí, por ahí en la almohada; déjame trabajar tranquila que necesito concentración.

Empiezo a pintar con el pincel mojado en chocolate por su vientre y su pubis, desde el ombligo hacia abajo. Le hace cosquillas, y yo le hago el gesto de que se esté con la boquita cerrada. Unas rayitas en la polla, hacia arriba y hacia abajo con mi pincel. Ay, que no tengo paciencia y empiezo a lamer... ¡Qué rico! Tengo que volver a pintar una y otra vez porque me voy comiendo mi obra maestra. Si ya decía mi madre que no servía para pintora porque soy una impaciente. Pero me gusta tomarme mi tiempo y alargar... alargarlo todo: el tiempo que alguien puede aguantar así, y el miembro masculino, que está que se sale. Capullo lleno de chocolate, rico rico. Vierto un poco más de sustancia con la cuchara y me la como entera. La pobre criatura lo está pasando fatal, se nota.

Succiono y acaricio hasta que se corre por completo en mi boca, y queda exhausto tras los gemidos de placer. Me acerco. Lo beso y le traspaso semen a su boca. Me mira sorprendido y traga ruidosamente. Sonrío satisfecha.

—pegar con un cojín no se considera violencia, ¿verdad? —y me sacude en la cabeza.

Como sigue dándome con el almohadón me refugio en los restos mortales de su polla, y la muerdo un poquito, lo justo para que pare el asedio. Me estoy muriendo de la risa.

—Eres lo más guarro que he conocido en mi vida —me dice apartándome de su entrepierna— Pero te quiero.

Nos reímos los dos. Nos besamos. Pretende algo más, pero lo mando a la ducha. Me coge en brazos y me lleva con él. Mejor así porque estoy perdida de chocolate y restos pegajosos de origen... bueno, bastante conocido.

Nos lavamos bajo el agua. Suerte que cambié el gel y ahora es de frutas tropicales, para cambiar un poco, no nos vayamos a empachar. Enseguida mi yogurín está listo para otro asalto y pretende empotrarme contra la pared. Me encanta estar así: cogida por sus fuertes brazos mientras me la mete; pero hay un pequeño obstáculo.

—O condón o bebé, tú eliges —le doy a escoger.

Como la idea de ser papá parece que sigue sin seducirle se va raudo en busca de un preservativo y viene con él ya colocado. Podría no haberle dicho nada y ni se hubiese acordado, pero no me parece que fuera justo hacerlo así. Más adelante tal vez lo convenza de... Bueno, ¿para qué someterme a un tratamiento de inseminación artificial con lo placentero que resultaría al natural? En fin, que acabo de nuevo espalda contra la pared, sin barra de por medio, y con mi chico sexy dentro de mí.

—Tengo que pedirte una cosa —comienza cuando ya estamos de nuevo en la cama, yo con esta cortina de pelo aún muy húmeda.

—¿Darme por el culo?

—¿A tu padre ya le devolvieron el dinero en el colegio donde estudiaste? ¡Vaya boquita! —se queja.

—¿No te gusta mi boca? ¿Estás seguro? —provoco.

—Sí, mucho. Y las cosas que haces con ella también, pero podrías ser un poco menos ordinaria —se pone serio y a mí me da la risa— Y era otra cosa lo que te quería decir...

—Ah, ¿entonces no vas a querer practicar sexo anal conmigo? —pongo carita de pena.

—Eh... Ah, bueno... No, no quería decir... ¿Podemos? —Definitivamente es adorable.

—Concretemos ahora tu demanda inicial, y luego si acaso ya nos centramos en lo otro...

—El lunes es el cumpleaños de mi hermana, y mi padre se ha empeñado en que te pregunte si quieres venir a casa a cenar... Así te conocen, con la excusa... Está un poco pesado con el tema. Pero la verdad es que no le hemos dicho aún quien eres... —me explica.

—Vale, voy si te lo ganas...

Lo entiende a la primera, porque me tira de los tobillos hasta dejarme boca arriba en la cama, se pone de rodillas fuera de ésta y me abre las piernas, dejando mi coño frente a sí. No sé qué tal resultará la cena, pero la manera de decidirlo realmente es muy placentera.

J

Pienso, siempre a posteriori, si no debería ser menos brusco con ella; realmente parece gustarle tal cual soy y dice no necesitar un príncipe azul; pero tal vez no estaría de más que me leyese alguna otra novela de la escritora esta, que, aunque no se lo pienso reconocer ni a ella ni a mi hermana, por fastidiarlas un poquito más que nada, la verdad es que escribe bien y los argumentos enganchan. Y bueno, también tiene escenas sexuales bastante esclarecedoras respecto a cómo satisfacer a una mujer, tema este del que nunca se sabe bastante, diría yo.

Lamo, chupo, acaricio y me como entera quien tengo ante mí, expuesta sin ningún complejo ni reparo, porque me encanta mirarla. No había sido así en mis experiencias anteriores, donde había habido mucho pudor o... no sé cómo llamarlo... porque no creo que haya en el mundo persona más tímida que yo, pero cuando algo me gusta, pues me gusta y ya está.

Me encanta cómo se arquea y acerca a mí sus caderas, ofreciéndose, o pidiendo, más. Oírla gemir me excita de tal manera que sólo con echarme sobre ella y que mi pene roce su vulva ya eyaculo. Nos quedamos un momento inmóviles, recuperando el ritmo de nuestra respiración, yo apoyado en mis codos sobre ella para no aplastarla. Calculo que debo pesar unos treinta kilos más que mi preciosa rubia. Me acaricia la cara en silencio y recoloca el mechón que siempre vuelve a ponerse donde le da la gana, sin respetar ley de la gravedad ni estética de ningún tipo.

—Quien se preocupaba porque manchase las sábanas de chocolate, ¿es el mismo que acaba de correrse en ellas? —pregunta mordaz.

—ya estaban hechas un asco —me defiendo— No podía hacerlo dentro de ti sin protección y no hubiese llegado a tiempo... ¿Por qué no tomas anticonceptivos?

—¿Y tú?

—¿Yo qué? No hay anticonceptivos para hombres, ¿o sí? —me pregunto en una fracción de segundo si los habrán inventado y no me he enterado.

—Te preocupa tanto el tema que ni siquiera estás seguro —sonríe con superioridad— Pues mira, no me apetece tomar medicación porque no estoy enferma. Además, hasta ahora he tenido relaciones en las que obviamente necesitaba protegerme de enfermedades tanto como de un embarazo.

—Por cierto, que tenemos una conversación pendiente sobre eso de los embarazos y los bebés —le recuerdo, y reconozco que este tema me da... ¿vértigo?

—Bueno, creo que has dejado tu postura bastante clara, que es adoptar cualquiera de ellas mientras no implique tener consecuencias.

—No creo que esté preparado para ser padre, la verdad. Y ni siquiera estamos en ese punto de una relación... en el que se empieza a pensar en ello...

—Mira, creo que deberíamos dejar esta charla para dentro de unos meses como poco; si no a lo mejor discutimos, te ofendes y acabas saliendo por esa puerta antes de lo previsto —me dice de repente muy seria— Y hoy me apetece mucho que estés aquí conmigo.

—Jo, Violeta, que me haces sentirme como un niño. No tenemos que discutir, podemos hablar y dar cada uno nuestro punto de vista —hace un gesto de no estar nada convencida— Te prometo que no me enfado, ni me marchó.

—Yo quiero ser madre; no es que tenga decidido el momento, pero sí en un año o dos, tres como mucho —se lo piensa un poco antes de empezar a hablar — Pero ya sabes que no parto de tu idea estándar de parejita feliz con niños. No necesito un padre para mi hijo o hija, sólo tendrías que cederme algún espermatozoide con ese ADN que tanto me gusta.

—Y pasarías luego de mí —me parece muy triste, ahora de repente hasta me da pena no tener que ser padre; menudo cacao mental tengo— Y, no sé... me gusta tanto como eres ahora físicamente que no quisiera que cambiases... de momento... por un embarazo, quiero decir. Pero ya te das cuenta de que no he reflexionado demasiado respecto a este tema.

—Ya, te parece que eres muy joven. De todas formas, no digo que pasara

de ti, sólo que te podrías implicar en la medida que quisieras —suspira ruidosamente— Pero vaya, que no es algo que deba preocuparte, excepto porque tengas claro que no me importa quedarme embarazada, que no sería un problema si no todo lo contrario.

—Tampoco estoy seguro de que esos genes que a ti tanto te gustan deban perpetuarse —a ver cómo le digo esto— Yo fui un niño con muchos problemas, mis padres lo pasaron bastante mal intentando averiguar qué me ocurría. Probablemente no sea el mejor candidato...

—De eso sí tenemos que hablar, que estoy cansada de que eludas el tema. Y no me mires así. Vamos a quitar estas sábanas, recoger el agua que hay por el suelo y los restos de chocolate, pero mientras me podrías ir explicando por qué te avergüenza algo que a mí me parece maravilloso. Yo, a cambio, te puedo contar un secretito que no sabes de mí...

Empiezo a deshacer la cama y enrollar las sábanas. No quiero hablar de eso que a Violeta tanto le interesa, no sé por qué motivo; a mí me duele, y ni lo asumo ni lo asimilo. Pero es mi chica quien me lo pide, con lo difícil que me sería negarle nada... y, por otra parte, ¿qué me va a contar ella de sí misma? Con todo lo que parece guardar en lo más profundo de su ser reconozco que no puedo desaprovechar la ocasión, por más que me cueste empezar. Ella saca ropa limpia y empezamos a hacer la cama en silencio.

No es tan fácil —le digo, y me mira dándome a entender que se hace una idea y que prosiga— Siempre fui un niño muy raro y con muchos problemas... de comportamiento: tenía rabietas por todo, no hablaba apenas, no me gustaba estar con otros niños que no fuese mi hermano, jugaba raro...

—¿Te diagnosticaron?

—Sí, primero de síndrome de Asperger, y luego de TDAH... creo que, en algún momento de ambas cosas a la vez, no lo tengo muy claro.

Limpio el rastro de agua que dejé en el suelo al ir a buscar un preservativo y el de nuestros juegos con una toalla que me da. Ella busca la taza del chocolate, que sospechosamente aparece sin resto alguno al lado del colchón donde duerme Duncan plácidamente.

—¿Y cuándo se dieron cuenta de que tenías altas capacidades? —me pregunta tras un momento en el que no decimos nada.

—Cuando cambié de colegio por el bullying. La psicóloga era... no sé, diferente; no me sentía tan presionado cuando me empezó a hacer pruebas... No es ningún chollo; de hecho, es una mierda y si pudiera me cambiaría por

alguien completamente normal.

—¿te quitaron el resto de etiquetas?

—Sí, resulta que todo se explica por lo mismo. Pero ya te digo que no me consuela ni me parece una ventaja en absoluto.

—Pues no sé si es una ventaja, yo creo que bien dirigido desde luego que sí, porque tu inteligencia está muy por encima de la media. Miré tu expediente y las pruebas de selección que hiciste para entrar en la Panadería.

—¿Por qué lo hiciste, para cotillear sobre mí...?

—por varios motivos y ninguno en concreto. Después de tu físico, me fascinó tu personalidad, así que decidí echar un vistazo para saber más de ti...

—se detiene y me mira fijamente— Soy licenciada en psicología, así que a lo mejor tiene algo que ver...

—¿Que eres psicóloga? ¿Y por qué no me lo has dicho antes? —alucino.

—Porque no ejerzo, y sobre todo porque intuí que no te caemos muy bien como colectivo profesional. Ibas a pensar todo el rato que estaba analizando tu comportamiento y te ibas a rayar mucho.

—¿Y no me has estado analizando?

—Te he estado disfrutando. ¿No te has dado cuenta?

Le explico lo frustrante que es no entender muchas veces a los demás, ni las bromas, ni cuando te toman el pelo; que te saturan los ruidos, olores y luces demasiado intensos, que no puedas dejar de darle vueltas a cosas que no tienes la capacidad de solucionar ni mejorar, pero que una y otra vez vuelves a ellas para analizarlas... Ella ve la parte positiva: poder sacarse dos carreras a la vez, la que quiere tu padre y la que te gusta de verdad a ti, ser preciso y rápido en las deducciones. Yo le digo que tartamudeo y Violeta me hace notar que cada vez menos, cosa que si me paro a pensar puede que tenga razón...

—Tu mente en general va muy rápida y tu área lingüística no tanto; pero yo creo que básicamente es un problema de autoestima, de que siempre te has creído inferior a los demás —me explica.

—Pues últimamente de autoestima creo que ando mejor, gracias a alguien —la abrazo.

—Tienes que aprender a valorarte. ¿O crees que una mujer tan maravillosa como yo se habría vuelto loca por un hombre que no fuera extraordinario? —sonríe y gran parte de mi tensión desaparece.

No me paro mucho a analizar eso de “un hombre extraordinario”, que ya tendré luego tiempo de pensar en ello, pero...

—¿Te has vuelto loca por mí? —me sorprende en cierto modo.

—Estás aquí, ¿no? Donde nunca ha entrado nadie, compartiendo mi intimidad. Eso no es sólo porque quiera tu cuerpo, que también... Es porque te quiero a ti.

—¿Me quieres?

—¿Lo dudas? —posa suavemente sus labios en los míos— Tal vez no como debiera, o como a ti te gustaría... Ya sabes: soy un pequeño desastre.

—Ciento cincuenta y nueve centímetros de un maravilloso desastre... Tal vez yo tampoco te quiera de la manera que a ti más te gustaría.

—Pues empatados como estamos y con las sábanas limpias, ¿qué tal si nos vamos a la cama?

V

Cuando se despierta yo ya me he tomado un café y tengo el suelo lleno de folios y lápices de colores, intentando dar el toque final al diseño para la próxima campaña. Deduzco que, mientras yo me quedo dormida satisfecha como un bebé tras nuestro último polvo, él permanece despierto reflexionando sobre los acontecimientos del día, lo que hemos hablado o vete a saber qué.

—¡Cuidado, no pises la obra de arte! —lo digo con cierta ironía, pues sigue sin convencerme al cien por cien mi trabajo.

—Es para nuestra nueva campaña, ¿no? —echa un vistazo desde su altura — ¿por qué lo estás haciendo tú?

—Porque yo soy la empresa de marketing encargada de ello —levanta la ceja para preguntar— Sé que es un lío impresionante... La Panadería la lleva en parte alguien desde EEUU, y quien debería hacer ese trabajo se dedica a lo que se supone que hace una empresa externa.

—Por eso decía tu padre que eres una artista, y que no necesitas su dinero para ganarte la vida. No es verdad que te hayas dedicado a vivir como una niña rica...

—No esperaba que te lo creyeras, pero entiende que la gente no debe saber... Si no hago algo de lo que me gusta me muero, y dibujar y diseñar son parte de lo que más me gusta.

—Siento que estés en esta situación tan complicada. ¿Podría yo ayudarte en algo? —me propone sinceramente— Todo esto que estás haciendo se

podría introducir en un programa...

—Ahora ya está acabado, falta sólo el toque final. Para la próxima me instruyes, pero te advierto que soy terrible cuando algo me aburre.

Recogemos el trabajo antes de bajar a desayunar, no vaya a volver Duncan de sus travesuras matutinas y decida comerse algo. Paseamos después por el jardín, y me sorprende a mí misma pidiéndole a mi chico que se quede a comer en casa. Ya me iré a Sant Pol más tarde, pienso para mí. Mi padre aprovecha para pedirle que lo ayude con su ordenador y se disponen a instalar no sé qué durante la sobremesa. Me pregunto qué tal se me dará a mí su familia el lunes. Y eso me hace correr al teléfono para encargarme rápidamente del regalo para Laia, la hermana de Jan con la que creo que me llevaré bien.

Como tras la comida los dos hombres parecen tan entusiasmados con el terminal y el nuevo programa decido echar una cabezadita. He conseguido darle el último toque al proyecto de la campaña y estoy más relajada. La verdad es que me siento muy bien a pesar de estar cansada.

J

Lo dejamos todo listo, tanto en el ordenador de su despacho como en el portátil, así que decido subir a la habitación de Violeta para despedirme. Se está haciendo tarde y mejor que se vaya ya si tiene que hacerlo. Jaume me pregunta cómo pienso entrar en los aposentos de la dama en cuestión si ella está dormida.

—Pues... me temo que tendré que despertarla —no se me ocurre otra.

Saca una tarjeta y me la da, advirtiéndome que es la llave para abrir, y que más vale que no la pierda porque el dichoso perro mordió varias y no quedan. Sonrío, el bonito labrador y el señor Capmany tienen una relación muy peculiar en la que cada uno intenta disimular el cariño que le tiene al otro. Es muy divertido ver cómo Duncan gira la cara hacia otro lado cuando Jaume le afea un comportamiento.

—Está en plena adolescencia —concluye mi jefe/¿suegro?

Violeta duerme abrazada al peludo del que hablábamos hace unos instantes, tal como lo hace cada noche que yo no paso con ella. La observo, y lo que siento es tan fuerte que sé que ni en un millón de años encontraría las

palabras para describirlo. Me siento en el borde de la cama y le acaricio el largo cabello. Se gira hacia mí y me obliga a echarme a su lado, aunque apenas cabemos los tres en tan poco espacio.

—¿Tienes que irte? —pruebo por si hay suerte.

—Sí, necesito desconectar. Y regar las plantas, ponerle comida a los pajaritos...

La beso, y me río cuando se lleva ambas manos al pubis.

—¡No, más no, por favor! Te prometo que no puedo... está cerrado por reformas —me dice tan natural y espontánea como suele ser.

—Vaya, lo siento —me siento culpable. Después del paseo por el jardín y antes de bajar a comer hemos vuelto a tener sexo, y si yo me siento agotado...

— Soy muy brusco; o tal vez no deberíamos...

—No tenemos mucho tiempo para estar juntos, y cuando lo estamos lo aprovechamos. Pero de verdad que hoy ya no puedo más. Me molestan hasta las bragas —nos reímos.

—Tampoco creo que me quede a mí nada... Lo siento, amor.

—Estoy pensando... Si mañana yo volviese a casa, ¿te vendrías a dormir conmigo? —me propone.

—Vendré siempre que quieras, lo sabes. Me parece una idea genial, así luego no nos cogemos con tanto ímpetu —pone cara de no creérselo mucho; yo tampoco, ciertamente— ¿te puedo hacer una pregunta que sé que es impertinente, pero que me va rondando y no puedo...?

—Dispara. Si no te resuelvo la duda seguirá ahí. Espero que sea fácil.

—Es que cuando me dijiste que te habías operado la nariz... —asiente— Y ya te he dicho que hablaban de tus muchas operaciones estéticas en el baño... Pero he visto fotos y pinturas tuyas de niña y ya tenías una nariz preciosa. ¿Qué manía te dio para operarte?

—No, ninguna manía. Lo que me di fue un golpe terrible que hizo que no pudiera respirar bien. A mí lo que me fastidia es que digan que soy mayor que tú; sólo nos llevamos seis años, no es tanto, ¿no? ¡A ver qué van a decir tus padres de eso cuando me conozcan!

—son unas envidiosas. No creo que parezcas mayor que yo; si mi hermano lo primero que me preguntó es cómo tu padre tenía una hija tan joven... Les vas a caer bien a todos, ya verás. No te preocupes y sé natural... Eso sí, si pudieras hablar sin decir...

—Ya, ya, que me puedo poner en modo formal. No diré que me gusta cómo

me come el coño su hijo, ni lo bien que folla bajo la ducha, ni nada de nada...
Le doy con la almohada en la cabeza y su perro me gruñe amenazador.

LOS CAMINOS DEL PLACER SON TODOS EXPLORABLES

V

Raquel y Mónica han decidido que esta noche nos vamos de marcha las tres. La primera ha dejado al bebé con su madre y la segunda ya me ha elegido hasta el modelito. No me parece un mal plan en absoluto: creo que necesito bailar y hacer la loca una noche, sobre todo cuando he acabado un trabajo y me siento satisfecha del resultado. Llamo a Charlie por si se nos quiere unir; conozco la respuesta, pero no cuesta nada probar, que a lo mejor un día se anima, porque si no me temo que con tanta precaución y tanta puñeta como tiene acabará con agorafobia como poco. Mañana nos cocina él, promete; perfecto, porque llegaremos muy tarde y dudo que alguna desayune o quiera mover siquiera un dedo. Y eso contando con que ellas dos no ligen y me tenga que volver a mi casita yo sola. Me dicen que ni hablar, que no tienen ganas de historias y me miran interrogativas.

—No, yo ya voy bien servida, gracias —río— Además, estoy con mi Yogurín y no me apetece que me transite ningún otro individuo.

—¿Eres fiel? Mira, no hubiese apostado al respecto... —Moni se lo plantea muy seriamente.

—No sé lo que soy... Estoy hecha un lío, pero sí tengo claro que no me apetece estar con nadie más. No por él en sí, supongo... creo que es por mí.

La disco a tope de gente, por supuesto, que para eso es sábado. En algún momento pienso que todos y todas me parecen más jóvenes que yo, y que si tendrán razón en que soy mayor... Se me pasa la tontería cada vez que un niñato se me acerca con intenciones. ¡Qué cómodo resulta llevar el pelo corto, justo por encima del hombro, y no esa melena tan larga y trabajosa! Bailo y bailo, me encanta. Y me río con mis amigas, que son buena gente de verdad. Unos gilipollas haciéndose los chulitos demasiado cerca. Una mano al culo de Raquel y la mía rápida a retorcer unos dedos. Un brazo también, que parece

que no lo pilla. El tío que me mira con odio: pues vale, pero te vas lejos, o de una patada te borro la sonrisa, imbécil. O sea, básicamente nada nuevo.

Conduce de vuelta Mónica que es la única abstemia de las tres.

—Jo, Leti, yo de mayor quiero ser como tú: les puedes dar miedo si te lo propones —Raquel quizá haya bebido un poquito más de la cuenta.

—Sí, a mí no me embaraza un tío y luego me deja porque ha cambiado de idea y le asusta la responsabilidad, o al menos no lo hace manteniendo las pelotas en su sitio. Lo cual no estoy segura que sea una suerte porque no tengo un Enzo en mi vida —yo también he bebido demasiado— Mi Yogurín ya se agobia sólo con pensar en ello.

—Bueno, el día que te decidas tampoco tienes por qué pedirle permiso a él, o al que sea, para usar lo que deje dentro de ti —Mónica muy sensata, y justa.

—No puedo hacer eso, tengo... tengo... eso que no sirve de mucho pero que tus padres te inculcan desde pequeña... —creo que he bebido, pero bastante más de lo recomendable en mi caso.

Las dos me miran interrogativamente. En el caso de Moni resulta más inquietante porque deja de observar la carretera.

—Principios, creo que se llaman.

J

Salgo de la habitación de Laia con la segunda novela de Rosa Café, que ya le vale a la señora con el pseudónimo tirando a ridículo que escogió. Mi hermana me explica el misterio que hay en torno a esta escritora que publica, pero no hace presentaciones de sus libros, ni acude a firmarlos en las ferias de libros. Tiene un blog, eso sí, en el que mantiene contacto continuo con sus seguidoras.

—Mucha gente pensamos que tiene un problema grave de salud y por eso no aparece por ningún sitio. Aunque en las fotos que hay por ahí de ella parece muy normal —me cuenta.

Reconozco que no le presto demasiada atención a lo que cuenta de la vida de la autora. Eso sí, pienso dedicar parte de la noche y de la mañana del domingo a leer “Sólo para ti”; y ya no sé si porque sigo con mi idea de que algo más aprenderé a cerca de las mujeres y cómo comportarse con ellas o

porque realmente me gusta esa manera de escribir que tiene la *Café*, que hace que te metas en la vida de otra persona y quieras saber más, hasta que te acabas el libro.

En el salón de casa están *Carme* y mi ex mostrando a mi madre en un portátil lo que resultan ser modelitos, en una web de ropa de mujer, como sugerencias de qué comprarse para la boda de mi primo Aitor, que se casa en septiembre. ¡Si estamos a mediados de junio, en serio hay que pensar esas cosas con tanta antelación! Me apena que no cuenten para estas cosas con mi hermana, que la excluyan partiendo de la base de que tiene un gusto horroroso. Sé que a ella le afecta, y de lo del buen o mal gusto no puedo opinar. Me parece una chica joven que viste normal, no le encuentro nada raro. Tampoco le encontraba nada maravilloso al estilismo de *Anna*, que todas tanto elogian. Bien mirado, tal vez nunca me haya fijado en la ropa hasta que cierta *Diosa* se cruzó en mi vida y pensé que los vestidos los diseñaban sobre su cuerpo. Me la imagino acompañándome a la boda de mi primo, con aquel vestido tan claro y transparente que llevaba el día que se asustó por la salud de su padre. Enseguida me viene a la mente el *Chanel* de la cremallera rota y la escenita en la alfombra de su despacho, y tengo que sustituir mis pensamientos por otros más inocuos si no quiero tener un terrible dolor de genitales.

No sé cómo me convencen para bajar los cuatro a tomar algo antes de que las chicas se vayan a una despedida de soltera, de las que parece que últimamente tienen a menudo y que a mi hermano desesperan porque se queda sin novia el sábado por la noche. Los cuatro me refiero a *Marc*, su novia, mi ex y yo. *Anna* está muy cariñosa conmigo, ha vuelto a cambiar su registro. Le pido ayuda a mi hermano con la mirada cuando por segunda vez se apoya en mi hombro. La teoría de *Marc* de que probablemente le siga gustando a *Anna*, y sienta algo por mí, no sólo me parece poco probable si no que... me resulta indiferente. No me importa lo que quiera, ni quién le guste ni el motivo; ni siquiera, aunque el “quién” pueda ser yo. Paso de ella...

—¡Qué pronto me has buscado una sustituta! —dice con su cabeza en mi hombro intentando ser tierna, o algo así.

—Lo dejaste tú hace cuatro meses, ¿cuánto tiempo quieres que te guarde luto? —es *Marc* quien le responde y su novia la que lo mira con reproche, pero él ni se inmuta porque es de los que dicen lo que piensan le duela a quien le duela.

—Hombre, yo también he tenido algún rollito, no lo voy a negar; pero

presentarles la “nueva” novia a los padres el día del cumpleaños de la hermana es un poco fuerte, contando que se conocen hace un mes o así — responde Anna con su tono de “cómo puede el mundo hacerme algo así a mí, que soy divina”.

—Y vuestra madre está un poco de los nervios por la cena del lunes, que ni que fuese la reina de Inglaterra la que viene. No creo que se complicase tanto la vida cuando me trajiste a mí la primera vez —Carme parece celosa.

—Tú llevabas tiempo pasando por mi casa, por mi cuarto y por mi cama cuando te quedaste a cenar la primera vez.

Uf, lo último que necesito es una discusión entre mi hermano y su novia. Bastante nervioso estoy pensando en que esta noche le contamos a mi padre quién es Violeta; Laia ya está también al tanto y es injusto que no le hayamos dicho nada a él. No sé cómo se lo va a tomar, lo que sí tengo claro es que no me va a dar una palmadita en la espalda y decirme que se alegra. Al menos tengo al resto de la familia aliados para hacer frente al posible cabreo paterno, y agradezco la oportuna despedida de soltera para que Marc pueda estar presente sin su Carme por una vez.

—Papá, tengo que... que explicarte algo de Violeta. Algo que debes saber antes de que venga el lunes... —comienzo, y mi hermano me mira con cara de que vaya al grano y me deje de historias.

—¿tu novia? Sí, hemos quedado en que viene a cenar y la conocemos, lo recuerdo. No te preocupes que no la voy a marear con montones de preguntas, que no soy tan pesado ni tan carca como vosotros os creéis —deja de mirar la tele para centrar su atención en mí, lo que me dificulta más seguir.

—Es que... hay algo, un detalle importante...

—¿Le ocurre algo? ¿Es... diferente? —el pobre debe estar pensando si será una chica de color, o árabe, sordomuda, extraterrestre...

—Es la hija de Jaume Capmany... —consigo soltar.

Tiene que hacer tres o cuatro preguntas como mínimo, y toda la familia ayudarle a despejar sus dudas sobre si nos estamos refiriendo a la joven hija rica heredera del empresario a quien le preguntó un día que se encontraron por casualidad tras varios años sin verse, si no podía contratar a su hijo informático en paro.

—No sé qué decir —concluye.

—Ya —concluyo yo.

—Pues a mí me parece muy bien, muy romántico y eso —mi hermana.

—A ver, vamos a centrarnos en que es la chica que sale con Jan y punto. Da igual quien sea, aquí viene como la pareja de mi hermano; no hay que darle más vueltas —Marc, el pragmático— Pero no le digáis nada a mi novia. Más vale que no le vaya con el cuento a Anna y la líe, que esa tía no anda muy fina.

—Marc —reprende mi madre— Lo que le pasa a Anna es que a lo mejor se arrepiente de haber tomado una decisión muy drástica demasiado pronto y no haber esperado...

—Mamá, por favor, no la quiero aquí el lunes —le pido— Bastante tengo con que siga viniendo a esta casa sin que importe que me haya tratado como un trapo.

—Yo tampoco quiero que venga el lunes —Laia— y como es mi cumple puedo decidir, ¿no?

—Que no, que no pensaba decirle que viniese, yo sé lo que me hago.

—Ya, pero no te extrañe que aparezca por casualidad el lunes por la tarde con Carme para felicitar a mi hermana —pronostica Marc, con quien estoy totalmente de acuerdo.

Mi padre sigue un poco en shock y no opina nada. Mi madre le pregunta si le preocupa la relación, la de Violeta conmigo quiero decir, y tras unos segundos en silencio me pregunta:

—¿Lo sabe su padre? ¿qué opina?

—Pues... creo que le caigo bien —me atrevo un poco— Hoy en la comida ha dicho que estaba muy contento de ver a su hija tan feliz, o algo así. Se refería a que estemos juntos, creo.

Pues claro, a qué se va a referir. La chica es guapísima y muy simpática, papá: te va a gustar —y así da Marc por concluido el tema.

V

Charli nos tiene que despertar pasadas las doce. Llega con todo lo necesario para preparar una paella de marisco de esas que te quitan una depresión. No es que en esta casa haya nadie deprimida, ni Mónica por su divorcio siquiera. Y yo, siendo sincera, floto en un sueño de algodón rosa como cualquiera de las protagonistas de mis novelitas... El golpe que me dé al caer no se resolverá esta vez con operaciones de ningún tipo, me temo, y lo peor es que aún no sé si será una caída fortuita o seré yo quien vuelva a tirarse

por una ventana. Mejor no pensarlo. Hace un día precioso, mi perrito juega feliz en el jardín con un nuevo juguete que le ha traído mi amigo (para mí una colorida flor de globoflexia), y el mundo parece un lugar agradable y seguro.

Pronto se nos unen Ingrid, Raquel con su bebé y Uri. La cocina se va llenando de olores exquisitos y decidimos entre todos que nos apetece comer en el jardín; dejo que los demás se encarguen de sacar todo lo necesario fuera, mientras hablo un rato a solas con Charlie, con la excusa de que soy la mejor ayudante en ausencia de Moni, que ha ido a su restaurante a controlar y se escapará de allí el rato justo para nuestra paella. Mi amigo se queja de que siempre organice yo y les haga venir a casa, pero alego que sus padres están muy mayores como para aguantar a un grupo de ruidosos con perro y bebé incluidos; él vive ahora con ellos porque solos no se las pueden arreglar dado lo avanzado de su edad y las enfermedades de uno y otro. A pesar de lo duro que puede resultar a veces estar al cargo de dos ancianos, Charlie siempre está de buen humor y encuentra tiempo para dedicarse a lo suyo, aunque ha disminuido mucho su ritmo de trabajo en los últimos meses.

Se lamenta en broma de no tener una doncella y una mayordoma que se encarguen de los quehaceres domésticos: lógicamente lo dice por mí. Le digo que me cansa con sus quejas y que no pedí nacer en el seno de una familia adinerada, con estas palabras repipis que tanta rabia le dan. Acabamos manteniendo una encarnizada batalla con cucharas de madera. Está claro que soy yo quien finalmente lo desarmo y pactamos su rendición. ¡Tengo tantas ganas de poder ir un día a verlo actuar! Se lo comento y me dice que me escape un día con mi novio y así se lo presento; y su propuesta me hace pensar: ¿qué opinaría Jan de mis amigos? Probablemente y aunque no nos juzgaría, le pareceríamos un atajo de excéntricos; incluida yo, por supuesto.

De camino a Barcelona llamo a Sandra, quien promete que la próxima vez que salgamos las chicas solas de marcha se viene con nosotras. Paso por el barrio de mi chico y lo recojo.

J

—¿Nunca llevas pantalones? —le pregunto admirando lo preciosa que está con ese vestido que lleva sobre su bonita piel, a la que se nota que le ha dado el sol.

—¿Lo preferirías?

—No, claro que no. Me encantan todos tus vestiditos, o casi... —nos reímos probablemente de lo mismo, y continúo— Me gustan más los cortos, pero con los largos estás también impresionante.

—El Chanel se lo he llevado a Raquel y dice que no me preocupe, que arregla la cremallera un día de estos que no tenga trabajo y sí algo de paciencia —adivinando el motivo de nuestras risas comunes— Pero debo confesarte... para mi vergüenza y deshonor... que en invierno llevo pantalones casi siempre. ¡Que soy friolera, vamos!

—¡Oh, cielos, no sé si podré soportarlo! —finjo un horror que en realidad sólo siento si pienso que tal vez en invierno ya haya huido de mi lado.

Cerramos la puerta de su loft y la ropa no tarda en empezar a caer... Y llaman a la misma, cosa insólita para mí pues no había sucedido hasta ahora.

—Violette, cariño, te he oído llegar...

—Es la Tata —se dispone a abrir cuando le hago un gesto.

—Espera que me meta en el baño, no me va a ver así —y señalo mis boxers y mi evidente erección.

—¡No ve, le da igual lo que lleves o no lleves puesto! —me susurra, y alzando la voz— ¡Voy!

—Tú dijiste que veía los bultos —me señalo de manera más explícita.

Mi chica comienza a reírse de mí sin ningún disimulo mientras va hacia la puerta:

—Los bultos grandes; y, siento decirte que, aunque estás muy bien dotado, no das la talla en ese sentido.

Se besan y comentan no sé qué, y yo tardo tanto en decidir si esconderme o no que pierdo la oportunidad de hacerlo. Violeta informa de mi presencia a la buena mujer, que lleva en las manos un iPad con el que parece tener ciertos problemas.

—No habla, no sé qué le pasa —y se lo entrega a mi chica, que enseguida empieza a mirar y tocar la pantalla.

—cielo, conoces el tema de la accesibilidad por voz, ¿verdad? —me dice enseñándome la Tablet— ¿Se lo miras tú mientras nosotras hablamos un poquito? Seguro que eres más rápido que yo arreglando lo que sea.

Lo tomo de sus manos ya desbloqueado. Me dirijo a los ajustes, e investigo porque, aunque sé a qué se refiere no lo he utilizado nunca. Ellas se cuentan algo.

—¿Dónde ha ido tu novio? —pregunta la Tata.

—Está aquí, lo que pasa es que está muy concentrado con el iPad —y al tiempo que lo dice le coge la mano y se la pone en mi hombro desnudo.

—¡Ay, siento mucho haber venido a interrumpiros, cariño! Pero si le pido a Nancy que me ayude ella seguro que le pasa el limpiacristales, que esta chica cree que todo se soluciona con un paño y detergente —baja la voz hasta convertirla en un susurro— Nena, este chico, ¿no es demasiado grande para ti? Con lo chiquitina que te quedaste y lo flacucha que estás...

Violeta se ríe; yo encuentro cómo volver a conectar la voz del aparato, le explico cómo activarla y desactivarla cuando necesite hacerlo, y en unos pocos minutos volvemos a estar solos... y en la cama, que se está muy a gusto. Con Duncan sentado a unos pocos palmos de nosotros observándonos. He tenido que acostumbrarme en las últimas semanas a tener un espectador en los inicios de todos nuestros ... encuentros. Cierto es que, una vez que se convence de que todo está bien, vuelve a su colchón discretamente.

—A ver a ver, ¿qué es eso que te ronda por la cabeza y aún no me has contado? —me pone un dedo en la frente y lo mueve suavemente en espiral.

—Ahora ya no sé si se trata de que yo soy muy transparente o que tú eres muy buena psicóloga...

—Es que se te ve claramente en los ojos que hay algo que quieres decir... y que está por ahí dentro dando vueltas.

—Sí, bueno... —a veces, por más que ahora tenga una autoestima que me acompaña casi siempre y una timidez que me deja a mi suerte con mayor frecuencia, me sigue costando— El viernes dijiste que podíamos; no sé si lo decías en serio, pero a mí me gustaría...

—Si tengo que jugar a las adivinanzas ya puedes dejar de besarme el cuello de esa manera, porque mis neuronas sobreexcitadas no funcionan nada bien, y contando que tengo menos que tú...

—Eh... lo de... llegar al placer por un camino distinto —soy idiota, lo sé; creo que me sonrojo.

—Una manera muy bonita de decir que quieres... ¿sexo anal? Es eso, ¿no? —me mira sonriendo. Me tranquiliza que de momento no ponga mala cara; pero se trata de Violeta, podría darme un Sí o un No y no se ofendería por la propuesta.

—Bueno, yo nunca...

—¿Nunca? ¿Ni siquiera con ninguna de las dos novias de esas de larga

duración que has tenido? —se sorprende.

Le cuento que con Lucía lo intentamos, pero que éramos muy jóvenes y muy inexpertos ambos, con lo que no hubo manera porque le dolía. La ex a la que conoce presume de ser muy feminista, y de ahí que argumente no aprobar ciertas prácticas sexuales.

—¿Puedo preguntar qué hacíais? Por curiosidad, y siempre que no nos estropee la noche —me pregunta.

—Pues... lo normal. Que tonto soy, porque me cuesta hablar de esto un montón y en realidad me gustaría que lo supieras todo de mí —intento ordenar mis ideas— Con lo de las pelis de las 50 sombras le dio un día por... arrodillarse delante de mí y ya sabes...

—Chupártela mirándote a los ojos. Muy feminista, y una postura comodísima para disfrutar una también —se burla.

—Y alguna vez quiso que la atase, pero a mí me resulta raro; necesito que me toquen y acaricien, y con las manos así...

—Vaya, vaya. Una sesión con Víctor le haría falta a esa para enterarse bien de cómo va el tema de esposas y azotes —se ríe.

No sé si quiero saberlo, y muy probablemente la respuesta es que no quiero... el que al menos una vez sí han mantenido relaciones es algo que me quedó claro el otro día; aun así, lo pregunto:

—Supongo que tú y Víctor...

—Sí, pero una vez al poco de conocernos, cuando éramos los guapos de la clase y parecíamos destinados a salir juntos; y luego mucho tiempo después, y entonces ya no estuvimos los dos solos...

—¿Sandra?

—Sí. Si quieres algún día te cuento más de eso, pero no vale la pena, no es importante para mí —me explica.

—Me refería, por lo que has insinuado de él con Anna... ¿Te hizo daño, te...?

—¿A mí? No, claro que no. El chico es listo y quiere seguir teniendo gónadas. Ya te dije desde el primer día que no me va nada de eso —me besa y acaricia con sus largas uñas— Pero, nos hemos desviado de nuestro objetivo inicial: Al menos la teoría la sabes...

—Pues, la verdad es que he estado mirando en internet por si había algo... ¿Tenemos lubricante?

—Sí, del envasado y de producción casera —y me aclara al ver mi cara de

pasmo— Mi vagina tiene superávit de lubricante. ¿En serio no te habías dado cuenta de lo maravillosamente bien que lubrico?

—Esto... pues sí —y acabo riéndome porque Violeta tiene esa facilidad para hacérmelo pasar bien y convertir el sexo en una experiencia en la que cabe el humor, además del placer y el goce absolutos.

La acaricio por debajo del vestido que se había vuelto a poner para abrir a la tata, sin ropa interior. Me encanta meter las manos bajo la tela y tocar su piel desnuda; me resulta mucho más erótico que cualquier conjunto sexy que pudiera llevar.

—Hay una norma básica de higiene, que es la misma que nos enseñan a las niñas cuando nos quitan el pañal y debemos empezar a limpiarnos solitas: siempre de delante a atrás, pero nunca al revés.

—Vale, pues luego nos vamos a la ducha... —resuelvo encantado mientras masajeo la zona en cuestión.

—¡Te estás convirtiendo en el perverso de mi hidromasaje! Yo hoy paso de mojarme el pelo, que luego me toca estar un buen rato con el secador —me acaricia el pecho y empieza a cambiar su mirada. Excitada se vuelve realmente seductora: el color de sus ojos se oscurece y tiene un magnetismo capaz de captar mi atención sin poder desviarme de ella, al menos que quiera dejarme libre de ese hechizo. No sé por qué se me viene a la mente la idea de que en la época de la Inquisición la hubiesen quemado por bruja sólo por su belleza y el poder mágico que desprende

— ¿Y si acabamos de desnudarnos?

No estoy seguro de que ninguna de las dos prendas de las que nos hemos deshecho hayan caído encima de Duncan, porque oigo sus patitas alejarse a la carrera. Violeta gatea hasta un cajón y extrae algo: lubricante. Me lo pasa y dice que sólo por si hace falta. Me siento cómodamente con la espalda apoyada en los cojines y la pared, y la atraigo hacia mí. No estoy muy seguro de la postura más adecuada, pero sí muy claro que no quiero perder su rostro de vista; por más que me excite el probar algo que suele ser tan tabú y, supongo que, por ello en parte, tan erótico, voy a asegurarme de que mi chica lo disfruta tanto como yo, y si no es así pararé por más que me cueste. Y para ello necesito ver sus expresiones; su vagina y las reacciones de la misma las tengo ya muy aprendidas, pero ahora es diferente y no quiero equivocarme.

Se sienta a horcajadas sobre mí y se introduce mi pene en su interior directamente. Me pregunto si esto del self service sexual será muy habitual o

una de esas peculiaridades de mi Diosa.

—Ya han acabado las reformas, por lo que veo —la acaricio.

—Básicamente eran tareas de mantenimiento, dado el uso abusivo que sufren las instalaciones en los últimos tiempos.

—¿Uso abusivo? —concentro mi atención en su clítoris.

—Tal vez se trate sólo de que hasta ahora era un local muy desaprovechado —me muerde los labios y se mueve de esa manera que sólo Violeta sabe— Pero te invito a explorar todo lo que quieras, seguro que encuentras rincones fascinantes.

Me obliga a girar y quedar encima de ella, mientras mi miembro aún está dentro de su sexo. Nos besamos profundamente; me acaricia la espalda y los hombros con sus largas uñas, los pectorales que tanto la excitan. Estiro los brazos para separarme de ella, y coloca sus pies en mis hombros con movimientos suaves y lentos. Creo que no debo preocuparme ya por la postura, pues hemos llegado a la más adecuada de forma espontánea y natural. Mi pene abandona poco a poco el íntimo lugar donde tan a gusto se encontraba para ir en busca de un nuevo cobijo. Debo concentrarme, eso sí, en ir despacio, muy despacio...

V

Con una mano sigue acariciando mi sexo, haciendo que lo desee más dentro de mí, y que el que vaya tan poco a poco sea un martirio... delicioso. Con la otra me sujeta, supongo que porque quiere asegurarse de controlar. Es precioso así: tan fuerte, tan excitado, tan bello y tan único. Y lo quiero dentro de mí de todas las formas posibles; quiero hacerlo mío y poseerlo completamente.

—Sigue —gimo, y no sé si mi mirada lo explica mejor que mis susurros.

El mundo desaparece y sólo queda él, por todas partes él, y me aferro a sus brazos con todas mis fuerzas para no caer y seguir formando parte de él. Cierro los ojos. No me oigo a mí misma pero sí sus gemidos, roncós y ardientes, y luego la nada que nos acoge a ambos unidos aún.

J

Más intenso, más secreto, más oculto y misterioso... más Violeta. Su orgasmo desencadena el mío como ocurre siempre. La miro, perdida aún en su éxtasis. Nuestros cuerpos sin ganas de separarse. Y mi conciencia, mi inseguridad, mi timidez, mi autoestima en crecimiento y hasta ese distraído sentido común que me visita de tanto en tanto la amamos desesperadamente. Yo, mis manías, mis complejos y mis traumas amamos a esta mujer tan fascinante como no somos conscientes de haber querido nunca a nada ni a nadie.

Voy a la ducha, y Violeta me pide que le deje intimidad un momento en el baño. Claro, sería más difícil en otro lugar, pero su cuarto de baño es lo suficientemente grande y con puertas que separan los espacios. Aparece en el hidromasaje haciendo posturas absurdas para no mojarse el pelo. Paro el agua y me río a gusto. Está radiante, como siempre que estamos a solas en su loft y no he metido la pata con algún comentario poco apropiado. Seguro que si leyese mi mente me diría que eso no es cierto, pero afortunadamente aún no es capaz de la telepatía, aunque ciertamente le falta poco.

—¿Sabes? Woody Allen decía que el sexo sólo es sucio cuando se hace bien... —me instruye.

—Pues yo ya me he duchado hoy dos veces —le contesto.

Me seco y la cojo en brazos. Me encanta llevarla así y a ella también parece agraderle. Hasta ahora no tenía muy claro si era un gesto machista, pero teniendo en cuenta que se trata de una Diosa, sus pies no deberían ensuciarse tocando el suelo.

—¡Mierda! —mi chica rompiendo la magia del momento con su facilidad de palabra— Te he arañado el antebrazo justo el día antes de ir a casa de tus padres.

—No es la primera vez que me dejas una marca, bonita —bromeo.

—Pero nunca en un sitio tan visible. Y desde luego no cuando voy a conocer a tu familia.

—Tampoco se nota tanto —miento; tres líneas rojas de varios centímetros decoran mi piel— Me puedo poner una camisa de manga larga.

—¿Con veinte grados de temperatura? ¿Qué van a pensar de mí los Martínez?

—Pues la verdad: que nos lo pasamos muy bien juntos. ¿En serio te preocupa lo que piense mi familia de ti? —a mí me preocupa lo que opine su padre, por supuesto.

—Bueno, no tanto lo que piensen como lo que te puedan decir a ti y te haga sentir mal. No sé si te has dado cuenta de que la gente o me odia o me ama, no suelo ser indiferente; así que yo estoy acostumbrada a las críticas tanto como a los elogios —me confiesa pensativa.

Hacemos el amor dos veces más para consolarnos del supuesto desastre, antes y después de cenar lo que Nancy nos había preparado; y acaba dormida con la cabeza apoyada en mi hombro y su brazo rodeando mi cintura, como siempre.

EN UN MISMO TREN**V**

Cansada de fingir frente a unos y otros. Harta ya de esconder en la Panadería que estoy con Jan. Es un empleado, sí, pero realmente en ningún contrato de nadie pone que no se puedan establecer relaciones personales de tipo alguno. Esta precaución sólo hay que tomarla en el caso de David, que podría aprovechar su cargo... En fin, que a él sí hubo que dejarle las cosas claras, pero a nadie más se le ha avisado de tal cosa y, de hecho, hay varias parejas o matrimonios trabajando en la empresa sin que ello suponga un problema. Así que... ¡Esta es la gran ventaja que tengo por ser la Presi! Todos, y sobre todo todas, seamos realistas, hablan de mí, me juzgan, me critican sin conocerme apenas; y yo, como una idiota, me tengo que callar, hacer que no me entero o no me importa. Vaticino que poco va a durar esta situación... Porque me apetece entrar por la puerta de la manita de mi chico, y contenerme para mí no es nada bueno. Cualquiera día de estos me lo como a besos en el hall y acabo con la cuestión. Y al primero/a que pierda el tiempo hablando de ello: sanción por no ocuparse de su trabajo.

Empiezo bien el lunes. La verdad es que ha comenzado de una manera increíble, porque antes de que sonara el despertador tenía a mi sexy Jan acariciándome y lamiéndome, y sólo he tenido que bajar una mano entre mis piernas para acariciar su suave melenita. Es para tenerme envidia, lo sé. Me ha estropeado la mañana el que se baje antes del coche con esa cara de pena porque sabe que no nos vamos a ver en todo el día, que ni un abrazo rápido o un besito tierno de consuelo será posible. ¡Y que mi chico lo tenga que pasar mal por culpa de un nido de víboras...!

J

Estaba tan concentrado en lo que hacía que no me he dado cuenta de quién

entraba en el despacho; ni siquiera de que alguien llegase. Eso sí, el ambiente se ha tensado a mi alrededor, pero enfrascado como estaba, he seguido a lo mío. Hasta que una mano grande, cálida y en cierto modo familiar se ha posado en mi hombro, al tiempo que la voz de Jaume Capmany me saludaba entusiasta:

—¡Caramba Jan, sí que debe ser interesante eso que haces! ¡Buenos días... otra vez!

Mil preguntas aparecen en mi cerebro como luces rojas indicadoras de peligro: ¿cómo me debo dirigir a él aquí, igual que en su casa? ¿pero, sabe alguien que ya nos conocemos? ¿no se supone que él no ha vuelto por la empresa en unos cuantos meses y no conoce a los nuevos empleados? ¿qué hace aquí, en mi despacho, quiero decir? ¿No va a disimular el hecho de que hoy hemos desayunado juntos en su casa?

—¡Buenos días, Jaume! —consigo decidirme a hablar— Me alegra verle por aquí...

Mi alegría es auténtica, pues el que se haya decidido a venir tras el permiso dado por su médico significa que se encuentra bien y con fuerzas, no para dirigir la empresa, pero sí para visitarla y supervisar algunos temas. Mis compañeros nos miran atentamente. El señor Capmany, de quien su hija ha heredado además de una elegancia innata, la seguridad de saber lo que quiere y cómo, se gira y les comenta tranquilamente que mi padre y él se conocen desde hace mucho tiempo; y lo que hace que mi corazón se acelere:

—Ahora ya es... bueno, prácticamente de la familia, así que os lo voy a robar un rato porque me tiene que poner al día de algunas cosas en mi despacho, si te parece bien —se dirige a José Luis, quien acepta, todo sonrisas, y me da su bendición para que salga de nuestra oficina con el dueño de la empresa.

Jaume me pone la mano en el hombro y lo acompaña de un: “Vamos hijo” que deja a todos boquiabiertos.

Le explica a la Lechuza, Lucre para él si no he oído mal, que se va a aprovechar de mi relación con su hija para que le dé un curso acelerado de nuevas tecnologías, y ésta asiente con una sonrisa que no le conocía. Creo percibir que pone cierto énfasis en lo de la “relación”, pero ella parece encantada. Me hace un gesto para que yo entre en el despacho de Violeta mientras ellos charlan como dos viejos amigos, o como el antiguo jefe con su antigua secretaria, que es lo que son en realidad.

Abro la puerta despacio, emocionado de poder darle una sorpresa a mi chica. Está sentada descalza en esa postura suya tan típica, con el tobillo derecho bajo el muslo izquierdo y que dice que le resulta tan cómoda para concentrarse y trabajar. Mira láminas de una carpeta mientras en el ordenador se reproducen vídeos de Morat, un grupo colombiano de moda. Levanta la cabeza y sonrío, se pone de pie y corre hacia mí:

—¡Cielo! —me abraza por la cintura y me besa— Justo estaba pensando en lo agradable que sería tenerte aquí... Tienes un poco cara de susto, ¿cómo es que has venido? ¿ocurre algo con el sistema informático otra vez?

—Tu padre está ahí fuera domando a la fiera —le señalo, y le explico lo de mi oficina. También que me ha hecho acompañarle a los despachos de algunos directivos para anunciarles que estaba de visita, y me ha presentado por mi nombre, como si todo el mundo debiera conocerme.

—Mi padre es un encanto —me dice, lamiéndome el cuello.

—No seré yo quien te lo discuta: el mejor jefe, el mejor suegro... Sólo superado por su encantadora hija. Pero como no dejes lo que estás haciendo, cuando entre se va a llevar una mala impresión de mí... —me pego más a ella para que le quede claro de qué hablo.

Suenan unos golpes en la puerta y tras unos breves instantes en los que Violeta aprovecha para separarse lo justo de mí, sin soltar nuestro abrazo, entra Jaume Capmany.

—Chicos...

—¿No podrías haber dicho esta mañana en el desayuno que pensabas venir a espiarnos, papá? —le regaña su hija cariñosa, soltándome para ir a abrazarlo— Hoy pensaba emplear el rato del mediodía para ir a buscar el regalo de la hermana de Jan...

—No pienso comer contigo, querida. He quedado ya para hacerlo con Rodrigo, que dice que tiene muchas cosas interesantes que contarme a cerca de esta jaula de grillos en la que has convertido mi panadería.

—¿También has conocido a Rodrigo? —me pregunta mi chica.

—Sí... —respondo.

—Sí —responde su padre— Y ya le hemos pedido que vaya redactando las cláusulas prematrimoniales...

—Y gracioso; se me olvidaba que mi papi además de encantador es muy gracioso, cielo —me explica como si él no estuviese presente.

—Nena, tenemos que proteger tu patrimonio —continúa Jaume

guiñándome un ojo— Que ahora os queréis mucho y todo parece maravilloso, pero ¿y si dentro de unos años os divorciáis?

—¿Papá, puedes parar ya de decir tonterías?

—¿Has visto qué fácil es hacerla enfadar? Claro que no sé qué te voy a contar a ti. Seguro que ya ha sacado las uñas en más de una ocasión...

Instintivamente me llevo la mano a mi antebrazo y cubro los arañazos. La verdad es que he visto a mi chica enfadada, pero siempre controlada; supongo que debe haber ocasiones en las que pierde o deja de lado tanto control, pero de momento he tenido la suerte de disfrutar de la Violeta más dulce, divertida y sensual.

—Para que lo sepas: soy la novia perfecta. ¿A que sí, cielo? —me mira y yo muevo la cabeza afirmativamente— Otra cosa será como salga hoy lo de la cenita...

—A ver hija, si hablas un poco bien y se nota la buena educación que te hemos dado... Imagino que a tu novio no le debe gustar nada la de palabrotas que vas soltando, con lo formal que es él.

—¡Joder papá, qué pesado!

Los dos hombres nos reímos y ella nos mira como si no supiera el motivo.

V

Me miro en el espejo de mi vestidor, éste que sorprende tanto a mi chico por sus dimensiones y por toda la ropa y zapatos, bolsos y demás complementos. Me he puesto mi vestido granate, porque creo que es un color que me favorece mucho, y no es elegante, pero me sienta tan bien, con un escote discreto, pero suficientemente abierto para no sentirme agobiada. En la pelu han hecho un trabajo perfecto, y mis bucles dorados hoy son dignos de una princesa de cuento. Espero que estos y un maquillaje suave ayuden a disimular mi aspecto natural de fiera salvaje, según palabras de Víctor. Cojo la bolsa con los regalos y salgo. Me despido de la Tata, que me recomienda que sea prudente y me desea suerte, y de mi padre, quien me dice que sea natural y que no necesito la suerte en esta ocasión para nada. No sé por qué me sigue sorprendiendo la gran intuición de mi progenitor, no sólo por estas palabras de ahora que ante todo me tranquilizan, sino también por lo de esta mañana. Con su visita ha puesto todo y a todos en su sitio.

Si es cierto lo que estudié en la universidad respecto a que buscamos parejas que se parezcan a nuestro progenitor de sexo opuesto, debo reconocer que el ser intuitivos es lo que asemeja a Jan con Jaume Capmany; intuitivos, sensibles y con un gran corazón, así son ellos.

J

Le hubiese enviado miles de mensajes advirtiéndole y explicándole montones de cosas antes de que llegase, pero no he querido ponerla nerviosa; sólo le he contado que estará Carme, que desgraciadamente es muy buena amiga de mi ex. Laia se ha puesto eufórica cuando le he explicado cuál era mi regalo, que lógicamente no le podía entregar porque no lo hago yo, y a mi madre no le ha hecho tanta gracia; me doy cuenta que no es fácil contentar a muchas mujeres a la vez, aunque sean de tu propia familia.

Y como estaba seguro de que ocurriría, Anna ha llegado con Carme, con la excusa de felicitar a mi hermana... Ahora se quedará hasta que llegue Violeta, con la intención de... no tengo ni idea de por qué lo hace ni cuáles son sus intenciones. Le consulto a mi hermana, que parece pertenecer al mismo club de ingenuos que yo. Marc se está duchando y arreglando así que no puedo consultarle.

Cuando mi chica me avisa de que está llegando en un taxi, bajo a recibirla. Necesito un beso y un momento a solas para calmarme un poco. No sé el motivo de mi ansiedad, ya que en el fondo estoy convencido de que les va a gustar. Está preciosa: vestido largo y sandalias sin ese exagerado tacón que tanto me empieza a fastidiar; por su salud, claro, no porque no le queden de impresión.

Cuando subimos Anna ya ha desaparecido. ¡Qué alivio! Marc es el primero en saludar a Violeta. Se presenta, le da dos besos y le susurra algo al oído.

—¿No os conocéis y ya andáis con secretitos? —Carme y su original forma de presentarse; no sé qué le ocurre últimamente que está siempre de mal humor, o eso parece.

—En realidad hemos hablado ya por WhatsApp varias veces —inventa mi hermano; yo juraría que sólo ha sido una.

El resto de la familia la saluda y mi rubia parece radiante. A mi hermana le

da un gran abrazo y la felicita, y luego me pregunta discretamente cuándo se supone que puede darle su regalo. Pues... en esta casa no tenemos protocolos para eso, y los demás ya le hemos ido entregando los nuestros durante el día. El mío ha sido una tarjeta regalo para que le hagan algo que lleva pidiendo meses, por no decir años.

La arrastro hasta mi cuarto mientras mi madre y Carme se meten en la cocina a acabar de preparar la cena, según dicen. Demasiado se ha complicado mi madre para esta cena, creo yo, que con algo más sencillo hubiésemos estado igual. Y me temo que es más por impresionar a Violeta que por los veintidós años de la benjamina de la familia.

V

—Es un honor, señora Presidenta —me susurra Marc.

Tengo que aguantarme la risa; su voz susurrante se parece mucho a la de Jan. Supongo que esa va a ser siempre nuestra broma privada, cosa que de momento le ha sentado fatal a la novia. Por cierto, que al acercarse ella he sentido esa energía negativa de algunas personas, de esas que preferirías tener bien lejos.

Joan Martínez, el padre, creo que se ha quedado algo turbado al verme. Su mujer cariñosa, de quien mi chico ha heredado la dulzura sin duda.

—Laia: ¡felicidades, preciosa! Tienes los mismos ojos que tu hermano, es increíble —la he abrazado, y era como tener una parte de mi chico entre mis brazos.

—¡Qué guapa eres, más que en las fotos que me ha dejado ver Jan! —su (espero) sincera respuesta.

En la habitación de mi chico lo primero que me llaman la atención son las estanterías con trenes, estaciones y todo lo necesario para crear una ciudad, o casi. Me acerco para observarlos mejor.

—¿Siempre te han gustado los trenes?

—Sí, desde muy pequeño me apasionan.

—No me extraña que te diagnosticasen de autista, pobre. Encima de tímido e introvertido te gustaba pasarte el rato viendo circular tus locomotoras —comento— No sé si sabías que es una imagen muy típica de niño autista...

—Sí, me enteré años más tarde, claro. Antes no entendía por qué a mi

padre le daba tanta rabia que dedicase horas y horas a montar y desmontar tramos de vías, puentes, túneles y estaciones.

—¿Y dónde estamos nosotros? —pregunto mirando con más atención un vagón de pasajeros. Levanta la ceja y me explico— Tú y yo coincidimos un día en el vagón de un tren, y desde entonces viajamos juntos en la misma dirección. No sé si tú sabes el destino, pero yo no me molesto ya en preguntarlo...

Abre el techo de una reproducción de un AVE y allí puedo ver dos figuras diminutas, una masculina y otra femenina; la chica es la que está sentada en la ventanilla.

—Tenía que ser uno de gran velocidad, ¿no crees? —me sorprende.

Aprovecho que estamos a solas para darle el perfume que le he comprado. Le explico que como nuestra búsqueda no dio ningún resultado me he decidido a probar suerte, y si no le gusta siempre se la puede regalar a su hermano o a quien quiera. Es la última creación de Paco Rabanne y creo que va mucho con su personalidad. Nos llaman para cenar y lo agradezco, que no es fácil para nosotros estar solos con una cama de por medio; debo reconocer que sin cama también nos las arreglamos bastante bien, siempre que nos encontremos a solas o en la única compañía de mi labrador.

Pregunto si puedo ayudar en algo, pero parece ser que no; y el padre de Jan me indica un sitio en la mesa y me va preguntando por mi padre, de quien por suerte puedo decir que estos días parece mucho más recuperado y hasta se nos ha presentado por sorpresa en la empresa, así con rima y todo. Me siento flanqueada por mi “novio” y su hermana, y aprovecho para preguntarle a ésta cuándo quiere que le dé su regalo.

—¿Puede ser ya? ¡por favor!

—Laia, que pareces una cría. Ni que fuesen los Reyes Magos —la reprende Carme, a quien tengo enfrente.

—Es que me ha dicho mi hermano que me va a encantar, y contando con que el de él es el mejor de todos.

—Anda, ábrelo ya, que sino no vas a cenar tranquila —la madre, Tesa.

Rompe el papel de regalo y saca una mochila Kipling de color lila.

—¿Te lo han chivado? —me pregunta tras darme las gracias con un abrazo.

—No, tuve que deducirlo de las vagas explicaciones de tu hermano. Pero ábrela, que dentro hay algo más...

—Es un libro —deduce antes de quitarle el envoltorio— Pero de Rosa

Café no puede ser porque los tengo todos y el último está a punto de salir... Es... Es... ¡El nuevo! ¡Mami, el nuevo, pero si no ha salido aún a la venta!

—Vaya, pues me has descubierto: no lo he comprado. Conozco a su editora —y le indico que abra el libro por la primera página.

—“Con cariño a una de mis fieles seguidoras, Laia. ¡Muchas felicidades en tu 22 cumpleaños!” —lee la dedicatoria escrita a mano y me mira asombrada y encantada a partes iguales— ¡Gracias, gracias, gracias!

Mi chico también me mira, preguntándome en silencio cómo lo he conseguido.

—Bueno, sólo tuve que llamar y correr un poco; ya sabía que el libro había salido de la imprenta.

—¿Y la dedicatoria? Es su firma —me pregunta entusiasmada.

—Tuvimos la buena suerte de que estuviese allí cuando fui a buscar tu ejemplar. Eso no estaba previsto —explico mientras Tesa empieza a servir la cena— Ahora no me preguntes si la conocí porque la respuesta es no: estaba reunida con alguien, y mi amiga, que es su editora, se ofreció a entrar y pedirle el favor...

Tesa me dice que he hecho a su hija completamente feliz, y que antes de que acabe la noche ya les habrá enviado la foto y todos los detalles a sus amigas. Le pido que no lo ponga en redes, no vayamos a enfadar a la Café y luego necesitamos pedirle algún otro favor más adelante. Carme, con mala cara, no entiende a qué va tanto alboroto; esta chica, ¿siempre estará tan amargada? Con lo contento y satisfecho de la vida que parece su novio. Algo más bajo que Jan y menos musculoso, Marc se parece indiscutiblemente a su padre.

—Yo soy el sensato y pragmático de la familia —me explica— Mi padre nunca se entera de nada porque vive en su mundo, que básicamente es su negocio; y estos tres —señalando a su madre y hermanos— están llenos de dudas, dramas y lágrimas.

J

La cena transcurre tranquila. Violeta conversa con naturalidad de cualquier cosa, y yo dejo que sea ella quien explique todo lo referente a nuestra relación. A mí no me gusta hablar y en cambio, me encanta escucharla. Laia

desvela mi regalo: un tatuaje, que ya tiene casi decidido desde hace tiempo, y sólo falta la ubicación exacta.

—yo también tengo uno —mi chica me hace temer lo peor.

Pero al pedirle mi hermana verlo le suelta muy natural que no está en un sitio muy visible y que luego en su cuarto se lo muestra. Marc se ríe a carcajadas. Violeta también se ríe y le dice que no sea tan mal pensado, que sencillamente si hoy llevase mucho escote se vería, pero que no es cuestión de ... y se detiene y mira a mi padre, que la observa entre perplejo y divertido.

Llegamos a un tema recurrente en mi casa: Laia y sus dudas sobre los estudios, a qué se quiere dedicar; todas esas cosas que desesperan a los padres. Ahora está en la época en que proclama que quiere viajar, conocer mundo, para poder tomar una decisión. Y mi padre que no está dispuesto a subvencionar vacaciones de varios meses, que no está el horno para bollos.

—Yo, si me permites darte un consejo, te diría que viajes si tienes una beca o con la idea de arreglártelas por tu cuenta trabajando de lo que sea. Eso enseña y espabila mucho. Todos los padres se acaban cansando de pagar y no ver resultados, y no entienden lo que tú puedas necesitar en cuanto a vivir experiencias —comenta mi chica, que parece hasta juiciosa.

—Y eso lo dice alguien que, seguro que no ha tenido que trabajar en su vida si no ha querido, ¿no? —. Empiezo a pensar si los malos modos y este comentario impertinente de Carme se deberá a celos, sabiendo que Violeta procede de una familia con muy buena posición social, aunque de momento no sabe que es la dueña de la empresa donde trabajo.

—Eso lo dice alguien que pasó de acabar aquí sus estudios de ADE, y se marchó a New York sin el beneplácito paterno. En pocas horas mis tarjetas de crédito estaban sin saldo. Mi padre lo único que me ofreció fue el billete de vuelta a Barcelona —. Desconocía por completo la historia, como tantas otras cosas de mi Diosa—. Me pasé un año y pico viviendo allí y subsistiendo con mis ingresos.

Y así conozco, al mismo tiempo que el resto de mi familia, las peripecias de una Violeta de poco más de veinte años en un país desconocido y una ciudad peligrosa como es Nueva York. Trabajando de camarera, dependienta, paseadora de perros y hasta niñera; cuando ella tenía la suya propia esperándola en su casa de Barcelona. No entiendo cómo Jaume pudo dejar a su suerte a su única hija, siendo un padre protector y hasta controlador, diría yo.

Mi chica recoge platos con esa soltura que tiene para todo y que tanto la diferencian de mí, patoso por naturaleza, demostrando que los meses empleada en una cafetería no habían sido en balde; ya me había parecido alguna vez que lleva las bandejas con mucha maestría...

La tarta con velitas para Laia, que se toma su tiempo para pensar un deseo antes de soplar. Brindis por la cumpleañera y nueva pulla de Carme, que me hace sentir un calor en las mejillas que atribuyo a un rubor inmediato; también se podría achacar al cava, claro.

—Y esos arañazos del brazo, Jan ¿Cómo te los has hecho? Porque parece que te haya atacado una...

—Se los he hecho yo —la interrumpe la diosa sin complejos— Ayer. Estuve a punto de caerme con los supertacones que suelo llevar y me agarré a lo primero que pude, que fue el brazo de mi pobre chico.

—Es que es peligroso, y bastante perjudicial, llevar mucho tacón —aporta mi madre.

—Pues hoy no llevas unas sandalias muy altas —apunta Carme.

—Tu hijo me lo repite cada día, y prometo que voy a intentar hacerle caso —a mi madre, y luego mirando a mi cuñada— Si ayer me hice daño en el tobillo y le dejé esas marcas a mi novio, sería tonta de volver a hacer hoy lo mismo, ¿no te parece?

—Pues parecen otra cosa —insiste Carme, quien se gana una mirada reprobadora de mi hermano.

—¿tú crees? Pues... no sé, no me parece que el sitio... En fin, supongo que dependerá de lo mal pensada que sea cada una... —resuelve Violeta con su mirada más pura e inocente, si es que tiene de ese tipo. Y mi corazón vuelve a latir con normalidad.

V

Me despido de todos, no sin antes invitar a Laia a visitarme en la empresa; así le enseño mi bonito despacho, le presento a mi mejor amiga y nos vamos a comer juntas. Marc, liberado unos momentos de su novia, se me acerca y me propone:

—Yo también quiero conocer a tu amiga...

—Cuidado, que Sandrita es mucha Sandrita y a lo mejor no le durabas ni

dos asaltos —lo miro perversa, y acercándome más a su oreja— Pero me temo que los hombres comprometidos le dan cierta alergia...

El padre de Jan le dice a éste que coja su coche para llevarme a casa, pero alego que es muy tarde y lo más práctico es volver en un taxi; si yo ni siquiera he tenido ganas de conducir hasta aquí, puedo imaginar lo poco que le apetece a mi Yogurín tener que hacer ahora el trayecto dos veces. Además, si llega hasta mi casa, no me comprometo a dejarlo escapar, así que bajamos, le prometo que no ha sido terrible ni mucho menos, y que si se deshicieran de la tal Carme como si se tratara de un accidente su familia ganaría mucho. La disculpa diciendo que lleva unos días raros, y por lo que he visto y lo que intuyo ya sé dónde está el problema; pero no es una cuestión que me incumba y no pienso meterme en ella. Quedamos en que nos vemos mañana en algún momento en mi despacho, y que ya organizaremos la velada, que será sólo para nosotros...

J

—A mí me gusta. Además de guapa no tiene un pelo de tonta, es espontánea... —Marc y mi madre hablando a solas en la cocina.

—Yo no digo que no me guste; es que es... demasiado... demasiado todo para tu hermano. Ya me lo dijo él al principio, que no me hiciera ilusiones porque no iba a durar, no sé qué ha cambiado ahora para que decida presentárnosla.

—Pues que está enamorado, completamente. Y yo diría que ella también, ¿para qué iba a fingir ella si no? Mamá, entiende que no tiene sentido.

—Claro que puede estar enamorada de Jan, pero... ¿por cuánto tiempo? Es de esas mujeres rodeadas de hombres y de... problemas —me duele tanto oír a mi madre hablar así de mi chica y de nuestra relación— ¡Mira lo mal que lo pasó con el fracaso con Anna! Y aquella es una niña de guardería comparada con ésta.

—Anna es mala persona y ésta no tiene por qué serlo. Y reconoce que no ayudó mucho que la pava esa se haya seguido paseando por esta casa cuando le da la gana —al menos mi hermano defiende a Violeta; tengo que recordarme darle las gracias por ello.

—No creo que Violeta Capmany sea mala persona, pero sí que es una

mujer muy complicada, o que su vida lo es... no sé, preferiría para Jan una chica más sencilla y normal —la voz de mi madre suena apenada.

—Me temo que nadie decide de quién se enamora, ¿o planeaste tú hacerlo de mi padre? Lo que ocurra ya se irá viendo. Y lo que deberíamos dejarle claro es que siempre va a tener aquí a su familia apoyándolo: para consolarlo o para llevarlo al altar... que nunca se sabe.

Me encierro silencioso en mi habitación y me duermo dándole vueltas a lo mismo que plantea mi madre visto desde todas las perspectivas posibles. Recuerdo a Violeta esta noche aquí mismo y me pregunto hasta dónde nos llevará nuestro tren.

LAS LÁGRIMAS DE UNA DIOSA

V

Me he dado cuenta de que nunca lo hemos hecho en la mesa de mi despacho; así que he quitado del medio todo lo que nos pudiera estorbar, he guardado mis braguitas en un cajón y te espero ansiosa. ¿Subes?

Lo envío. Debo tener paciencia y pensar que no lo leerá enseguida, pues cuando se concentra en su trabajo no suele estar pendiente del móvil, que además pone en silencio y sólo podría notar la vibración si lo lleva encima o lo deja en una superficie cercana donde haga ruido. Me sorprende tener una entusiasta respuesta en la pantalla en pocos minutos: ¡Voy!!!!

Entra y cierra la puerta por dentro. Me abraza e introduce su lengua en mi boca con desesperación, sin ni siquiera un saludo matutino. Es adorable. Pero también le ocurre algo. Da igual, ahora mismo lo que quiero es tenerlo. ¿Se puede ser adicta a la piel de otra persona? Porque no se trata sólo de sexo, es la necesidad de rozar su piel, sentir su olor...

—Buenos días y esas cosas —saludo cuando puedo hacerlo— Llevas puesto el perfume que te regalé.

—Claro, ¿no pensarías que no iba a hacerlo? —su bonita sonrisa— Y además me gusta, y ni me he desmayado ni me ha dado dolor de cabeza, ni nada... Será que estoy madurando.

—¡Tonto, que no se trata de que tengas que madurar! Recuerda que a mí me gusta mi Yogurín... Es sólo que, no sé cómo explicarlo bien, quería que tuvieses una fragancia que te caracterizara.

—Ya sé, a mí me pasa: me encanta el perfume que usas normalmente. El de hoy. Me he dado cuenta de que cuando tienes una reunión o vas a un evento utilizas otro más... denso, pesado, que no me gusta demasiado.

—Pues menos mal que hoy no tengo ninguna de esas reuniones espantosas donde además apesto —meto las manos bajo su polo y me felicito mentalmente por haberme puesto también hoy *Yes, I am*, la última fragancia que Cacharel ha

sacado al mercado hace muy poco y cuyo nombre en mi caso me pareció una ironía.

Mira mi vestido, que hoy es bastante sencillo. Le tranquilizo diciendo que tengo otro de repuesto y que éste no lleva cremalleras. Estoy descalza, como acostumbro a hacer cuando estoy a solas. Posa su mirada en mi mesa, me coge en brazos y me tumba en ella. Nos besamos.

—No estoy seguro de que sea muy cómodo. ¿Por qué tienen que ser tan bajas estas mesas, es que no piensan en los que somos un poco más altos? — protesta mientras baja los tirantes de mi vestido.

—A lo mejor quienes las diseñan no piensan en que sean usadas para follar. Ya sabes: hay gente muy cuadrículada —le desabrocho el pantalón.

Le indico con un gesto dónde está el preservativo y, tras colocárselo, se lo mira un poco extrañado.

—Lleva rayas... —me siento de nuevo, pues ya estaba echada, y lo veo contemplándose su hermoso miembro enfundado en látex con estrías.

—La verdad es que no me he dado cuenta al cogerlo, pero hay que innovar ¿no?

No le da tiempo a contestar, suponiendo que tuviese una respuesta, porque suena la puerta. Nos miramos y la miramos extrañados.

—La Lechuza tiene órdenes expresas de no dejar pasar a nadie sin anunciarlo antes por teléfono, excepto a Sandra y a ti. Y Sandra seguro que no sube ahora, así que la muy puta de Lechucia me está fastidiando a posta.

Los golpes no vuelven a sonar y Jan cree oír pasos alejarse. Reanudamos nuestra tarea. Pienso que me iría bien un cojín y apunto mentalmente traer uno para estas ocasiones. Me doy la vuelta, boca abajo puedo apoyar mis brazos en la mesa, y Jan me agarra de las caderas para acomodarme y acomodarse. Mis piernas en su cintura. Mejor, muchísimo mejor. Con la interrupción mi chico se ha olvidado de las rayitas del condón y se dedica a hacerme feliz...

Acabamos en el sillón, él con el vaquero aún desabrochado y yo sin vestido, que está en el respaldo dejado de cualquier manera; menos mal que es de los que no se arrugan. Estoy tan a gusto en sus brazos que no quiero dejarlo marchar.

—Tengo que bajar ya, hay mucho trabajo y aquí ya he acabado de instalar todas las actualizaciones... por el momento —pongo cara de disgusto ante sus palabras— Esta noche quedamos, ¿no? Tendré que salir tarde para terminar todo lo que quería dejar listo hoy.

—Sería más romántico si me dijese que yo soy tu máxima prioridad, y no mi empresa —me quejo de su formalidad en el trabajo.

—Tú eres mi máxima prioridad, lo sabes —pero me deja sentada y se levanta, comenzando a ordenar su ropa.

J

Al mediodía voy al cuarto de mi hermano y le cuento que le oí ayer hablar con nuestra madre en la cocina.

—Vaya, lo siento.

—No, no te preocupes; sólo quería darte las gracias por defender a Violeta —le aclaro.

—Mamá no la atacaba. Ella simplemente considera que tu chica es ... bueno, no sé cómo decirlo: que tiene ya mucho vivido, y tú eres su inocente hijo, ya sabes. Si se tratase de mí no se preocuparía lo más mínimo, te lo aseguro.

—Pues estoy ya un poco cansado de que todos penséis que soy el pobre Jan, el que lo pasa tan mal cuando las chicas lo dejan tirado —me cabrea la imagen que tienen, que probablemente sea la que yo doy sin más.

—¿El pobre Jan? No, perdona, que yo pienso que tienes una suerte que te cagas con ese pedazo de mujer. Y si la cosa te sale mal, pues te jodes como nos ha pasado a todos. A mí también me han dejado, me han puesto los cuernos y hasta se han liado con mi mejor amigo —me dice muy serio.

—Ah, ¿sí? No tenía ni idea...

—Ya, claro; porque yo no lo he contado en casa ni me he escondido en mi habitación a llorar. Pero mira, que ya eres mayorcito y debes aprender a capear cualquier temporal. ¡Joder, que eres mi hermano!

—Bueno, creo que estoy madurando con Violeta; al menos me voy tomando las cosas de otra manera. No me gusta que me acuse de ser muy dramático —la recuerdo diciéndomelo y hasta me hace sonreír.

—Ya, me imagino. Por cierto, los arañazos del brazo fueron consecuencia de un buen polvo, ¿no?

—Sí, claro —admito sin ruborizarme, cosa extraña.

¡Pues que bien miente la rubita, que hasta yo tuve mis dudas! No se cortó un pelo, con cara de niña buena y mirando a los ojos. Imagino que si no

hubiesen estado nuestros padres hubiese dicho la verdad igualmente sin inmutarse —se admira— Lo único es que... esperemos que contigo sea siempre sincera, porque de lo contrario no te vas a enterar...

Un par más de cosas que añadir a la lista de ideas desagradables que se están acumulando en mi cabeza estos días:

1. Hay cosas de la vida de mi chica de las que no tengo ni idea, como su estancia en Nueva York.
2. Consideran que es “demasiado” complicada, experimentada... para un pardillo como yo.
3. Miente tan bien que si me lo hace a mí no me voy a dar cuenta.
4. Nos han invitado este sábado por la noche a la verbena en casa de Carme, pero Violeta preferirá irse a su casita y dejarme solo...

V

Enfrascado en su portátil mientras yo conduzco. Me dan ganas de cerrárselo de golpe y chillarle que me preste atención, que me cuente lo que han opinado en su casa de mí después de la cenita de ayer. Sandrita quería hoy un informe completo en la comida y sólo le he podido dar mi versión, porque el Yogurín no me ha dicho nada al respecto. Un polvo rápido en mi despacho, que muy bien; pero, ¿y qué tal un poquito de conversación? A ver si ya la hemos fastidiado por convertirnos en una pareja más o menos formal. ¿somos una pareja? ¡Ay no, que por eso ya se dedica al portátil y pasa de mí! Si llegamos a casa y pone la tele me da algo...

—Estoy aquí —le recuerdo.

—Perdona, amor: estaba acabando algo muy importante para mañana —me mira y parece el Yogurín de siempre, con alguna idea estorbando en su cabecita.

—¿Ocurre algo? ¿Le he caído fatal a tu familia y no sabes cómo

decírmelo?

—¡No, qué tonta! ¿Cómo vas a caerles mal? De hecho, creo que mi padre sigue en shock y lo único que ha dicho es que eres guapísima, y a mi hermana que te tome como referente —parece sincero, pero hay algo...

—Entonces, ¿qué ocurre? ¿Tu madre piensa que voy a pervertir al inocente de su hijo para luego dejarlo de la peor manera posible? —leo en sus ojos que en cierto modo he acertado— Venga, cuenta lo que sea. Lo asumiré.

—No, no es nada de eso —miente— Es que Carme y mi hermano nos han invitado a la verbena de Sant Joan el sábado en la casa que los padres de ella tienen fuera, y supongo que no vas a querer ir.

—¿Este sábado ya es la verbena? Pues sí que se pasa rápido el tiempo — me sorprende, ni siquiera Sandra María Teresa me ha hablado de ello.

—Supongo que te irás a tu casa de Sant Pol...

—No me gusta la verbena, por los petardos y cohetes. Suelo quedarme en casa tranquilamente y a salvo, junto a mi perro que tampoco lo pasa nada bien. Me refiero a la casa de mi padre, a ésta —estamos llegando, y menos mal porque la angustia no me dejaría conducir mucho más tiempo.

Aparco y le convengo para pasear un momento por el jardín, a ver si me despejo. Nos paramos frente a la cascada de la piscina. Pienso que con el calor que hace a estas alturas, aún no nos hemos bañado en ella. El sonido del agua me relaja y vuelvo a respirar con normalidad. Jan no ha contestado nada a mi explicación sobre lo que hago un veintitrés de junio por la noche.

—A Carme le caigo fatal, ¿por qué me invita a su casa? —le pregunto.

—Porque eres mi novia, y se supone que esa noche la pasaremos juntos como todas las parejas... Y van todos los amigos, no es nada raro —me explica mirando la piscina, no a mí— Pero no te preocupes, ya imaginaba que no te apetecería; menos aún con lo poco simpática que estuvo ayer contigo.

Me siento en el césped y me descalzo. Silbo fuerte, a ver si Duncan me oye y sale de la casa a hacerme las carantoñas que necesito. Me planteo por unos segundos explicarle parte de la historia, pero siento tal opresión en el pecho que desisto inmediatamente.

—No me gusta nada esa fiesta, nunca la celebro —oigo antes de ver el trote de mi peludo a mi encuentro— Ya te digo que me dan miedo los petardos y no me gustan las hogueras...

—Pues yo hubiese dicho que era una noche perfecta para ti: es la noche de las brujas, ¿No?

Abrazo a Duncan y me refugio en su enorme corpachón. No puedo evitar las lágrimas. ¿Por qué este año no he estado atenta al calendario y he tomado mis precauciones? Ni siquiera mi padre me ha avisado... ¡Qué desastre! No puedo evitar llorar y se va a dar cuenta... ¡Se va a dar cuenta...!

J

Miro hacia la piscina para que no vea la decepción reflejada en mis ojos cuando me diga que no, que ni somos una pareja al uso ni quiere conocer a mis amigos, que nuestra historia está bien siempre que se mantenga más o menos dentro de estos muros. Pensaba que al menos lo de la noche de las brujas le haría gracia y me soltaría un comentario de los suyos para romper con esta extraña tensión que se ha creado entre nosotros. Pero Violeta no contesta. El perro ha llegado contento y se mantiene junto a su dueña sin acercarse a saludarme siquiera. Me giro.

—¿Qué ocurre? —mi chica esconde su cara contra el cuerpo de su mascota, que se mantiene quieto.

Me agacho. La cojo por los hombros y la obligo a mirarme.

—¿Por qué estás llorando? ¿Qué he dicho?

Niega con la cabeza sin pronunciar palabra. La abrazo y sigue negando. Le quito un pelo de Duncan que se le ha pegado a la cara; este pelaje de labrador que al principio hizo pensar a mi madre que me había liado con una chica de melena muy extraña. Otra vez mis pensamientos absurdos en el momento menos indicado. No tengo ni idea qué he podido hacer o decir para desencadenar las lágrimas de mi diosa del Olimpo.

—Amor, no pasa nada si no quieres venir a la fiesta —intento por si se trata de esto— Tienes derecho a hacer lo que te apetezca, claro. Si quieres vengo yo para estar juntos, de verdad que no hay problema. Pero dime por qué lloras.

Busca un pañuelo en su bolso y se suena ruidosamente. Se refugia en mi pecho para seguir llorando. Duncan se pega más a nosotros y ambos intentamos consolarla, él con sus lametones y yo acariciando su pelo, intentando secar unas lágrimas que no cesan. De repente creo que lo entiendo:

—¡Dios, Violeta! La verbena es la fecha del aniversario de... —no estoy seguro de si se trata de la muerte de su hermana o la de su madre, pero apostaría por la primera.

Solloza y afirma con la cabeza. No ha dicho una sola palabra todavía y parece incapaz de ello. Se pega más a mi camisa, empapada ya. No sé cuánto rato permanecemos allí, bajo las sombras de los enormes árboles iluminados tenuemente por las luces exteriores del jardín. Alguien más hábil que yo con las palabras hubiese encontrado qué decirle, cómo reconfortarla; pero yo me quedo hundido en una pena tan inmensa que no se me ocurre qué hacer; me pregunto al mismo tiempo cómo es posible que una tragedia vivida hace unos veinte años siga afectando de esta manera, y me contesto a mí mismo que yo no he tenido jamás que sufrir nada parecido.

Noto que está helada y le propongo llevarla en brazos a su loft. No se opone. Dispongo de un código para entrar en su casa y la tarjeta para abrir su puerta, cosa que de repente se me hace extraña: tengo la entrada franca a su vida y me sigo quejando de no conocer hasta el mínimo detalle de ésta, me avergüenza ser a veces tan desagradecido. Duncan no se separa de nosotros ni un instante. El que Violeta sea tan ligera y manejable hace que pueda realizar todas las operaciones hasta dejarla en el sofá sin ningún problema a pesar de mi torpeza.

—¿Quieres que te prepare un chocolate caliente? —se me ocurre.

Asiente con la cabeza y me sonrío ligeramente entre las lágrimas que no paran de brotar de sus ojos.

—Vamos, Gordi, que tenemos que preparar algo para que tu mami entre en calor —le digo al perro, que está sentado a los pies de su dueña como una estatua. Al final me sigue.

El chocolate se lo toma, pero de la cena que Nancy nos ha dejado preparada apenas prueba bocado, y eso que voy intentando darle pequeños trozos como si de una niña enferma se tratase. Sigue pegada a mí todo el tiempo, excepto un momento que va al baño. Le hablo, le pido que me cuente algo, pero susurra que no puede y parece completamente cierto.

Nos metemos en la cama y hacemos el amor muy despacio, como nunca

antes, y lo siento más un acto de consuelo que sexual. Finalmente se queda dormida, y yo acariciándola y pensando en tantas cosas que siguen acumulándose en mi mente.

V

Me despierto desorientada y abrazada a Duncan. Me cuesta unos instantes recordar la noche de ayer, pues el ansiolítico que me tomé a escondidas en el baño hizo finalmente su efecto. ¿Dónde está Jan? Me siento mal por él, no sé cómo pude hacerle esto. Debió pasarlo fatal y sin saber qué hacer, sólo porque yo, como una idiota, perdí el control y me dejé llevar por la pena. Al pobre le dejé la camisa empapada, sucia de maquillaje y probablemente hasta de mocos. No le tocaba para nada aguantar la escenita, éstas me las puedo guardar para mí sola. Y ni siquiera eso, que ya está bien, sólo tendría que haber estado atenta al día en el que vivo... Y mi padre, ¿Por qué no me regaló unos días de vacaciones como casi cada año para que saliese huyendo de aquí? Tal vez la medicación le haga tener peor memoria, aunque no me ha dado esa impresión hasta ahora.

¿Qué hora es? Me temo que Jan ya se ha ido a la Panadería y me ha dejado durmiendo. Tengo el vago recuerdo de sus besos por todas partes. Debería levantarme y averiguarlo, pero estoy cansada y no tengo ánimos para nada. Pienso que tendría al menos que abrir la puerta para que Duncan baje al jardín si lo necesita, pero mis ojos se cierran antes de que intente siquiera moverme...

J

Jaume y yo nos dirigimos a su empresa. Me ha pedido que conduzca yo su coche. Esta mañana me costó mucho decidir qué hacer, pues Violeta dormía profundamente y no me parecía bien despertarla ni que tuviese que trabajar hoy. Tras pensarlo un rato mientras me duchaba y arreglaba, bajé y le dije a Nancy que Violeta no se había encontrado bien por la noche y ahora debía dormir. En pocos minutos aparecía Jaume para interrogarme. Le conté tal cual lo ocurrido y decidió en pocos segundos que él iría hoy a darse una vuelta por la Panadería y dejaríamos a su hija descansar tranquila.

—¿Usted no me va a contar nada de lo que le ocurre a su hija? —le pregunto atento sobre todo a la carretera— Deduzco que el veintitrés de junio es el aniversario de la muerte de su gemela, pero ni siquiera estoy seguro. Y perdone, porque imagino que para usted también debe ser terrible...

—Para mí es terrible cada día de mi vida, pero de distinta manera. Violeta perdió a su otra mitad, tuvo que enfrentarse a unas secuelas físicas y psicológicas tras todo lo ocurrido; y además de todo ello, lidiar con un sentimiento de culpa por ser ella la que se salvó y no su hermana. Yo no puedo ni hacerme a la idea de lo que debe ser —me explica apenado.

—¿Qué ocurrió exactamente, qué tipo de accidente fue?

—No fue un accidente propiamente dicho. Pero yo no puedo... Lo lamento, pero es mi hija quien debe decidir si te lo cuenta o no, y cuándo. Es demasiado triste, demasiado sucio y demasiado terrorífico para que ninguno podamos expresarlo con normalidad... porque escapa a toda lógica. Es ella quien debe, si lo considera, si confía lo suficiente o se abre a ti completamente como hemos hecho muchos con nuestras parejas; otros no lo hacen nunca... También puedes deducirlo tú, supongo, pues por lo que sé no eres una persona corriente y posees mayor sensibilidad que la mayoría...

Asiento en silencio; no considero tener mayor sensibilidad ni nada en mayor medida que el resto excepto mis propios miedos e inseguridades. En cualquier otra situación es cierto que estar frente a un enigma me motivaría a buscar la solución, pero cuando es mi chica la que lo pasa mal y quien tiene la llave de todo no me hace tanta gracia el reto. Transcurren unos minutos en un tenso silencio.

—¿Y conoce a Víctor, un amigo de cuando estudiaba ADE? —le pregunto un poco por cambiar de tema, pero también por curiosidad, ya que Violeta me dijo que a su padre le cae fatal y estoy convencido de que si es así ella no se saldrá con la suya de que lo contrate.

—Sí, por desgracia lo conozco. Ahora está en el extranjero, haciendo vete a saber qué. Se supone que es modelo, pero yo diría que más bien gigoló o como se le llame ahora a eso...

—Pues su hija y Sandra parecen quererlo mucho...

—Te aseguro que si mi hija lo quisiera tanto él no estaría ahora lejos de ella, no es tonto... Es un mal bicho y un aprovechado, y tú debes tener cuidado si aparece de nuevo por aquí —me previene.

—¿Teme que le pueda hacer algún daño a su hija?

—No me gusta que sean amigos, eso es todo. Conozco a mi hija y sé que es muy capaz de defenderse físicamente de él, y de ti también si hiciera falta, que para eso lleva años y años haciendo artes marciales. Supongo que eso lo sabes, ¿no? Ya le paró los pies a ese cretino una vez y supongo que lo volvería a hacer si fuera necesario. Pero me da mucha rabia que siga confiando en él después de ciertos episodios... —parece indignado.

No se lo digo, pero yo pensaba que mi chica se tomaba sus clases más en plan... meditación oriental o algo así, y no como defensa personal. Ahora, de todos modos, no puedo pensar en otra cosa que no sea aparcar un coche al que no estoy acostumbrado. Entramos juntos en la empresa y le contamos a Sandra que su amiga se encuentra mal; Jaume y ella intercambian alguna de esas miradas de quienes se conocen y conocen algo que el resto ignora. Tengo que ponerme a trabajar, concentrarme en mis tareas y, en el rato que me quede libre, preparar lo que debo explicarle a Víctor en la videoconferencia que hemos concretado para hoy. De momento, por el intercambio de mails que hemos tenido, me parece una persona muy correcta, inteligente y responsable. Nada que ver con la imagen que de él tiene Jaume Capmany. De todas formas, tendré que escribirle para explicarle que, muy probablemente, Violeta esté hoy indispuesta todo el día; tal vez no quiera hablar conmigo sin estar ella presente...

En mi despacho me siguen tratando de manera diferente; de hecho, diría que cada día es más obvio. Estoy casi seguro de que José Luis ha pedido información sobre mi “situación”, lo cual realmente me beneficia, pues me da una libertad de acción que permite que pueda ir haciendo las modificaciones que le propuse a la diosa y presidenta sin que nadie más las tenga que autorizar. Creo que la web ya resulta completamente accesible y la intranet poco a poco va mejorando; tampoco tengo tiempo de más, y eso contando que suelo llevarme algo de trabajo a casa sin que Violeta se entere, que me dejó muy claro que no quiere que haga horas extras en mi tiempo libre.

—¿Qué tal va todo? —me pregunta Pin en un momento en que el señor Gris no está presente— Dicen que hoy la Presi no ha venido...

—¿Y qué tal os va a vosotros dos? —disparado sin filtros; mi timidez se da cabezazos por no haber llegado a tiempo.

Los muñequitos de la infancia de mi chica y su mejor amiga, convertidos en informáticos de la Panadería, se me quedan mirando sin saber qué responder. No espero contestación y vuelvo a lo mío, planteándome, eso sí, si

por una vez en la vida he conseguido cerrarle la boca a alguien.

EL HOMBRE MÁS GUAPO DEL UNIVERSO

V

Sandra llega para comer conmigo. Me llamó, me espabiló a base de sus mantras de siempre, y se auto invitó a comer. La adoro.

—me dio una crisis delante de él sin poder evitarlo. ¡Qué mal, pobre! Le debí hacer pasar una noche horrorosa —le cuento.

—¿Tú te estás escuchando? Te pones fatal porque no habías caído en la cuenta de las fechas en las que estamos, y los demás tampoco te lo habíamos hecho notar, que ya nos vale... Y lo que más te preocupa es lo mal que lo pasara tu Yogurín —se escandaliza— Eso, sin duda, se llama amor.

—Eso se llama coherencia: él entró en mi vida hace unas semanas, ¿recuerdas? Mayo de 2018. No sé por qué tendría que cargar con mis mierdas anteriores.

—Porque tú también tendrás que hacerlo con las tuyas: la ex, los traumas por tal o cual cosa, si tiene alguna enfermedad o ¡yo qué sé! Es lo normal en una pareja, estar ahí para lo bueno y para lo malo.

—Pensaba que para eso estaban los amigos...

—¡Bueno, pues la pareja igual, pero con sexo de por medio! Desde luego Vio, lo que te cuesta pillar esto de las relaciones sentimentales —se queja.

—¡Habló la experta! —recibo un servilletazo en plena cara por mi comentario poco apropiado, parece ser.

Intento irme con ella a la Panadería tras la comida, pero me lo impide. En realidad, me confiesa que mi padre la ha amenazado con enviarla un mes entero de secretaria de David si yo aparezco hoy por allí. Está claro que no puedo hacerle eso a mí Sandrita, así que me quedo en casa. Un rato después llega el jefe del clan, que se alegra mucho de verme tocar el piano.

—Hacía mucho tiempo que no tocabas...

—Porque me haces pasar el tiempo en esa jaula de oro y la inspiración se está muriendo dentro de mí —puedo ser muy dramática cuando quiero, aunque

nunca llegaré a los extremos de mi mejor amiga— ¿con quién y qué has comido? ¿Y por qué no le has dado la tarde libre a mi novio para que me haga compañía?

J

Me sorprende la reacción de mi madre cuando al mediodía digo que hoy tampoco volveré a casa, porque Violeta no se encuentra bien y me iré a su casa.

—¿Es que no tiene quien la cuide? —es su respuesta y pregunta a la vez.

Creo que la miramos todos bastante sorprendidos, y entonces cambia un poco el tono, y se excusa diciendo que no me imagina haciéndole un caldito. Sigue su disertación acerca de que Violeta tampoco tiene pinta de saber freír un huevo, porque en esa mansión debe haber una cocinera... Demasiada basura neuronal dando vueltas por mi cerebro como para intentar procesar qué le puede estar ocurriendo a esta mujer que suele ser tan cariñosa y comprensiva y que es mi madre. Sólo me faltaba a mí saturarme con tantas cosas... Violeta con un ¿ataque de ansiedad? O lo que sea que tuvo ayer, y yo colapsado, muy buena pareja.

He recibido varios mensajes de mi chica ya. El primero me afectó mucho porque me pedía disculpas por lo de anoche, como si ella fuera responsable de algo. Luego ella misma ha hablado con Víctor y quedado en que la videoconferencia la hacemos en su casa en vez de en su despacho, a última hora de la tarde. Me ha dicho claramente que la idea ha sido suya para obligarme a estar hoy con ella otra vez... Me parece tan adorable: quiere verme, se monta una buena coartada para ello y luego me lo confiesa. Esa es la Violeta que me ha enamorado y la que me tiene completamente loco. Intentar explicar algo de esto a mi madre sería misión imposible, ¿verdad?

Marc me intercepta en el pasillo para preguntarme qué le ocurre a la señora Presidenta, y le tengo que decir que no puedo explicarle nada, que cuando yo mismo lo entienda se lo hago saber. Me mira preocupado. No, no hemos discutido ni nada parecido, son los misterios de una diosa que están por descubrir. Laia entra en mi cuarto mientras cojo ropa limpia para llevarme, con la misma pregunta que Marc.

—Nada grave: cosas de chicas, ya sabes... —espero que con esto tan vago

quede conforme.

—Ah, ya. Pues que guay que estés con ella. A mí me gustaría que mi novio lo estuviese... Tendrías que comprarle alguna cosita para animarla, ¿no? —mi hermanita pequeña, qué lista es.

V

Inauguro la piscina, aunque el agua está helada. La temperatura exterior es ideal, así que si voy nadando no hay problema. Estos días no estoy haciendo ejercicio y lo necesito; tal vez por no haberme podido desahogar tanto como quisiera ayer me puse tan mal. Sea como sea, hoy estoy bien y me encanta el agua, me siento libre en ella. Creo que preferiría ser un delfín del zoo de Barcelona que quien soy, porque después de cada actuación diaria el resto del tiempo sería auténticamente mío... y de mi chico delfín. Y tendría unos hijos delfines de los que no debería preocuparme por su seguridad, pues el máximo peligro de muerte sería por aburrimiento.

Voy mirando hacia fuera por si aparece Jan, que no se debe esperar verme aquí. Ya se le podría haber ocurrido a mi padre darle la tarde libre en vez de liarlo con más historias. Menos mal que al comentarle mi propósito de decirle a David que le suba el sueldo le ha parecido bien, si no pensaría que está tan encantado de tener un yerno para explotarlo. El caso es que aquí estoy esperando, dando brazadas para no ser víctima de una hipotermia. Le he pedido a Xavi que en cuanto lo vea lo dirija hacia la piscina.

Finalmente aparece con su paso ligero y su inconfundible mochila. Voy hacia la escalerilla y subo. Sí, me ha visto. Le saludo con la mano y voy en busca de la toalla, y sin detenerme, a por él. Nos abrazamos y besamos.

—¿Ocurre algo? —le pregunto al ver su cara.

—Estás... prácticamente desnuda.

—¿Y no es ese un motivo de alegría? —sonrío. Es cierto que sólo llevo un tanga minúsculo para que no me queden feas marcas en la piel— Es lo normal si estoy en mi casa, ¿no? O a lo mejor prefieres que me ponga un bañador de Chanel con cremallera.

Se ríe; es nuestra broma privada y lo va a ser siempre, signifique lo que signifique la palabra “siempre”.

—Estás preciosa... aunque muy fría y muy mojada —menos mal que lo

dice, lo primero al menos— Pero el jardinero está ahí mismo, viéndote.

—El jardinero es gay; que si fuera hetero daría igual, también te lo digo, pero en este caso lo sé seguro porque conozco a su marido. Y en cuanto a lo de fría y mojada —lo abrazo más, consciente de que su ropa se está empapando — a lo mejor es culpa tuya. Quítate esta ropa y date un baño conmigo.

—Si me lo hubieses dicho habría traído el bañador, pero a mí sí me da vergüenza, por muy casado que esté el jardinero.

—Te bañas en boxer, criatura —le he desabrochado ya la camisa y empiezo con el pantalón— Me tienes que demostrar lo buen nadador que eres, que no hemos caído hasta ahora en usar la piscina con lo que se supone que te gusta.

—Me gustas más tú —pero se deja hacer.

Nadamos juntos, nos besamos, nos acariciamos; aunque de tanto en tanto dirige su mirada a quien, ajeno a lo nuestro, arregla el jardín. Cuando nada en serio soy incapaz de alcanzarlo, pues además de rápido la diferencia de tamaño es más que considerable. Agotada llego a su lado. Me temo que mis tetas en el agua lo tienen fascinado; yo bromeo con no encontrársela con tanto frío. Es la primera vez en mi vida que hago esto al aire libre, sin unas paredes a mi alrededor; y resulta liberador. Jan me acorrala en una esquina dispuesto a todo.

—¿Sabes desde cuántas ventanas de la casa se nos puede ver? —le susurro— No creo que quieras que tu suegro te vea hacer con su hija lo que ya sabe qué haces...

—Pues subamos ya a la habitación.

—Es que me está dando mucho morbo esto de hacerlo en el jardín... podemos ir al otro lado, que es más íntimo y hay peor visibilidad.

No nos lo pensamos mucho y andando descalzos por la hierba, con mi toalla en la mano y un preservativo que mi chico ha rescatado de sus pertenencias, nos vamos al lado más alejado y con más árboles. Tiendo la toalla sobre el césped y antes de que me dé cuenta lo tengo encima y nuestra exigua ropa ha desaparecido. Este chico es el que presume de torpe.

El sol acariciando su espalda, la hierba bajo mi cabeza, el olor a naturaleza, los trinos de algún pájaro y Jan en mi interior. Me corro y siento que estoy en armonía con el paisaje que me rodea.

—Soy una flor —le digo cuando recupero el habla.

—La más bella flor —me acaricia de manera suave y perezosa, como

siempre después de vaciarnos, cuando yo no soy capaz ya de nada más.

—Gracias.

—¿Por qué? Es la verdad.

No, no sólo por eso: Gracias por quererme, por admirarme, por aguantar mis lágrimas con la misma paciencia que mis bromas, por satisfacer mis caprichos... Gracias por estar conmigo.

—No creo que tengas que agradecer algo que para mí es un placer.

—Yo no te he hablado casi nada de mi madre ¿verdad? Era de esas personas que tienen una luz propia, que además iluminan a quienes están a su alrededor. Creo que sus padres acertaron al ponerle de nombre Blanca... Bueno, pues ella nos enseñó desde muy pequeñas a mi hermana y a mí que por cada cosa de la que nos quejásemos, debíamos dar las gracias por otras cinco. Por ejemplo: si nos quejábamos de que otra vez tocaba verdura de primero en la cena, luego agradecíamos el pollo, el chocolate, las cosquillas de mamá, el beso de buenas noches de papá y los cuentos de la tata...

—Me parece una manera genial de educar... Supongo que así aprendes a buscar lo positivo siempre —me contesta tumbado a mi lado jugando con una brizna de hierba entre los dedos— Nosotros también les enseñaremos eso a nuestros hijos, ¿de acuerdo?

—Ah, qué bien. Hemos avanzado mucho porque ahora resulta que serán varios y todo... los hijos que tengamos —bromeo.

—Es que me doy cuenta de que este jardín es muy grande para uno solo... Y Duncan necesita algo de ayuda para sacar a tu padre de quicio.

J

Duchado y cambiado ya de ropa me siento ante el portátil dorado de Violeta para comenzar la videoconferencia con su amigo en Nueva York. Se me hace raro estar manejando un elemento de trabajo tan... bonito; pero es lo que hay, Víctor prefiere la conexión que le resulta familiar y segura. Supongo que él desconfía tanto de mí como yo de él, y es la palabra de Violeta de que ambos somos de fiar absolutamente lo que nos une en esta singular tarea.

Su imagen aparece en la pantalla y, por más que las chicas me lo hubiesen advertido, resulta un impacto. Creo sinceramente que si en mí hubiese una sola célula gay se abalanzaría contra el monitor para adorarlo. Parece, como poco,

un actor estadounidense: joven, rubio, de sonrisa perfecta y bien musculado... El único parecido que podría sacar comparándome con él es la medida y el desorden de nuestros cabellos. Un rizo rubio cae sobre la frente y cubre parcialmente uno de sus ojos, de un color gris líquido como el mar más revuelto que se pueda imaginar. Lleva una camiseta sin mangas que deja al descubierto sus músculos y sus tatuajes. Sonríe y se acerca más a la pantalla. Él también me está estudiando.

—Bueno, por fin conozco a ese hombre al que mi princesa ha dejado cruzar todos los límites... —su saludo inicial no me gusta: ¿su princesa?, y lo de cruzar los límites no será por todo lo que sé que no sé de ella.

—Eh... Hola —lo sé, no soy un prodigio verbal— Violeta está abajo, secando a su perro, que se ha tirado a la piscina y hemos tenido que aclararlo.

No sé por qué le explico esto, pero debo justificar la ausencia de mi chica, que de todos modos pasa bastante de lo que tenemos que hablar.

—Así que Duncan sigue como siempre... me alegro que al menos haya por ahí un macho que le ponga las cosas difíciles —vale, ya me cae mal el tío este — Oye, no hace falta que me odies, que no soy la competencia ni nada parecido.

—Ah ¿no? ¿Seguro?

—Estás en la guarida de la loba, disfrutando de todos sus encantos, que son muchos, ¿y crees que tienes que preocuparte por un tío que está a seis mil kilómetros? ¡Venga, vamos al grano que no tenemos mucho tiempo antes de que aparezca a controlarnos...! ¿Qué le ocurrió ayer? Esta mañana, madrugada en realidad para mí cuando me ha llamado, no estaba nada bien...

—Pues... ayer tuvo una especie de... no sé cómo llamarlo; estaba muy afectada... —no sé si hago bien o mal intentando explicarme, pero debo averiguar si él sabe más que yo sobre Violeta.

—Ya. Llegan unas fechas complicadas para ella. Me prometió en febrero que estos días se vendría aquí conmigo, pero supongo que por el estrés que le supone la Panadería, o por lo bien que le sienta... bueno, lo de estar enamorada... espero mejor que sea esto último, pero el caso es que se olvidó por completo de sus planes —me dice muy serio— Supongo que nadie de su alrededor te ha contado nada ni te ha puesto sobre aviso...

—No sé nada de nada. Ayer no sabía qué hacer, más que estar a su lado y consolarla, porque realmente no entiendo... y lo que me dicen es que no pregunte o que ella me contará cuando considere...

—Su padre y Sandra —adivina— No digo que lo hagan con mala intención, pero son unos idiotas que no ayudan en nada.

—Tampoco nadie tiene derecho... es su vida... —intento defenderlos, aunque cada vez empiezo a tener más claro que algo ocurre y yo debería poder ayudarla.

—¡Y una mierda! Cuando quieres a alguien a veces tienes que salvarle de sí mismo. La que ahora es tu chica ha llegado a salvarme la vida, ¿sabes? Y a lo mejor no tenía derecho a meterse, ni a echarme broncas, pelear conmigo o incluso darme dos ostias... pero yo le agradeceré siempre que lo hiciera — más claro y contundente creo que no puede ser— Mira, llego a Barcelona en dos semanas aproximadamente; si para entonces no estás al cabo de todo, yo mismo te lo voy a contar... siempre que tenga claro que puedo confiar en ti. Y ahora vamos con el lío de proyecto, documentación y seguridad, que la princesa está por llegar.

La rabia que refleja su perfecto rostro se disipa y da lugar a la eficacia y seguridad de quien sabe lo que se trae entre manos en cuanto empieza a hablarme de la empresa. Es la primera vez en mi vida que me alegro de haberme sacado la carrera de ADE y también, tal como mi padre quería, porque así puedo serle útil a Violeta y quitarle parte de esa tensión que le produce ser la máxima responsable de su Panadería. Víctor es muy hábil, constante en su trabajo y tiene las ideas muy claras. Entiendo que mi chica confie en él, si además demuestra la vehemencia con la que me ha hablado antes en el terreno personal. Lo envidio, sí, porque es sencillamente inteligente, sin puñeteras etiquetas que llevan asociados mil problemas, está seguro de sí mismo y sabe lo que quiere y, muy probablemente, cómo conseguirlo.

Mi chica aparece cuando estamos aún conectados y su amigo me explica cómo funciona la empresa de marketing que tienen juntos y que últimamente se encarga de la publicidad de la Panadería. Afortunadamente lleva puesta la camiseta que cogió hace un rato para iniciar las tareas de secado del peludo, y no ofrece una imagen tan tentadora como la de esta tarde en la piscina. Aunque la ropa se le ha pegado al cuerpo y... bueno, podría estar menos sexy, la verdad.

—¡Cómo te escaqueas, princesa! —la saluda Víctor— que a mí aún me pagas, pero este pobre chico... espero que cobre al menos en sexo. Si es así, ya te digo que te espera una noche larga, porque en menos de una hora casi

hemos arreglado el mundo.

—Igualmente la noche iba a ser larga, guapo —contesta acercándose a la pantalla— Decidme si necesitáis algo de mí porque me voy directa a la ducha... ¡Tengo pelos de labrador hasta en... puaf!

Me da un besito sin rozarme apenas; supongo que no quiere mojarme. Al otro lado de la pantalla y el Atlántico se oye un “¡Qué bonito!”. Violeta le saca la lengua y yo le confirmo que todo está bien y no la necesitamos.

—Cariño... —Víctor cuando empieza a alejarse camino del baño— cuídate mucho estos días. Yo en un par de semanas estoy por ahí incordiando, ¿vale?

—Me cuidaré, y hasta puede que obligue a alguno a cuidarme también... —se ha acercado de nuevo y mira al monitor y a mí alternativamente— Pero ya nos veremos antes, que seguro que te da alguna de tus neuras para la próxima reunión.

—Bueno Jan, creo que ha sido un placer —el mister Universo se dirige a mí— Si quieres algo me llamas, pero a ver si calculas mejor que tu chica la diferencia horaria y no me despiertas de madrugada; creo que entre las diez de la mañana y las diez de la noche estaría bien ...

—Trataré de tenerlo en cuenta.

Nos despedimos y voy a mirar cómo se ducha mi chica.

—¿Qué te ha parecido Víctor? —su pregunta estaba cantada.

—Estoy intentando decidir entre “un poco capullo” y “buena persona” ... —contesto mitad broma, mitad verdad.

—Las dos cosas, sin duda.

—¿Sabes? Viéndolo tan atractivo y eso... Se me hace raro que estés conmigo y no con él —mi inseguridad me tira de la manga del polo, advirtiéndome que tanta sinceridad a lo mejor no es sana.

—No me digas que vas a tener un ataque de celos, por favor —la diosa coge una toalla para el cuerpo y una especial para el cabello. Me sigo sorprendiendo de lo mucho que me gusta con la cara recién lavada y los labios sin maquillar.

—Pues... a lo mejor sí. ¡Es que es tan guapo que casi me gusta a mí! —se ríe y me besa, negando con la cabeza— Y si pienso que has estado con él...

—¡Hace un montón de años, y a ninguno de los dos nos gustó demasiado! De verdad, Víctor y yo somos sexualmente incompatibles. Te lo prometo.

—Pero luego repetiste... Los tres... eso lo entendí bien, ¿no?

—Sí, pero yo estaba tan borracha que todavía se ríen de mí porque no recuerdo casi nada. Parece que me dio por prestarle más atención a la chica que al chico, lo que no va demasiado bien para el ego de alguno...

Debo poner una cara rarísima porque Violeta suspira profundamente. Se concentra en secarse y al final dice:

—Tienes la horrible manía de preguntar cosas que no quieres saber, ¿te habías dado cuenta?

—Sí que quiero saber, lo que ocurre es que nunca estoy preparado para tus respuestas —me defiende— Soy un pardillo. Por eso se me hace extraño que quieras estar conmigo y no con alguien con más experiencia, en todos los sentidos...

—Ya. Supongo que Víctor es la viva imagen del hombre que ha vivido mucho. Pues déjame decirte una cosa, cielo: Estoy segura de que él, y de paso yo, nos cambiaríamos encantados por alguien como tú, que ha tenido una existencia normal y equilibrada. Ojalá hubiese podido yo crecer con la inocencia que se refleja en los ojos de tu hermana... Pero a cada uno nos ha tocado vivir lo nuestro y no es ni mejor ni peor; es lo que hay.

Seria, muy seria. Sé que no es su intención, pero me siento como si me acabase de echar una bronca la profesora de filosofía. Menos mal que se pega a mí, nos besamos y el resto del mundo desaparece.

V

Me meto en la bañera para disfrutar de mi baño de espuma, para el que he utilizado el jabón relajante del kit relajante que me regaló ayer mi yogurín. Se había olvidado por completo de que me traía un detalle hasta que caímos en la cama y aplastamos un poco la bonita caja. Me gustaría que estuviese ahora aquí, pero parece que un día más sin dormir en su casa puede provocar un drama familiar. Lo que me parezca a mí que a su edad no pueda decidir dónde y con quién dormir no tiene demasiada importancia, pues es él quien deja o no que se metan en su vida. Yo a tomármelo con tranquilidad, de ahí el baño, con música de fondo y un libro entretenido.

¿Puedo decir que esta noche de jueves se me va a hacer eterna sin él? No, no debería; dos días seguidos durmiendo juntos es como para querer ya la cama y el tiempo sólo para mí... Mal, Violeta, muy mal. Contando con que

además estoy planteándome si aceptar la invitación de “la cuñada” a la verbena... Sé que Jan necesita en cierto modo normalizar nuestra relación, presentarme a sus amigos y que estos me conozcan, sentir que lo nuestro existe en su ambiente y no sólo en mi microcosmos. A Sandra le parece buena idea que lo intente, y me ha sorprendido su buen criterio al aconsejarme que tenga la manera de salir de allí rápidamente si no me encuentro bien. Mi padre opina más o menos lo mismo: que ya es hora de que intente normalizar ese día, aunque está más que dispuesto a costearnos un fin de semana para los dos donde elijamos. De hecho, me ha pedido disculpas por no haberme consultado sus dudas, cuando estuvo mirando viajes para que me fuera estos días, y luego pensó que no iba a querer alejarme de Jan. Y supongo que tiene razón, que no hubiese querido irme sola, ni mi chico hubiese aceptado un viaje gratis y algún día de vacaciones sin motivo aparente alguno.

No hemos vuelto a hablar de los planes para el sábado; imagino que le da miedo sacar el tema, y yo prefiero tomar una decisión primero y luego comunicárselo que no ponerlo nervioso con mis dudas. ¡Qué bien dentro del agua caliente y la densa capa de espuma que se ha formado!; siempre me ha gustado jugar con ella como con la nieve; lástima no tener un grandullón a quien llenarle el pelo de espuma. Sí, lo estoy echando de menos otra vez... Dejaré la bomba efervescente para cuando su madre tenga a bien prestármelo unas horas. Algo en mí no ha gustado a Tesa, deduzco; Y el caso es que yo pensaba que le había caído bien, y no suelo equivocarme. ¿Qué ocurre entonces? ¿Serán las malvadas cuñada y ex quienes la vuelven en mi contra? Demasiadas novelas románticas en la cabeza. Si yo estuviese en su situación... creo que me daría cuenta de que es demasiado tarde para intentar sobreprotegerlo. La suerte está echada, señora mía. Haga como mi padre, que está tan contento con nuestra relación que hasta dice encontrarse mejor desde que yo tengo novio; lo suyo es pasarse por el otro extremo, ¿o no?

16

NOCHE DE VERBENA

J

La echo tanto de menos que me duelen las yemas de los dedos de no tocarla. Voy husmeando como un perro en busca del rastro de su perfume, pero lógicamente en mi almohada no lo encuentro. Y la culpa de no tenerla esta noche la tengo yo. Violeta me ofreció quedarme por tercera noche consecutiva con ella; y en vez de aceptar porque creo que es lo más maravilloso que podría ocurrir, que me quiera tener todos los días a su lado, le contesto que tengo que ir a mi casa. Mi conciencia me dice que tengo que hablar con mi madre y aclarar lo que sea que le ocurre conmigo, con mi chica o con ambos. La noto de mal humor y bastante protestona estos días. Mi autoestima, bastante adulta diría yo, proclama que no pasa nada por dejar a Violeta uno o dos días sufriendo un poquito por mí... Perdona, Autoestima: ¿tú y yo nos conocemos de algo? Para mí que te has equivocado de piso e ibas al 4º 1ª, o bien perteneces a mi hermano, que duerme en la habitación cuya puerta está justo enfrente de la mía. Mi inseguridad y mi timidez, cogidas de la mano, no tienen ni idea de cómo reaccionar, así que se sientan a hacerme compañía.

Al menos hablo con mi madre, aunque no sirve de mucho, porque su excusa es que cada día estoy más colgado de alguien que, no dice ella que no sea una gran persona y tal y cual, pero que me va a dejar más pronto que tarde con el corazón hecho girones. La contestación más sincera por mi parte sería explicarle que ya no hay vuelta atrás, y lo que tenga que ser ya se verá... pero como eso parece darle la razón y estos días quiero ser optimista, me limito a pedirle que haga un esfuerzo e intente tratarme de la misma manera que a Marc, simplemente.

—Ya, claro; pero es que tú no eres Marc —contesta.

—Pues mira, me parece que él está teniendo últimamente algún problema con su novia; así que podrías dedicarle algo más de atención a tu primogénito y dejarme a mi... mi espacio —de momento la sorprende y la dejo pensativa.

—¿Estamos a tiempo aún de aceptar la invitación de carne para mañana por la noche? —me pregunta de repente Violeta mientras comemos juntos.

—Sí, supongo... claro, no creo que haya problema —respondo mientras rescato el tenedor del plato donde se me ha caído de la impresión— ¿Estás segura de que quieres ir?

—No, la verdad es que completamente segura no estoy. Pero puedo probar... ¿puedo marcharme si no me siento... cómoda ¿verdad? —angustia en su mirada.

—claro, nos volvemos cuando tú quieras...

—Y... ¿podrías conducir tú de vuelta? No es que me quiera emborrachar delante de tus amigos, es que no me fío de hacerlo yo cuando estoy muy cansada.

—Nos vamos con mi hermano en su coche; y como él se queda a dormir allí lo conduzco yo de vuelta, que a ese viejo trasto ya le tengo más confianza. Marc se vuelve el domingo con Carme... Me parece que nos hemos juntado dos a los que no les gusta demasiado el volante, ¿no? —reflexiono.

—Depende. Tú déjame que te lleve con mi coche, con el mío y no el Audi de mi padre; pero por la montaña, a mi aire y después de haber dormido todas las horas necesarias

—¡Pues vale, llévame cuando quieras de excursión!

Acabamos de concretar lo de la verbena para mañana, y me pregunta por cosas de las que no tengo ni idea, como por ejemplo qué ropa se supone que debe llevar... Hablamos también de hacer alguna salida poco planificada, en plan aventura, el mes que viene. No me deja claro si renunciaría a pasar un fin de semana en Sant Pol, y yo prefiero no preguntar; al fin y al cabo, mañana sábado estará conmigo y no en su casa de la playa, a la que imagino que se irá el domingo. ¡Sería tan fantástico poder estar juntos un par de días seguidos fuera de la ciudad y lejos de todo!

V

Llamo a Clara para preguntarle cómo se viste una para ir a una verbena de Sant Joan en una fiesta privada en una casa; no tengo más datos. Mi prima me expone todas las opciones que se le ocurren y acaba dándome ánimos diciendo que poco importa si no llevo lo más adecuado, mientras mi sonrisa sea la que me vio el último día que quedamos. Menos mal que no tengo que darle explicaciones sobre la cuestión de por qué es la primera vez que voy a una fiesta de ese tipo. Ella está entusiasmada con la que se organiza en casa de su prometido, y se lamenta de no haber pensado antes en invitarnos y conocer así a ese chico del que tanto se habla ya en la familia. Le prometo que un día de estos quedamos para comer y se lo presento. A Clara sí, al resto de la familia no.

Al final de negro y con escote pronunciado... se supone que es la noche de las brujas ¿no? Deduzco que no voy muy desacertada cuando llegan a

buscarme mi chico y su hermano. A Jan se le dilatan las pupilas al verme, y Marc hace algún comentario poco... poco propio de un cuñado, diría yo. Al chico le pasa un poco como a mí, que somos espontáneos. La novia no está, se ha marchado antes para prepararlo todo. ¡Qué disgusto más grande no compartir viaje con ella!

No llegamos los primeros, y es que parece que la puntualidad no es una de las virtudes del hermano mayor de mi novio, así que Carme no está demasiado contenta. Anna a su lado me hace un escáner completo nada más verme. No puedo quejarme porque hay gente agradable, interesante, a los que Jan me va presentando. Excepto Helena, todos parecen muy sorprendidos; no sé si se debe a que me anuncia como su novia transcurrido tan poco tiempo desde su ruptura con Anna o soy yo en concreto quien provoca la reacción.

—Yo creo que las dos cosas —me dice Helena, a quien le hago notar el fenómeno— Supongo que eres muy consciente de tu físico, ¿verdad?

—Del mío y del de las demás. Tú también estás muy bien, por ejemplo...

—Cuidado que soy lesbiana, no me vaya a emocionar demasiado si me halagas. Por cierto, me ha dicho Jan que estudiaste psicología; yo tengo consulta en Badalona —buen cambio de tema para no hacerme sentir mal.

—Pues yo sólo trabajé un tiempo en investigación; nunca pensé en ser terapeuta. Fíjate que no me las arreglo con mis problemas, como para intentar solucionar los de los demás.

Reímos y seguimos charlando un rato más. Mi chico muy pendiente de mí, preguntándome qué tal estoy cada poco rato hasta que le digo que se relaje y disfrutemos, y que se vaya preparando porque quiero bailar.

Hacen una hoguera en el jardín y se reparten papelitos para pedir un deseo, o algo malo que se quiera quemar. Mi chico, tras considerar que tal vez se esté incumpliendo alguna normativa municipal por lo del fuego, a lo que le contesto que el hackea cuando es necesario y de mí mejor no hablar, se concentra en la tarea de escribir su deseo. Yo decido primero que lo haré en positivo, pero no se me ocurre nada que se pudiera hacer realidad. Lo miro de reojo. ¿Se puede pedir a una persona? No, eso no está bien, pedazo de bruja, me digo a mí misma. Lo que sí puedo hacer es pedir por alguien... Junto su papelito bien plegado al mío y los lanzamos a las llamas. En el último momento he escrito: “Que se cumpla el deseo de Jan”.

J

Está impresionante con un vestido negro muy escotado, que deja ver su rosa tatuada, y va cogido con tiras anudadas en el cuello y la espalda; no es muy corto, pero lleva unas aberturas laterales que muestran sus piernas hasta muy arriba al caminar. La larga melena medio recogida a un lado. Sé que no soy el único que se queda fascinado cuando la ve. Le presento a todos e intento no dejarla sola más que con Helena, que es la persona más agradable del mundo. Me relajo un poco viendo que parece contenta y porque me dice que lo haga.

Hacen una barbacoa en el jardín y cenamos de manera muy informal. Yo pruebo todas las cocas típicas de Sant Joan mientras mi chica se asombra de ello, y me advierte que en su casa sólo hay una pequeña de crema porque no sabía que me gustaban tanto. Nos dan papel para escribir un deseo, y yo lo tengo claro porque sólo tengo uno desde hace semanas: “Deseo que Violeta me ame como yo a ella”. Juntamos nuestras manos y echamos los escritos a la hoguera. Bailamos, para mi vergüenza y disfrute de mi chica, a quien esta actividad se le da tan bien como el resto. En cualquier momento me dirá que fue bailarina o profesora de danza, o gogó en alguna discoteca...

V

Me estoy empezando a plantear si habrá algún sitio discreto en esta casa donde perderme con mi Yogurín, que está hoy tan guapo, cuando su hermano me lo arrebatara de los brazos.

—Venga, que vamos a jugar una al billar. Te necesito —a su hermano, y luego a mí— Que ya está bien de bailar y meteros mano.

—Yo... —Jan y su facilidad de palabra.

—Anda vete. Yo preparo algo sin alcohol y te lo llevo —le digo.

—Tú también puedes jugar si quieres —me invita Marc.

Sí, claro, si me buscas una camiseta —sonrío y me miro el escote.

Se van riendo ambos muy contentos, y eso que mi chico no ha tomado ni una sola gota de alcohol. No se puede decir lo mismo de la mayoría, que andan ya sobrados de copas. Un claro ejemplo es Anna, que se me acerca con... alguien que no recuerdo haber saludado:

—Esta es la pija que se acuesta ahora con Jan —le indica a la otra, que no está en mucho mejor estado que ella— Mi Jan hasta hace poco.

—Esta es la choni —la señalo— con quien malfollaba mi novio antes de conocerme.

Me giro para marcharme, pero me agarra del brazo.

—A lo mejor no te gustaría tanto si supieras que tiene un montón de deudas porque su socio lo engañó y se largó —me habla demasiado cerca, y su aliento apesta a alcohol.

No le contesto. Me suelto y sigo mi camino; claro que le podría haber dicho que todo eso lo sé desde el principio, que si le ocurrió es porque es una buena persona y se fía de los demás, y que... que para mí el dinero no es problema y podría pedirle a mi papaíto que saldara las deudas de Jan sin que supusiera el más mínimo problema. Busco con la mirada a Helena, por si al menos ella permaneciera más o menos sobria, como yo, pero no la veo por ninguna parte.

Me dirijo hacia donde están las botellas y me pienso qué combinado sin alcohol puedo preparar para sorprender a mi chico; haré uno igual para mí y me los llevo para verlos jugar la partida. Busco una bebida en concreto cuando noto una mano que sube desde la parte baja de mi espalda hasta la tira del vestido que lo sujeta en el cuello.

—¿Qué pasaría si te deshiciera los nuditos? —es Rubén, el hermano de Anna, completamente borracho.

No me lo pienso, le doy un empujón tan fuerte que acaba chocando contra la pared de enfrente. Y tiene suerte de ser algo parecido a un amigo de Jan, porque si no ahora mismo lo patearía. No sabe la noche tan mala que ha elegido para poner sus manos donde no debe. Creo que he oído alguna risa y algún grito de alarma. Nos miran. Él está tan ebrio que ni mantiene el equilibrio, pero me mira con odio y con deseo. ¿Dónde puñetas está la imbécil de su novia? Las que sí aparecen muy ofendidas son Carme y Anna, cuando yo aún tiemblo de rabia.

—Ese es mi hermano, gilipollas —Anna.

—Pues a ver si lo educas mejor —yo.

—Si tú no fueras vestida como una zorra a lo mejor... —Carme.

Cojo el cóctel que estaba preparando y se lo tiro a la cara, y suerte tiene que en el último momento me freno y no le doy con el vaso.

—¡Vete de mi casa, hija de puta! —me grita.

Salgo corriendo al jardín. Ahora mismo no sabría ni encontrar dónde está mi chico. Estoy tan cabreada que quisiera pegarle a algo o a alguien.

—¿Qué ha pasado? Me ha avisado Helena... —Jan llega corriendo y me abraza a él como si me fuera la vida en ello.

—Vámonos, carne me ha echado de su casa.

Llega Helena, y detrás Marc, y les explico lo sucedido, que la psicóloga amiga de ambos ya ha deducido viendo la escena de lejos.

—El gilipollas ése —Jan hace el gesto de dejarme e ir a buscar a Rubén, pero Helena lo para y le hace un gesto para que se quede junto a mí.

—Tu novia lo ha empotrado contra la pared de tal manera que creo que habrá dejado una marca —le dice mientras le masajea el hombro— ¡Para lo pequeña que es, no veas la fuerza que tiene!

Marc ha ido en busca de Carne muy indignado, y espero que también de las llaves del coche.

—Quiero irme a casa, por favor —le susurro al oído a mi chico, que me abraza.

J

En cuanto salimos de las inmediaciones de la casa, Violeta me pide que pare el coche. Se quita el cinturón de seguridad y baja la cabeza entre las rodillas.

—Es sólo un momento —me dice— Estoy bien.

—Siento tener unos amigos tan trogloditas... Pensaba que eran más civilizados...

—Yo siento lo de Carne, sobre todo por tu hermano y porque tendrá consecuencias. Debería haberme reprimido. Pero al baboso ese, le hubiese dado una patada en los huevos de haber estado en cualquier otro lugar —levanta la cabeza poco a poco y se masajea las sienes— Pero vaya, no te escandalices que esto suele ser lo normal.

—A mí no me parece ni medio normal...

—Bueno, pues lo habitual. ¿Nunca se quejó tu ex de que un tío le había metido mano o lo había intentado, en alguna discoteca o fiesta?

—No... no lo recuerdo, pero diría que no —me quedo pensativo juntando las piezas de un rompecabezas a las que llevo días dándoles vueltas en mi

mente— Violeta, ¿han intentado abusar de ti alguna vez, o... lo han...?

—No —pero me contesta mirando a la ventanilla y no a mí, que reanudo la marcha una vez se ha vuelto a poner el cinturón.

—¿Por qué no me explicas qué pasó hace... veintiún años?

—Sí, veintiún años. Pero ya lo sabes: murió mi hermana. En realidad, murió cuatro días después, tras permanecer en coma —sigue mirando hacia la ventanilla.

—Pero, ¿y tú? ¿Tus lesiones, por lo que estuviste en un hospital y tardaste meses en recuperarte? —le cojo la mano y entrelazamos nuestros dedos.

—No quieras abrir la caja de Pandora, por favor —y es un ruego en voz suave, mirándome de frente, pero con una máscara que no me deja entrever ninguna emoción.

—A mí me gustaría que lo supieras todo de mí, creo que sería más sencillo si me conocieras mejor —lo intento de nuevo, a pesar del terror que me produce pensar que se repita su reacción del martes por la noche.

—Yo prefiero que pienses que soy una Diosa del Olimpo —una ligera sonrisa.

—Siempre voy a pensar que lo eres; da igual lo que haya sucedido en el pasado o lo que hagas en el futuro.

—¿Dónde estaría tu límite, Jan? ¿Qué tendría que hacer o haber hecho para que... para que cambiases tu amor por desprecio? —me pone la mano en el volante suavemente.

—Nada, no sé... No creo que hayas hecho o pudieras hacer nada que lo cambiase.

Da por concluida la conversación y mira el paisaje. Al cabo de un momento parece dormir. Le tomo la mano y compruebo que está despierta. Me fijo en que hoy lleva las uñas con esmalte dorado; busco su dedo anular para mirar si hay dibujo: un corazón negro.

—¿Prefieres que te deje en casa o que me quede contigo? —pregunto.

—Yo quiero que te quedes, pero es tan tarde... A lo mejor prefieres ir directamente a descansar.

—¿No puedo descansar contigo?

—Estás demasiado sexy con esa camisa oscura... —me pone la mano en la bragueta del pantalón, lo cual no me parece en principio muy buena idea, pero sí una sensación estupenda— ¿lo has hecho alguna vez en un coche? Yo no...

—Sí, yo sí. Pero resulta terriblemente incómodo, sobre todo si mides un

metro ochenta y seis como es mi caso —me río— pero si te hace mucha ilusión...

—No, creo que no. Me clavaría el volante, porque... —mira hacia atrás— Supongo que ni de coña cabes ahí atrás.

—Esa mano tuya me está desconcentrando demasiado, me temo —la aparto muy a mi pesar, pero estoy acelerando y ya he sobrepasado el límite de velocidad.

—Me encanta —la miro interrogativamente, o sea, supongo que subo la ceja— tu polla grande y dura dentro del pantalón. Es como ver un pastel de chocolate antes de probarlo, cuando empiezas a salivar de anticipación... Me pone muy cachonda, la verdad. Lo siento por la próxima que se siente en este sitio.

Pone cara de perversa, pensando en Carme, seguro. ¡Qué bien lo tenemos mi hermano y yo con nuestras novias enfrentadas!

—Oye, ¿por qué tu tata ha repetido ya más de una vez que pensaba que te gustaban los hombres más pequeños? —le pregunto para saciar mi curiosidad, y también por cambiar un poco de tema, a ver si puedo dedicar de nuevo gran parte de mi atención a conducir.

—Ah, bueno... Porque supongo que ella siempre ha pensado que Víctor y yo éramos novios, o lo acabaríamos siendo. No le entra en la cabeza lo de la amistad entre un hombre y una mujer.

—Tampoco es que él me parezca muy pequeño, la verdad. Y está muy musculado, que ya se encarga él de lucirse bien, ¿no?

—Comparado contigo sí es más bajo, y menos fuerte también; o no puedo decir quién sería más fuerte en un momento dado, pero tú eres más ancho de hombros y de espalda. Y sobre todo en lo que le ganas de calle es en humilde y discreto, te lo prometo... —ríe.

—Vaya, ¿no es el hombre perfecto? El hombre más guapo del universo y todo eso...

—¿Un hombre perfecto, existen? Venga, vale, que sí... pero sólo hay uno; te doy una pista: se va a comer una coca entera de crema y luego a una brujita pequeña...

Llegamos a su casa y menos mal, porque las ganas que tengo de brujita son inmensas. Le propongo cambiar el orden y dejar la coca de postre, a lo que accede encantada. Decide sacarse el vestido ella sola mientras yo miro, y lo agradezco porque ya me veía deshaciendo nuditos y resulta que no, que sólo

hay que quitar el primero y los otros son falsos... Debajo un tanga negro, cosa no demasiado habitual porque mi chica es más partidaria de los cómodos culottes, según dice y me lleva demostrando... ¿Cuánto tiempo? No puedo calcular cuánto llevamos juntos...

—Amor, ¿tú desde cuando dirías que estamos juntos? —le pregunto a lo mejor no en el momento más indicado para ello.

—Pues... Mmmmmmm... Supongo que es imprescindible que conteste ahora, ¿verdad?

V

—Respondiendo a tu pregunta sobre la fecha de inicio de nuestro ... eh, “romance” ...

—Vaya, sólo has tardado treinta y cinco minutos en contestar —mira el reloj muy chulito.

—Que sepas que para mí desnudarse es quitarse también el reloj. ¿Para qué lo necesitas puesto? ¿Cronometras mis orgasmos?

—Pues sí. En las próximas dos semanas me he propuesto incrementar su duración media en un quince por ciento, ¿te parece bien?

Le muerdo el lóbulo de la oreja y se queja. ¡Que se aguante! Eso le pasa por vacilarme... Estamos en la terraza, desnudos en la tumbona y más o menos tapados con una toalla, comiendo coca y poniéndonos perdidos de azúcar.

—Si puedo seguir con mi explicación... —me hace un gesto afirmativo— Gracias. Yo creo que nuestra relación se inició el día que nos presentamos formalmente en mi despacho.

—¿A lo que hicimos lo llamas presentarse formalmente? Pues te rogaría encarecidamente que no lo hagas con todo el que pasa por tu despacho. De hecho, preferiría que con nadie más que conmigo —se alarma.

—a ver, que nos presentamos. Yo recuerdo perfectamente que te dije hola. De lo que no estoy tan segura es de haber entendido lo que respondiste, porque estabas un poquito nervioso al principio. Otra cosa es que en tu contrato ponga que tienes que cubrir las necesidades de tu empresa, y en ese momento la necesidad era la que era... —bromeo.

—¡Ni idea de si lo pone en mi contrato! Pero sí, ya sabes que encantado de cubrir lo que haga falta. De paso hay que reconocer que yo salí encantado de

haber podido servir a la empresa...

—Pues ya está: fue el quince de mayo. ¡Ése es nuestro aniversario! —expongo, orgullosa de haber dado con la fecha.

—Entonces... Se nos ha pasado celebrar nuestro primer mes —debo poner cara de no entender— Las parejas celebran al principio su primer mes, el segundo... Bueno, hasta el primer año o así.

—¿Y hay que comprar una tarta con velitas y poner globos? —nos reímos y nos comemos mutuamente. Menos mal que no parece muy disgustado por la falta de fiesta para el mes 1.

Respiro profundamente el aire perfumado por las flores y los árboles de esta madrugada, y me pregunto cómo es posible que me sienta bien, feliz, un día como hoy. Ojalá fuese verdad lo de que el amor todo lo puede y el nuestro consiguiera borrar el recuerdo de todo el horror sufrido muchos años atrás durante más de cuarenta y ocho horas seguidas.

J

Lo primero que hago al llegar a casa es ir directamente al cuarto de Marc. Tengo que devolverle las llaves de su coche, pero sobre todo quiero saber qué pasó, qué se habló y cómo andan los ánimos. Mi preocupación es por Carme, que lo que es Rubén más vale que no me lo encuentre delante en una temporada, y eso que soy una persona absolutamente pacífica.

—Oye, ¿las tetas de tu novia son operadas? —es su original saludo.

—No. Una rinoplastia, una reconstrucción de himen y un estrechamiento de vagina son las únicas operaciones de estética de mi chica. ¿Por qué me lo preguntas?

—¡Joder! ¿En serio?

—No, pero es la misma broma que me gastó ella a mí cuando hablamos de las supuestas operaciones que tanto le atribuyen. En realidad, sólo se ha operado la nariz y por problemas médicos —me río a carcajadas de su cara de sorpresa— ¡Anda que lo de la reconstrucción de himen no hubiese sido un desperdicio de dinero!

Mi hermano se carcajea también. Me hace sitio en su cama para que me siente. Le parece que Violeta es muy divertida, y que me lo debo pasar muy bien con ella dentro y fuera de la cama. Lo que no resultó tan gracioso fue el

episodio de ayer, que tiene a mi cuñada de lo más ofendida.

—Siento mucho que discutieseis por culpa... Bueno, en realidad no sé de quién es la culpa —le digo, considerando que, si bien es cierto que mi chica se pasó un poco en su reacción, el comentario de la suya tampoco fue nada acertado.

—No, no te preocupes demasiado. Últimamente discutimos tanto que no va de una bronca más o menos. Ahora, sí te digo una cosa: que yo paso de intentar arreglar esto; que se las apañen ellas solitas. Tú y yo no vamos a pelear por sus piques, ¿de acuerdo?

Le doy la razón; tampoco se me ocurre qué podríamos hacer nosotros dos para que ellas se llevasen bien. Y me doy cuenta estos días que estoy mucho más unido a mi hermano de lo que pensaba, que realmente siempre ha estado ahí cuando lo he necesitado, aunque hasta ahora yo no haya sido capaz de compartir con él ni lo bueno ni lo malo.

Me cuenta los detalles más interesantes de la noche de ayer: cómo Anna y su hermanito se fueron enseguida, pero esta mañana mi ex ya estaba llamando a su novia para “conspirar”, según Marc. Lo que impresionó a todos fue la fuerza con que Violeta hizo impactar al sobón contra la pared, y que dicha acción es muy aplaudida por todos en general, siendo su novia de las pocas que no condenan el gesto grosero de Rubén. Le explico que Violeta ha practicado diferentes artes marciales y entrena dos o tres veces por semana; y que desde luego es ella quien decide quién y cuándo le pone la mano encima.

—Bueno, ¿entonces concluimos que no hay silicona en la delantera de tu chica? —esta conversación parece que acaba tal cual empezó— Es que hemos hecho una apuesta y yo soy de los que dicen que son naturales... y espectaculares, de paso.

—¡Vaya morro que tienes! Y digo yo que deberías hablar de mi chica con algo más de respeto. Yo nunca he dicho nada parecido de la tuya. En cuanto a lo otro, ¿lo habría notado, no crees?

—Pues tienes razón en lo de que debería hablar de ella de otra forma. Lo siento, es que resulta tan... ¿y ahora cómo lo digo sin ofender?

—Ya. No hace falta que digas nada: te aseguro que la miro y a cada momento pienso lo mismo.

LAS NOVELAS DE ROSA CAFÉ TE SIENTAN FATAL

V

Al salir del ascensor veo en recepción a Sandra desplegando todos sus encantos ante algún pobre infeliz que está a punto de caer en sus redes. Me acerco y descubro que de infeliz nada... es mi siempre risueño y simpático cuñado, activado según parece en modo Conquistador. Sabía que hoy venía a buscar a Jan para comer juntos, porque está por aquí cerca haciendo algún trabajo, pero pensaba que se habrían ido ya.

—He tenido que avisarle de que su hermano ha llegado. ¡vaya despiste tu chico! —me explica ella muy contenta, y coqueta.

Marc me saluda con un abrazo y dos besos, y su “señora Presidenta”, que dice que hoy me toca más que nunca porque voy vestida muy elegante. Esperamos a que baje mi Yogurín, más que nada porque yo me marcho como todos los martes a comer con mi amiga y ésta no piensa dejar sólo esperando, al primogénito de los Martínez, al que mira con unos ojitos golosos que van a requerir charla durante la comida. No me molestó en preguntarle a Marc por su novia y su terrible enfado porque mi chico ya me tiene al tanto de éste y prefiero no tener demasiada información al respecto.

Por fin aparece Jan y los cuatro nos disponemos a salir. Sandra me susurra que podríamos ir todos juntos a nuestro italiano, pero le contesto que deje a los hermanos que tendrán que hablar de sus cosas, y nosotras también tenemos una larga lista de temitas a tratar. Así, finalmente, nos separamos en parejas y direcciones opuestas.

—Es monísimo —suelta Sandra en cuanto se alejan lo suficiente para no oírnos ya, y esa es muy mala señal— Tan guapo como el yogurín, pero versión extrovertida. Me ha contado un montón de cosas en los cinco minutos que ha estado en recepción.

—Y una de ellas no habrá sido, por casualidad, que tiene novia desde hace la pila de años, ¿verdad?

—Pero eso ya lo sé: la bruja de la verbena... Me lo has contado tú —se (o

lo) justifica.

—Pero él no puede saber si yo te lo he dicho o no. Y estabais claramente coqueteando, ¿o he perdido práctica y conocimientos sobre el tema desde que tengo una relación con el hermano? —protesto.

Tras sentarnos y pedir una lasaña, que me apetece muchísimo y estos días tengo más apetito, damos paso al orden del día: lo mal que fue la verbena, que ya le había ido explicando más o menos estos días, y lo bien que estuve luego a solas con mi Yogurín, sin ansiedad ni pesadillas, ni ningún otro síntoma; que esta noche lo vuelvo a tener para mí, después de que un problema médico del abuelo hiciera imposible que nos viésemos fuera de la Panadería ni el domingo ni ayer. Y que Raquel ya ha encontrado un local que le parece ideal para la tienda y quiere que vaya yo el viernes a verlo y decidir ambas si nos embarcamos en el proyecto. Sandra por su parte ha conseguido que este mes su madre no venga a visitarla, lo que es una muy buena noticia, y que tras salir aproximadamente una semana con una tal Carla ha llegado a la conclusión de que no están hechas la una para la otra.

—No sé Vio, creo que estoy empezando a madurar, porque lo que quiero es encontrar una pareja definitiva y dejarme ya de ir de flor en flor...

—Y de capullo en capullo, que con tu diversificación abarcas todas las especies —bromeo— Mira, yo no tengo ni idea de si se puede cambiar el chip y encontrar relaciones diferentes porque se busquen... Nunca me lo he planteado, ya sabes. Pero digo yo que, si es así, a lo mejor deberías dejar a un lado a los que no quieren ningún tipo de compromiso, como Víctor, y a los que tiene novia formal como al que acabas de conocer hace un rato.

—Sabes que lo de Víctor es superior a mí, que es como un imán y no puedo hacer nada para evitarlo.

—Y esa es una de las cosas que menos soporta de ti —le recuerdo.

—Bueno, a lo mejor en EEUU él ha madurado también, ¿no? Mírate a ti —dice esperanzada.

No somos almas gemelas, pero supongo que todo es posible... La semana que viene lo tenemos aquí; estoy esperando que me diga el día y el vuelo para ir a recogerlo al aeropuerto. Yo también tengo muchas ganas de verlo, aunque me temo que se va a desencadenar cierta tempestad cuando él y Jan se conozcan en persona —pienso en voz alta.

—Tranquila, que ya les explico yo a los dos que Míster Universo es para mí.

Cuando volvemos, los dos hermanos nos están esperando. mi chico sube conmigo en el ascensor y quedamos en la hora a la que nos vamos a casa, muertos de ganas y de deseo ambos. Y en recepción se queda un Marc demasiado seguro de sí mismo, y una Sandrita que poco rato después me envía un mensaje:

He quedado luego para tomar algo con tu cuñado. ¡Es un amor!

¡Que sepas que me parece una muy pésima decisión, y que apuesto cualquier cosa a que acabáis en la cama... o en cualquier otra superficie, pero follando!

No seas mal pensada; tomamos algo y hablamos de nuestras cosas un rato. ¡Mañana te cuento, que esta noche estarás muy ocupada... en la cama o en cualquier otra superficie!

J

La llevo a cenar a un restaurante con jardín interior en una de las manzanas octogonales de L'Eixample; me han hablado muy bien de él y ninguno de los dos hemos estado antes. Supongo que mi autoestima no es aún lo suficientemente adulta como para que no me importe el hecho de que casi cualquier cosa Violeta ya la haya experimentado anteriormente con alguna otra persona.

Cierto es que ambos nos morimos de ganas por llegar a su casa y fundirnos el uno en el otro, pero creo que necesitamos salir de vez en cuando, y más hoy que llevamos días sin vernos o hablar tranquilamente. El local está poco concurrido al tratarse de un martes, y nos rodean sobre todo extranjeros hablando diferentes lenguas.

—Ya está fuera de peligro, pero debe quedarse en el hospital unos días más —respondo a su pregunta de cómo se encuentra mi abuelo— Es que son ochenta y tres años, está claro que algo tenía que fallarle en algún momento.

—Mi padre cumplirá setenta en diciembre, y hubo un momento en que pensé que no llegaría. Ahora me planteo que en cuanto pase el verano me tengo que poner a organizarle una gran fiesta de cumpleaños —me explica Violeta.

—Pues parece más joven, la verdad. No se dieron mucha prisa en tener hijos, tus padres...

—La verdad es que se dieron una prisa excesiva: verás, mi padre estuvo casado con una mujer de su edad. No pudieron tener hijos y se separaron, porque en aquella época no había divorcio; mi padre estaba convencido de que el estéril era él, no me preguntes por qué. El caso es que conoció a mi madre, que tenía doce años menos, se gustaron mucho y... no le dieron importancia al tema de la planificación familiar, puesto que él no había podido tener descendencia. Blanca se quedó embarazada con veintitrés añitos de un señor separado y bastante mayor. Menos mal que por entonces se aprobó lo del divorcio y se casaron. Porque además entonces mi padre era la oveja negra de una familia de varias generaciones de abogados, que decidió no dedicarse a ello y montar su propio negocio con su mejor amigo.

—Así que lo de ser rebelde y pasar de la tradición familiar lo has heredado de él.

—Creo que me parezco bastante a los dos, que soy digna hija de mis padres. Pero los ojos verdes y las tetas grandes son herencia materna —se ríe.

—¿Puedo preguntar de qué murió tu madre?

—De pena. Tras la... la muerte de Rosa se fue apagando. Y cuando yo llegué a la mayoría de edad, ella se fue, simplemente —lo dice triste, pero nada comparable a la angustia que refleja cuando habla de su gemela.

Cambiamos radicalmente de tema y nos centramos en Sandra y Marc. Resulta que mi chica está ofendida porque hayan quedado y tiene muy claro que se van a enrollar. Lo de que son adultos y pueden hacer lo que quieran no lo ve igual que yo, porque mi hermano tiene novia y no está siendo sincero.

—No se trata tanto de si le es infiel o no a la Carmencita de los cojones, que cada uno tiene que tener libertad para hacer con su vida y sus genitales lo que le dé la gana. Lo que creo es que hay que ser sincero y honesto con la pareja; y dudo mucho que tu hermano lo esté siendo.

—¿No te importaría que yo te fuese infiel si luego te lo explicase? Ah, calla, mejor no digas nada que todavía recuerdo tu propuesta... a tres bandas —en menudo lío me estoy metiendo— Pero tú... a mí... yo...

—Yo me acuesto sólo contigo, porque sólo me apetece contigo; y si algún día es de otra manera, te lo haré saber —más clara no puede ser, me guste o no.

En el coche ya llegando a la mansión de los Capmany decido dar a mi chica de su misma medicina, así que deslizo mi mano bajo su vestido mientras conduce.

—¿Recuerdas lo que decías el otro día sobre ver el pastel de chocolate antes de probarlo? —llego hasta su sexo.

—No... o sea, sí... pero para, que me desconcentro. ¿Quieres que acabemos ingresados en el hospital junto a tu abuelo? —carita de susto más que de gusto; tal vez me deba esforzar un poco más.

—Es que me pone muy cachondo... Y más hoy, con este vestido que tanto me gusta —sigo bajo su ropa.

—Vale, pero el coche y nos lo montamos aquí mismo. Al menos es más amplio que el de tu hermano.

Aminora la marcha y yo retiro mi mano y me cruzo de brazos; le hago saber que las cosas no van a ser siempre como ella quiera y que yo también sé jugar, así que más le vale llegar a casa y aparcar bien para que podamos subir a su loft. Conduce de nuevo y yo vuelvo a mis caricias.

—Tienes un clítoris precioso.

—Gracias, no me lo habían dicho nunca —suspira, intenta concentrarse en lo que tiene delante y pone mala cara.

—Y estás tan sexy cuando te enfadas...

Le mordisqueo el lóbulo de la oreja y toco sus pechos; sus pezones se notan duros bajo la tela del vestido y el sujetador. Afortunadamente para ella, y para nuestra seguridad, llegamos. Aparca de cualquier manera, cosa que poco importa porque seremos nosotros mismos quienes cojamos de nuevo el coche por la mañana.

—Si quieres una escena porno en el garaje te advierto que hay cámaras de seguridad que graban cada vez que se entra o se sale —me advierte más relajada y provocativa, más excitada también.

—¡No, qué vergüenza! Mejor subimos.

En el ascensor se me abalanza y me besa desesperadamente. No la freno, pero me limito a acariciarle la espalda con un suave masaje. Entra tan rápido en su cuarto que deja al pobre Duncan fuera, que venía corriendo escaleras arriba para saludarnos y quedarse ya en su colchón. Me deshago de su abrazo y abro la puerta. Juego con el perro, le doy varias galletas mientras ella me mira interrogativa.

—¿De qué va el juego? No tiene ninguna gracia. Me duele el coño de no tenerte dentro —se queja.

—¿Te he dicho alguna vez que lo que más me gusta de ti es tu romanticismo?

Se me acerca por detrás e intenta desabrocharme el pantalón mientras se pega completamente a mi cuerpo. Siento su calor y toda ella me excita más de lo que nunca habría podido imaginar; pero hoy estoy por hacerla sufrir un poco.

—Por la fuerza no vas a conseguir nada. Además, estaría un poquito feo, ¿no te parece? —le susurro.

—Vale, ¿qué es lo que quieres, que te pida en matrimonio para ser suficientemente romántica?

—Lo del matrimonio sólo si te hace mucha ilusión. Y ¿qué sería, por la iglesia? Yo no soy creyente... —la estoy desesperando.

—¡En estos momentos me importa una mierda lo que seas! —y su voz suena hasta algo amenazadora— ¿Podemos desnudarnos ya?

—¿Podemos ir despacio? De verdad, hoy me apetece que seas un poco más... suave... delicada... Estoy muy sensible... Que digas lo adecuado en el momento adecuado... —sigo jugando.

Me desabotona la camisa lentamente, lamiendo la piel que va quedando al descubierto. Muerde mis pezones y le tengo que hacer un gesto para que no se pase. Me quita la camisa.

—¿Te he dicho ya cuánto me gusta ese vestido? —lleva el de color marfil con la parte superior de blonda que le vi por primera vez el día que Sandra se desmayó, y hay que ver lo que he aprendido desde entonces en cuanto a colores y tejidos.

—¿Me lo quitas, me lo quito, o lo dejamos puesto?

—Pues no acabo de decidirme: me encantaría hacerlo con él subido hasta la cintura y tú a cuatro patas, pero como por otra parte disfruto tanto viéndote desnuda... —intento hablar pausadamente, aunque para mí tampoco es fácil porque estoy al límite y sus caricias siguen mientras desabrocha el pantalón.

—Te estás portando como un cabronazo, que lo sepas —su voz resignada, sus uñas en mi escroto.

—¿Y si ponemos unas velitas o algo? Es que de verdad que no eres nada romántica y me voy a traumatizar.

—¿Y si te meto una vela por el culo? Seguro que te gusta y una cosa nueva que experimentas —estalla.

Finjo que me lo pienso unos segundos muy concentrado:

—No, creo que no estoy preparado para eso todavía. Podrías decir las palabras adecuadas... —ha conseguido llevarme al borde de la cama, y ahí

estamos los dos: yo completamente desnudo y ella completamente vestida.

—En breves instantes me convertiré en un charquito en el suelo, y eso será lo único que quede de mí... Te lo prometo —me mira fijamente.

—¿Podemos usar uno de esos preservativos con rayitas como el del otro día? Están guays —continúo la tortura.

—Los hay de rayas y de puntos, todo en relieve. ¿Qué prefiere el señor? —suspira.

—¿Qué prefieres tú, mi amor?

—Por mí, ahora mismo, como si lleva un dibujo de la Patrulla Canina — los morritos tan sexys que pone.

—Pues mira, uno con la “S” de Superman seguro que me motivaría más. Ya sabes, por lo de mi autoestima...

Hace como que no me oye. Coge un profiláctico y me lo pone. Me encanta ver y sentir cómo lo hace: unas suaves caricias y está perfectamente colocado.

—Ahora sólo faltan las dos palabras mágicas... —sigo.

—¿Por favor? —niego con la cabeza— ¿Fóllame ya?

Me río a carcajadas.

—Te quiero dentro —suplica con la voz y la mirada.

—Sobra una palabra: eran dos.

—Te quiero... te quiero... te quiero... te quiero...

La beso y empiezo a quitarle el vestido lentamente, luego la ropa interior. Me siento en el borde de la cama y la coloco a horcajadas sobre mí. La penetro poco a poco, aguantando sus caderas para que no se aproximen a mí. Gime y me muerde el cuello, nada suavemente, la verdad. Sigo entrando en ella. Llego un momento en el que no puedo más y pierdo el control, porque yo también sólo deseo perderme en Violeta.

—Cielo, hazme un favor: No vuelvas a leerte ninguna novela más de Rosa Café. Te sientan fatal —me dice con la cabeza en mi pecho.

—Pues voy por la cuarta, y me las pienso leer todas. Le he cogido el gusto a este tipo de literatura —y no miento.

V

Cojo un condón de sabores y lo coloco en su preciosa polla mientras anoto mentalmente investigar si existen con dibujos de superhéroes. Empiezo a lamer

desde la base hasta el capullo como si de un rico helado se tratase. Él me cambia de postura para que le ofrezca mi sexo y me degusta también. Decido que más que en mi boca lo quiero en mi vagina y giro. Lo beso.

—Sabes a... ¿menta? —me pregunta risueño.

—Tú también...

Acumulo esta noche todo el placer de que soy capaz, pues el día de mañana se presenta complicado y esta noche quiero disfrutar a mi chico de todas las maneras posibles.

La cara de Sandrita dice muchas cosas cuando la miro para saludarla el miércoles por la mañana, cuando llegamos mi Yogurín y yo a la panadería. Lo más destacable de todas esas noticias que transmite sin palabras es que finalmente acabó en la cama con Marc. Demasiados años de amistad para no entender su sonrisa radiante y a la vez los ojitos de “bueno, no pude evitarlo”. No me debería molestar, lo sé, porque ambos son adultos y pueden decidir perfectamente lo que quieren hacer en cada momento... Pero me fastidia y mucho, y no me creo que esto vaya de un polvo y ya está. Esto tiene pinta de relación en paralelo a la que el capullo del hermano de mi novio (ahora lo puedo decir con todas las letras) mantiene con su chica de toda la vida. Y sé que eso sería fatal para mi mejor amiga, que además ya tiende ella sola al drama sin que se lo pongan tan fácil.

—Luego te bajas a tomar una infusión que he traído muy rica y hablamos, ¿vale? —me dice con la voz que pone cuando sabe que le va a caer un sermón, y que sirve para confirmar lo que ya sé... Pero que Jan se niega a creer aún, pues espera a que lo confirmen una y otro de palabra.

Me desespera un poco su actitud nada escandalizada, pues si pensara que en vez de Carme es a él mismo a quien se le hace eso no le sería tan indiferente. En fin, nos separamos en el ascensor y ya nos veremos esta tarde para ir a mi casa, siempre que no lo necesiten muy urgentemente en la suya.

J

En mi casa sólo están Laia y mi madre. Parece ser que Mi padre y mi hermano se quedan en la oficina pues andan muy liados. Me hubiese gustado hablar con Marc sobre Sandra, pero tendrá que ser en otro momento. Mi madre me pone un plato enorme de macarrones, que me encantan, pero...

—¿Cuántos días crees que llevo sin comer? —le pregunto.

—Hombre, que desde ayer por la mañana no apareces por casa —
¿reproche?

—Ya, pero no he estado en la isla esa de los supervivientes. Comí con Marc y cené y he desayunado esta mañana con Violeta.

—Ya, pero esa chica te hace gastar mucha energía.

—¿En serio mamá acaba de decir lo que creo que he oído? —le pregunto a Laia.

—Sí, yo también estoy que alucino —me responde la pequeña de la familia— Y la verdad es que no te veo más delgado ni nada; más guapo últimamente sí. Y hueles genial.

No sé a qué clase de ejercicios aeróbicos cree mi madre que nos dedicamos mi Diosa y yo, pero desconfío profundamente de esas teorías que atribuyen un poder adelgazante al sexo, sobre todo cuando va acompañado de trufas o tacitas de chocolate a altas horas de la madrugada. De hecho, estoy pensando seriamente en ponerme un horario más estricto para poder ir a la piscina entre semana y no perder forma física. Con lo que Dice Violeta que le gusta mi cuerpo musculado no es cuestión de perderla por falta de entreno.

COMO POMPAS DE JABÓN

V

Ya sabía que mi conversación con David respecto a los nuevos complementos aplicables en el contrato de Jan no sería fácil, pero tampoco esperaba tener que cabrearme, gritarle y hasta amenazarle para que dejase su pose de gran hombre de negocios al que le molesta profundamente que una mujer le diga lo que tiene que hacer.

—No soy tu secretaria para encargarme de tus caprichos —me dice muy digno.

—No, si ya sé que tú eres incapaz de llevar a cabo la tarea. Lo que quiero es que alguien de tu departamento se ponga a ello y me mandéis un informe lo antes posible —intento tener paciencia, aunque cojo el auricular del teléfono con más fuerza de la necesaria.

—Podrías ahorrarnos trabajo a todos decidiendo tú misma lo que quieres que gane tu... tu ligue, por más que mi tío lo vaya presentando como tu novio formal.

—Me da igual lo que pienses, y se le subirá el sueldo en función de sus nuevas atribuciones tal como marque el convenio. No espero que lo entiendas, sólo que lo hagas... ¡Ya! —pierdo la paciencia— así que date prisa o me pienso si no deberías ocupar un puesto más acorde con tus limitadas capacidades, y poner de jefe de recursos humanos a alguien más preparado.

Tras algunos calificativos poco agradables por parte de ambos colgamos.

J

Violeta parece algo cansada y malhumorada. Espero a que lleguemos al coche para besarla y preguntarle que le ocurre. Ha tenido una conversación con su primo, y eso siempre le resta energía, se queja. Tampoco el asunto de su amiga con mi hermano la tiene demasiado contenta por todo lo que le ha

explicado Sandra y que deja bastante claro que tienen ambos la intención de volver a verse. Con ella al volante ponemos rumbo a su casa, a ver si nos damos un baño en la piscina y nos relajamos así un poco. Hoy traigo mi bañador en la mochila.

—Y el miércoles llega Víctor, con el que Sandra pretende “verse” en el mismo sentido que con Marc. ¿Sabes si a tu hermano le van los tríos con otro hombre? A lo mejor así lo arreglan la mar de bien... Bueno, el caso es que Víctor ya me ha pasado la hora de llegada de su vuelo para que pueda ir a recogerlo al aeropuerto —me va explicando mientras sorteamos el denso tráfico de Barcelona— ¿Vas a querer acompañarme?

—Supongo que sí, por estar contigo lo que sea... ¿Y dónde vive, tiene casa aquí?

—Tiene un apartamento por la Sagrada Familia; pero con tantos hermanos como son, a veces se lo ocupan cuando se va una temporada. A lo mejor decide irse a un hotel... O si lo prefiere, le dejo las llaves de Sant Pol y que se las arregle...

Supongo que como va pendiente del atasco de estas horas y no me mira, no se da cuenta de mi sorpresa y disgusto por lo que acaba de decir. Me quedo procesando en bucle sus palabras a cerca de dejarle al mister Universo las llaves de esa casa a la que yo tengo negado el acceso.

—Por cierto, el viernes me voy por la tarde a mi casa —prosigue— Tengo que hacer una gestión y tiene que ser entre semana. Luego me vuelvo el domingo por la tarde para que podamos estar juntos y compensarte, ¿vale?

—¿Y yo no puedo ir contigo el viernes? —intento sonar tranquilo.

—No, no tiene sentido: lo que voy a hacer no te interesa y luego quiero descansar el sábado. Pero te prometo que el domingo vuelvo pronto.

—O sea, que a Víctor le puedes dar tranquilamente las llaves de tu casa, pero yo no puedo ir de visita —creo que ya no puedo disimular el cabreo que me está entrando— ¿No puedes descansar allí si estoy yo? ¿Tanto te agoto?

—Jan, creo que ya hemos hablado de esto en alguna otra ocasión. Yo no me quejo de tus historias, haz tú lo mismo.

—¿Quejarte de mis historias?

—Sí, no sólo que me hables de tu ex, que eso me la pela. Pero encontrarla observándonos en la esquina cuando voy por primera vez a casa de tus padres; o tener que aguantarla en una fiesta donde me insulta, te insulta y su hermanito me intenta meter mano... Eso sin contar con que cuando a tu mamá le da la

gana te quedas a dormir en tu casa, para que no se disguste —dice con voz gélida— Pero yo no me quejo, ¿entiendes? Lo que estoy haciendo ahora es haciéndote notar algo que tú solito no parece ver.

—Siento mucho lo de la fiesta, lo sabes porque te lo he dicho montones de veces. Y no tenía ni idea de que Anna nos observaba el día que viniste a mi casa... Pero me parece que te pasas bastante con lo de mi madre.

—No, no me paso. Sólo intento que entiendas que todos tenemos historias que quien esté con nosotros tiene que aguantar, sin más —está muy cabreada, más o menos como yo.

—Y tu extraña historia es que tu follamigo si puede ir a Sant Pol, pero yo no. ¿Es eso lo que tengo que aprender a tragarme?

Aparca el coche en un lugar que encuentra libre. Separa las manos del volante y me mira.

—Víctor es mi amigo... mi amigo, ¿entiendes?, desde hace un montón de años —es la primera vez que la veo tan enfadada y no me gustan nada sus gritos. Menos aún me convence lo que me dice.

—Y a mí me conociste hace unas semanas —creo que yo elevo también un poco la voz.

—Pues sí, por mucho que se haya complicado, o intensificado, nuestra relación, lo cierto es que nos conocemos hace muy poco —se pasa la mano por la cara, agobiada.

—Claro, si es que Víctor es tan buen amigo que hasta tiene tatuado tu nombre en un brazo —me mira sorprendida— Supongo que ahora dirás que no es tu nombre si no el logo de vuestra empresa de publicidad...

—Pues no, no tengo por qué mentirte: el logo lo cogimos precisamente de su tatuaje porque es muy bonito. Lo diseñé yo, por si te interesa —mucha rabia en su voz— Porque él sí está seguro de sí mismo, y para grabarse mi nombre en la piel no necesitó plantearse el futuro que podíamos llegar a tener juntos...

Sus palabras son como bofetadas soltadas una a una con toda la intención de herirme, advierto. Me quedo unos segundos en silencio porque yo no soy como ella, no tengo la capacidad de verbalizar de forma tan rápida y precisa, y mucho menos para hacer daño a nadie. Mira hacia delante e intenta poner el coche en marcha, pero la detengo.

—No, espera. Yo me bajo —y abro la puerta para salir.

—Supongo que no podía esperar otra cosa de ti —es lo último que le oigo decir antes de alejarme por una calle que no conozco.

V

Nado hasta quedar exhausta con la esperanza de que, junto a las fuerzas, desaparezca también la rabia. El dolor y la incredulidad por lo que ha pasado no creo que pueda sacarlos tan fácilmente de mí. Me tumbo en la hierba jadeando, intentando recobrar un ritmo normal de respiración. No entiendo qué nos ha ocurrido, cómo hemos terminado discutiendo de esa manera, y mucho menos el porqué.

Hace menos de veinticuatro horas estábamos aquí, piel con piel, amándonos como no nos parecía que se hubiese amado nunca nadie antes... Esta puta mierda es el amor: ¿sentirse un día la persona más feliz del universo, y al siguiente hundirte en la tristeza y el vacío?

Llamo a Mónica y se lo explico todo entre lágrimas y mocos, que no estoy segura de que ni la situación ni el sujeto se los merezcan; pero no puedo evitar ni las primeras ni los segundos. Ella, que está recogiendo sus cosas porque ha llegado a un acuerdo con su ya ex y vuelve a su casa, me escucha con paciencia, me habla con su voz suave y tranquilizadora, y me dice que todo se va a arreglar. Yo no tengo ni idea de cómo se puede solucionar este desastre; pero ella me repite que sí, que el viernes me vaya con tiempo y lo hablamos, pensamos juntas la manera de reconciliar las necesidades de mi chico y las mías, que cree Moni que es nuestro problema. Como estoy muy cansada y sólo quiero que me consuelen, me dejo convencer y me duermo abrazada a mi fiel labrador.

J

Estoy más enfadado y ofendido de lo que nunca antes recuerdo haber estado. Lo último que me ha dicho, y cómo me lo ha dicho... Cuando el otro día su padre comentaba que, seguro que ya se había enfadado y sacado las uñas en alguna ocasión, no pensé que pudiera ser para tanto. Pero hoy más que las uñas ha sacado una daga para clavármela donde más daño pudiera hacerme. Claro, Víctor es el hombre de verdad, capaz de tatuarse su nombre sin pensar en nada más que el presente que estuviesen viviendo en ese momento, y aún hoy en día cuando se supone que no hay nada entre ellos lo

muestra con orgullo. Mientras, yo soy el niño que desde un principio se planteó el futuro que podíamos tener, lo que significaba para ella, y todas esas cosas que dejan al descubierto mis inseguridades, mis miedos.

Lo de que entre ellos no hubo más que una noche de sexo al poco de conocerse supongo que es una de esas mentiras que puede contar con la más dulce de las sonrisas y que yo creí también en parte porque necesitaba hacerlo, porque era más fácil y mucho más agradable pensar que no, que Violeta jamás había tenido una relación sentimental y no tenía con quién compararme.

Camino por la ciudad orientado con la ayuda de la aplicación de mi móvil, y mi cabreo va dejando paso a la tristeza y la desolación. No soy capaz de entenderla, de respetar esos espacios de privacidad que ella exige. Le doy vueltas a lo de mi madre, que parece haberle molestado y yo no he sido consciente. Es cierto que la semana pasada renuncié a quedarme una tercera noche seguida con Violeta, lo que hubiese sido un hito en nuestra relación y tal vez ella lo necesitaba más de lo que yo pude apreciar, pero no me lo dijo... Y en cambio pensó que me iba por mandato materno. Y si estos días he estado más con mi familia, es porque sentía que debía apoyar al estar el abuelo enfermo y hospitalizado... algo que a mí me parece lo normal y correcto ella lo debe haber interpretado como que no es mi... máxima prioridad, que era lo que me demandaba uno de estos días. Y, ¿cómo es que alguien quiere ser la prioridad absoluta en la vida de otra persona y no se abre completamente a ésta? Definitivamente no entiendo nada, y lo peor es que no se me ocurre cómo arreglarlo ni qué hacer.

V

Llego tarde a la panadería a posta para no encontrármelo a la entrada, y doy gracias cuando veo a Sandrita atendiendo a unas personas y sin poderme prestar atención. La saludo de lejos y voy directa a mi despacho. No tengo ganas de hablar con nadie. La Lechuza entra poco después para preguntarme si me encuentro bien y si quiero que me traiga algo. Me deja bastante descolocada, la verdad; le digo que no, que no me encuentro del todo bien y ella insiste en que una infusión me ayudará. La acepto, más por cortesía que por creer que unas hierbas van a poder resolver mi malestar emocional.

Al mediodía almuerzo con mi padre y el doctor Segura, quien me cuenta

encantado que el primero está respondiendo muy bien a la nueva medicación, y que el pequeño problema que había surgido y del que no me habían querido hablar ya está resuelto. Aprovecho para explicar que mañana tengo gestiones importantes que hacer en mi casa y no iré a la Panadería, así que el dueño y señor que tan bien se encuentra puede darse una vuelta a controlar a la tripulación, pero que si no lo hace tampoco creo que se hunda el barco por falta de capitán durante un viernes. Se ríen de mi planteamiento y mi padre promete pasarse, porque además considera que tiene que ir poniendo un poco de orden en el caos que he generado estos meses en su próspero negocio. Le hago notar que la empresa está teniendo más beneficios desde que él no está y que no se puede quejar de mi forma de trabajar, pero que le cedo encantada el mando si lo quiere.

—En realidad, ahora Violeta va mucho más contenta a asumir sus tareas porque tiene un novio en el área de informática, ¿sabes? —le cuenta a su médico ante mi sorpresa— Bueno, hoy parece algo mustia, pero es porque el chico no vino ayer con ella a casa. Si seguimos así pronto formalizamos la relación...

El doctor Segura me da la enhorabuena y yo tengo ganas de salir corriendo, pero me quedo sentada con mi bonita sonrisa puesta.

J

—Anoche iba a venir a hablar contigo cuando te oí llegar, pero enseguida pensé que si ibas a estar con Violeta y volvías a casa... a lo mejor no era el momento de explicarte nada de lo que ocurrió el martes. ¿Discutisteis la señora Presidenta y tú? —mi hermano y sus poderes deductivos irrumpen en mi habitación mientras se acaba de preparar la comida.

—Sí, discutimos. Pero tú venías a hablarme de Sandra...

—Bueno, es sólo que... —se sienta en mi cama, a pesar de que ni le hago sitio ni le invito a ello ya que preferiría estar solo.

—Supongo que te imaginas que ya lo sé; y Violeta además con todo lujo de detalles, porque si no me equivoco, son muy dadas a ello —le respondo para que vaya al grano, que me huelo cuál es.

—¿Se cuentan los detalles de...? Pues vaya corte, que tu chica sepa ahora ciertas cosas. Bueno, el caso es que ya sabes... y tío, que no fue mi

intención...

—Que ya sé que tengo que tener la boca cerrada, sí. Y tu intención no fue... ¿acostarte con ella? ¿Qué pasó, tropezaste y caíste en su cama? —no estoy para tonterías ni más historias de las que ya he oído en los últimos tiempos.

—No, lo que quiero decir es que yo no quería. O sea, querer si quería, pero le dije que no y ella insistió, y es bastante... Vale, que acabamos en su casa y lo hicimos a pesar de que en principio yo no contaba con que ocurriese. Y fue una auténtica pasada —se queda pensativo— Y a vosotros, ¿qué os pasa? Tienes peor cara que si se te hubiese estropeado uno de tus trenes preferidos, y encima pareces de mal humor, que eso sí que es raro en ti.

—Nada, da igual. Quedamos en que no iba a ir lloriqueando a nadie cuando las cosas fuesen mal, ¿no?

—¿No me lo quieres contar? Yo quiero escucharte, que supongo que no estoy yo para dar consejos a nadie, pero al menos te desahogas.

—Hay parcelas de su vida en las que yo tengo vedada la entrada —suspiro— Tal cual: no puedo saber qué le ocurrió de pequeña y que la tuvo enferma y grave durante meses, no puedo ir a su casa de Sant Pol donde sí van sus amigos; y sé que hay más cosas que me oculta, pero de esas tengo menos idea aún. Cuando le traje el libro a Laia yo no tenía ni idea, y sigo sin saber de qué conoce a la editora, ni a directores de teatro...

—Eh... Pues justo de algo de eso tenía yo que hablarte, que a lo mejor es una tontería y no tiene nada que ver con tu chica, pero...

—Cuenta lo que sea, por favor.

—Bueno, ya sabes lo que me gusta indagar por internet. No como lo haces tú, ya me entiendes; pero el caso es que como se dijo algo de que Violeta había trabajado como fotógrafa o algo así, que le interesa el tema y eso... busqué por la red y encontré a alguien que tiene publicadas muchas fotos de sobre todo Nueva York, Barcelona y La Provenza.

—La abuela materna de Violeta es de un pueblo de La Provenza y creo que veraneaban allí cuando era pequeña.

—Pero la fotógrafa se llama Violeta Ferrer...

—Es el segundo apellido de Violeta Capmany. Encaja bastante. Pero si es ella, ¿por qué no me habla de esas cosas? ¿Qué importancia tiene que use su segundo apellido en vez del primero si lo hace mucha gente ¿no?

—¿No te has planteado intentar averiguar por tu cuenta? Tú lo tienes

mucho más fácil que yo, tú puedes entrar en muchos sitios si quieres y, al fin y al cabo, eso no tiene por qué hacerle daño a nadie.

—¿Tú qué harías en mi lugar? ¿No te parece poco ético indagar en sus cosas? —le pregunto.

—A ver, si me preguntas lo que haría siendo Yo, Marc, y no tú... Yo no me plantearía si es ético o no e intentaría resolver mis dudas. Pero a lo mejor yo soy un poco bruto, ya sabes. Tú le das más vueltas a las cosas y piensas si se debe o no se debe, si está bien o no.

—Vale, pues ya has contestado a mi pregunta. Una cosa sólo con respecto a Sandra: eso sí que deberías planteártelo, sobre todo si es verdad que pensáis volver a veros...

V

Llego a Sant Pol y me voy directamente a ver a Mónica y que me ponga el desayuno. He salido de casa de mi padre tan pronto y sin hambre... Se sienta conmigo y hablamos de Jan. Ella no ve tan complicado que lo invite a venir el domingo, por ejemplo. Cuanto antes mejor, dice. Le enseño mi casita, mis lugares preferidos y le presento a algunos de mis amigos.

—¿Y mi pelo corto? Le va a dar algo porque le encanta la melena larga que me conoce —protesto.

—Pues tienes dos opciones: o le dices que te ha dado un arrebato y te has hecho un cambio de imagen, o le cuentas la verdad, que te lo cortaste mucho justo cuando tu padre tuvo el problema cardíaco y lo operaron de urgencias a vida o muerte; y te dio miedo que se disgustase por ello, por lo que te pusiste las extensiones que has decidido mantener en la empresa para separar más tu vida personal de la profesional. Esa es la verdad, Violeta, y el pelo vuelve a crecer —lo explica que parece sencillo y todo— Si Ingrid te lo plancha ya te llega por debajo de los hombros, y esta semana no te pones mechas de colores.

—Verá el nombre en la puerta... —insisto.

—Mucha gente prefiere usar su segundo apellido —resuelve.

—¿Y lo que hay por casa que no debería ver?

—Te ayudamos mañana Raquel y yo a sacarlo del medio. Si te quiere de verdad no se enfadará, lo entenderá todo y lo asumirá.

—¿Y si no me quiere, por qué le tengo que abrir parte de mi vida?

—Porque si no te abres, lo vas a perder y nunca sabrás si era amor o... sólo sexo, como dicen en las pelis —le pone un toque de humor, o al menos lo intenta.

—Me lo pienso, ¿vale? —prometo, y cambio de tema— Esta tarde vamos a ver el local con Raquel. A ver si te puedes escapar un rato y nos acompañas.

J

—Toc toc —digo ante la puerta abierta de la biblioteca municipal en la que se ha convertido la habitación de mi hermana.

Llevo en la mano la cuarta novela de Rosa Café y voy en busca de la quinta. Laia saca de su lugar “Almas gemelas” y me coge la anterior para colocarla en la estantería. Le pido que me deje leer otra vez la dedicatoria de la última, la que le hizo la autora para su cumple. Le hago una foto con el móvil; mi hermana me mira algo sorprendida, pero le digo que a mí también me gusta presumir de conocer a gente famosa, o más o menos.

—¿Qué más sabes de la escritora? —le pregunto, aunque me temo que ya me lo ha ido contando todo desde que empecé por la primera novela.

—Mira, te enseño su blog, que tú como pasas de estas cosas... publica algo más o menos una vez a la semana y contesta siempre a la gente.

—¿Y qué tipo de cosas publica?

—A veces un pequeño fragmento de lo que está escribiendo, pero otras veces es una reflexión sobre la vida, la solidaridad, la violencia de género... los temas que le preocupan —me explica mientras me muestra el blog abierto en su portátil— Publica los viernes, así que hoy ha escrito: “Vacía después de volcarlo todo en mi última novela y tras mis últimas experiencias personales. Lo siento chicas, pero hoy no es un buen día para mí... El sol quiso salir, pero las nubes lo taparon demasiado pronto”. O sea, que está triste por algo.

Me quedo pensando. Yo también hubiese escrito algo muy parecido a su última frase, de tener talento para expresarme. Recuerdo otra pregunta que quería hacerle a Laia:

—¿Y las fotos?

—Las del blog son de paisajes y tal, ¿ves? Pero hay algunas en las redes. Mira aquí, parece una chica muy normal, ¿no? —no es un primer plano ni se ve a la autora entera, pero es una chica guapa, de sonrisa franca, con mirada

algo tímida— Dice que va a conceder alguna entrevista, pero yo no lo tengo muy claro. Una vez explicó en el blog que su profesión no es compatible con la fama. ¿A qué crees que se puede dedicar? ¿Y por qué no se dedica sólo a escribir y tiene otro trabajo distinto?

—Creo que es muy difícil vivir únicamente de la venta de libros, a menos que se sea un escritor de los muy reconocidos. Podría ser doctora, y supongo que sería horrible que le empezasen a preguntar por lo que escribe en vez de por un diagnóstico... Policía, jueza... No sé. La gente muy joven pensáis que lo de ser famoso es un chollo, pero tiene que tener sus inconvenientes, como que no te dejen en paz y se metan en tu vida privada...

Nos quedamos ambos pensativos un momento. Empiezo a pasar distraídamente algunas páginas de “Almas gemelas” y me detengo en la dedicatoria: “A VA, por todo lo vivido juntos y las experiencias compartidas. Pero, ante todo, por tu Verdadera Amistad”. Pido permiso a mi hermana para revisar las dedicatorias de los ya leídos, a las que no he prestado atención antes. La primera: “A SMT por pedirme siempre que invente historias para ti. Ahora, además, por cederme la tuya. Te adoro”. Comento con Laia si siempre son iniciales y nunca es el nombre completo de nadie. No, todas son iniciales. La segunda Laia cree que está dedicada a su madre: “A JC, por darme la vida... tantas veces”.

—Se debe llamar Julia, Joana, Jimena... —piensa en voz alta.

—No creo que Café sea realmente un apellido; y si fuera así, su madre no tendría el mismo, en principio —razono.

Acepta que tengo razón y no lo había pensado. Miramos la dedicatoria de la novena y última obra, la que todavía no ha salido a la venta pero que mi hermana ya se ha leído completa: “A D, por su amor incondicional y no pedirme nunca nada que no le pueda dar”. Miro la sinopsis, en la que explica cómo un cachorrito es la excusa para el inicio de una apasionada historia de amor...

—¿Te puedo preguntar algo? —mi hermana algo cohibida— En realidad son dos cosas.

—Claro, pregunta lo que quieras. Lo que no sé es si sabré responderte adecuadamente.

—El sexo... y el amor... ¿pueden ser en la realidad como en estas novelas?

La pregunta me deja descolocado. Lo que le hubiese contestado hace unos

meses lo tengo muy claro. Ahora...

—El sexo en estas novelas es... muy creativo, desinhibido; también creo que se describe desde una perspectiva de mucha naturalidad. Creo que la mayoría de las parejas tienen una vida sexual más rutinaria, y seguramente por eso hay tantas mujeres que leen esto —reflexiono en voz alta— En cuanto al amor...

—Tu relación con Violeta se parece a una de sus historias, ¿no? Yo os imagino cruzándoos un día en la empresa y la magia cuando vuestras miradas se encontraron...

—No te digo que no fuera algo así... pero Violeta y yo hemos discutido; llevamos dos días sin hablar ni enviarnos un mensaje a pesar de trabajar a una planta de distancia. Creo que no...

—Pues mándale tu uno diciéndole que lo sientes, y que la quieres —así de fácil lo ve la pequeña.

—¿Crees que la culpa la tengo yo? —protesto.

—¿Y qué más da quien tenga la culpa? ¿Te acuerdas cuando nos leímos juntos “Wonder”, en inglés? —asiento con la cabeza y prosigue muy sabiamente— Entonces no se te habrá olvidado que entre tener razón y ser amable... tú y yo siempre escogeríamos ser amables.

V

Camino con las manos en los bolsillos de mi vestido, buscando a Charlie y sus pompas de jabón. Ni un mensaje en dos días. Yo no tengo nada que decir. Sigo pensando en la propuesta de Mónica de hacerle venir el domingo para hablar aquí, cara a cara. Pero, ¿qué podría decirle ahora en un mensaje de texto? Pedir disculpas no, porque no me arrepiento de nada de lo que dije; del tono y de haber perdido los nervios sí, pero él tampoco estuvo mucho mejor que yo. Y consiguió hacerme enfadar de verdad por primera vez. Pienso si será que siempre he tenido razón al considerar que las relaciones sentimentales no son para mí; que en la teoría muy bien, pero la práctica es otra cosa.

En el paseo marítimo, con las luces del ocaso tiñendo de cálidos colores el paisaje, está Charlie haciendo sus gigantescas pompas de jabón. Los niños alrededor suyo, algunos adultos también. Como siempre que me ve llegar, las

dirige casi todas hacia mí, y yo juego con ellas, las acompaño sin tocarlas y bailo entre esas esferas mágicas que reflejan lo mejor del mundo sólo con algo de agua y jabón. Tan sencillo, tan maravilloso. Luego desaparecen sin más, algunas dejando una gotita en mi piel o mi pelo; y yo sigo sonriendo porque los momentos mágicos no pueden ser eternos, ni siquiera pueden durar demasiado.

—Hola —me saluda el grandullón de Uri con dos sonoros besos— Te he hecho un par de fotos con las pompas. Se te veía tan bien que pareces un personaje de un cuento.

Me río. Nos sentamos en un banco a esperar que el espectáculo de nuestro amigo común acabe. Me enseña las fotos y realmente han quedado muy bonitas, así que me las pasa a mi móvil para que las tenga. Hablamos del local que hemos ido a ver esta tarde Raquel y yo, y Moni que al final se ha podido escapar un ratito para acompañarnos. Le digo que sí, que me ha gustado y nuestro proyecto de tienda—taller va para adelante.

—Pero, ¿seguro que tú puedes arriesgarte económicamente? ¿Tanto ganas en ese nuevo trabajo en Barcelona? —se preocupa muy sensato.

—Bueno, no pagan mal. Y contando que vivo y como en casa de mi padre, y que no salgo... Estoy ahorrando y todo —le sonrío— Pero yo creo que va a salir bien, de verdad.

—¡Ojalá! Raquel necesita tener algo suyo. Bueno, a medias contigo, pero... Ya me entiendes. Y es muy buena en lo suyo —me mira más tímidamente— Tú que la conoces mejor... ¿Crees que yo tendría alguna oportunidad con ella...? Sabes lo que siento por Raquel, y por el niño, ¿verdad?

—Lo sabemos todos, menos ella que no parece darse cuenta. Yo me temo que como consejera sentimental puedo ser catastrófica —me lamento y Uri se lo toma a broma— Pero diría que si vas poco a poco y con mucho tacto... El padre de Enzo se lo hizo pasar muy mal, así que le va a costar volver a confiar en alguien. Esa es mi humilde y nada experta opinión.

Charlie recoge y se nos acerca. Planeamos cenar en la pizzería y se me ocurre algo mejor: como sé que Raquel hoy no tiene canguro porque su madre no está, podemos cenar en mi casa. Así el niño puede dormir tranquilamente en la cama pequeña mientras nosotros charlamos y cenamos. Quedamos de acuerdo en que Charlie se pasa por su casa para ayudar a sus padres con su propia cena, yo voy en busca de Ra y la convenzo, y Uri se dirige a por las

pizzas. A Mónica no la avisamos porque ya sabemos que tiene plan para esta noche.

Horas después tengo un bebé durmiendo en la cama del cuarto que días atrás ocupase Mónica, y cuatro adultos nos las ingeniamos para poner obstáculos a una posible caída de la criatura. Es divertido el contraste entre su tranquilo sueño y nuestras nerviosas idas y venidas en busca de cojines y mantas que puedan frenar un posible golpe. Al final resulta que mi perro se duerme al lado de la cama, en el suelo, de tal manera que si Enzo cayese sería encima de un agradable colchón peludo.

J

Delante de mi familia intento hacerme el fuerte y actuar como si nada hubiese pasado. No tengo ganas de preguntas, ni de consuelo, ni de “ya se veía venir”. Supongo que sospechan algo, porque esta es la tercera noche seguida que duermo en casa, paso las tardes en el polideportivo y no hablo de mi chica. Afortunadamente todos deciden hacer como si no se diesen cuenta. Carne está hoy por aquí, pero parece que con sus propios problemas tiene bastante; y, si algo bueno tuvo la verbena, es que desde entonces Anna no ha vuelto a poner un pie en mi casa.

Necesito hablar un momento a solas con Marc antes de que salga con su chica. Tengo que pedirle las llaves de su coche para mañana, y si él no puede tendré que recurrir a mi padre. Capta mis gestos y se viene a mi cuarto tras de mí, dejando a su novia viendo la tele en el salón.

—Mañana me voy a Sant Pol —le suelto directamente— Me voy a presentar en su casa y... No tengo ni idea de qué decir o qué hará ella, pero tengo que averiguar qué ocurre. ¿Y si está enferma y sigue allí un tratamiento, o hace terapia, o...?

—¿Te has planteado que puede que lo de la casa en Sant Pol ni siquiera sea verdad?

—Lo he comprobado. Hay una casa a su nombre y tengo la dirección. No me preguntes cómo lo he conseguido. Estoy desesperado y algo tengo que hacer —me justifico.

—Ahora me llevo el coche, pero las llaves estarán mañana donde siempre —me mira indeciso— Intenta ser razonable, sea lo que sea lo que averigües,

¿vale?

—Tranquilo, siempre lo soy.

—He estado hablando con Sandra —baja la voz para que no se oiga nada desde fuera— y me ha dicho que Violeta es en realidad muy sensible. Que se esconde bajo la apariencia de chica superficial y divertida para que no le hagan daño. No sé, Sandra está preocupada... No vayas a ser tú quien le haga daño.

Asiento y se marcha. Lo último que desearía en este mundo es generarle dolor a quien considero mi Diosa del Olimpo, aunque en cierto modo sé que lo estoy haciendo. Por eso quiero verla, enfrentar lo que sea que oculta e intentar, si me deja, seguir con eso tan bonito que habíamos empezado a crear entre los dos.

LOS FINALES NUNCA SON FELICES...

V

Salgo de mi casa con Duncan y la bici. Este cachorro necesita hacer más ejercicio, y yo también. Recorremos el Paseo Marítimo, que a estas horas no está nada concurrido. Mi labrador corre mientras yo pedaleo; ya hemos aprendido a ir bastante sincronizados. Paro en la floristería y compro un ramo de flores para Raquel, para dárselo como símbolo de nuestro proyecto en común. Pongo las flores con cuidado en la cesta de mi bici y nos vamos en busca de los demás. Mónica y Ra, con el cochecito del bebé, están ya sentadas en la terraza donde desayunamos juntos los sábados. Me uno a ellas y enseguida aparece Charlie, quien después de sus arrumacos de costumbre pega su frente a la mía y va al grano preguntando por mis ojos tristes. Callo.

—¿Alguien me lo puede explicar sin guarrerías de por medio, por favor?
—nos mira a las tres.

Mónica, que es quien mayor capacidad de síntesis tiene, lo pone al día de mi desastrosa vida sentimental.

—¿No puedes hacer un reset y olvidarlo? Alguien que te deja en un coche en medio del tráfico no merece tus lágrimas. Es peor incluso a que te dejen por WhatsApp. Y conste que le reconozco el temple para ponerse a ir en un coche conduciendo tú —todo esto lo dice serio, como si estuviese descubriendo una verdad universal que por algún extraño motivo a las demás se nos escapa.

—No la ha dejado. Salió del coche porque al chico las discusiones parece que le cuestan, y no sabe enfrentarlas —explica Moni con paciencia.

Luego, mientras desayunamos, les expone a los demás su plan con respecto a que yo haga venir a Jan hasta aquí, comamos en la mesa con mejores vistas que ella nos reservará en su restaurante, y hagamos las paces. Raquel pregunta algunos detalles y finalmente se muestra dispuesta a colaborar y muy positiva respecto a los resultados. Charlie dice no entender la mitad de lo que se está hablando, pero que por verme sonreír de nuevo lo que haga falta, sin fluidos

por el medio, desde luego. Me hace reír tanto...

J

No me es difícil localizar la dirección. Es una pequeña y bonita casa igual a las otras de esa calle. Me confirma que es la suya el todoterreno de gama alta que tantas veces he visto aparcado en el garaje de la mansión Capmany. Salgo del coche y me acerco. El nombre que figura en su buzón de correos es el de Violeta Ferrer. Una niña se para a mi lado y me habla:

—¿Buscas a Violeta? No está. Se ha ido con la bici y el perrito —y señala la dirección en que supongo que la vio partir.

Le doy las gracias y vuelvo al coche.

De no ser por el enorme labrador color canela que la acompaña, creo que jamás hubiese adivinado que la chica con peto corto vaquero, camiseta sin mangas y pelo corto bajo una gorra es Violeta. La veo de espaldas pues la tengo delante, subida en una bicicleta con Duncan trotando a su lado. He pensado primero que debía tratarse de una prima más joven, alguien que se le parece en cuanto a estatura, formas y color de pelo; pero en un momento ha girado la cara para saludar a alguien y, a pesar de no ver el color de sus ojos, sí he distinguido todos y cada uno de los rasgos que tanto amo. Le hago fotos con el móvil. No puedo creerlo y necesitaré verlo luego para saber que es real y no fruto de mi mente. Se detiene frente a una floristería y deja al perro sentado junto a la bici. No me atrevo a acercarme por miedo a que Duncan me delate. Tengo que saber qué hace, a dónde va así, por qué ha desaparecido su preciosa melena... Sale con un ramo y prosigue su marcha ahora caminando y acariciando a su labrador.

La sigo con dificultad porque nunca he hecho nada parecido. Llega a una plaza donde me es fácil mezclarme entre la gente. Se sienta con dos chicas que la esperan en una terraza, una de las cuales me suena de algo, aunque no sabría decir dónde la he visto antes. Ésta tiene que ser Raquel, porque lleva un cochecito con el bebé moreno con el que me envió una foto. Violeta le entrega el ramo y se abrazan las tres contentas. Hago más fotos sin conseguir entender de momento nada. Aparece un chico de pelo cortísimo y ojos saltones que se abraza a Violeta como si fuera... como si fuera suya, como lo haría yo. Pegan sus frentes y temo que se vayan a besar, pero sólo rozan sus narices y se

separan. Sigo haciendo fotos. La miro, con un tirante del peto caído, calzado deportivo y ese pelo corto y despeinado por haber llevado puesta la gorra... me son tan ajenos. Sus gestos, su semblante serio y después su risa, me son tan queridos...

Sigo observando un rato más, hasta que se marchan en distintas direcciones. Y sé que no voy a ser capaz de abordarla y preguntarle qué ocurre, porque ahora mismo ni siquiera me saldría la voz para ello. Tengo que volver al coche, sentarme y tranquilizarme un poco. Estoy tan furioso... ¿Cómo es posible que se pasee tan contenta, quede con sus amigos, o lo que sean, ría y bromea, se tome algo con ellos comportándose como cualquier chica del pueblo que hace su vida normal mientras yo no puedo vivir de preocupación pensando en qué le puede ocurrir? Cuando me sereno lo suficiente para conducir de nuevo pongo dirección a Barcelona. No tengo ni la más remota idea de qué haré con respecto a Violeta.

V

La tarde tranquila en casa, dedicándome a mis cosas. Tras pensarlo mucho he decidido enviarle un mensaje a Jan y pedirle que venga mañana. Así tendremos todo el día para hablar. Se me ocurre que le mandaré también una de las fotos que me hizo ayer Uri en el Paseo. Creo que salgo bastante favorecida y así ya voy adelantando lo del pelo corto. Me pienso algo bonito que decirle, pues después de tres días sin noticias a lo mejor ha empezado a odiarme un poquito.

En el momento que voy a enviarle la foto con el texto veo que él también me está mandando algo. Miro las imágenes y mi corazón se acelera automáticamente: son fotografías en las que salgo yo, hechas esta misma mañana mientras paseaba con Duncan, mientras estaba con mis amigos... hasta hay una de mi buzón en la que se ve mi nombre.

Empiezo a temblar. Me ha estado siguiendo; él u otra persona a quien se lo haya encargado. No, no puede ser... Jan no... Los recuerdos tantos años reprimidos vuelven con toda nitidez... Las fotos, fotos por todas partes... Las paredes llenas de imágenes de las dos juntas, porque nos ha estado siguiendo... Da igual que una parte de mi mente le diga a la otra que no tiene nada que ver, que Jan no... Jan no... ¡Jan no!

J

Le envío algunas de las fotos que le he hecho hoy en espera de su reacción. Sé que se va a enfadar, pero tal vez así consiga que me explique qué es esa especie de doble vida que parece llevar. En unos minutos suena mi móvil. Me extraña que quiera hablar directamente conmigo en vez de intercambiar mensajes escritos, pero supongo que mejor así. Tomo aire y acepto la llamada. No me da tiempo a decir nada:

—¿Cómo has podido hacerme esto? —su voz rota por el llanto, con la respiración acelerada— ¿Por qué, Jan? ¿Por qué?

Me quedo mudo de sorpresa unos instantes.

—Violeta, cálmate.

—¿Por qué me has seguido, por qué me espías? ¿Qué quieres de mí? Yo... Yo pensaba que... ¿Cómo has podido...? —me asusto, y mucho; porque presiento que está incluso peor que la noche que le dio esa especie de ataque de ansiedad en el jardín— No esperaba... no de ti...

El enfado y la rabia que sentía se diluyen y dan paso a un terror que no había sentido nunca, ni en mis peores pesadillas. A Violeta le ocurre algo que no es normal, no es la reacción de enfado por unas fotos que le haya podido hacer en la calle. La oigo tomar aire ruidosamente y sigue repitiendo una y otra vez las mismas preguntas:

—¿Por qué, Jan? ¿Cómo has podido...? Yo pensaba que de verdad me querías...

—Te quiero, Violeta.

—No —grita— Los que siguen y hacen fotos a escondidas no... no... otra vez no...

Salgo de mi habitación corriendo. Busco las llaves del coche de Marc que dejé hace horas en su sitio y bajo las escaleras de dos en dos sin esperar al ascensor. En algún momento corta la comunicación. Siento pánico. Llamo a Marc sin ser muy consciente de cómo lo hago, al tiempo que pongo su coche en marcha y acelero. Sólo le digo que voy de nuevo a Sant Pol a ver a Violeta porque algo malo le sucede. Se ofrece a acompañarme. Le contesto que no, que no puedo perder ni un segundo y aumento la velocidad.

Son los cuarenta minutos más largos de mi vida.

V

Me concentro en calentar el agua y coger una bolsita de tila, dos bolsitas. Mis manos tiemblan demasiado. He tirado el móvil en algún sitio, pues no soporto ver esas fotos. No estoy segura de sí he llamado a Jan. Sí, sí lo he llamado. No, no sé qué hemos hablado. Venga, Violeta, no ocurre nada en realidad. Nadie puede hacerte daño aquí. La casa es segura. Sabes defenderte perfectamente y tienes una pistola Taser. No puede hacerte daño.

Lloro sin poder evitarlo, y mis lágrimas caen en la infusión. Debo pensar con lógica y no dejarme llevar por el pánico. Jan no es un psicópata. Yo misma revisé sus tests de personalidad y no lo es. También es un maldito superdotado, con un coeficiente intelectual de 135, con lo cual supongo que podría fingir cualquier cosa. No, sé que no... Es sólo, esas malditas fotos...

J

Llamo al timbre. Insisto. Hay luz en algún lugar de la casa. La llamo por su nombre. Finalmente, la puerta se abre unos centímetros y sus ojos enrojecidos me miran con sorpresa.

—Violeta, déjame entrar. Tenemos que hablar —intento hablar con voz pausada, aunque estoy de los nervios.

Niega con la cabeza, con lágrimas surcando sus mejillas.

—Por favor, Violeta, dime algo.

—¿Qué quieres de mí? —pregunta en un susurro, con el miedo y la desconfianza pintados en su cara.

—Te quiero a ti —le contesto de forma automática, eso es algo que no tengo que pensar.

Me mira de arriba a abajo, se limpia las lágrimas con el dorso de la mano y, finalmente, abre la puerta. Entro y cierro tras de mí. Intento tocarla, abrazarla, pero retrocede negando con la cabeza.

—¿Por qué has venido?

—Me has llamado llorando porque te he enviado unas fotos... Que entiendo que venir a averiguar qué haces aquí y por qué me excluyes de parte de tu vida no es lo mejor que he podido hacer, pero... Mira cómo estás. Esto... esto es por algo, y quiero saber, quiero entenderte... ¡Quiero la

verdad!

—Las fotos... —se tapa la cara con las dos manos, luego gira y entra en lo que descubro yendo tras ella que es la cocina.

Se sienta, con el pie derecho bajo el muslo izquierdo. Al menos la postura me es familiar, el resto es tan desconcertante... Duncan, pegado a ella durante nuestra breve conversación, se tumba en el suelo mirándome. Violeta bebe unos sorbos de una taza. Espero en silencio apoyado en el marco de la puerta.

—La diosa de la que te enamoraste no existe, ya lo ves. No soy sofisticada, ni me gustan los vestidos caros ni los zapatos de tacón altísimos. Me corté el pelo en el peor momento posible, y luego cuando pude, preferí seguir llevando extensiones y no decir la verdad. La Violeta que tú conoces no es más que un personaje creado solo para la Panadería —habla en voz baja, sin expresar emoción alguna— Lo siento, todo era mentira. Te puedes marchar.

—Si la persona de quien estoy enamorado existe o no es algo que decidiré yo, cuando sepa qué ocurre y por qué estás así; cuando consiga entenderte...

Vuelve a beber de la taza y me mira. Yo sé que detrás de las lágrimas, la tristeza y todo lo que desconozco sí está la Violeta que yo amo. Me gustaría decirle que me importan un bledo los vestidos, que lo que quiero es abrazarla, pero no es el momento y eso lo percibo muy claramente. Hay una barrera invisible que me impide acercarme más a ella, a pesar de estar deseando hacerlo.

—Supongo que debí darme cuenta, debí pensar fríamente y no dejarme llevar por los sentimientos. Ahora no tengo salida, ¿no? No te moverás de ahí hasta que no sepas... —le hago un gesto de negación con la cabeza— Al menos, prométeme que te lo vas a guardar para ti, que no lo contarás... Que por más que te joda la vida saber toda esta mierda guardarás el secreto...

—Sabes que lo haré. Sabes que haré lo que tú quieras. Sólo quiero entenderte; entender por qué unas fotos desencadenan un ataque de ansiedad, y cómo sin proponérmelo he hecho que tú te sientas así de mal —hablo, y maldigo mi poca capacidad de expresión.

—Las fotos nos las hizo durante mucho tiempo, mucho. Estaban colgadas por toda aquella horrible habitación —vuelve a llorar. Sube los pies a la silla donde está sentada y se abraza las piernas— Sé que es una tontería, pero las fotos es lo que más nítidamente recuerdo. Había tantas y estaban por todos lados... Sólo un perturbado hace eso.

—¿Dónde, mi amor? ¿Dónde estaban esas fotos...?

—Teníamos trece años y justo al acabar el colegio nos fuimos como cada año al pueblecito de La Provenza de donde era mi abuela... él ya nos había visto, nos había hecho cientos de fotos el verano anterior —se seca los ojos con las manos, y quisiera ser yo quien lo hiciera: poder arrodillarme frente a ella y escucharla; pero si me acerco no continuará— Nos secuestró el veintitrés de junio por la tarde. Quería... quería dos chicas iguales, exactamente iguales. Quería hacernos lo mismo a las dos, eso decía... Pero yo no estaba igual que Rosa... con los nervios de final de curso me salió un herpes en los labios, horrible, ¿sabes de lo que te hablo?

Asiento. Lo sé y de momento no entiendo, o no quiero entender. Una palabra se ha quedado clavada en mi cerebro: secuestro. Mi chica, quiero creer que lo sigue siendo, continúa:

—Se enfadó tanto... Me pegó, y me hizo tanto daño... y no recuerdo, no recuerdo más... Estaba atada, las muñecas y los tobillos, y algo en la boca para que no pudiese gritar; casi no podía respirar por los golpes en la cara... Rosa estaba, él la... —los sollozos no la dejan seguir; me acerco muy despacio— Yo miraba las fotos y movía las manos, y me iba soltando poco a poco... pero tenía prisa, porque él... porque estaba... los gritos... mi hermana...

Me acerco más. Me arrodillo ante ella, pero no me atrevo a tocarla.

—y conseguiste soltarte...

—Sí, me solté, no sé cómo... no recuerdo... Me cogió de un brazo y tiró fuerte... Había algo y yo lo cogí y le golpeé en la cabeza, con todas mis fuerzas... se quedó quieto y yo seguí golpeando... golpeando en el suelo. Rosa estaba... Rosa... La puerta cerrada... por eso me tiré por la ventana...

Cojo sus manos con las mías y las beso. No creo que nadie necesitare escuchar la historia con muchos más detalles para entender a grandes rasgos lo que ocurrió, el maldito secreto que mi chica guardaba.

—Es horrible, mi amor. Pero sabes que nada tiene que ver con el presente... —no sé cómo consolarla y ella sigue llorando.

—Rosa murió dos días después, por todas las lesiones que tenía. Yo... yo no me enteré entonces, no ... Yo lo maté —me mira fijamente— Lo maté y lo volvería a hacer mil veces... Y ahora que lo sabes, vete a tu casa y piensa si podrías volver a dormir con alguien que sería capaz de matarte si le hicieras daño. Piensa si podrías amar a alguien así.

Se levanta. Me empuja. Lógicamente por la diferencia de tamaños no

puede desplazarme, a pesar de que es muy fuerte para su estatura y delgadez...

—¡Vete! Tú, menos que nadie, puedes estar con alguien como yo —grita.

Me vuelve a empujar; retrocedo. Quisiera decirle un montón de cosas, o sólo una, pero estoy bloqueado. Sigue empujando y yo sigo retrocediendo hacia la puerta de su casa.

—Violeta, lo hiciste en defensa propia. Cualquiera hubiese hecho lo mismo de haber estado en esa situación —consigo al fin articular.

—Sí, defensa propia. no me he arrepentido ni un solo día de mi vida... ¡Vete, te estoy diciendo que te mataría si me hicieras daño! Vuelve a tu casa, piensa si podrías dormir tranquilo... junto a alguien como yo.

Abre la puerta ágil como siempre. Me empuja mientras me repite lo mismo una y otra vez. Me duele tanto no ver en sus ojos ni un rastro de emoción.

V

Cierro la puerta con todas mis fuerzas y apoyo la espalda en ella. Me deslizo hasta quedar sentada en el suelo en espera de oír cómo su coche se pone en marcha.

Duncan me lame la cara. Lloro por lo que acabo de perder, o por lo que quizá nunca tuve. Lloro porque los finales no son felices a menos que alguien los reescriba.

J

Entro en el coche, apoyo la frente en el volante y empiezo a llorar. Lloro por una maldita historia de película de terror que ocurrió en la vida real, a la mujer a la que quiero. Lloro por su dolor, por su pena y su angustia. Lloro por no ser capaz de decirle que me da igual, que no me importa nada del pasado porque la quiero y no, no tengo miedo. Lloro sencillamente porque la amo demasiado...

Salgo del coche y me dirijo de nuevo a su puerta.

AGRADECIMIENTOS

A mi Rosarito, por ser la primera en reclamarme leer esta historia cuando estaba en proceso, sumergirse en ella con entusiasmo y de vez en cuando... llamarme Violeta.

A mi familia: marido, hija y perros, por dejarme ratos libres para escribir y, a veces, hacer justo lo contrario. Gracias por vuestra paciencia y por entender que escribir es muchas veces una necesidad.

A Alba, otro de mis amores, por enamorarse de la historia y de los personajes, y por olvidarse a veces que lo que leía lo había escrito su amiga y no una autora famosa. También, cómo no, por su ¡¡Superemoción!!!

A Migue, por convertir un PDF desastroso en algo agradable a los ojos; sé que ha supuesto un buen trabajo. Pero gracias sobre todo por hablar sin complejos de las fantasías eróticas de los hombres. Si todo el mundo fuese tan abierto como tú, podría escribir una novela cada año.

A Pedro, ese informático que cuando se borraron por arte de magia las cien primeras páginas de esta historia buscó por todo el ciberespacio. No las pudo encontrar, pero me aseguró que las que reescribiese serían mucho mejores. Creo que al final tuviste razón.

Y, sobre todo, quiero agradecerle al feminismo (escrito así con mayúscula) el darme las ganas y la inspiración para crear unos personajes que no se ajustan en absoluto a los roles que tradicionalmente nos asignan según nuestro género.

ACERCA DE LA AUTORA

Vicky Hernán nació en Barcelona, donde reside con su familia y mascotas. Se licenció en Psicología y trabaja para la Administración Pública. Siempre había escrito pequeños relatos cortos para ella misma. Ahora, presenta su primera novela sobre todo para las mujeres, pero también para los hombres que se atrevan a leer algo un poco diferente.